

Canaima

Rómulo Gallegos

Duodécima edición:

Enero de 1977

Espasa-Calpe, S.A.

Talleres gráficos de Espasa-Calpe, S.A.

Carretera de Irún, km 12.200 Madrid-34 1977

ISBN: 84-239-0213-7

Depósito Legal: M.34.899-1976

Ediciones especialmente autorizadas por el autor para la Colección Austral

Copyright:

Herederos de Rómulo Gallegos, 1935

Rómulo Gallegos

Nace el gran novelista venezolano en Caracas en 1884, donde muere en 1969. Empieza desde muy joven a hacerse notar en el campo de las letras. Su primera novela, Reinaldo Solar, ya incluida en nuestra Colección, data de 1921. Ella le consagró plenamente ante el público venezolano, y la crítica le saludó como el más firme valor de la nueva generación. En 1925, la publicación de La Trepadora reafirma y consolida su prestigio dentro de las fronteras patrias; pero es solamente cuatro años más tarde, al lanzar las prensas españolas a la publicación Doña Bárbara, cuando el nombre de Gallegos adquiere una vastísima repercusión. En todas las capitales del mundo de habla española -en Madrid como en Buenos Aires, en La Habana igual que en México- registróse como un suceso ímpar la aparición de un libro que libertaba la inspiración americana de toda actitud servil frente a las literaturas europeas. Cantaclaro, Canaima, Pobre negro, Sobre la misma tierra, La rebelión y otros cuentos, Cuentos venezolanos y El forastero aparecen a continuación. El público hispanoamericano puede familiarizar con este autor, al haberse publicado en Colección Austral todos sus citados libros. Como muy bien

dijera uno de sus críticos, Gallegos ha llegado a un grado tal de maestría que entre sus obras hay campo para la preferencia, pero no para regatearle a ninguna la más encendida admiración. Acaso no sea inoportuno agregar unas cuantas palabras respecto a la recia personalidad de Gallegos, que también se destacó como hombre público y maestro -desde las aulas del Liceo de Caracas- de varias generaciones venezolanas. Entre otros importantes cargos, desempeñó en 1936 -apenas un semestre- la cartera de Educación, fue diputado al Congreso Nacional por el Distrito Federal y presidente de la República.

Pórtico

Barra del Orinoco. El serviola de estribor lanza el escandallo y comienza a vocear el sondaje:

—¡Nueve pies! ¡Fondo duro! Bocas del Orinoco. Puertas, apenas entornadas todavía, de una región donde imperan tiempos de violencia y de aventura... Una ceja de manglares flotantes, negros, es el turbio amanecer. Las aguas del río ensucian el mar y saturan de olores terrestres el aire yodado.

—¡Ocho pies! ¡Fondo blando! Bandadas de aves marinas que vienen del Sur, rosarios del alba en el silencio lejano. Las aguas del mar aguantan el empuje del río y una cresta de olas fangosas corre a lo largo de la barra.

—¡Ocho pies! ¡Fondo duro! Destellos de aurora. Arreboles bermejos... ¡Y eran verdes los negros manglares!

—¡Nueve pies! ¡Fondo blando! De la tierra todavía soñolienta, hacia el mar despierto con el ojo fúlgido al ras del horizonte, continúan saliendo las bandadas de pájaros. Los que madrugaron ya revolotean sobre aguas centelleantes: los alcatraces grises, que nunca se sacian; las pardas cotúas, que siempre se atragantan; las blancas gaviotas voraces del áspero grito; las negras tijeretas de ojo certero en la flecha del pico.

—¡Nueve pies! ¡Fondo duro! A los macareos han llegado millares de garzas: rojas corocoras, chusmitas azules y las blancas, de toda blancura; pero todas albean los esteros. Ya parece que no hubiera sitio para más y aún continúan llegando en largas bandadas de armonioso vuelo.

—¡Diez pies, fondo duro! Acaban de pronto los bruscos maretazos de las aguas encontradas, los manglares se abren en bocas tranquilas, cesa el canto del sondaje y comienza el maravilloso espectáculo de los caños del Delta.

Término fecundo de una larga jornada que aún no se sabe precisamente dónde empezó, el río niño de los alegres regatos al pie de la Parima, el río joven de los alardosos escarceos de los pequeños raudales, el río macho de los iracundos bramidos de Maipures y Atures, ya viejo y majestuoso sobre el vértice del Delta, reparte sus caudales y despide sus

hijos hacia la gran aventura del mar: y son los brazos robustos reventando chubascos, los caños audaces que se marchan decididos, los adolescentes todavía soñadores que avanzan despacio y los caños niños, que se quedan dormidos entre los verdes manglares.

Verdes y al sol de la mañana y flotantes sobre aguas espesas de limos, cual la primera vegetación de la tierra al surgir del océano de las aguas totales; verdes y nuevos y tiernos, como lo más verde de la porción más tierna del retoño más nuevo, aquellos islotes de manglares y borales componían, sin embargo, un paisaje inquietante, sobre el cual reinara todavía el primaveral espanto de la primera mañana del mundo.

A trechos apenas divisábase alguna solitaria garza inmóvil, como en espera de que acabase de surgir aquel mundo retardado; pero a trechos, caños dormidos de un laberinto silencioso, la soledad de las plantas era absoluta en medio de las aguas cósmicas.

Mas el barco avanza y su marcha es tiempo, edad del paisaje.

Ya los manglares son matorrales de ramas adultas, maraña bravia que ha perdido la verde piel niña y no mama del agua sino muerde las savias de la tierra cenagosa.

Ya hay pájaros que ensayan el canto con salvajes rajeos; huellas de bestias espesura adentro: los arrastraderos de los caimanes hacia la tibia sombra internada, para el letargo después del festín que ensangrentó el caño; senderos abiertos a planta de pie, las trochas del indio habitador de la marisma; casas tarimbas de palma todavía sobre estacas clavadas en el bajumbal. Ya se oyen gritos de un lenguaje naciente. Son los guaraúnos del bajo Orinoco, degenerados descendientes del bravo caribe legendario, que salen al encuentro de las embarcaciones en sus diminutas curiaras, por los caños angostos, sorteando los islotes de bosuros florecidos, bogando sobre el aguaje de los caimanes que acaban de zambullirse. Se acercan a los costados del vapor en marcha y en jerga de gerundios proponen comercio:

—¡Cuñao! Yo dándote moriche canta bonito, tú dándome papelón.

—Yo dándote chinchorro, tú dándome sal.

Pero a veces los gritos son alaridos lejanos, sin que se acierte a descubrir de dónde salen y quizás no sean proposiciones amistosas, sino airadas protestas del indio indómito, celoso de la soledad de sus bajumbales.

¡Caños! ¡Caños! Un maravilloso laberinto de calladas travesías de aguas muertas con el paisaje náufrago en el fondo.

Hondas perspectivas hacia otros caños solitarios, misteriosas vueltas para la impresionante aparición repentina, que a cada momento se espera, de algún insólito morador de aquel mundo inconcluso.

Islotes de borales en flor, crestas de caímanes. Un brusco chapoteo estremece el florido archipiélago y turba la paz del paisaje fantástico invertido en el espejo alucinante del caño.

A vuelta encontrada aparece una piragua navegando en bolina. Un cargamento de plátanos, vuelco del cuerno de la abundancia del Delta; tres hombres, guayqueríos de rostro atezado, buena cara para el mal tiempo de mar y de río; un perro que se empina en la borda, nocturno guardián de la casa flotante en el aduar de las barcas fondeadas, y un gallo, caracol para el alba marina.

Y ya el paisaje es de tiempos menos remotos.

Palmeras, temiches, caratas, moriches... El viento les peina la cabellera india y el turupial les prende la flor del trino... Bosques. El árbol inmenso del tronco velludo de musgo, el tronco vestido de lianas floridas. Cabimas, carañas y tacamahacas de resinas balsámicas, cura para las heridas del aborígen y lumbre para su churuata.

La mora gigante del ramaje sombrío inclinado sobre el agua dormida del caño, el araguaney de la flor de oro, las rojas marías. El bosque tupido que trenza el bejuco...

Plantíos. Los conucos de los margariteños, las umbrosas haciendas de cacao, las jugosas tierras del bajo Orinoco enterneciendo con humedad de savias fecundas las manos del hombre del mar árido y la isla seca.

Ya se ven caseríos.

Pero allá viene el chubasco que nunca falta en aquella zona de bruscas condensaciones atmosféricas. Es un ceño amenazante el largo nubarrón por detrás del cual los rayos del sol, a través del aguacero en marcha, son como otra lluvia, de fuego. La brisa marina y los gozosos escarceos se detienen de pronto asustados ante aquello que avanza de tierra, se queda inmóvil el aire un instante, vibra de súbito como una plancha de acero golpeada, se acumulan tinieblas, se estremece el caño herido por los goterones de la lluvia recia y caliente y pasa el chubasco borrando el paisaje.

Ya vuelve, con la prodigiosa riqueza de sus matices envueltos en la suave tonalidad de una luz incomparable, hecha con los más vivos destellos del sol de la tarde y la substancia más transparente del aire. Y en el aire mismo cantan y aturden los colores: la verde algarabía de los pericos que regresan del saqueo de los maizales; el oro y azul, el rojo y azul de los

guacamayos que vuelan en parejas gritando la áspera mitad de su nombre; el oro y negro de los moriches, de los turpiales del canto aflautado, de los arrendajos que cuelgan sus nidos cerca de las colmenas del campate y los arpegios matizados al revuelo de la bandada de los azulejos, verdines, cardenales, paraulatas, curañatás, sietecolores, gonzalitos, arucos, güirirles. Ya regresan también, hartas y silenciosas, las garzas y las cotúas que salieron con el alba a pescar y es una nube de rosa la vuelta de las corocoras.

De pronto huyen las riberas que encajonaban el caño y ante la vista se extienden, pasmo de serenidad, las bolinas del Delta.

¡Agua de monte a monte! ¡Agua para la sed insaciable de las bocas ardidas por el yodo y la sal! ¡Agua de mil y tantos ríos y caños por donde una inmensa tierra se exprime para que sea grande el Orinoco! Las que manaron al pie de los páramos andinos y perdieron la cuenta de las jornadas atravesando el llano; las que vinieron desde la remota Paríma, de raudales en chorreras, de cataratas en remansos, a través de la selva misteriosa y las que acababan de brotar por allí mismo, tiernas todavía, olorosas a manantial. Todas estaban allí extendidas, reposadas, hondas, y eran todo el paisaje venezolano bajo un trozo de su cielo.

Término sereno, como el acabar de toda grandeza, ya próximo el mar inevitable, el Orinoco se ensimisma en los anchos remansos de las bolinas del Delta para arreglar sus cuentas confusas, pues junto con las propias, que ya no eran muy limpias, trae revueltas las que le rindieron los ríos que fue encontrando a su paso. Rojas cuentas del Atabapo, como la sangre de los caucheros asesinados en sus riberas; turbias aguas del Caura, como las cuentas de los sarrapieros, a fin de que fuese riqueza de los fuertes el trabajo de los débiles por pobres y desamparados; negras y feas del Cunucunuma, que no es el único que así las entrega; verdes del Ventuari y del Inírida, que se las rindió el Guaviare, revueltas del Meta y del Apure, color de la piel del león; azules del Caroní, que ya había expiado sus culpas en los tumbos de los saltos y con las desgarraduras de los rápidos... Todas estaban allí cavilosas.

Ya declinaba la tarde. Detrás de las costas del río, las hondas lejanías de las tierras llanas, las profundas perspectivas de las tierras montuosas, sin humos de hogares ni tajos de caminos, vastos silencios para inmensos rumores de pueblos futuros; arriba, la mágica decoración de la puesta del sol:

celajes de oro y lagos de sangre y lluvias de fuego por entre grandes nubarrones sombríos, y bajo la pompa dramática de estos fulgores en aquellos desiertos, ancho, majestuoso, resplandeciente, ¡Orinoco pleno, Orinoco grande!

Guayana de los aventureros

La de los innumerables ríos de ignotas fuentes que la atraviesan sin regarla -aguas perdidas sobre la vasta tierra inculta-, la de la trocha de sabana y la pica de montaña al rumbo incierto por donde debieran ser ya los caminos bien trabados, la de las inmensas regiones misteriosas donde aún no ha penetrado el hombre, la del aborígen abandonado a su condición primitiva, que languidece y se extingue como raza sin haber existido como pueblo para la vida del país.

Venezuela del descubrimiento y la colonización inconclusos. Pero la de la brava empresa para la fortuna rápida: selvas caucheras desde el alto Orinoco y sus afluentes hasta el Cuyuní y los suyos y hasta las bocas de aquél, sarrapiales del Caura, oro de las arenas del Yuruari, diamantes del Caroní, oro de los placeres y filones inexhaustos del alto Cuyuní... Guayana era un tapete milagroso donde un azar magnífico echaba los dados y todos los hombres audaces querían ser de la partida.

Y eran, juntos con los de presa -mayorazgo de la violencia que allí encontraría impunidad- los segundones de la fortuna o del mérito:

el ambicioso, el manirroto, el tarambana, el que se llenó de deudas y el que se dio a la trampa, los desesperados y los impacientes, uno que necesitaba rehacer su vida -torpemente malograda- con la reputación que le devolviera la riqueza por la que le quitaran las horas menguadas del pobre y otro que para nada quería la suya si no podía vivirla intensamente en las aventuras y ante el peligro.

Porque junto al tesoro vigilaba el dragón. El mortífero beriberi de los bajumbales caucheros, las fiebres fulminantes que carbonizan la sangre, las fieras, la arañamona y el veinticuatro de las mordeduras tremendas, la culebra cuaíma del veneno veloz, el raudal que trabuca y vuelve astillas la frágil curiara que se arriesga a correrlo, el hombre de presa, fugitivo de la justicia o campante por sus fueros, el Hombre Macho, semidiós de las bárbaras tierras, sin ley ni freno en el feudo de la violencia y el espectáculo mismo de la selva antihumana, satánica, de cuyo fascinante influjo ya más no se libra quien la ha contemplado. Pero Guayana era una palabra mágica que enardecía los corazones.

Tumeremo de los purgüeros; El Callao de los mineros y lavadores de arenas auríferas que arrastraba el Yuruarí; Upata de los carreros; El Dorado, fénix de la leyenda que ilusionó a los segundones de la Conquista y ahora renacía en su caserío a orillas del turbio Yuruán, cerca del correntoso Cuyuni; San Fernando de Atabapo de los caucheros; Ciudad Bolívar de los sarrapieros y grandes comerciantes explotadores de casi todas aquellas empresas, y la inmensa selva pródiga para la aventura de la fortuna lograda y tirada, una y otra vez y otra vez... Guayana era una tierra de promisión.

Sobre la margen derecha del Orinoco, en la parte más angosta de su curso, peñusco de fronda de plazas, patios y corrales y de viejas casas coronadas de azoteas, se empina Ciudad Bolívar para contemplar su río. Frente a ella, en la mitad del cauce, la Piedra del Medio mide la oscilación periódica del nivel de las aguas, y cuando éstas comienzan a descender, al retirarse las lluvias que riegan la inmensa hoya, dice la ciudad:

—Ya está cabeceando el Orinoco.

Y un tiempo agregaba, anuncio de buen suceso:

—Ya los rionegreros están saliéndose de la montaña. Pronto correrán por aquí los ríos de oro.

Hasta que un día se propaga la noticia:

—¡Por ahí vienen ya los rionegreros! Y las azoteas se llenaban de gente atalayando el río.

Eran los de la brava empresa, los hombres animosos vencedores de la selva. Se había dicho que ya regresaban, pero aún no se sabía cuántos ni quiénes se quedarían allá para siempre. Mas era también el Orinoco mismo triunfador de la recia aventura del raudal, y retardando el secreto que querían arrebatarse las miradas ansiosas, el gran río avanzaba solo, callado y solemne ante la expectación de la ciudad.

Por fin aparecían los esquifes, las piraguas, las falcas, las chalanas. Eran muchas las velas inclinadas bajo el barinés que de pronto doblaban la vuelta solitaria. Ciudad Bolívar gritaba de júbilo y se echaba a la calle y corría a la playa.

Ya estaba allí fondeada la selva. La savia del árbol del caucho convertida en planchas de fabuloso precio; los pájaros cautivos dentro de las toscas jaulas, la pluma de mil colores ya que negado todavía el canto arisco; las bestias raras, venteando hurañas el olor de la ciudad: los hombres mismos, que ya eran otros, con una extraña manera de mirar, acostumbrados los ojos a la actitud recelosa ante los verdes abismos

callados, con otro dejo en la voz, musgo de las resonancias que le nacieron en el húmedo silencio silvestre.

—Dame razón de Maradé -inquieren desde la playa.

—Está bueno -contestan de las barcas-. En el costó del Ventuari lo dejé el año pasado. Te manda memorias.

¡Las riberas del Ventuari, centenares de leguas, un año, mil peligros de muerte a diario! Pero como el interesado no habría de obtener noticias más recientes, ya podía decir que había sabido de Maradé.

La descarga de las chalanas entre el bullicio del gentío. La afanosa hilera de los caleteros, de la playa a la casa de Blohm. Los empleados de ésta que allí recibían las planchas, voceando las pesadas.

La muchedumbre de curiosos afuera, en el corredor pintado de verde sombrío, color de la selva, haciendo comentarios, entusiasmados por la abundancia que nada les reportaría, y los que se burlaban de esta alegría inconsciente y lo hacían de esta manera:

—No te vistas que no vas, zambo parejo. ¿Quién te ha invitado a esa fiesta de los musiques? Los rionegreros ya arreglando sus cuentas. El sonido milagroso del oro acuñado apilándose frente a ellos. Las charlas estrepitosas, costumbre del hombre que vuelve de los vastos espacios callados. Las anécdotas del Territorio, las regocijadas solamente, pues de las trágicas mejor era no hablar, allí en la ciudad. Las risas, sonoras carcajadas y rotundas exclamaciones criollas en la boca de los alemanes rubicundos de cerveza y satisfacción, porque el dinero de los avances venía multiplicado.

Las fiestas, los bailes, las parrandas. Las noches del club y del garito con luz encendida hasta el alba, sonando el dinero entre el toctoc de los cubiletes. Y los comentarios admirativos después:

—Anoche perdió Continamo todo lo que ganó en tres meses de montaña. Esta mañana fue donde Blohm a avanzarse otra vez para el caucho del año que viene.

—Pues ya se lo está bebiendo.

Escúchalo ahí.

—¡No hay curiá, muchachos, que to es bongo! De aquí no se va nadie hasta que esté borracho. ¡Eche más champaña, botiquinero, que ésta la paga Blohm! Las tardes de la Alameda, a la brisa tibia del río, llena de muchachas risueñas recorriéndola de punta a punta, cogidas del brazo, charlando, chispeantes las amorosas miradas al rionegrero sentado en torno a la mesa donde se bebía y se celebraban las ocurrencias del

Territorio. Y los círculos de muchachos embelesados oyendo las estupendas aventuras.

¡Amanadoma, Yavita, Pimíchín, el Casiquiare, el Atabapo, el Guainía!... Aquellos hombres no describían el paisaje, no revelaban el total misterio en que habían penetrado; se limitaban a mencionar los lugares donde les hubiesen ocurrido los episodios que referían, pero toda la selva fascinante y tremenda palpaba ya en el valor sugestivo de aquellas palabras.

Los muchachos de Ciudad Bolívar, del pueblo y de la burguesía, oyendo aquellos relatos y contemplando aquellos ojos que habían visto el prodigio, experimentaban emoción religiosa, y de este modo, de los mayores a los chicos, se pasaba la consigna: Guayana de los aventureros.

Marcos Vargas

Fue allí donde adquirió desde niño y con la eficacia de un vigoroso instinto aplicado a su objeto propio los únicos conocimientos que le interesaban. La geografía de la vasta región, que luego sería el escenario fugitivo de su vida de aventurero de todas las aventuras.

El curso de los grandes ríos de Guayana y la manera de pasar de unos a otros por el laberinto de sus afluentes, caños y arrastraderos que los entrelazan, las escasas vías transitables a través de bosques intrincados y sabanas desiertas, el incierto derrotero, ya sólo conocido por los indios y apenas indicado por el arestín que crece sobre los antiguos caminos fraíleros para ir hasta Rionegro, evitando los grandes raudales del Orinoco y todos los rumbos que los aborígenes saben tirar desde un extremo a otro de aquella inmensa región salvaje y cuáles de estos indios eran buenos gomeros, cuáles mañoqueros y en las riberas de qué ríos o cabeceras de qué caños habitaban. La geografía viva, aprendida a través de los relatos de los caucheros, mientras que para la muerta que podían enseñarle en la

escuela, así como para todo lo que allí quisieran meterle en la cabeza, no demostraba interés alguno.

Un día, como uno de los rionegreros se trajese consigo a un indio maquiritare de las riberas del Padamu, para que conociese Angostura - como todavía llaman a Ciudad Bolívar los aborígenes, para quienes no ha pasado el siglo y pico de la república- y estando el indio sin tomar parte en la tertulia, azorado por la curiosidad muchacheril de que era objeto:

—Yéndote con Marcos, que no siendo maluco -díjole el cauchero, imitándole su manera de emplear los verbos castellanos-. Él sirviéndote de baquiano y tú conociendo Angostura.

Y luego a Marcos:

—Llévatelo a pasear por ahí, tú solo.

Era el maquiritare un hombre joven, de aspecto manso y bondadoso, pero de expresión hermética.

Vestía como los hombres del pueblo de Ciudad Bolívar y sin muestras de no estar acostumbrado a tal indumentaria, que acaso por primera vez usaba. No soltaba palabra, se fijaba mucho en todo, a ratos sonreía y entonces su rostro enjuto y lampiño adquiría cierto aire infantil. Nada de misterioso había en su apariencia, pero, sin embargo, Marcos Vargas sentía que iba al lado de un misterio viviente y procuraba sondearlo.

—¿Cómo llamándote tú? -le preguntó, a la manera aprendida del cauchero.

—Federico Continamo -repuso el maquiritare.

—Sí -dijo Marcos, mostrándose conocedor del caso-. Ya sé. Como el racional que te trajo a conocer Angostura. Tu padrino, seguramente.

—Racional no siendo padrino mío, pero gustándome su nombre. Él prestándomelo, y yo poniéndomelo.

—Sí, sí. Pero tu verdadero nombre, el que usas entre tu gente, ¿cuál es?

—Yo diciéndotelo -contestó evasivo, con la sonrisa niña en la faz hermética-. Yo diciéndotelo.

Y Marcos, para sus adentros de persona enterada de costumbres y supersticiones indígenas:

—No me lo dirá por nada del mundo. Ellos creen que entregan algo de su persona cuando dan su nombre verdadero.

Dejaron la ciudad por las afueras, más allá de los morichales, y atravesando una sabana solitaria y melancólica fueron a sentarse sobre

una gran laja que por allí afloraba del suelo. Negros arabescos de ramas y follaje repujaban el bronce candente de la puesta de sol, cantaba entre la hierba el diostedé y el silbo quejumbroso hacía triste la serenidad de la tarde.

Callaba el indio enigmático y Marcos Vargas, suponiéndole añorante del paisaje vespéral de su remoto Padamu, y, por otra parte, pensando en que aquella laja sobre la cual estaban sentados fuese uno de esos afloramientos del sistema orográfico de la Paríma, típicos de las sabanas guayanesas -única cosa que había logrado enseñarle su profesor de geografía-, se entregó a componer su ilusión de hallarse ante aquellos salvajes panoramas oyendo el canto del yacabó.

Ya oscurecía cuando el maquiritare, sin quitar la vista del punto incierto donde la tenía fija, murmuró:

—Cuando tú yendo allá, Ponchopire enseñándote las cosas.

Ponchopire, que era su nombre y en su dialecto significa váquiro bravo, lo daba ahora como una muestra especial de simpatía hacia su joven baquiano.

—¿Cómo sabiendo tú que yo yendo allá? -inquirió Marcos, con emoción de alma en el umbral del misterio.

—Tú yendo, tú yendo. Yo mirándotelo en los ojos.

Y aquella tarde Marcos regresó a su casa como bajo el influjo de un hechizamiento.

Pero Marcos Vargas no era propiamente un soñador, ni tampoco los criaba aquel medio caldeado por el dinamismo de la aventura. Hacia la acción desbordada tiraban las inclinaciones de su espíritu, y su escuela verdadera, de lucha y de endurecimiento, había sido el arrabal y el campo circundante, a la cabeza de su pandilla de chicos del pueblo, cacique querido por su carácter expansivo y franco, al par que respetado por la fuerza de sus puños.

Para apartarlo de este ambiente plebeyo y desmoralizador y sobre todo del camino de la aventura cauchera o minera que ya le había arrebatado dos hijos: Pedro Francisco, el mayor, a quien se le trabucó la curiara en el raudal de Samborja, yendo para el Atabapo, y Enrique, el segundo, asesinado por un tal Cholo Paríma, la "noche en que los machetes alumbraron el Vichada", como solía aludirse por allí a la espantosa degollina, -una de tantas que ya ensangrentaban la selva-, doña Herminia tomó la determinación de enviarlo interno a un colegio de Trinidad, donde con disciplina inglesa se lo sacasen hombre formal. Y así se lo manifestó al

marido, la tarde aquella del embrujamiento producido por las palabras del indio.

—Pedro. Hay que tomar una determinación respecto a la educación de Marcos. Ahí está como alelado, y es que seguramente ha estado oyendo los cuentos de los rionegreros. El otro día me íbas a proponer, si no me equivoco, que hipotecáramos esta casa, lo único que nos queda, tal vez para pagar algunas deudas apremiantes de "Salsipuedes".

"Salsipuedes" era una tienda detrás de cuyo mostrador venía arruinándose cándida y sistemáticamente el bueno de Pedro Vargas, por vender a precios de coste, cuando más, telas y quincallas con la idea de atraerse clientela. El nombre quería decir: de aquí no te irás sin comprar algo; pero lo que realmente no salía de aquella tienda era el dinero del patrimonio de doña Herminia, que para atender a las deudas se fue metiendo allí.

—Sí —balbució Pedro Vargas, enrojeciendo hasta el occipucio, que era donde le quedaban algunos pelos—. Esos judíos de...

—Ya, ya —repuso la esposa—.

Judíos son para ti todos los que cobran lo que se les deba. Pero judíos o no, hay que pagarles.

Hípotequemos la casa; mas desde ahora te advierto que del producto de esa hipoteca apartaré una cantidad, que será sagrada, para dedicarla a la educación de Marcos, porque he resuelto que lo enviemos interno al colegio inglés de Puerto España. Marcos va por mal camino, y si no metemos la mano a tiempo y enérgicamente, lo perderemos como a los otros.

—Como tú dispongas, Mina. En cuanto a lo que me prestarás para "Salsipuedes", creo que dentro de muy pronto podré reintegrártelo —repuso el ilusionado comerciante.

Y días después ingresaba Marcos en el colegio de Trinidad, con dieciséis años cumplidos y a regañadientes.

Cuatro de internado y disciplina inglesa, continuos, sin vacaciones, por culpa de su temperamento indócil, y una tarde que se presentan en "Salsipuedes" —que ya no era sino un tenducho en un zaguán— un juez y su secretario a embargar las existencias que fuesen liquidables.

Pedro Vargas dobló la cabeza sobre el mostrador, lloró un poco en silencio y luego se quedó muerto, con la misma ingenuidad con que siempre había vivido, haciendo malos negocios que le parecían magníficos.

Doña Herminia llamó al hijo, que era ya su único apoyo -pues aunque tenía además dos hijas casadas no quería arrimarse al de los yernos- y Marcos regresó, hombreado, más vigoroso, con unos cuantos conocimientos más o menos útiles, pero en punto a carácter tal como se había ido: el mismo humor juguetón, la misma cabeza tarambana, intacto el hechizo de las palabras mágicas cuando escuchaba embelesado los cuentos de los rionegreros.

Consoló a la madre -su afecto más profundo- echándose encima para correr por toda la casa, dándole bromas y diciéndole ternezas; pero no logró tranquilizarla mucho respecto al porvenir cuando le dijo:

—No se aflija, vieja. Pronto estará nadando en un río de oro que le traerá su hijo, de donde broten los manantiales, por más lejos que sea.

Y una tarde, recién llegado apenas...

Por Julio, cuando el Orinoco muestra toda su hermosura y su grandeza al alcanzar la plenitud de su crecida anual, cuando son más suntuosas las puestas de sol que hacen de oro y de sangre el gran río, cuando sopla el barinés largo y recio y braman enfurecidos los paílonos de la Laja de la Zapoara, suelen remontar la corriente grandes cardúmenes de peces entre los cuales abundan los que le dan nombre a dicha laja ribereña y cuya pesca, practicada desde allí, constituye espectáculo emocionante para la población de Ciudad Bolívar, a causa de los graves riesgos a que se exponen los pescadores enardecidos, sobre la roca resbaladiza al borde del agua correntosa.

Muy aficionado a este deporte había sido Marcos Vargas desde los años de su infancia, y apenas oyó las voces que por la calle iban dando unos muchachones:

—¡La zapoara! ¡La zapoara! Ya viene el camboto.

Tomó la puerta y se encaminó a la laja.

Ya estaban allí, preparando sus tarrayas y robadores, "El Chano" y "El Roncador", de la pandilla arrabalera que antes capitaneara Marcos y ahora pescadores de profesión.

Los saludó desde lo alto de la roca con su antiguo grito de guerra:

—¿Qué hubo? ¿Se es o no se es? -agregando luego-. Vamos a ver si es verdad que en Trinidad se olvida lo que se aprendió en Ciudad Bolívar.

Por lo cual exclamó "El Chano":

—¡Ah, caramba! ¿Cómo que es el mismo "Caribe" de antes el que viene ahí?

—A la prueba me remito -repúsole-. Vayan preparándome mi tarraya mientras me desvisto.

—¡Ah, Marcos Vargas! -comentó "El Roncador", complacídamente-. ¡Genio y figura!

—¿Y qué, pues? ¿Crees que eso es jabón que se gasta? Aquí me tienen otra vez y vayan contándome mientras tanto qué ha sido de ustedes en estos cuatro años en que no nos hemos visto.

—Aquí, chico -repuso "El Chano"-. Ganándonos la arepa con la tarraya. Ya se acabaron aquellos tiempos de todos juntos y reuniones: el pata en el suelo y el patiquín. Ahora ca uno ha cogido pa onde le corresponde: tú pa la espuma que flota, aunque no quieras ser jabón que se gasta, y nosotros pa el asiento. Pero aquí estamos a tú mandar, los mismos de siempre para tí.

—Lo propio te digo, Marcos -añadió "El Roncador"-. Y ahora que te vemos, porque, francamente, no nos atrevíamos a dír a tu casa, sin sabé cómo íbas a recibírnos:

recíbe mí pésame por la muerte de tu viejo.

—Y el mío, Marcos. Ya tú sabes. Nada tengo que decirte.

Nosotros hemos sentío mucho la muerte de tu pobre viejo, que en paz descanse.

—¡Ya lo creo! Como que se les acabó la ganguita de comprar aparejos de pescar a menos de precio de costo. Pero dejemos el arreglo de esas cuentas para más luego, porque ya el cardumen viene llegando. ¡Y ah, camboto bueno! ¡Miren el aguaje! Ya las zapoaras, atraídas por la succión de los pailones, estaban al alcance de las tarrayas, y Marcos confundido entre los pescadores, desnudo de cintura arriba, descalzo y con los pantalones arremangados hasta los muslos, mientras en lo alto de la laja se apiñaba la muchedumbre que de toda la ciudad acudía a presenciar el espectáculo emocionante.

Pero Marcos Vargas no tenía ojos sino para el hervidero de las aguas cuajadas de zapoaras y a grandes voces celebraba la eficacia de sus tarrayas bien lanzadas:

—¿Qué hubo? ¿Se es o no se es? A lo que replicaban los pescadores, complacidos de verlo entre ellos:

—¿Eso fue lo que te enseñaron en el colegio de los ingleses?

—¡Ah, plata más perdida la que gastó tu viejo en eso! Como que no fue vendiéndonos a precio de costo, solamente, que se arruinó.

Ya se ocultaba el sol y eran montañas de oro las inmensas nubes encendidas de arrebos, a cuyos ardientes reflejos sobre las aguas rizadas por el barinés el gran río extendía de monte a monte la majestad de su hermosura. Hervían los pailones entre cuyos torbellinos iba cayendo el cardumen y sobre el bramido de la corriente enriscada se alzaban los gritos de los pescadores enardecidos y el vocerío emocionado de la multitud, por la tarea de los hombres arriesgados y la grandiosidad del incomparable crepúsculo.

Mas de pronto todo aquel rumor humano se convirtió en un solo grito de sobresalto: Marcos Vargas había resbalado y caído en los pailones.

Pero fue cosa de instantes no más el riesgo corrido. El remolino de las aguas no pudo arrollarlo, las cortó a brazo esforzado, ganó el remanso y volvió a treparse sobre la laja antes que los pescadores lograran acudir en su auxilio.

Y ya estaba allí lanzando su grito alardoso:

—¿Qué hubo? ¿Se es o no se es? Mas aún no se había incorporado cuando se le plantaba por delante, increpándole, una jovencita de rubia melena y mirada centelleante:

—¡Bruto! ¡Requetebruto y mil veces bruto! Me has dado un susto por estar echándotelas de gracioso.

!Me provoca darte una cachetada! Tendría unos quince años, era realmente linda y la cólera la embellecía aun más.

De rodillas y con las manos todavía apoyadas sobre la laja, Marcos se la quedó mirando en sí lencio y luego replicó, socarronamente:

—¿A que no?

—¡A que sí! Y de las palabras a los hechos.

!Plaf! En seguida le volvió la espalda y sacudiendo la dorada melena, con lumbre en los ojos altaneros, llena de sí misma, atravesó por entre el gentío que le celebraba la ocurrencia o se escandalizaba de ella y fue a reunirse con sus amiguitas, que no habían salido de su asombro.

Marcos permaneció tal como estaba, contemplándola, deslumbrado todavía por la visión de su belleza y murmurando:

—¡Tú me la pagarás! ¡Tú me la pagarás! Era la primera vez que experimentaba una emoción amorosa. Hasta allí su mundo había sido rudo y viril, abriéndose camino a bofetada limpia, primero en el arrabal bolivarense a la cabeza de su pandilla y luego en el mismo colegio de Trinidad... Era lógico que con

**una, bien sentada en su mejilla, le hubiese dado el amor aviso
de su existencia.**

Por el camino y ante la vida

Cantaban los gallos que anunciaban el alba cuando Marcos Vargas salía de Ciudad Bolívar, vía del Yuruari por el paso de Caruache sobre el Corino. Acababa de cumplir los veintiún años, que lo hacían dueño de sus actos, iba solo, la bestia que lo conducía no era suya, y dinero, ni lo llevaba encima ni lo tenía en ninguna parte. Era un hombre con suerte por el camino y ante la vida.

El camino no era todavía el de la aventura temeraria a que se lanzaban los hombres animosos, no conducía al lejano mundo de la selva fascinante, vislumbrado a través de los cuentos de los rionegreros; pero sí lo llevaba a encararse con la vida, hasta allí transcurrida al arrimo paterno, a luchar entre los hombres y contra ellos, y la emoción de sí mismo ante el incierto destino era tan intensa que le parecía cual si a nadie hubiese ocurrido nunca cosa semejante.

Y así iba, cabalgando ensimismado, cuando lo sorprendió, ya pasado el mediodía, la brusca aparición de uno de los espectáculos predilectos de su espíritu.

Azul, de un azul profundo que hacía blanco el del cielo, hermoso entre todos los ríos y con escarceos marinos del viento contra la corriente, el Caroní arrastraba el resonante caudal de sus aguas entre anchas playas de blancas arenas, y aquel que tanto sabía acerca de los grandes ríos de Guayana y con las más ardientes imágenes se los tenía representados, no como simples cursos de agua sino cual seres dotados de una vida misteriosa, aunque ya algo de éste había visto, no pudo menos que detener bruscamente la bestia, exclamando:

—¡Caroní! ¡Caroní! ¡Así te nía que ser el río de los diamantes! Entretanto, desde el corredor del paradero del paso, en la misma margen izquierda, alguien lo observaba y se decía:

—Ése debe de ser. ¡Buen plantaje de hombre tiene el mozo! Y luego, saliéndole al encuentro:

—¿Es usted Marcos Vargas?

—Así me dicen y yo lo repito.

Para servirle.

—Manuel Ladera -dijo el otro presentándosele-. Mucho gusto en conocerlo.

Era un hombre maduro, de aspecto afable, rico propietario del Yuruarí y dueño de uno de los mejores convoyes de carros que para entonces recorrían los caminos de aquella región, siendo éste uno de los negocios más productivos, por el alto valor de los fletes. Sin embargo, ahora había decidido venderlo y Marcos Vargas iba a comprárselo, previo acuerdo telegráfico de reunirse allí para cerrar el trato.

Dirigiéronse al mesón del paradero, donde los esperaba el almuerzo ya pedido por Ladera y éste dijo al tomar asiento:

—Ya tuve el gusto de conocer a su padre, que era uno de los hombres mejores de Guayana, si no el mejor. Hace unos catorce años fuimos socios en un negocio de ganado que tuvimos por los llanos de Monagas.

A lo que repuso Marcos:

—Pues aquí tiene al hijo, que es de lo peorcito que hay en Ciudad Bolívar, para jugarle limpio desde el principio.

—Que ya es algo que no se da todos los días, pues ahora lo que se estila es el juego sucio. También he tenido el honor de conocer a misia Herminia, su santa madre de usted.

—Santa es poco, don Manuel.

Pero ya usted me amarró con ese adjetivo para mi vieja.

—Me agrada oírlo expresarse así, porque un buen hijo, aunque sea desconocido por lo demás, ya es para mí la mitad de un amigo de toda mi estimación.

—Pues le cojo la palabra.

—Ligera la tiene usted, ya voy viendo.

—Aunque no sé si tengo derecho a llamarme buen hijo, pues mi vieja hizo sacrificios por mi educación, de los cuales no sacó el fruto que esperaba. Hipotecó su casa, resto de la herencia de mi abuelo, para pagarme colegio de donde saliera yo hombre formal. Ella había oído decir que la disciplina inglesa estaba muy recomendada en mi caso y para hacer la prueba se gastó en un colegio de Puerto España unas cuantas libras, que ahora le están haciendo falta. Pero resultó que en Trinidad no se olvida lo que se aprende en Ciudad Bolívar cuando uno lo lleva en la sangre, y de allá regresé, hace pocos meses, tan descompuesto como me fui.

—Ahora le estará pesando.

—Sí y no. Sí, por el dinero perdido de mi pobre vieja; no, porque eso de las disciplinas, inglesas o de donde sean, es relativo y pasa con ellas como en las zapaterías, que unos se calzan de percha y otros a la medida.

—¡A ver! Explíqueme eso.

—Quiero decir que a unos pueden imponerles con reglamentos la disciplina que han inventado otros para el público grueso —siguiendo mi comparación— porque están muertos por dentro y cualquiera les sirve; mientras que otros, vivos hasta el fondo, tienen que escoger la suya por sí mismos, viviendo su vida.

—¿Y usted es de esos que no tienen pie de percha?

—Por lo menos hasta ahora no me han servido las medidas del montón.

—Está bien eso, Marcos Vargas. Ya veo que no tiene usted cabeza por adorno solamente.

—La idea no es mía del todo.

Por lo menos la comparación con la zapatería es de mi viejo. Como en "Salsipuedes" también se vendían zapatos...

Sonríe Manuel Ladera y Marcos prosigue:

—¿Por qué le cuento a usted esas cosas?

—Porque ya me había anunciado que era de lo peorcito que hay en Ciudad Bolívar y tenía que demostrármelo.

—Pero con ganas de ser amigo suyo, a ver qué se me pega de usted. Porque el que a buen árbol se arríma...

—El palo le cae encima.

—Eso está por verse. Yo me fío siempre a mis repentones y el que me ha producido usted no puede ser mejor.

—Pues vamos a tratarnos con franqueza desde el principio, porque algo de eso suyo tengo yo y ya me ha sucedido con usted. Y entrando en el negocio que aquí nos reúne, ¿sabe por qué vendo mis carros?

—Me han dicho que desea descansar de la atención que le causan, habiéndole ya producido bastante.

—Sí, me han producido buen dinero y seguirán produciéndomelo; pero la verdadera causa es otra y debo explicársela con toda franqueza: vendo los carros porque José Francisco Ardavín se ha metido en el negocio. La eterna calamidad de los caciques políticos, que son el azote de esta

tierra, pues no hay empresa productiva que no la quieran para sí solos. Ardavín, cuya mala fama tal vez no le sea desconocida, se nos está atravesando en el camino, y como entre él y yo median además circunstancias de orden íntimo, para evitar rozamientos y complicaciones mayores, ya que a Dios gracias mis recursos me permiten vivir tranquilo, he resuelto vender mis carros y dejarle el campo libre por mi parte. Como usted comprenderá, estas confianzas poco comerciales no tenía por qué hacérselas a mis posibles compradores, pero usted me ha caído en gracia - es decir: en justicia- y no quiero que más adelante pueda decir que lo enzanjoné en un negocio malo con los ojos tapados.

—¿Así es la cosa? -se preguntó Marcos-. ¿Quiere decir que es con los Ardavínes, con los tigres del Yuruarí, con quienes me las voy a entender?

—Nada menos, joven.

—¡Ni nada más tampoco! ¡Compro los carros y salga el sol por donde quiera! Y Manuel Ladera, con arranque originado de la admiración por la hombría temeraria, sentimiento de cuyo bárbaro imperio nadie parecía librarse por allí:

—¡Así me gusta oírlo! -exclamó-. Yo me retiro del negocio porque ya voy para viejo, no me falta de qué vivir y tengo cría por la cual he de mirar; pero usted está empezando y tiene que arrear para adelante, hoy o mañana. Y para que de una vez comience a sacarle provecho a esa decisión de hombre, voy a rebajarle trescientos pesos del precio que estaba pidiendo por los carros. Aquí le tenía ya el recibo, de acuerdo con su telegrama aceptando el precio.

Vamos a corregirlo de una vez.

—¡Un momento, don Manuel! -atajó Marcos-. Déjelo así como está. Ya usted me ha explicado honradamente lo que tenía que explicarme, y ahora me toca a mí decirle cómo es que le voy a comprar los carros: fiados, para pagárselos con el mismo producto de ellos, sin fijarle cantidad, porque será la mayor posible. Y en cuanto a los trescientos pesos de la rebaja, esos me los dará en efectivo, ahora mismo o en Upata, porque vengo limpio.

Manuel Ladera se quitó las gafas, puestas para lo del recibo, se echó sobre el respaldo de la silla y mientras limpiaba los cristales, dijo:

—Mire, joven. Yo nunca he hecho negocios malos a ciencia y paciencia, ni todavía tengo necesidad de hacerlos, a pesar de lo que le he manifestado, pues llegado el caso extremo, suelto las mulas y los bueyes en uno de mis potreros y casi no he perdido nada. Pero tampoco nadie me había hecho hasta ahora una proposición como la que usted acaba de formular y...

¿quiere que le diga? ¡Me ha gustado! Son suyos los carros y aquí tiene ya los trescientos pesos, porque un hombre como usted no puede andar sin dinero donde tantos bríbones cargan los bolsillos repletos.

Sacó la cartera, se los entregó en billetes, y éste fue el primer dinero - y el primer amigo- que obtuvo Marcos Vargas por el camino y ante la vida.

Unas manchas de sangre

En la balsa del paso cruzaron el Caroní y cuando saltaron a tierra Manuel Ladera dijo:

—¡Bueno, Marcos Vargas! Ya está en el Yuruari y que le sea de provecho. En la tierra del oro y de los hombres machos, como dicen por aquí.

—Y de las mujeres bonitas -completó Marcos.

—También dicen y no es mentira. A ver si se enamora de alguna y se queda entre nosotros.

—Sí usted supiera, don Manuel... Ya esa diligencia como que está hecha.

—¿Sí? Pues ya voy viendo que usted es de los que, cuando se ponen en camino, todo lo llevan en la magaya.

Atravesaron el bosque ribereño y al caer a unas casetas por donde pacían algunas reses, Ladera explicó:

—Ya esto es "Tupuquén" y está a su disposición, como todo lo que me pertenece. Tupuquén llaman una hierba brava, más eficaz que el hacha y que el fuego mismo para acabar con el monte tupido, pues donde ella se mete ya no crece otra cosa. Por aquí reinaba a sus anchas, de donde denominé así esta finca y no se imagina usted los trabajos y el dinero que me ha costado extirparla... Otro tupuquén reina también por estas tierras:

las llamadas riquezas del Yuruari, el purguo y el oro que quitan los brazos de la agricultura. Los brazos y el capital, que ya tampoco quiere invertirse en ella. Al purguo y al oro los llaman la bendición de esta tierra, pero yo creo que son la maldición. Despueblan los campos y no civilizan la

selva, dejan las tierras sin brazos y las familias sin apoyo y corrompen al hombre, desacostumbrándolo del trabajo metódico, pues todos nuestros campesinos ambicionan hacerse ricos en tres meses de montaña purgüera y ya no quieren ocuparse en la agricultura. Lo desmoralizan profundamente, pues la tragedia del purguo -aquí, como el caucho en Rionegro y la sarrapia en el Caura- no consiste sólo en que empresarios sin conciencia exploten al peón por medio del sistema del avance -dinero y bastimentos a cuenta de la goma que saquen-, que casi equivale a comprar un hombre por cuatro reales y para toda la vida, sino también en que el peón le toma el gusto al venderse de ese modo y cuando coge el dinero del avance no le importa malgastarlo, pues ya está pensando en el fraude de la piedra dentro de la plancha de goma y en fugarse de la montaña debiendo lo que se ha comido. En picurearse, como ellos dicen. Que, naturalmente, la peor parte la lleva el peón, pues vaya usted a ver lo que encuentra en la montaña: un plato de "paloapique" que no lo alimenta, de donde adquiere el beriberi, que lo mata o lo inutiliza para toda la vida, y la esclavitud, casi, por la deuda del avance, sin modo de zafarse ya del empresario, ni autoridad que contra él lo ampare, porque generalmente lleva parte en el negocio y en todo caso se inclina del lado del fuerte contra el débil. La esclavitud, que a veces la heredan los hijos con la deuda. Eso de la riqueza que producen el oro y el caucho sólo es verdad para los privilegiados.

Marcos Vargas no estaba de acuerdo. Era posible que desde un punto de vista práctico Ladera tuviese razón; pero la aventura del caucho y del oro tenía otro aspecto, el de la aventura misma, que era algo apasionante: el riesgo corrido, el temor superado y aquello mismo de ir y volver a tirar el dinero, con que el hombre desafiaba al destino. ¡Una fiera medida de hombría!... Pero se abstuvo de manifestar su opinión.

Por otra parte, ya Ladera abandonaba el tema, refiriéndose a una casa internada entre el bosque:

—Eso es Guaricoto, a donde traigo la familia a temperar, todos los años por la Cuaresma, que es cuando son más sanos estos lugares.

Menos ésta pasada, que tuvimos que quedarnos en Upata por enfermedad de una de las muchachas.

Y Marcos saliendo de su mutismo por las bromas a que lo inclinaba la simpatía que le inspiraba Ladera:

—¿Tiene muchas, don Manuel?

—Algunas y para varios gustos, pues son tres, que ya es bastante.

O dos, para el interés a que pueda obedecer esa pregunta suya, porque Maigualída, la mayor... Y ya que el caso viene, voy a explicarle cuáles son esos motivos íntimos que, según ya le he dicho, me obligan a evitarme rozamientos con José Francisco Ardavín. Este hombre, que es la suma de todos los defectos posibles, le dio por enamorarse de mi hija Maigualída, y como ella no lo aceptó -piensa él que por consejos míos- le juró que mataría a todo el que la pretendiera.

—Y cumplió su promesa -agregó Marcos-. Algo de eso recuerdo haber oído en casa.

—Sí. Un forastero, mozo muy estimable, que gustaba de mi muchacha y empezaba a decirle. Ardavín lo sorprendió una tarde ante la ventana de casa conversando con ella y en su presencia lo asesinó cobardemente. Desde entonces mi pobre hija vive quitada del mundo.

Hace una pausa y volviendo al tono chancero, agrega:

—Por eso le digo que son dos las que componen la mercancía realizable que tengo en casa. Ya se las presentaré. Son unas pollitas todavía, pero como usted dice que su diligencia está hecha, no hay peligro de que me las enamore.

—¡Hum! -hizo Marcos, comprendiendo que Ladera quería mantenerse en este terreno-. No se fie de forasteros, don Manuel.

—¿Así es la cosa? ¡Ah, Marcos Vargas! Usted va a caer muy bien por estas tierras, donde el buen humor, a pesar de todo, es un salvoconducto que abre todas las puertas.

—Pues para usted no habrá ninguna cerrada y como no le falta el aceite que afloja todo tornillo, porque el ganadito que voy viendo es bastante...

—Y ya verá más. Pero estas sabanas dan mucha brega, porque los bichos se recuestan contra el monte y hay que trabajarlo a pecho de caballo. Allá en "La Hondonada", donde pernoctaremos, ya son sabanas más fáciles, aunque durante el verano al ganado lo castiga mucho la sequía.

Y pasando de lo particular y propio a lo general, donde ya era francamente pesimista:

—Eso es Guayana. Mucho río, agua como para abastecer a todo el país, y, sin embargo, tierras secas que dan tristeza.

Y por aquí continuó durante un buen rato hablando de las calamidades de su tierra, donde todo lo que fuese obra del hombre corrigiendo la Naturaleza estaba todavía por hacerse.

—Mire -dijo, de pronto, interrumpiéndose y deteniendo la bestia-: esa es la Laja de los Frailes, donde según la tradición fueron fusilados los de las misiones de Caroní por órdenes del general Piar, cuando la guerra de la Independencia. Por ahí, más adentro, estaban las ruinas del convento, pero ya no queda nada.

Todas estas casas de por aquí están pavimentadas con ladrillos sacados de esas ruinas, que por eso los llaman fraileros. Unos ladrillos que duran siglos, que ya no saben fabricarlos nuestros alfareros. Como todo lo bueno de antes, que se ha perdido.

—Se llevarían los frailes la receta -dijo Marcos sin tomar la cosa en serio.

—¡Si fuera eso sólo! Pero es que la gente de esos tiempos tenía la conciencia de que estaba fundando un país y todo lo hacía con vistas al porvenir, mientras que los hombres de ahora sentimos que este país se está acabando ya y no nos preocupamos por que las cosas duren. Por el contrario, queremos destruirlas cuanto antes.

Esta visión pesimista era totalmente nueva para Marcos Vargas, quien se lanzaba a aquel mundo con la generosidad de sus años mozos como al mejor de todos los posibles; pero al oír a Manuel Ladera se comprendía que hablaba con el corazón lleno de amor a su tierra, amor doloroso, de calidad más noble que el simple apego que hace entonar el canto, y escuchando al hombre maduro entraron en el alma del joven aires que luego harían borrascas.

Y esto dijo Ladera:

—Pero no hablemos más. Mire lo que viene allí.

Lo que venía -y a menudo suele encontrarse por los caminos del Yuruarí- era una res destinada al consumo de algún caserío vecino, atada a la cola de un burrito por un cabo de sogá que le traspasaba la nariz perforada y sangrante y con la cabeza enfundada, salvo los cuernos, en un trozo de coleta. La conducía un hombre a pie, aunque en realidad el conductor era el burrito que, adiestrado para este oficio, trotaba por delante de ella zigzagueando, para quitarle con el aturdimiento del rumbo incierto toda gana de cornearlo que pudiese traer.

Y Manuel Ladera explicó por qué había dicho que no había que hablar más:

—Ahí tiene la historia de Venezuela: un toro bravo, tapaojeado y naríceado, conducido al matadero por un burrito bellaco.

A lo que replicó Marcos:

—¡Ya ve, don Manuel! Eso es lo que yo llamo calzarse a la medida. En el colegio de Ciudad Bolívar quisieron meterme en la cabeza la historia escrita de Venezuela y nunca logré entenderla, mientras que ya me la explico toda.

—Por algo se ha dicho que el viajar ilustra. Aunque sea por estos caminos.

Y entretenidos con estos tópicos cabalgaron un rato.

—¡Mire! -volvió a interrumpirse Ladera-. ¿Ve esas manchas de sangre en esa caja?

—No serán de los frailes de las Misiones, supongo.

—De un pobre negro de las minas de El Callao a quien asesinaron ahí anteayer. Lo traían preso, codo con codo. Un comisario de nombre Pantoja lo conducía a Ciudad Bolívar y al llegar a este sitio lo baleó. Dice que el negro lo atacó, pero no me explico cómo, pues estaba maniatado, y así lo vi después de muerto, viniendo yo de "La Hondonada". Detrás de aquella vuelta oí los tiros.

—Quiere decir -observó Marcos- que lo del burrito y el toro sucede a veces al revés.

—Justamente. Aquí el toro, a toda punta, fue el comisario. Un hombre que debiera estar en un presidio el tal Pantoja. O mejor dicho: Cholo Parina, pues, según algunos que han estado por el Atabapo, éste es el verdadero nombre del comisario.

—¡Cholo Parima! -exclamó Marcos, refrenando la bestia con brusco movimiento maquinal.

—¿Lo conoce?

—De nombre solamente. Ése fue quien asesinó a mi hermano Enrique, hace doce años, la noche en que los machetes alumbraron el Vichada.

Había empleado la frase acostumbrada por allí para designar la espantosa degollina, una de tantas jornadas sangrientas de la epopeya cauchera, y Manuel Ladera no halló qué decir.

Cabalgaron durante un buen rato en silencio, Marcos Vargas con una sonrisa sombría inmovilizada en el rostro y Ladera observándolo de soslayo.

—¡Lo que son las cosas! -murmuró por fin el joven-. Yo tiraba hacia Rionegro, quería dedicarme al caucho, que enriquece en obra de meses, y últimamente hasta se me presentó una magnífica oportunidad, pero no podía manifestar ese deseo sin que mi madre se echara a llorar, y en cambio fue ella misma quien me dio la primera noticia de que usted

vendía sus carros, y cuando le comuniqué mi propósito de venirme al Yuruari se alegró mucho. Vio un negocio estable -si a dárseme llegaba- que me quitaría de la cabeza la idea de internarme en las selvas caucheras donde sucumbió mi hermano, y para allanarme este camino aceptó el sacrificio de mi separación de su lado y convino en vivir arrimada en casa de uno de mis cuñados mientras yo pudiera traérmela a Upata. ¡Lo que son las cosas, don Manuel!

—¿Qué está usted pensando, joven?

—Nada. Hablando es lo que estoy. Contándole cosas de mi vida pasada, así como ya le referí otras para que fuera conociéndome bien.

—¡Oiga, Marcos Vargas! ¿No será mejor que desista de comprarme los carros?

—¡Es que usted se arrepiente de habérmelos vendido en las condiciones...!

—No diga tonterías. Usted me entiende. Ya le he dicho que me ha caído a gusto y no quiero que por causa mía, hasta cierto punto, vaya a tener un mal resultado su venida al Yuruari. Estoy dispuesto a ayudarlo en lo que sea menester; estudie un negocio que le agrade y le convenga en Ciudad Bolívar y cuente conmigo para el capital que necesite.

—Muchas gracias, don Manuel.

Ya veo que usted cuando empieza a ser buen amigo no tiene cuándo acabar. Pero no se preocupe. A buscar malos encuentros no he venido al Yuruari, ni me pasaba por la cabeza la idea de que Cholo Parima anduviera por aquí: por muerto lo tenía ya; pero de la casa hay que salir, tarde o temprano...

Además, eso de los malos encuentros es muy relativo: el mundo está sembrado de ellos.

Manuel Ladera se quedó unos momentos mirándolo y luego repuso:

—Prométame, por lo menos, que los evitará.

—Prometido, don Manuel.

Y en silencio continuaron el viaje.

Juan Solito

Con la actividad desplegada en el hato de "La Hondonada", donde Ladera recogió un ganado que embarcaría por San Félix para las Antillas inglesas, sabaneando junto con él y sus peones, se le disiparon a Marcos los pensamientos sombríos, para los cuales su espíritu no tenía asideros perdurables, y cuando reanudaron la marcha, camino de Upata, charlaba animadamente, olvidado de Cholo Parima.

Atravesaban la montaña de Taguachí. Monte enmarañado a ambos lados del camino en cuesta, lleno de baches donde chapoteaban las bestias. Rastrojos cubiertos de malezas, silenciosos campos abandonados y uno que otro rancho de palma ennegrecida, derrumbándose ya. Mujerucas de carnes lacias y color amarillento, asomándose a las puertas al paso de los viajeros; chicos desnudos con vientres deformes y canillas esqueléticas cubiertas de pústulas, que se las chupaban las moscas; viejos amojamados, apenas vestidos con sucios mandiles de coleta. Seres embrutecidos y enfermos en cuyos rostros parecía haberse momificado una expresión de ansiedad. Guayana, el hambre junto al oro.

—Mire la obra del purguo y del oro -dijo Ladera-. ¿Se fija en que por todo esto no hay hombres útiles para el trabajo del campo? Abandonaron el conuco y la familia, muchos de ellos para enterrar sus huesos en la montaña, y por aquí no quedan sino los rezagos.

Pero se interrumpió al ver a un hombre de escopeta terciada a la espalda que más adelante acababa de salir al camino, para atravesarlo, por una de las picas de monte adentro.

—¡Juan Solito! -lo llamó, haciéndolo detenerse, y cuando ya se le reunía-: Buscándote venía, casualmente.

—Pues ya no necesita seguir -respondió el hombre sin alzar la vista del suelo donde la había fijado.

Mientras Ladera:

—Ahí tiene usted, Marcos Vargas, el cazador de tigres más famoso de todo el Yuruarí. Le dan el apelativo...

Pero el cazador le quitó la palabra:

—Porque es un Juan entre los muchos que caminan sobre la redondez de la tierra y porque siempre anda solo, que es la mejor compañía del hombre.

—¡Vaya oyendo, Marcos Vargas! Ahí donde usted lo ve, con su escopeta al hombro, lleva oculto un filósofo.

Y Marcos al cazador, haciendo alarde de su conocimiento en punto de supercherías populares:

—Y porque es mejor que la gente lo llame a uno como quiera, sin que uno dé nunca el nombre propio y verdadero, porque eso tiene sus riesgos, ¿verdad?

—¡Jm! -hizo el de la escopeta-. Si ya usted lo sabe, ¿pa qué lo pregunta? Barbudo, greñado, de aspecto selvático, edad incierta y sin apariencias de vigor físico que correspondiesen a su fama de cazador de tigres, Juan Solito era un personaje misterioso a quien se le atribuían facultades de brujo.

Decíase que había vivido mucho tiempo entre los indios del alto Orinoco, cuyos piaimas lo iniciaron en sus secretos, y así como se ignoraban su nombre, origen y procedencia, no se sabía tampoco dónde habitaba ni se le conocían relaciones permanentes con los moradores de la región.

—Pero decía usted, don Manuel, que venía buscando a Juan Solito - agregó, en seguida de las palabras dirigidas a Marcos y hablando de sí mismo como de tercera persona.

—Sí -respondió Ladera-. Iba a dejarte recado por el camino de que en "La Hondonada" está cebado un tigre que ya me ha matado dos becerros en lo que va de esta semana.

Juan Solito escupió la mascada de tabaco y contemplando luego el salivazo caído a sus pies, murmuró:

—Mire puej como renco y tó el de la pinta menudita se sabe procurá su comía.

—Parece que lo estuvieras viendo como en un espejo, sólo con mirar la saliva de tu mascada -repuso Ladera a tiempo que le hacía a Marcos guiñadas de inteligencia.

—¡Jm! ¡Quién quita, don Manuel! La humanidad de la tierra está sembrá de espejos donde se aguaitan las cosas más lejas y enmogotás. El tó es sabé mirarlas sin asco.

—¿Quieres decir que ya conoces el tigre que necesito que mates?

—Algo de él ha catao ya Juan Solito, si señó. La güella que va dejando dice que cojea de la mano derecha desde hace algunos días, a causa de habersele caído las garras, de donde se infiere que es viejo y que con la zurda es que ahora está tirando el zarpazo.

Pero así y tú dice usted, y su palabra vaya adelante, que dos becerros le ha comido en lo que va de esta semana.

—Y de los más bonitos. Anda por allá esta noche antes de que se coma el tercero.

—¿Esta noche? Esta noche no podrá ser porque ya Juan Solito está trincado de palabra por otro que también anda haciendo un esguace por los ranchos de estos montes.

—¿No será el mismo que se deja llegar hasta "La Hondonada"? —intervino Marcos, por ver hasta dónde llegaba la clarividencia del cazador.

—No, joven. Ni usted lo cree tampoco. Éste de por aquí es un tigre barreteado, forastero de por estos montes, por cierto.

—Pues, amigo —dijo Ladera dirigiéndose a Marcos—, está visto que usted es el hombre de las caídas en gracia, porque es la primera vez que Juan Solito acepta conversación de persona a quien no conozca de tres meses antes.

¿No es así, Juan Solito?

—De tres meses y los días que completan el ciento, que es el número de la sabiduría. Pero ya esa cuenta está hecha, don Manuel, y al joven aquí presente le sobra un pico en su favor...

—¿Sí? —inquirió Marcos, con verdadero interés—. ¿Dónde y cuándo nos hemos conocido?

—El dónde y el cuándo y el cómo son hijos suyos de la madre curiosidad. La que medra es que cada uno sepa lo que haga menester.

—¿No digo yo que por la boca de Juan Solito habla un filósofo?

—Los palos del monte, don Manuel, que le han enseñado su sabiduría. Pero, volviendo a lo suyo, pues usted no ha interrumpido su marcha para hablar de Juan Solito.

Mañana, primeramente Dios, estará Juan Solito en "La Hondonada" velando al reenco.

—Bien. Ya que no puede ser esta misma noche. Se comerá otro becerro, pues va un día sí y otro no, y hoy le toca.

—Espreocupese. Hoy tampoco irá. Ése cae por allá entre gallos y medianoche. Ya lo he sentido pasar por la montaña silenciosa.

—¿Y por qué no lo has matado? Dos mautes míos habría dejado de comerse.

—Porque naiden tiene derecho a atravesarse contra por gusto en el camino de otro que ande procurándose su vida con las armas que Dios le haiga dao.

—Por gusto no habría sido. De buena gana te pagaría ahora la libra esterlina de tu tarifa.

—No es por la paga, don Manuel, sino porque las causas no puén andá detrás de los resultados.

El tigre, en una comparación, siente primero el hambre y después se come el maute o el marrano; pero la visíversa nunca.

—¡Claro! -exclamó Marcos Vargas.

—No tan claro, joven -repuso el cazador, siempre mirando el suelo, y escupiendo por el colmillo el resto de la mascada, prosiguió-:

Ése jué, don Manuel, el acomodo que Dios les dio a sus cosas y Juan Solito no pué trastorná las leyes del mundo. Él tiene que decí primero, adresmente, voy a matá al tigre, pa después hacerlo. Pero antes con antes tienen que habele dicho: -Juan Solito, mátame ese tigre que me está comiendo lo mío-.

Porque eso de lo mío y lo tuyo, don Manuel, son cosas que no se le ocurren por su cuenta a Juan Solito. Él las escucha mentá y las repite no más. Allá ca uno con lo que le parezca claro, siendo turbio. Pero en el caso presente, como ya él está trincao de palabra con usté, lo que hará esta noche será amarrarle la güella al renco, pa paralo ande se encuentre a esa hora y punto, de mo y manera que no puea llegá hasta "La Hondoná".

Déjelo de mi cuenta y váyase tranquilo, que el renco no le mata más becerros.

—¡Amarrarle la huella! -intervino Marcos Vargas-. Explíqueme eso, viejo.

Pero como el cazador se limitara a sonreír, Ladera advirtió:

—A Juan Solito no se le arranca nunca una palabra respecto a sus secretos profesionales.

—¡Jm! El que aprendió callao, callao enseña, don Manuel.

—¿No le digo? Bueno. Juan Solito, voy a pagarte de una vez para que las causas vayan delante de sus efectos.

—Usté no ha entendío, don Manuel. No es que Juan Solito haiga querío cobrarle por anticipao, pues ya debe de sabé que él no tiene esa costumbre.

—Ya lo sé, hombre. No tomes a mal mis palabras. Te pago adelantao porque ya puedo considerar que el renco es tigre muerto, y porque llevando el dinero encima es más cómodo para mi salir de eso de una vez.

—Eso es otra cosa.

Y luego las palabras sin las cuales no tomaba nunca el precio de su trabajo.

—Venga el oro, que en las manos de Juan Solito no se quedará.

Tomó la moneda, la colocó sobre la palma de su mano izquierda, murmuró unas palabras ininteligibles, hizo sobre ella un rápido movimiento cabalístico y por último se la guardó en la faja, diciendo:

—Allá le dejaré el recibo.

¿Lo quiere con cabeza y tó como el de la otra vez?

—Ní con cabeza ní sin ella.

Ya tengo la casa llena de cueros de tigre.

—Es que éste es muy bonito, don Manuel. Y de historia famosa.

—Bueno. Déjame el cuero en "La Hondonada", para regalárselo al amigo Marcos Vargas en recuerdo de este buen encuentro que hoy ha tenido.

—Sus palabras serán cumplidas —dijo el cazador enfáticamente, y después de restregar con el pie desnudo el salivazo de la mascada, que era humor de su cuerpo y no podía secarse en el suelo sin que todo él fuera secándose al mismo tiempo, como árbol de donde huyese la savia, se despidió de Marcos Vargas de este modo:

—Bueno, joven. Ya usted ha visto y escuchao más de lo que Juan Solito se deja catá por el primer recién encontrao; pero lo que está bien escrito no se borra, y además de los demáses Juan Solito tenía una encomienda de memorias pa usted: "Cuando tú yendo allá, yo enseñándote las cosas".

—¡Ponchopire! —exclamó Marcos Vargas, acogiendo con júbilo el recuerdo de su adolescencia.

Y Juan Solito, dando por terminada la entrevista, ya atravesando el camino para internarse por otra pica de monte adentro:

—Y escuche esto, joven, que ahí le va dejando un hombre experimentao: no cargue su alma tan en los ojos como la lleva usted por estos caminos.

Dicho lo cual desapareció, monte adentro, cual si se lo hubiera tragado el misterio de que gustaba rodearse.

Continuaron su camino Ladera y Marcos Vargas, aquél diciendo:

—Hay quienes creen a pie juntillas que detiene realmente Juan Solito a un tigre o una persona amarrándole la huella, como él dice, práctica de brujería que le enseñarían los piaímas indios; pero lo cierto es que posee mañas para su oficio, pues nunca falla cuando se le encarga matar un tigre. Así, ingrúmo y sólo como lo ha visto, pues ni perro carga, se mete en la montaña y se pasa toda una noche en el veladero. ¡Qué digo una noche! Noches y días continuos, si es menester... Y lo de la moneda.

¿Se fijó en lo que hizo cuando la tomó? Siempre exige que se le pague con una esterlina y dicen que es para enterrarlas, para devolvérselas a la tierra donde fue extraído el oro, que según él es la causa de la maldición que pesa sobre Guayana. En lo cual estoy de acuerdo... Claro que con algunas se quedará, pues de algo debe vivir, como no sea de raíces del monte; pero eso es, entre otras muchas cosas, lo que se cuenta de Juan Solito.

Pero Marcos no le había prestado atención. Su pensamiento estaba en aquella tarde, ya lejana, de su breve conversación con el indio Ponchopire, otra vez experimentando la fascinación de aquel mundo de la selva misteriosa y el aborígen enigmático.

Y Manuel Ladera, como viese que sus palabras se quedaban sin correspondencia, murmuró:

—¡Ah, caramba! Al hombre lo han dejado caviloso las brujerías de Juan Solito. Éste era un Marcos Vargas que todavía no conocía.

III

Upata de los Carreros

Aire luminoso y suave sobre un valle apacible entre dulces colinas. Techos de palma, techos de cinc, rojos o patinosos tejados, una vegetación exuberante, de jardín y huerta domésticos, en patios y solares. Unos montes lejanos, tiernamente azules.

—Upata —dijo Manuel Ladera—.

Ahí tiene usted el pueblo de los carreros del Yuruari. Upata vive del tránsito: de los fletes de las cargas que transportan sus carros y del dinero que van dejando en ella los forasteros, cuando se dirigen al interior, hacia las montañas purgüeras y las quebradas del oro de Cuyuni y cuando regresan de allá a poner la fiesta, porque éste es el pueblo más alegre de todo el Yuruari.

—Y como es fama que éste es el pueblo de las mujeres bonitas...

—Pues ya usted verá si será agradable la fiesta. Aquellos montes azules son los de Nuria y ese farallón es la famosa Piedra de Santa María, de donde brota un agua que viene a representar aquí lo que la cabeza de zapoara representa en Ciudad Bolívar: cebo para atrapar forasteros. Ya lo llevarán allá las muchachas para bautizarlo con el agua que mana de ese peñón, a fin de que se case con una upatense y eche raíces aquí. O cargue con ella para donde prefiera, que es lo que a ellas les interesa.

—A mí que me bauticen cuantas veces quieran, pues como no estoy muy seguro de ser cristiano...

—¿A pesar de la diligencia que ya tiene hecha?

—Por sí acaso no se da...

Atravesaron un riachuelo en cuyas orillas algunos carreros abrevaban o bañaban sus mulas mientras sostenían entre sí una bullíciosa charla salpicada de malicias y fanfarronerías, y entraron en la población.

Calles de tierra roja por donde corrían los ríos de oro de la puesta de sol. Carros vacíos aquí y allá, con los varales en alto y en las ruedas el barro de los caminos recorridos; otros, cargados y cubiertos con los encerados, de tránsito para otras poblaciones, dentro de las rancherías

llenas de la animación de los carreros que charloteaban desunciendo las bestias, conduciéndolas a los pesebres, echándoles en ellos los haces de yerba.

Sonaba todavía por allá el trabajo cantarino de la mandarría del herrador contra el yunque, tintineaban las colleras de las mulas de otros convoyes que venían llegando o ya se ponían en camino, y aquí y allá, en las cosas y en las palabras que al paso se escuchaban -en la talabartería, la herrería o la carruajería- todo giraba en torno a la vida del carrero. En el aire flotaba el olor de las bestias. Por las conversaciones pasaban caminos. Camino de San Félix, camino de Tumeremo, camino de El Callao, camino de El Palmar... En Upata de los carreros todo viajaba.

Casuchas humildes techadas de palma carata; otras con techos de cinc, que eran las de comercio: la tienda, con cobijas de bayeta, abrigo de caminantes, colgadas en las puertas; la pulpería donde los peones que ya habían soltado el trabajo tomaban el trago de caña alborotando; otras con techos de tejas; las casas de las familias principales de la población, con muchas ventanas y lindas muchachas asomadas a ellas.

—¡Adiós, don Manuel!

—¡Adiós, mi corazón! -respondíale chancero-. ¡Qué cariñosa me saludas a la vuelta de este viaje! Aquí les traigo un candidato para la Piedra de Santa María. Dice que ya su mandato está hecho, pero no estaría de más que le echaran el aguíta que ustedes saben. Váyanse esta noche por casa para presentárselo.

Y las ventanas despedían risas para las bromas de don Manuel y miradas para el forastero de años mozos y presencia gallarda. Porque en Upata, que del tránsito vivía, también el amor tenía que poner sus esperanzas en el paso de los forasteros.

Vellorini Hermanos

Una de aquellas casas de comercio, la más fuerte de Upata, era la de Vellorini Hermanos, Francisco y José, corsos radicados en Guayana hacía unos treinta años y a quienes decíanles, respectivamente, Vellorini el bueno y Vellorini el malo.

Francisco, de carácter jovial, amigo de chanzas y muy dado a emplear los refranes y modismos del pueblo guayanés, con lo cual se había granjeado la popularidad de que gozaba; José, por el contrario, seco y reservado de trato cuando no gruñón y absolutamente intratable. Aquél, casado con una upatense, hermana de Manuel Ladera; el otro, soltero –o más propiamente: solterón–, de vida retraída y consagrada por completo a los negocios, al frente de la casa de Tumeremo, donde también predominaba la firma, y sobre cuyos escritorios paseaba suavemente su vida regalona, ronroneando, un gato negro de ojos verdes que parecía ser el único afecto de José. Éste, larguirucho, huesudo, de color amarillento y cabellos grises con algo de caspa, que lo avejentaban mucho, siendo apenas dos años mayor que el hermano; Francisco, regordete, un tanto apoplético, de ojos azules y mejillas al rojo de "brandy", del que era gran bebedor, aunque sin perjuicio de la seriedad comercial, ya que de la personal parecía carecer por completo.

Los remoquetes de bueno y malo que les daban eran de la regocijada y calculadora invención de Francisco, quien cuando alguno, valiéndose de la confianza que él le brindaba con su trato juguetón y campechano, le pedía favores o le proponía negocios no muy claros y lucrativos para la firma, acostumbraba responderle:

—¡Cómo no, chico! Tú sabes que yo estoy a tus órdenes por completo; pero, aquí entre nos, háblate primero con Vellorini "el malo", a ver si lo convences.

Porque como él es el cabeza de la firma, por mayor edad, saber y...

–y aquí hacía con el pulgar y el índice de la diestra un ademán que daba a entender dinero–. Éntrale con maña, pues ya sabes que es muy ñongo y desconfiado, mientras yo te ayudo desde aquí como quien no quiere la cosa, que es el procedimiento más eficaz.

Esto, naturalmente, a fuerza de decirlo, ya no había quien se lo creyera, pero en los primeros tiempos dio el resultado apetecido y luego quedó la costumbre de apodarlo "el bueno" y la de no perder el tiempo llevando el proyecto adelante cuando él así respondía.

En realidad, el pasado de bueno era José. Tonto para los negocios como tesorero para el trabajo que le dieran, siempre inclinado a abrir la mano, mucho más simpatizante con el criollo, aunque pareciese lo contrario y, por otra parte, sumamente dócil a la voluntad del hermano; pero como todo esto lo sentía y tendía a hacerlo con la aspereza de su trato, a Francisco se le ocurrió utilizar esta apariencia ingrata de modo que contra José fueran a estrellarse las pretensiones inaceptables, en virtud del pacto unilateral –pues José no hizo sino consentir y a

regañadientes- de que éste rechazara toda proposición que por obra de aquella trepa se le hiciese.

Así Francisco cultivaría las simpatías de la firma y José defendería los intereses, aunque después regañase con aquél por la parte odiosa que le tocaba representar.

—¡Eso es! ¡Sí, sí! Pero ¡sí es muy cómodo! Yo cargo con la fama de judío y eres tú quien exprime al cliente.

—Piensa que si te dejara la iniciativa de los negocios, con lo mano floja que eres, todavía andaríamos por ahí bongueando la pacotilla, como hace treinta años.

Mientras que hoy tienes una bonita fortuna.

—¡A mí qué me importa el dinero! -replicaba José echando los brazos al aire y sacudiendo las manos por encima de su cabeza-

Con un real diario tiene Pepitín -éste era el gato- para no morir de hambre.

—Sí. Y con poca cosa más, tú, que vives como un anacoreta.

—¡Ah! ¿Sí? ¿De modo que encima me llamas avaro? ¡Eso sólo me faltaba! ¡Avaro yo! Bien sabes que si atesoro el dinero es para legárselo a tus hijas cuando muera.

Pero el hermano, que ya sabía a qué atenerse respecto a aquellas bravatas, se limitaba a replicarle:

—Pues entonces déjame defenderles la herencia a mi modo.

Y esta escena se repetía -palabra más, palabra menos- cada vez que Francisco tuviera que advertirle:

—Por allá irá a hablar contigo Fulano. Ya sabes: suéltalo frío.

La casa de Upata, principal de la firma, recordaba en grande lo que en pequeño fue el comienzo de aquella fortuna. En ella se vendía de todo, por mayor y al detalle:

viveres, telas, calzados, sombreros, ferretería, talabartería, quincalla... Como en el bongo donde los jóvenes corsos ejercieron el comercio ambulante por los ríos y caños de la región cauchera y minera, de uno en otro campamento, y "El Bongo", se denominó al principio la casa de Upata hasta que, crecidas las hijas de Francisco, influyeron sobre él para que suprimiese de la fachada aquel recordatorio para ellas humillante.

Ahora decía "Vellorini Hermanos" en planchas de cobre a ambos lados de la puerta de entrada a la oficina.

En ella estaba aquella tarde Musiú Francisco -como popularmente se le decía- dirigiéndoles cuchufletas a los transeúntes y celebrando con risas asmáticas las que a él le devolvían, cuando se detuvo Manuel Ladera a presentarle a Marcos Vargas.

—¡Cuñao! -exclamó con acento y elocución imitados del pueblo-, ¿no se tropezó por ahí con sus carros? Me tomé la libertad de despachárselos para San Félix, para que me trajeran una mercancía que está haciendo falta en Tumeremo.

—Bien tomada, don Francisco -repuso Ladera-. Y a propósito, le presento al joven Marcos Vargas, a quien le he vendido mi tren.

Es a él a quien tendrá que pagarle los fletes de ese viaje y espero que continúe dándole sus cargas conforme a lo convenido.

—¡Cómo no, chico! -dijo Vellorini dirigiéndose a Marcos-.

¿Conque vienes a meterte a carrero? Bien pensado, porque ese negocio produce mucha plata. Si no, que lo diga el compadre, a quien no ahorcan por un millón de pesos.

—Me los irá a dejar usted en su testamento -repuso Ladera, siguiéndole el humor.

—No sea llorón, cuñao. No le tenga asco a la fama de rico, que lo suyo es bien habido.

Y a Marcos:

—Pues sí, joven, cuente con la cooperación de nosotros, pero sería bueno que se entendiera con Vellorini "el malo", para el asunto de tarifas de fletes.

—Con él estoy hablando, don Francisco -repuso Marcos Vargas, a quien ya Ladera le había referido la famosa martingala de su cuñado guasón-. Yo a don José no tengo todavía el gusto de conocerlo, pero aquí, entre nos, para mí que el malo de los Vellorini es el que me está oyendo. Yo le guardo el secreto si me da las cargas sin regatearme los fletes, que es lo que usted está maquinando.

Soltó Musiú Francisco la risa asmática.

—¿Qué le parece, compadre Ladera, el modo de conseguirse marchantes que tiene el pollo? Y continuando con el lenguaje metafórico de los aficionados a riñas de gallos -que pocos guayanenses no lo son- agregó dirigiéndose a Marcos:

—Ya veo que eres pollo de cría que entra soltando las espuelas al picar. Sí, te daré las cargas sin regatearte los fletes, porque me has matado el gallo en la mano; pero guárdame el secreto, como dices. Aunque ya éste

es como secreto llanero, ¿verdad, compadre Ladera? Y fue así como Marcos Vargas se ganó la voluntad de su primer cliente. Despidiéronse de don Francisco y oyéndose todavía la risa con que éste celebraba la ocurrencia, díjole Ladera:

—Bueno, Marcos Vargas. Ya están asegurados los gastos; de aquí en adelante todo es ganancia.

Mañana le presentaré a mis otros clientes, que no son tan fuertes como Vellorini Hermanos, pero producen una bonita base de utilidades, y pasado mañana, si este viaje no lo ha estropeado mucho, cogeremos camino de San Félix para embarcar mi ganado y entregarle allá los carros que ya van trabajando para usted. Ahora lo dejaré en la posada y esta noche iré a buscarlo para presentarle la familia.

Y por las muchachas asomadas a las ventanas:

—¡Mire cómo está alborotado el gallinero! Todas esas van a casa esta noche a conocerlo a usted.

Claro de luna

La luna desempeñaba aquella noche, con esmero y con gracia, sus funciones de alumbrado público.

Las blancas fachadas, los techos de palma carata y especialmente los techos de cinc, las copas de los árboles quietos en el aire sereno, el abrupto peñasco de Santa María y hasta los lejanos montes de Nuria reflejaban el claro fulgor apacible. Y, con la iluminación de ensueño componían la estampa romántica, música y canciones de la tierra.

Parecía cual si todas las muchachas de Upata, en las salas a ventanas abiertas o bajo las lámparas de los corredores frente a las puertas de par en par, se hubiesen propuesto tocar y cantar cuanto supieran: guitarras, bando lúnes y hasta un poco de piano; graciosos galerones, tristes maremares y la tonada ingenua de la canción de amor. Cosas de la luna llena y de la llegada de un forastero de años mozos y apostura gallarda.

Sólo la casa de las Vellorínis, entonadamente silenciosa y a ventanas cerradas, se desdeñaba de tomar parte en el concierto sentimental y pueblerino. Hijas del hombre más rico de Upata, famosas ellas mismas por su belleza y acostumbradas al buen tono de Niza y París, donde solían pasarse temporadas, las Vellorínis ni necesitaban asomarse a las ventanas para distraerse, ni mucho menos exhibirse cuando llegaba algún forastero, ya que a la hora de matrimonio serían ellas quienes escogerían entre cien pretendientes a cual mejor, ni de ningún modo se exponían a que se las confundiese con niñas cursis de bandolín y canción de amor, o vulgares de cuatro y galerón, puesto que eran mujeres de espíritu refinado y de piano y música grande.

Pero las Vellorínis eran tres, y si las dos mayores no querían hacerle a Marcos Vargas el honor de concederle importancia a su llegada, en cambio Aracelis -la bordona como le decían sus padres, al uso de allí, por ser la menorestaba aquella noche más inquieta que nunca en casa de sus primas las Laderas, donde se esperaba la visita del forastero.

—¿Qué te pasa, chica, que no calientas puesto? -preguntábanle las primas y las amigas allí reunidas, a quienes les pasaba lo mismo, pero eran más asentadas-

¿Cómo que has comido azogue esta noche? Ella no daba explicaciones, pero repartía pellizcos que las hacían chillar.

No todas eran chíquillas de catorce o quince años, como Eufrosina y Rosa María Ladera, ni todas, tampoco, habían salido de sus casas con intención de visitar las, sino que, paseando la hermosa luna que hacía aquella noche, se detuvieron un momento ante las ventanas y como las Laderas les dijeron:

—¿Por qué no entran? Entraron.

Pero don Manuel, cuando llegó acompañado de Marcos Vargas, apareció en la sala exclamando:

—¡Válgame Dios! Ya veo que me cogieron la palabra de esta tarde.

Y a Marcos:

—Amigo, usted nació de pies.

No hay duda. Mire qué cuadro más completo de muchachas bonitas para escoger novia. No tiene sino que echar una manotada de ciego.

Marcos Vargas no estaba acostumbrado a galanterías. Su medio habitual había sido masculino y rudo, y entre mujeres se sentía incómodo; pero salió del paso por donde Manuel Ladera le abría camino:

—De ciego tiene que ser -repuso- o por lo menos de encandilado, que para el caso es igual.

Pero ¿qué necesidad hay de escoger cuando todo es bueno? Yo, cuando me gustan varias cosas y me preguntan cuál prefiero, siempre acostumbro responder: ¡todas juntas! Una explosión de risas y de exclamaciones entre azoradas y complacidas, una de éstas proferida por Aracelis Vellorini:

—¡Antipático! Y que atrajo sobre ella las miradas de todas, a tiempo que se producía un silencio indiscreto.

Pero Aracelis tampoco se atortojaba o cuando más, salía del apuro repartiéndolo pellizcos. Chillaron otra vez las víctimas de sus uñas, y como esto dio ocasión para más risas, con el reír acabó de desahogarse el azoramiento producido por las primeras palabras de Ladera.

La aparición de Maigualida hizo enmudecer el coro de la frivolidad. La grave elegancia de su duelo -negro el traje, espiritualizada la belleza de su rostro por el trágico quebranto- era, realmente, algo que imponía respeto. Y con este sentimiento se puso de pie Marcos Vargas y luego le estrechó la mano que ella le tendía en silencio, acompañada de una sonrisa que sólo parecía expresar pudor del sangriento escándalo que mancillara su vida.

Por otra parte, no esperaba que saliese a recibir la visita de Marcos Vargas, pues vivía retraída de todo trato social -aparte de los años que la distanciaban del frívolo mundo de sus hermanas que allí rebullía -y así, mientras ella saludaba a las amiguitas de éstas, Manuel Ladera susurró al oído de su visitante:

—Es una deferencia muy especial, aunque bien merecida, la que le hace mi pobre muchacha, pues como ya le he dicho...

Marcos correspondió con una inclinación de cabeza, mientras su mirada seguía a Maigualida y su pensamiento trataba de representarse a José Francisco Ardavín. Y entretanto Aracelis no le quitaba la vista.

—Bien -dijo Maigualida, tomando asiento al lado de su padre-: estaban ustedes muy animados y no quiero ser aguafiestas.

A tiempo que la señora Ladera entablaba conversación con Marcos, sentado al lado suyo, para decirle que había conocido a su madre y había sido amiga de sus hermanas durante una temporada que pasó en Ciudad Bolívar cuando soltera.

Entretanto las muchachas cuchicheaban entre sí y Rosa María Ladera, junto a Aracelis, hacía visajes de admiración por algo que ésta le refería al oído mientras dirigía furtivas miradas a Marcos, quien se las correspondía aprovechando la sonrisa sacada para la conversación de doña María.

—¿Cómo le parece Upata? -preguntó Maigualida- ¿No había estado antes por aquí?

—No -contestó Marcos-. Pero así me la imaginaba.

—No puede quejarse de ella -intervino una de las visitantes-, pues lo ha recibido con una noche preciosa.

—Para puestas de sol, Ciudad Bolívar -intervino otra, en obsequio del forastero-. Pero para noches de luna, Upata.

—Y para otras cosas igualmente bonitas.

Se generalizó la conversación, vino al caso lo de la Piedra de Santa María, manifestó una que era necesario llevar allí a Marcos y éste repuso:

—No me resisto a que me bauticen, pero les advierto que ya estoy confirmado.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿No es con una cachetada que lo confirman a uno? Pues a mí me la dieron.

Y como esto aludía a lo que Aracelis ya le había referido confidencialmente a Rosa María Ladera, ésta prorrumpió palmoteando:

—¡Cuenta! ¡Cuéntenos eso! Nuevos pellizcos de Aracelis a la prima desleal, a tiempo que le hacía señas negativas a Marcos, provocaron el revuelo de la curiosidad.

—¡Sí! ¡Sí! -pidieron varias a la vez-. Cuéntenos eso de la cachetada.

—Pues bien, ya que se empeñan, allá va. Fue en la Ciudad Bolívar.

—¡Hum! -hizo Manuel Ladera-.

!Como vaya a resultar lo que me estoy imaginando ya!

—¡Cuenta! Cuenta y no pregunte.

—Allá va. De esto hace...

!Bueno! El tiempo que haga de esto no viene al caso; fue cuando la llegada de la Zapoara. Yo estaba pescando y en un descuido resbalé y caí al agua...

Y echó el cuento de la cachetada; concluyendo:

—Todavía llevo la marca de aquellos cinco dedos bien asentados y temo que no se me quite mientras viva.

Estallaron las risas y entre ellas las preguntas por lo que ya no era un secreto para muchas:

—¿Quién fue esa muchacha? ¡Nómbrela! Los cuentos se echan completos.

Pero Aracelis Vellorini era lo bastante resuelta para afrontar cualquiera situación difícil y poniéndose de pie, con las mejillas encendidas y los ojos despidiendo lumbre de orgullo, dominó el malicioso tumulto, exclamando:

—¿Quiéren saberlo? ¿Les interesa mucho? Pues voy a complacerlos yo misma. ¡Fuí yo quien lo confirmó, como él dice! Risas, palmoteos, exclamaciones de asombro de Maigualida, miradas escandalizadas de la señora Ladera a su marido y el comentario de éste:

—¡Conque ésa era la diligencia que me dijo el amigo que ya traía hecha! ¡Cuándo iba a imaginarme yo que se trataba de mí ahijada! En tanto que Aracelis, complaciéndose en el chasco que acababan de llevarse muchas de las allí presentes, insistía:

—¿No querían saberlo? Pues ya lo saben: está confirmado. De modo que no pierdan su tiempo en bautizarlo. Y ahora, ¡que se diviertan! Dicho lo cual abandonó la sala, sacudiendo sobre sus hombros la rubia melena y dejando entre sus amigas, bajo el disimulo de los comentarios risueños, esa mezcla de admiración y de rencor que inspiran los espíritus afortunados y llenos de sí mismos, cuando además poseen el don de la gracia.

—¡Ah, muchachita loca! -comentó la señora Ladera, para excusarla ante Marcos-. Hace y dice cuanto se le ocurre.

—¿Loca? -rectificó don Manuel-. La sangre corsa que le corre por las venas. Esa gente sabe ir siempre derecho a lo que se proponga.

Rato después se disolvía la tertulia y las amigas de las Laderas regresaban a sus casas en silencio, suspirantes, de tanto haber reído y porque para noches románticas, las noches de luna de Upata...

Los techos de palma, los árboles quietos, el alto peñasco, los montes lejanos... Pero ya no se oían las guitarras, ni los bandolines...

IV

Los Ardavines

Desde lejanos tiempos, los Ardavines venían figurando como hombres valerosos en la sangrienta historia de las revueltas armadas que, cual renitencias convulsivas de las profundas conmociones de las guerras de la independencia y de la federación, continuaban sacudiendo el país, y así como en otras regiones otros generalotes, a ello debíanle, de padres a hijos, el cacicazgo del Yuruari.

No siempre, es cierto, fueron una perfecta calamidad. País escasamente poblado y de gente aventurera y bravía -avalanchas de hombres de presa al cebo de la fortuna rápida-, allí como a las mordeduras del lobo en los mismos pelos, a los males del caciquismo en los caciques se les buscaba remedio y en ocasiones hubo Ardavines que desempeñaban oficios de poder moderador, a cuya sombra la gente pacífica podría librarse de los atropellos de las autoridades menores y de los desmanes de los matones que por la región pululaban, siempre que les fuera adicta, desde luego, o como por allí se decía en jerga de galleros: siempre que se les metieran bajo el ala.

Uno de estos raros caciques buenos y quizá hasta un caudillo, en la mejor acepción de la palabra, parece que iba a ser José Gregorio Ardavín; pero a lo más prometedor de su naciente carrera política se apartó de ésta y de la sociedad, se amancebó con una india arecuna que se había traído consigo de una expedición al alto Caroni y se internó en unos montes que poseía en las inmediaciones de El Callao.

Según algunos, la causa de este repentino trastorno y fracaso de su vida sería un mal bebedizo que le administrara la india para adueñarse de su voluntad; pero según otros, mejor informados al parecer, fue la repugnante enfermedad del carare, adquirida de la convivencia con la india durante aquella expedición, pues siendo muy cuidadoso del buen aspecto de su persona, cuando le aparecieron aquellas feas manchas incurables decidió aislarse, y así vivía, con la arecuna, en los montes de "Palo Gacho" hacía quince años.

Lo reemplazó en el cacicazgo su primo Miguel. Militar mediocre y político chanchullero de los de "un tírito al gobierno y otro a la revolución"

y sin más miras que las del peculado. Miguel Ardavín nunca habría pasado de pálido satélite del primo; pero en vida activa éste, su política marrullera había consistido en recoger a su sombra a todos los malos elementos del ardavinismo que fueran quedándose sin la protección del escrupuloso José Gregorio y con ellos formó el núcleo inicial de su partido, en torno al cual congregáronse después los que no sabían vivir sino bajo la jefatura del apellido histórico.

Hacia varios años que venía disfrutando de su feudo, con ejercicio de autoridad pública o sin ella, pues aun en este último caso era el régulo de lo que podía llamarse la política regional, y si su prestigio no era tan grande como llegó a serlo el de José Gregorio, sí era cuantiosa su fortuna, cuyas las mejores concesiones mineras y las empresas purgüeras más importantes, al frente de las cuales sus oficiales entretenían los ocios bélicos extorsionando peonadas que se convertirían en tropas cuando el jefe así las necesitase.

Menos todavía era José Francisco, hermano de José Gregorio; pero en él la diversidad se complicaba con un caso singular aunque muy propio del medio. Carente del valor tradicional de la familia hasta los extremos de la cobardía, pero doblado de impulsivo hasta los límites de lo patológico, esto hubo de suplir por aquello, sin lo cual nadie podría vivir en la tierra de los hombres machos y menos un Ardavín, llegando a ser tan perfecta la simulación, o mejor dicho, tan aparatosa, que muy pronto logró su propósito de hacerse temible.

Comenzó por baladronadas a la sombra del respeto que inspiraba su hermano, entonces en el auge de su prestigio político: emborracharse, meterse a caballo en las tabernas y garitos, quebrar a tiros las botellas y volcar a repechadas de la bestia las mesas de juego, aunque después tuviese que pagar daños y perjuicios excesivos. Que por la cuenta que esto les dejaba y por el temor de que José Gregorio, a pesar de su respeto por la propiedad ajena, practicase el proverbio de "a los suyos con razón o sin ella", tolerábanle tales atropellos los dueños de aquellos establecimientos.

Pero sólo él sabía cuántos es fuerzos le costaban estos escarceos de machía, que, lejos de aplacar los fantasmas de su miedo fisiológico -nervios destemplados, carne ruin-, le fueron creando otro, aun más atormentador. El aura que le formaba la mentira de su bravura y la fatal necesidad de acreditarla algún día con ejecutorias positivas, acabaron bien pronto por infundirle temor, ya morboso, de sí mismo, de los temerarios arrestos que en un momento dado pudieran ocurrírsele al falso valiente de día en día desligado del control a que al principio lo sometiera. Sólo que al darle cabida en su espíritu a esta reflexión ya penetrada de un sentimiento de inferioridad dúplice, no calificaba de falso al Ardavín valeroso que

quisiera manifestarse en él, sino por el contrario, al que sudaba frío y temblaba por aquél, no permitiéndole revelarse tal cual era. Hasta que por fin esta figuración de desdoblamiento, que ya era un pie en el umbral de la locura, se le materializó de tal modo, una mañana de borrachera tempestuosa la víspera, que sintió cual si de su cuerpo se desprendiese otro, llevándose todo el valor vital y las energías de ánimo, a tiempo que lo dejaba, por ilusoria mitad, yerto de pavor y de muerte próxima. Y gritó delirante:

—¡No lo dejen salir, que van a matarlo! ¡Sujétenlo! Era el fantasma de sí mismo, que ya no podía contentarse con aparatosas baladronadas, por causa de las cuales, intolerables ya y faltándole la sombra protectora del hermano —pues no se le escapaba que la de Miguel no lo cobijaría mucho—, se vería de un momento a otro en el trance de mostrarse capaz de la positiva proeza de bravura.

Para entonces, cediendo ya los complejos que pudieran contener aquella alma en delirio, le ocurrió enamorarse de Maigualida Ladera.

En realidad, lo había estado desde niño, sino que bajo la forma de un aborrecimiento rencoroso por una broma inocente que entonces ella le diera, preguntándole:

—¿A cómo vendes los pañuelos? —por decirle que llevaba fuera las faldas de la camisa.

Y quizá Maigualida, que de jovencita también le estuvo enamorada —por causa de aquella misma broma, posiblemente, que tanto lo afectó a él—, hubiera terminado por aceptarlo a pesar de todo, si al declararle su amor, ya tumultuosa pasión apenas roto aquel encubrimiento de timidez, no lo hubiese hecho con tan desordenada vehemencia, mostrándole la espantosa intimidad de su corazón al borde del crimen y suplicándole que no lo abandonase a tal destino.

Pero más poderosa que la inclinación que hacia él pudiera sentir fue el terror que la sobrecogió ante semejante confidencia y se quitó de la ventana donde ya oyera, dejándolo plantado.

—¡Pues mía o de nadie! —juró Ardavín.

Y no tardó mucho en cumplir su amenaza.

Un día, ausente de Upata, recibió aviso por uno de sus amigos de que Maigualida tenía novio, forastero por añadidura. Inmediatamente regresó al pueblo y como encontrase a su rival ante la ventana donde a él lo había desairado, lo desafió a muerte y, sin darle tiempo para que sacase el revólver, allí mismo le descargó el suyo en el pecho.

Lance personal y muerte dada en defensa propia -para la justicia sobornada-, apenas purgó aquélla con unos meses de prisión. Pero ya nadie podía dudar que José Francisco Ardavín fuese hombre de armas tomar y el propósito de hacerse temible ya estaba logrado.

Ases y suertes

Francisco Vellorini, extranjero y rico, podía disponer de sus cargas a su conveniencia o su capricho, pero no así los demás clientes de Manuel Ladera, y cuando éste les recomendó a Marcos Vargas para que continuasen confiándole el acarreo de sus mercancías, unos respondieron que lo pensarían y otros que acababan de comprometerse con el Coronel - que por antonomasia lo era José Francisco Ardavín, así como para referirse a Miguel decía, simplemente, el general-. Criollos y pequeños capitalistas, para aquellos comerciantes podía ser sentencia de ruina o de muerte la enemistad de los caciques.

Pero Marcos Vargas no se afligió y la ocasión acudió en su auxilio aquella misma noche, cuando al pasar frente a un garito en cuyo interior sentíase marejada de gentío inquieto, oyó decir que allí estaba José Francisco Ardavín, borracho y perdiendo dinero a los dados.

—¡Conque ahí está el tigre! -se dijo, deteniéndose-. ¿Y si entráramos a batirle en la cueva, antes de que él me lo haga a mí en un momento dado? Esta noche tiene la mala, según dicen, que si la regla no manca, debe ser la de aprovecharlo. Una ronca a tiempo siempre da buen resultado.

Y entró en el garito, no propiamente con ánimo de provocación, sino para conocer a su peligroso competidor y para someterse de una vez y cuanto antes a una experiencia inevitable: comprobar si en realidad sería capaz, llegado el caso, de enfrentarse con un hombre de las condiciones de Ardavín.

—Porque una cosa son pescozadas y cabezazos, que ya éstos los di cuando muchacho, y otra, muy distinta, tiros y puñaladas de hombres que pueden dar asco.

Y así diciéndose mentalmente, llegó hasta la mesa de dados donde jugaba el coronel Ardavín.

Era éste un hombre como de treinta años, de buena presencia y facciones finas, pero estropeadas por el gesto del matón, más visible y chocante durante las borracheras, que las tenía sombrías. Los que le hacían el juego, gananciosos, o también pertenecían a lo mejor de Upata, carreros casi todos, o eran forasteros que ya tenían participación en las empresas mineras y purgüeras de los caciques o tratándose de congraciarse con éstos venían en busca de aquélla; pero ni unos ni otros ya se sentían a gusto en torno al tapete, porque Ardavín no sabía perder y se estaba poniendo pesado. A sus espaldas, guardándose las, estaban tres sujetos malcarados que nunca lo desamparaban.

Acababa de ganar, por primera vez, y ya sacudía los dados cuando advirtió la presencia de Marcos Vargas.

—¡Señores! —exclamó—. Ha llegado el terror de los carreros del Yuruarí. El hombre que viene a arruínarnos a todos.

Y como Marcos Vargas se limitase a sonreír, desde el umbral de la puerta donde se había detenido y sin darse por provocado, agregó en lenguaje de gallero y con tono más insolente:

—Un pollo nada más. Emplumando todavía.

—Sí, coronel, emplumando todavía —repuso Marcos Vargas, como si lo tomara a broma amistosa—.

Pero aquí vengo a aprender de usted a dar con la espuela.

—Vamos, José Francisco —intervino uno de sus amigos, viéndolo empalidecer—. Ya está hecho el juego. Di topo y tira los dados.

Pero Ardavín no podía dejar sin respuesta aquellas palabras reticentes:

—Sin embargo —dijo—, Musiú Vellorini anda proclamando por ahí que usted es de los que entran matando al pícar. Pero como yo no creo en milagros de patarucos, al careo me remito.

—No haga caso de lo que oiga por la calle, coronel —replicó Marcos sin alterarse—. No pretendo arruinar a nadie, pues para eso se necesita ser rico como usted, sino ganarme la arepa, simplemente.

Deje que el sol alumbre para todos.

—¿Usted como que ha venido a darme consejo? —rebatía Ardavín, pasándose los dados a la mano izquierda para tener la diestra expedita.

Visto lo cual, insistieron sus compañeros:

—Echa los dados, José Francisco.

Mientras otros le hacían señas a Marcos para que se retirase, y a tiempo que uno de los espálderos de Ardavín le susurraba a éste:

—No vale la pena, coronel.

Ahí no hay hombre para usted.

Volvió los dados a la diestra y comenzó a sacudirlos.

Marcos Vargas permaneció en el sitio, todavía sonriente y experimentando una voluptuosidad nueva para él: el pleno dominio de sí mismo ante el primer hombre peligroso con quien se encaraba, algo que lo hacía sentirse macizo y clavado en el suelo.

Transcurrieron así unos momentos, pero Ardavín no echaba los dados, su mano tal vez no le obedecía y el sonido de aquéllos entre ésta crispada era ya una larga medida angustiosa del silencio que se había producido en el garito.

De pronto y con la palidez icterica de una resolución extrema ya pintada en la faz, puso los dados sobre la mesa e interpeló a Marcos, altaneramente:

—Bueno, joven. ¿Ha venido usted a jugar o a buscar lo que no se le ha perdido? Y esta pregunta dio el último toque a la idea que ya se le estaba ocurriendo a Marcos Vargas:

—¿Qué le diré, coronel? —repuso—. Ganas de tirar una paradita no me faltan.

Ardavín se llevó la diestra a la empuñadura del revólver. Se produjo un desplazamiento de los jugadores: unos hacia el que amenazaba esgrimir el arma; otros hacia los lados. Marcos continuó, sonriente:

—No es de eso, coronel.

—¡Ah! Creí que se trataba de una parada de hombre. ¿Es de plata, entonces? Pero ¿tendrá usted la suficiente como para que yo se la acepte en mi tiro?

—De plata, propiamente, tampoco es.

—¿De boquilla, entonces? Pues siga su camino, porque ni yo fío en la palabra del primer recién venido, que bien puede ser un maula, ni he puesto esta jugada para hacer obras de caridad.

Y a sus espálderos:

—¡Saquen de aquí a ese muérgano! Pero las injurias no hacían sino reforzar aquella sensación de plenitud de sí mismo que experimentaba Marcos.

—Aguarde un momento, coronel —dijo, avanzando hacia la mesa—.

Óigame la parada, que puede ser que le guste.

Detuviéronse los espalderos a una seña involuntaria de Ardavín y Marcos continuó, siempre avanzando hacia la mesa:

—Todavía no tengo sino un cliente: Vellorini Hermanos. Los demás son o serán de usted. Pero como no podré sostener mi negocio con las cargas de los Vellorini solamente y como para estar colgado más vale caer de una vez, le juego Vellorini Hermanos contra Ledezma y Compañía.

La sorpresa de la singular proposición hizo cambiar bruscamente la actitud agresiva de Ardavín:

—¿Qué clase de parada es ésa? —interrogó.

Y Marcos se limitó a replicarle, en la jerga del caso:

—¿Dice o no dice topo? Fíjese en que Ledezma y Compañía son mercancías solamente y en que le doy de ventaja el purguo de los Vellorinis, pues se los juego en paro.

Se produjo un murmullo. Al coronel pareció disipársele de pronto la borrachera. Ahora se le estremecían los músculos maseteros.

Los circunstantes vieron precipitarse la tragedia y los espalderos se miraron unos a otros. Marcos Vargas se había hecho sitio entre los que rodeaban la mesa. Intervino el empleado que cobraba del monto de las jugadas el tanto por ciento de la casa:

—Esa clase de paradas no están permitidas aquí, joven.

Pero Ardavín reaccionó contra él:

—¿Y a usted quién lo ha autorizado para que se mezcle en este asunto? Aquí nos jugamos la vida, si nos da la gana.

Y a los amigos, dando libre curso a su propensión por el hablar plebeyo:

—Compañeros, permítanme una palomita. Voy a pegarme rolo a rolo y verbo a verbo con este amigo que está jugando resteadó. Voy con usted, joven. ¡Topo la parada! Recogió los dados y volvió a sacudirlos en el hueco de la diestra, en medio del silencio unánime.

Pero Marcos Vargas advirtió que se había dejado uno, puesto en suerte, sosteniéndolo fijo con el meñique, mientras sacudía solamente el otro contra la sortija. Y protestó:

—Así no, coronel. No me maraquee el dado con la sortija.

Coja el cubilete o retiro la parada. O me deja correr los dados hasta el centro de la mesa.

Ardavín aparentó no hacer caso.

—¡Topo dije! Y echó los dados. Pero los dejó correr hasta el centro del tapete y salieron ases. Había perdido.

Se produjo el murmullo. Se sintió que ya en él palpitaba la admiración. Marcos Vargas no era un novicio, como se habían imaginado muchos y la martingala de la sortija no le había dado a Ardavín el resultado de otras veces. ¿Se quedaría con aquella protesta? -se preguntaban algunos-. Marcos Vargas le había sacado la trampa a la cara en presencia de todos.

—Coja los dados -dijose José Francisco Ardavín-. Todavía me quedan clientes y esta noche vamos a ver el hueso usted y yo.

—Eso es cosa suya, coronel.

Yo estoy resteadó desde el principio.

Recogió y sacudió los dados y agregó, al tono de la fanfarronería chocarrera del otro:

—Vaya diciendo por esa boca.

Los nervios de Ardavín -que nunca fueran tratados así- hacían bruscos y diversos movimientos inútiles, disparados y reprimidos unos por otros.

—Va Pérez Brindís, Sucesores, contra Vellorini Hermanos, con purguo y todo. ¡Y maraqueee bien los dados!

—Me lleva prensado, coronel, pero ya le di a entender que su boca sería la medida. Y en cuanto a lo otro, oiga el golpe. Yo no cargo sortija. Este toctoc es hueso puro.

—Diga topo, joven -intervino el casa, creyendo que Marcos iba a echar los dados sin cumplir aquel requisito indispensable para la validez de una jugada.

—No me hable en mi tiro -replicó-. ¿No le han dicho ya que en este asunto no tiene que meterse? Y por Ardavín:

—¡Topo el terció! Echó los dados con ademán tahur. Salieron suertes.

Una vez más el murmullo ya creciendo; Ardavín había perdido otro de sus principales clientes.

De la mesa había desaparecido todo el dinero de la jugada interrumpida. Detrás de Marcos se había abierto un claro entre los mirones.

Los espalderos no quitaban la vista del rostro del coronel, pálido como nadie lo viera nunca.

Pero la réplica de Marcos al empleado de la casa produjo de pronto en el ánimo desordenado de Ardavín un efecto a distancia e inesperado aun para él mismo. Se le disipó la tensión agresiva, pues aquellas palabras -que era ahora cuando propiamente las percibía fueron para él algo así como si Marcos, con quien ya estaba a punto de fajarse a tiros, le hubiese dado una muestra de acatamiento.

Cual si hubiera dicho al casa:

—Aquí no hay sino un hombre, José Francisco Ardavín, que ya le ha prohibido intervenir en esta jugada.

Y los movimientos inútiles e interferidos concurrieron todos a un resultado insólito. Dio unas palmadas llamando al mozo del botiquín y le ordenó:

—Sirva champaña para todos.

Y alzando la voz:

—He perdido dos clientes que maldita la falta que me hacen, pero he descubierto un hombre. ¡Un hombre a quien no se le agua el ojo ante otro hombre completo! ¡Y José Francisco Ardavín es amigo de los hombres machos! Se descargaron en charla ruidosa los ánimos contenidos.

Unos comentaban las genialidades del coronel; otros lo insólito de aquellas paradas; otros, discretamente, la audacia de Marcos Vargas y el humorismo que había en aquello de jugarse los Vellorinis contra los Ledezmas, comerciantes enemigos acérrimos; y cómo durante tales jugadas los gananciosos de las anteriores habían tenido la previsión de retirar sus dineros, aprovechando ahora lo contento que parecía hallarse Ardavín, dieron por terminada la partida y abandonaron el tapete.

Ardavín soltaba ajos estruendosos, pedía más y más champaña y exclamaba una y otra vez:

—¡Así me gustan los hombres! Y era tan frenético su entusiasmo que no parecía sino que hubiese sido él y no Marcos Vargas el héroe de la proeza, tal vez porque sus espalderos y aduladores no se cansaban de exclamar, como quien pondera grandezas:

—¡Ah, coronel! Sin embargo, varios amigos de los que acababa de conquistarse Marcos Vargas se apresuraron a aconsejarle:

—Tenga cuidado con ese hombre, que ahora es cuando está más peligroso. Mejor es que se vaya con nosotros.

Pero ya Marcos no podía retroceder, no sólo porque la prudencia, entendida de otro modo, aconsejaba no dar demostraciones que pudiesen envalentonar a Ardavín, sino porque también en él se había desatado ya la fuerza que los impulsaba a todos a la afirmación violenta de la hombría. En la tierra de los galleros el hombre tenía que hacer como el gallo que se engríe y canta después que mata.

En realidad quien balandroneaba era Ardavín:

—¡Más champaña! Traiga toda la que haya en el botiquín. Aquí todos somos iguales y quiero que todos me acompañen a celebrar el conocimiento que he hecho con este hombre completo que nos trajo Manuel Ladera.

Pero al pronunciar este nombre un nuevo sentimiento se introdujo de pronto entre los que se disputaban su espíritu bajo la tormenta del alcohol. Contrajo el ceño, le cruzó por el rostro una expresión sombría, soltó luego una risotada que bien podía ser incoherencia de la borrachera, pero que parecía algo más y de súbito:

—¡Vamos, Marcos Vargas! Vamos a despertar a los clientes que me ha ganado para entregárselos personalmente. ¡Para entregárselos, sí! Porque ésos eran míos, como es mío el ganado que lleva mi hierro. Ésos eran clientes de Manuel Ladera hasta ayer no más y tuvieron miedo de seguir dándole las cargas a sus carros en cuanto yo se las pedía para los míos. Por eso se los voy a entregar personalmente, como quien entrega un ganado que ha vendido. Porque con los cobardes no hay que tener consideraciones, ¿verdad, Marcos Vargas?

—Deja eso para mañana, José Francisco —intervinieron los que habían simpatizado con Marcos, recelosos de las intenciones de aquél al querer llevárselo consigo—. Esa gente está durmiendo hace rato.

—¡Como las gallinas, sí! Pero tendrán que levantarse, porque el que pertenece a otro tiene que estar siempre a la orden. Además, yo no puedo dormir tranquilo con deudas pendientes. Y de juego menos. Puedo morirme esta noche y entonces voy a estar penando por toda la eternidad.

Y entre risotadas:

—¡Las cosas suyas, Marcos Vargas! Mire que yo he visto paradas raras desde que estoy jugando dados, pero como ésas que usted me ha ganado esta noche ni me las había imaginado. "Le juego Vellorini Hermanos contra Ledezma y Compañía". ¿No fue así como dijo, Marcos Vargas? Véngase conmigo para entregárselos.

En eso llegaba el mozo del botiquín con el servicio pedido. De una manotada barrió del platón las copas de champaña, vociferando:

—No sirva más champaña por cuenta mía. El que quiera beber que gaste su plata. Aquí no habemos sino dos hombres y éstos nos vamos.

Unos rebulleron ofendidos, otros hicieron señas de que no les diesen importancia a tales palabras y Ardavín se llevó a Marcos Vargas, cogiéndolo del brazo y repitiendo:

—¡Dos hombres, y éstos nos vamos! ¡Dos solamente! Mas apenas había dado unos pasos cuando de pronto se retuvo, empujó a Marcos y echándose atrás sacó el revólver, diciendo:

—¡Qué cuento de dos! Aquí no hay sino un hombre -!uno solo!- que es José Francisco Ardavín. Pele por su revólver para que arreglemos de una vez estas cuentas confusas.

Se interpusieron los amigos, unos a impedir que Marcos hiciese armas, otros a evitar que Ardavín disparase la suya y éste vociferaba y forcejeaba energúmeno, cuando, dominando el tumulto, se oyó una voz de mujer:

—¡José Francisco! ¡Guarda ese revólver! Y como por encanto amainó la furia del borracho.

—No es nada, negra -balbuceó sumiso-. No es nada.

Era una mulata bien formada y vigorosa, antes de la carrera y ahora barragana de Ardavín, a quien por esto y por el inmundo dominio que ejercía sobre él apodaban La Coronela. Apestaba a perfumes finos copiosamente gastados y entre el carmín y los polvos y la soflama del genio traía amoratada la tez. Como la danta impetuosa por el monte tupido reventando malezas, se abrió paso por entre los hombres que rodeaban al suyo y apoderándose de él, bien asido el brazo ya inerte:

—Vámonos para casa -díjole, sin miramientos.

—¡Cómo no, negra! Sí, nos vamos. Basta que tú lo mandes -repuso Ardavín, tartajosa la voz entre los ahogos que eran todo lo que le quedaba de la cólera-.

!Marcos Vargas! No es que me voy, sino que me lleva la negra Juanifacia, como dice ella que se llama, que es la única persona ante quien baja la cabeza José Francisco Ardavín.

—¡Anda para casa, borracho indecente! -dijo la mulata. Y se lo llevó, como cosa suya.

Pero ya en la calle insistió Ardavín a gritos:

—No es que me voy, sino que me lleva la negra Juanifacia.

!Adiós, Marcos Vargas! Démele un saludo a Manuel Ladera. Dígale que José Francisco Ardavín le manda un abrazo.

Y soltó una risotada que frunció el ceño de los que la oyeron, ya conociéndola.

El fantasma encarnado

Hasta cierto punto aquella furia de elementos infrahumanos, aquella cosa de la mulata Juani facia -que así pronunciaba su nombre de Bonifacia- era una víctima del medio. Y allí estaba ahora, atormentado y abatido al borde de la cama mercenaria, los codos sobre las rodillas, la frente entre las manos, cuando oyó que llamaban a la puerta preguntando por él, y la barragana contestaba, despreciativa:

—Ahí está durmiendo su borrachera. Pase pa dentro y dispiértelo usted mismo si le interesa mucho hablar con él.

Se obscureció la habitación cuando el que llegaba se detuvo en el umbral. José Francisco se incorporó bruscamente, con movimiento maquinal de la diestra al revólver sobre el velador, y el que se había quedado en la puerta dijo, con sorna:

—Deje tranquilo el perfumador, coronel. Soy yo. Gente de paz.

—¡Ah! ¿qué te trae por aquí, tan de mañana, Pantoja? Era un zambo gigantesco, de rostro deformado por cicatrices.

Las de los machetazos que le diera Enrique Vargas en la desesperación de su vida en peligro -que ni aun así pudo salvarla- la noche de la degollina de Vichada.

—Vengo a pegarle un sablazo -dijo- mandado por el general.

Pero no es tan de mañana como usted se imagina.

—¿De cuánto? -preguntó, haciendo esfuerzos por superar la atonía mental del estrago alcohólico.

—De una esterlina no más fue el que quise darle a él, pa pagá unos piquitos que debo por el camino; pero me salió con que no tenía dinero a mano y que me llegara hasta acá para pedírsela a usted.

Por cuenta suya, supongo yo que será.

—¿Miguel como que se ha imaginado que yo soy tesorero suyo? —murmuró José Francisco—. Siempre está echándome el muerto encima.

—¡Barajo, coronel! —repuso el zambo—. Mire que lo escucha la Juanifacia, que anda curucuteando por ahí, y puede tomá la palabra al pie de la letra. Aquí no se trata de un muerto, sino de un vivo, que es el general. Dicho sea con el respeto debido.

Y como José Francisco no se decidía a lo del dinero pedido, insistió:

—Yo no hubiera venío a molestarlo tan de mañana si no fuera porque estoy limpio pa cogé camino.

—¿Para dónde la llevas?

—Pa San Félix.

—¿Otro negro? —murmuró Ardavín, sin levantar la cabeza, y con displicente alusión al último crimen de Cholo Parima, ahora comisario Pantoja al servicio de las autoridades del Yuruari.

—¡No, coronel! —replicó el hombrón, alojando una sonrisa cínica entre sus cicatrices—. Esta vez voy escotero, a Dios gracias, y de recorría simplemente.

Agregando, al cabo de una pausa:

—Manque también llevo un recaó del general pa el jefe civil del puerto.

—¿Sí?

—Una encomienda sin importancia: que le vaya amarrando el gallo que le tiene ofrecío, porque, primeramente Dios, en las próximas fiestas piensa jugarlo.

Y luego, con intención reticente:

—Una naitica, como quien dice.

¿Verdá, coronel?

—Así parece, por lo menos.

—¡Jm! Pero... como dice el dicho que perro viejo late sentao...

—Ya tú sabes de qué gallo se trata —completó Ardavín, displicente.

—Y usted también posiblemente.

Como que algo va a jugarse también en su pata.

Sospechaba el zaino ladino -espaldero que había sido del general Miguel Ardavín cuando éste fue gobernador del Territorio Amazonas, de donde se lo trajo consigo bajo el nombre de Pantoja, y a cuyo servicio continuaba aunque aparentemente al de las autoridades del Yuruari- que lo del gallo debía ser algún recado en clave, acaso relacionado con los proyectos revolucionarios que se le atribuían al caudillo, ahora apartado del poder, pues no era la primera vez que en casos semejantes le confiaba parecidas encomiendas, y como suponía que José Francisco debía de estar en el secreto y la ocasión era propicia para arrancárselo -con lo cual tendría prenda para hacer valer en un momento dado- dijo todo aquello.

En realidad, José Francisco estaba en el secreto de los planes de Miguel, aunque sólo de una manera general y vaga, y ahora compartía las sospechas del comisario respecto al gallo del recado; pero al mismo tiempo acababa de ocurrírsele una idea suya y la manera de deslizarla al cobijo de aquel sobreentendido. Y preguntó, con entonación ambigua:

—¿Conque una libra esterlina necesitas para ponerte en camino a desempeñar esa encomienda del general y él mismo te dijo que vinieras a pedírmela por cuenta suya? ¿No será poco. Chó... -este que digo- Pantoja? ¿Poco flete para tanta carga?

—¡Jm! ¿Me lo pregunta a mí, coronel? Porque, francamente, el "este que digo" ese...

Y José Francisco, como si no hubiera oído estas palabras, prosiguió desarrollando su plan:

—Voy a darte cuatro, que es todo lo que tengo a mano por el momento. Cógelas tú mismo de mi monedero, ahí en la blusa.

—Pues he salido ganando con que el general estuviera limpio -dijo Pantoja, disponiéndose a tomar el dinero de donde se le indicaba.

—Es el general quien realmente te las da. Tenlo en cuenta para la hora de los agradecimientos. Yo no quiero ganar indulgencias con escapulario ajeno.

—De todos modos, ¡Dios se lo pague, coronel! -repuso el zambo maliciosamente-. Ahora sí puedo cogé camino tranquilo y hasta echá una canita al aire, allá en San Félix.

Y Ardavín entre bostezos que parecían forzados:

—Por allá te vas a tropezar con Manuel Ladera. Ha debido salir esta madrugada, por lo que oí decir, y si apuras un poco...

Otro bostezo, con desperezamiento de brazos, y:

—Lo dejas por el camino.

Brillaron comprensivos los ojos del zambo. Otra vez la sonrisa siniestra reptaba por entre los costurones deformantes del rostro.

Pensó:

—¿Conque ése era el gallo? ¡Ah, general y su coronelito! Y luego, en alta voz:

—La cosa es que si ha salido de madrugá como usted dice, es mucha la ventaja que debe de llevarme.

—¡Buen! Te lo encontrarás en San Félix, donde va a entregarle sus carros a un tal Marcos Vargas a quien se los ha vendido.

Cholo Parima se acarició las cicatrices al oír el nombre del hermano de su víctima del Vichada y Ardavín concluyó:

—Creo que también va a embarcar un ganado... Que según he oído decir es el último lote que sacara de "La Hondonada"... Digo: en este año.

A la cual, todo bien entendido, agregó Parima:

—Si Dios no dispone otra cosa.

Y luego:

—Bueno, coronel. Ya he tenido el gusto de saludarlo. Que se le pase pronto ese ratón.

—Que me tiene loco, chico. No sé ni lo que digo.

—Pero se le entiende. Lo demás...

—¡Lo demás es lo de menos! Anda y vuelve.

—Ya me estoy diendo.

Momentos después Cholo Parima se ponía en camino, erguida sobre la bestia su corpulencia sombría, sonriendo para sus abismos interiores y acariciándose las cicatrices. Que cuando esto hacía se acordaba de "la noche en que los machetes alumbran el Vichada" y murmuraba entre dientes:

—¡Cómo me puso el difunto! Recuerdo que, además, ahora le venía de la alusión a Marcos Vargas hecha por José Francisco Ardavín.

Éste se pasó todo el día durmiendo y cuando despertó de nuevo, ya entrada la noche, volvió a sentarse al borde de la cama mercenaria, cruzó las piernas, acodó el brazo derecho sobre ellas, descansó la frente en la palma de la mano y se preguntó:

—¿Por dónde irá ya Cholo Paríma?... ¡Miren que es mucha coincidencia ese viaje para San Félix, hoy, precisamente!...

¿Quién mandaría a Manuel Ladera a coger ese camino?... ¡Y pensar que nunca hubiera sucedido esto si no se hubiera empeñado en atravesarse en el mío!... ¿Por dónde irá ya Cholo Paríma? Y durante un buen rato se le fijó en la mente la imagen de éste:

gigantesca figura siniestra, estrecha frente ceñuda bajo la cual iba una idea suya a ponerse por obra... Un vaivén de marcha a caballo, repercusión de su fantasma encarnado en el jinete sombrío, movíale la cabeza borracha apoyada en la mano...

V

Las palabras mágicas

Las primeras noticias acerca de aquellos panoramas le habían llegado a Gabriel Ureña hacia los quince años.

De vuelta a Caracas, por vacaciones, uno de sus tíos, que era jefe del resguardo del puerto de San Félix, llevó un precioso chinchorro tejido por los indios arecunas del alto Caroní, un moriche del delta del Orinoco muy cantador y un pichón de minero de los bosques del Cuyuní, pájaro salvaje que, según la leyenda, no canta sino donde hay yacimientos auríferos, de lo cual le viene el nombre. Llevó también un bastón de palo de oro para regalar a su hermano, el padre de Gabriel, y para éste un alfiler de corbata que ostentaba un cochano de los aluviones del Yuruarí, y entre otras cosas para sus hijos, una rancharía de indios con su churuata y sus curiaras, todo de balatá de los bosques de Gaurampín. Finalmente, llegó en compañía de Maigualida Ladera, que para entonces no llegaba a los quince, y de una inglesa larguirucha y sumamente fea, la primera para obsequiarla con una temporada en su casa, en correspondencia de las atenciones que en la de ella había recibido, y la segunda -de nombre Eva, nativa de Trinidad, a la cual había conocido en Guasipatí como institutriz de las niñas del general Miguel Ardavín- para que les enseñase el inglés a sus hijas.

La upatense, bonita, graciosa, cantarino el acento, sugestivo el nombre indígena, regresó muy pronto a su pueblo; el pichón de minero, no pudiendo acostumbrarse al cautiverio de la jaula, murió a los pocos días; pero aquélla con sus encantos, éste con su leyenda y el tío con lo que refería de las prodigiosas riquezas del suelo guayanés, trastornaron el espíritu de Gabriel con ansias de aventuras y hechizos de amores románticos.

Imaginó el fascinante paisaje a base de los regalos del tío. Del palo de oro del bastón salieron los árboles de la selva maravillosa; del cochano del alfiler los estupendos aluviones que afloraron del suelo, el moriche y el minero dieron los claros rajeos y las melancólicas campanadas que turbaban el hondo silencio del ensueño; de la rancharía de balatá salieron los indios en sus curiaras por los grandes ríos y los misteriosos caños y éstos se poblaron de nereidas con el cantarino acento de Maigualida.

Eva ponía las notas dramáticas con sus sañudos recuerdos de Guasipati: camino de un cementerio, un árbol sin hojas, un yaacabó parado en sus ramas, días de lluvia sin tregua, de lluvia menuda y silenciosa; entierros, una tras otra las víctimas de las fiebres reinantes y a cada una que pasaba, el canto del pájaro fatídico en la rama pelada:

—¡Yaa-cabó! ¡Yaa-cabó! A Eva le habían producido muy malos ratos las niñas de Miguel Ardavin y tomaba la revancha con aquella espeluznante pintura. Y como al imitar el canto agorero le bizqueaban los ojos y se le brotaban los tendones del cuello, con lo cual se ponía más fea que de suyo, Gabriel pudo formarse idea de lo impresionante que sería la cantinela funeral del yaacabó.

Y las exploraciones por el mapa de Guayana, así que hubo partido Maigualida. Palabras indígenas, sugestivas palabras de bárbaras lenguas tendidas sobre tierras misteriosas, aquellas denominaciones geográficas de ríos, caños y montes tenían para su imaginación una mágica virtud. Solía pasarse largas horas contemplando las líneas sinuosas de los ríos y las sombras de los montes, como si navegara o se internara por ellos, y con emociones de percepción real oía el bramido de las aguas donde decía cataratas y sentía el silencio de las tierras desiertas en los claros del mapa.

Después las lecturas. Los viejos mitos del mundo renaciendo en América: la leyenda del lago encantado de la Parima, de Amalivac, el misterioso hablador de las selvas del Sipapo, del aéreo palacio del cacique Manoa, del trágico Dorado en pos del cual sucumbieron los conquistadores, bajo el ademán perdicionero del brazo del indio, siempre tendido hacia un más allá.

Y las lecturas místicas, a cuyo influjo muchas de aquellas palabras adquirieron para su fantasía un sentido religioso. Eravato, Marevarí, Doraima, Duida fueron para él ríos y montes de una tierra sagrada, que no podía imaginársela sino bajo los resplandores de un crepúsculo trágico y, al mismo tiempo, palabras cabalísticas de una gran voz que clamaba en el desierto.

Más tarde comprendió que el sentido dramático no residía en los vocablos mismos sino en el dolor de las cosas designadas o sugeridas por ellos. El drama de la selva virgen, la llanura solitaria, el monte inexplorado y el río inútil, grandioso panorama de epopeya en cuyo vasto silencio se perdían los gemidos de una raza aniquilada y no bien sustituida todavía. Pero estas mismas nociones positivas continuarían recogiendo los fulgores de aquellas lumbraradas místicas:

las calamidades de aquella región substraída al progreso y abandonada al satánico imperio de la violencia, eran de la naturaleza de las maldiciones bíblicas.

Ya estaba ante aquellos panoramas; pero no iba en plan de aventuras ni siquiera impulsado por la curiosidad de conocerlos. La vida lo había formado sedentario y de aquellas ansias viajeras que tantas veces lo inclinaron sobre el mapa, las que entonces no hubiesen hallado plena satisfacción con la marcha del índice a lo largo de las líneas sinuosas de los ríos, la encontraban ahora con el reposado estar en un punto de cruzamiento de otras vías por donde discurrían el panorama y su vida: la silla del telegrafista ante el aparato que recogía y trasmitía los mensajes y las noticias. Era una forma de vagar y una manera de percibir las voces clamantes en el desierto.

Ahora lo habían destinado a la estación de San Félix y allí estaba contemplando los saltos del Caroní.

Uracapay, Macagua, Picapica, Resbaloso, Purguey, Cachamay, Bagre Flaco, La Boquita, El Ure, los nueve despeñaderos por donde se precipitaba el hermoso río, ya en el término de su curso, eran una escala de cíclopes entre escarpados farallones de roca negra y bruñida por la lengua de las aguas.

Bramaban éstas empenachándose de espumas en las angostas gargantas de las chorreras, se encrespaban embravecidas contra los riscos del raudal, se encurvaban transparentes o se retorcían en blancos torbellinos estruendosos al despeñarse por los saltos, se arremansaban un momento al pie de ellos recuperando la intensa coloración azul, se lanzaban otra vez por los rápidos, giraban rugientes en los pallones y de chorrera en chorrera y catarata en catarata estremecían el vasto silencio de las soledades circundantes con el clamor rabioso de sus enormes potencias perdidas.

Junto con Ureña contemplaban el espectáculo Marcos Vargas y Manuel Ladera y éste hacía los acostumbrados comentarios:

—Imagínese lo que significaría para Guayana y quizá para todo el país el aprovechamiento de estas caídas de agua. Hace algunos años estuvieron por aquí unos ingenieros aforándolas, por curiosidad nada más, y les oí decir que eran millaradas de caballos de fuerza los que se están perdiendo en estos saltos.

—Y así continuarán por mucho tiempo —concluyó Ureña.

Y hundiendo la mirada en las nieblas mañaneras donde se desvanecía la escalera gigantesca, arrullado por el trueno de las aguas,

quedóse en silencio largo rato reviviendo los sueños de la adolescencia, cuando, inclinado sobre el mapa, le parecía oír las palabras cabalísticas clamando en el desierto. Detrás de aquellas lejanías estaban las tierras de la violencia impune, el vasto país desolado del indio irredento, las misteriosas tierras hondas, calladas, trágicas...

También Marcos Vargas callaba, entregado a reflexiones dimanantes del hermoso espectáculo que por primera vez contemplaban sus ojos. Si los saltos del Caroní eran enormes fuerzas perdidas, también lo eran todavía sus vehementes inclinaciones hacia la aventura del gran escenario: la selva sin fin, el vasto mundo del itinerario gigantesco vislumbrado a través de los cuentos de los caucheros, sembrado de hermosos peligros. ¿No sería, acaso, la vida del carrero muy semejante a la que le hubiese esperado detrás del mostrador de "Salsipuedes"? Una empresa monótona, de campo estrecho: ganarse la vida, simplemente, recorriendo una y cien veces los mismos caminos detrás de sus carros.

Y salió de su ensimismamiento con esta pregunta.

—¿Sabe, don Manuel, lo que se me está ocurriendo? Tengo ganas de proponerle a José Francisco Ardavín que me compre los carros.

Así saldría usted de ellos a buen precio y al contado, quedándole yo agradecido, de todos modos. ¿Qué le parece?

—Ya usted conoce mi opinión respecto a eso -repuso Ladera-.

Si cree que después de lo sucedido entre usted y Ardavín todavía sea éste buen candidato para esa operación, no lo piense mucho.

—Desde San Félix mismo, en cuanto regresemos, podría proponérsela por telégrafo.

—Pues no lo piense más.

Y dirigiéndose a Gabriel Ureña le explicó por qué había tenido que vender sus carros, sin reservarse aquellas razones íntimas a que aludió cuando la misma explicación le dio a Marcos Vargas.

—¡Mi pobre muchacha! -concluyó-. ¡Si la viera usted ahora! No es ni su sombra, desde que ese bandido, cumpliendo su juramento, le asesinó al novio en su presencia.

Y Gabriel Ureña, el telegrafista, hilando delgado el pensamiento, encontró semejanzas entre aquel novio de Maigualida, víctima de Ardavín, y aquel otro que también la amó, el Gabriel Ureña soñador de los quince años, frustrado por las fuerzas brutales de la vida.

Emprendieron el regreso a San Félix y a poco andar volvió a tomar la palabra Manuel Ladera:

—Pues ¡quien iba a decirme que en este viaje iba a tener el gusto de conocer a un sobrino del general Ureña! ¡Bella persona su tío, amigo Gabriel! Como ya le he dicho, por aquí no dejó sino buenos recuerdos. ¡Y todo un hombre! A él le vi dar la pescozada más bonita que he visto en mi vida. El día que se embarcaba llevándose a Maigualida, por cierto. A un negrazo de la caleta que le contestó de mal modo a mi muchacha. Le puso la mano en la oreja y lo tumbó patas arriba.

Era, una vez más, la admiración por la hombría, de la cual no se libraba por allí ni el mismo sensato y contenido Manuel Ladera, y Gabriel Ureña, que detestaba de ella como de una manifestación de barbarie, sin negarle otros méritos a su tío, pensó que de aquella pescozada debían provenir las buenas memorias que por allí se hacían de él.

—Ya le oí hablar de esa pescozada a su propio autor —dijo, con el punto de ironía que asomaba siempre en sus palabras—, pero, francamente, abrigaba todavía mis dudas respecto a la extremada corpulencia del negro y al número de vueltas que dio al rodar por el suelo, según lo refería mi tío.

Y Manuel Ladera, comprendiendo que a este Ureña no lo deslumbraban hombradas, sonrió, corrido, y cambió el tema preguntando por lo que ya sabía:

—¿Y dice usted que tenía ya resuelto regresarse a Caracas?

—Sí. En vista de que el telegrafista de San Félix, a quien vine a reemplazar hace ocho días, como le dije, se negaba a entregarme el cargo, apoyado por el jefe civil, había decidido tomar el primer vapor que pasara para abajo.

Pero anoche recibí orden telegráfica de pasar a Upata, donde, según se me asegura, no encontraré las dificultades que se me han interpuesto aquí.

—Así lo espero, para tener el gusto de verlo a menudo por casa, que es también la suya desde ahora.

!Lo contenta que va a ponerse Maigualida! Ella siempre está haciendo buenas memorias de todos ustedes.

Entretanto, Marcos Vargas oía y callaba, no explicándose cómo un hombre de la juventud y del ascendiente personal de Gabriel Ureña, hacia quien había experimentado una viva simpatía desde un principio, pudiera conformarse al insignificante destino del telegrafista mal pagado, en una

región como aquella, donde cada hombre tenía a la mano la suerte espléndida que brindaban el oro y el caucho.

Y así volvieron a San Félix, de cuyos términos salía por primera vez Gabriel Ureña en los ocho días que llevaba por allí, tan definitivamente curado de las inquietudes viajeras de la adolescencia, que casi no se había movido del corredor de la posada, desde el cual se contemplaba un trozo del Orinoco sin perspectivas, sordo ya

para siempre al hechizo de las palabras mágicas.

Entre las reflexiones y los impulsos

La arribada de los vapores que remontaban el Orinoco congregaba en la playa casi toda la población del antiguo y triste Puerto de Tablas, ahora denominado de San Félix. Los chicos de la plebe, semidesnudos y bulliciosos, a disputarse las maletas de los viajeros; los peones del cabotaje, a la faena apresurada de la descarga; los carreros, a llenar con ella sus carros y vagones; las muchachas en trances de amor apremiante, con sus trajes más presentables, a recoger las miradas y los requiebros de los forasteros de tránsito para Ciudad Bolívar o ya en tierra para internarse en el Yuruarí.

Dos vapores habían fondeado aquel día: de arriba, el "Cuchivero", dedicado al transporte de ganados, con los que ya traía del Caura para las Antillas inglesas y esperando el que embarcaría Manuel Ladera con el mismo destino; de abajo, el "Macareo", con mercancías y pasajeros procedentes de Trinidad y un cargamento de negros -pues en cierto modo eran algo menos que personas- con destino a las minas de El Callao.

Ya los carreros habían hecho sus cargas y partían con sus convoyes camino del interior. Ya Manuel Ladera había embarcado su ganado y el "Cuchivero" zarpaba.

Ya navegaba también el otro, rumbo a Ciudad Bolívar. Comenzaba a caer la tarde y había tertulia de nativos y forasteros y copas de "brandy" en el corredor de la Comandancia del Resguardo, frente al río.

Aguas turbias del Orinoco y aguas azules del Caroní que corrían largo trecho sin mezclarse, separadas por una línea nítida.

Rojas barrancas en la ribera opuesta, islotes coronados de vegetación, remansos en las ensenadas llenos de verdes reflejos, cabrilleos de oro crepuscular y el rumor perenne del gran río bajo la brisa, como sedas desgarradas. Una canoa costeando a canalete, una vela pequeñita, que ya iba a desaparecer tras la isla de Fajardo, el humo del "Cuchivero" Orinoco abajo, el humo y la estela del "Macareo" Orinoco arriba... Y esa cosa imponente y melancólica que es la puesta del sol sobre un río, en tierras que aún no han revelado todo su secreto.

Sintieron su mal influjo los forasteros recién llegados y la pausa repentina que interrumpió la tertulia demostró que todos se entregaban a esa vaga angustia que produce el quedarse en una orilla de mar o de río mientras el barco prosigue su viaje y se va perdiendo de vista.

Pero sólo uno se atrevió a manifestarlo. El más locuaz y ocurrente de todos, a quien decíanle Arteaguíta y se roía las uñas. Le confesó su emoción a Gabriel Ureña, sentado al lado suyo, y éste repuso:

—¡Pero si tiene usted tantos días como yo en esta orilla del río!

—¡Para que vea! Al ver alejarse el "Macareo" he sentido la misma impresión de la tarde de mi llegada, cuando se iba el "Manzanares".

Sonrieron los demás y el comandante del Resguardo dijo:

—El amigo Arteaguíta como que no va a pasar de San Félix.

—¿Por qué, general?

—Porque ya se le ha presentado oportunidad de coger camino del interior y sin embargo, todavía está contemplando el Orinoco, mientras sus compañeros irán ya cerca del Cuyuní.

—Es que no he encontrado bestia.

—¿Y la que le ofrecí prestarle? Ahí está en el pesebre espe rando que usted se decida a echarle la pierna.

—No había querido abusar de su confianza, pero me iré con este lote -dijo Arteaguíta, refiriéndose a los recién llegados- a engrosar la legión de los aventureros.

—No es que yo quiera que se vaya -concluyó el comandante del Resguardo-. Por el contrario, me va a hacer falta su mamadera de gallo.

Ya la gente de la población abandonaba la playa, dispersándose por el caserío, y los peones del cabotaje y los últimos carreros cogían sus respectivos caminos:

hacia los ranchos donde vivían, hacia los pueblos del interior. Ya se habían marchado también los negros antillanos, a pie detrás del caporal a caballo, escena de los tiempos cuando los barcos negreros volcaban el África en las costas de América.

A orillas del río abrevaban y bañaban sus bestias, fatigadas por el trabajo del embarque, los llaneros de Manuel Ladera y éste llegaba a la Comandancia acompañado de Marcos Vargas y en busca de Gabriel Ureña.

—¿Cómo que ya está con el pie en el estribo, don Manuel? —le preguntó el comandante—. ¡Ah, Upata para jalar a su gente!

—Sí, general —respondió—.

Pero ahora no voy para Upata, sino otra vez para "La Hondonada" a sacar otro lote de ganado que han pedido.

—¿No se quiere tomar una copita con nosotros?

—Ya sabe que no lo acostumbro.

—¿Y el joven que lo acompaña? Y en esto se presentó Cholo Paríma en busca del jefe civil, que estaba en la tertulia.

—Coronel López —dijo el zambo—: con su permiso y el de los señores. Traigo una encomienda pa usted y si no le es molesto...

El jefe civil dejó su asiento y se le acercó. Paríma dijo el recado del gallo en voz baja; pero al primero le pareció que debía responder de modo que todos lo oyesen y así repuso:

—Ahí se lo tengo amarrado y ya está en condición para jugarlo.

Aviseme cuando se vaya para que se lo lleve de una vez.

—Mañana mismo, primeramente Dios y si usted no manda otra cosa —dijo el comisario.

Y el jefe civil al comandante del Resguardo:

—Un gallo que le ofrecí al general Ardavin y manda a buscarlo. El canagüey de que le hablaba hace días.

Entretanto Marcos Vargas miraba a Paríma. Desde el primer momento lo había reconocido, pues los costurones que deformaban aquel rostro eran señas fisonómicas inconfundibles, de las cuales ya había oído hablar, y por su parte el comisario —que al llegar había echado una ojeada exploradora sobre las personas que le eran desconocidas—, al advertir aquella mirada insistente y preñada de impulsos contenidos, comprendió que aquel joven tenía que ser el hermano de su víctima y no lo perdió de

vista mientras hablaba con el jefe civil, a tiempo que se sobaba las cicatrices. A todo lo cual estuvo atento Manuel Ladera.

Ya Parima se había retirado.

Ladera juzgó prudente retener a Marcos Vargas y díjole al comandante del Resguardo:

—A pesar de lo dicho, general, le acepto la copita que quería obsequiarme. Después del trabajo la pide el cuerpo.

Y tomó asiento en la tertulia.

Luego, cuando le pareció oportuno, se despidió y con él se fueron Marcos Vargas y Gabriel Ureña.

Ya el sol se había ocultado.

Resonaba el gran río en el silencio de la anochecida y las riberas opuestas se iban desvaneciendo en la sombra. Titilaban los primeros luceros y en las aguas ya se quebrantaban los reflejos del fanal del puerto. Se cerraban las casas de comercio y se encendían las lámparas dentro de las viviendas, a las puertas de casi todas las cuales se asomaban muchachas todavía ataviadas con el vestido más presentable al acecho del paso de los forasteros.

Pero Gabriel Ureña sólo atendía a la conversación de Ladera y Marcos Vargas, al conflicto entre las reflexiones y los impulsos motivados del encuentro con el asesino de su hermano.

Pasaban frente a la oficina de telégrafos y don Manuel, refiriéndose a lo que Marcos le había manifestado por la mañana, le preguntó:

—No va a poner el telegrama de que me habló?

—No -respondió Marcos, secamente-. Ya no.

—¡Maló! -se dijo Ladera mentalmente y reanudó la conversación con Ureña.

Al extremo de una de las calles un árbol proyectaba su copa redonda y serena contra el cielo apacible.

Más allá se alzaban unas pencas de cardón, ya completamente negras y más inmóviles que nunca. Un poco más allá las tres cruces de un calvario.

Gabriel Ureña había interrumpido su charla para contemplar aquellos rasgos del panorama crepuscular que armonizaban con los melancólicos sentimientos de su espíritu. Y Manuel Ladera volvió a sus preocupaciones, diciéndose mentalmente:

—No conviene que este mozo se quede aquí esta noche.

Y luego, en alta voz y como ocurrencia repentina:

—No sería mejor, Marcos Vargas, que cogiera camino ahora mismo a la pata de sus carros? Peón siempre es peón y en los paraderos encuentra oportunidad de pegarse palos y emborracharse, si no lleva el amo a la vista. Tanto cuanto que usted es nuevo para ellos y no se sabe cómo vayan a corresponderle. No lo acompaño porque de aquí tengo que regresarme a "La Hondonada" esta misma noche. El amigo Ureña puede irse con usted. Yo le cedo mi mula, pues a mí me será mucho más fácil conseguir bestia.

Es bueno también que Ureña se encargue cuanto antes de su destino.

Tienen luna, que ya no tardará en salir y de noche se viaja mejor.

Por ahí mismo alcanzarán a los carreros.

Marcos sonrió comprensivo.

—Precisamente en eso estaba pensando, don Manuel. Mejor es que coja camino esta misma noche.

Hay tiempo para todo.

—¡Ojalá no lo haya, Marcos Vargas! Recuerde lo que me ha prometido.

Caminos de los carreros

Por la sabana descampada, entre nubes de polvo bajo el sol ardoroso del verano; por las agrias cuevas montañosas. Caminos de muchas jornadas y recios trabajos, con la voz del boyero paciente estirándose en el silencio:

—¡Arre, güey! La cobija calada en el invierno bajo la lluvia tenaz. La carrilada perdida dentro del aguazal, la rueda hasta los cubos atascados en los baches, el buey que no ande, el estímulo de la garrocha, la mula jadeante en los barrizales de la cuesta, el fango hasta las rodillas, la humedad hasta los tuétanos, corriendo de punta a punta del convoy, hechando los bofes, manejando el garrote, estrangulando en el grito el vocablo arrieril:

—¡Mula de caríjo! ¡Este maldito animal! Camino de los carreros jalonado de maldiciones.

Parajes del mal descanso: La Josefina, Veladero, Boca del Monte... El trago de caña, el plato de "paloapique", el frasco de "chireles", pasando de mano en mano y la taza de "guacharaca", en el mesón ruidoso. El cuento de los trabajos pasados y las maldiciones echadas en la cuesta de El Pinar, donde el carrero pagaba sus culpas.

La posada de la dura tierra bajo la carreta para el sueño de huesos molidos al despertar.

La posada de las estrellas, al raso de la sabana, para las veladas de los boyeros junto a sus vagones y sus bueyes amarrados a macollas de yerba. Hablaban de Parasco, referían las últimas apariciones del Muerto de "La Carata", comentaban una y otra vez el crimen de "Rancho de Tejas"... Hablaban mirando hacia la sabana, donde siempre parecían moverse sombras acechantes.

Parasco fue un carrero de alma bondadosa a cuya ánima se encomendaban todos los del Yuruari cuando se ponían en camino. Un hombre entre los hombres, no mejor que muchos de los de su oficio, que ya también habían muerto o todavía conducían sus mulas, acaso un poco más paciente cuando éstas se les atascaban en los barrizales; de ningún modo un santo, sino un muerto entre los muertos, carrero perenne de un convoy invisible que viajaba de noche dejando por los malos pasos la carrilada buena de seguir. A orillas del camino está el rústico mausoleo que le levantaron los del gremio para perpetuar la memoria de sus duros trabajos y sus marchas pacientes, y para depositarle las ofrendas de velas-luces para su convoy invisible- a fin de que su sombra tutelar los protegiese durante el viaje o en pago de las promesas hechas cuando se les perdían las bestias, las noches de los paraderos a la intemperie, y una silenciosa sombra blanca los ayudaba a encontrarlas.

El Muerto de "La Carata" es un espanto que, según la conseja siempre referida entre risas, tiene la humorada de aparecer en el sitio de tal nombre, arrea los ganados de aquí para allá sólo por molestar a los dueños de la finca, se llega hasta las puertas de las casas e insulta a sus habitantes desafiándolos a pelear con él, con airadas palabras en el aire, sin forma visible de donde provengan, o se mete en ellas, se apodera de las mecedoras, por las cuales demuestra rara predilección y comienza a moverse violentamente, sin que, desde luego, se vea otra cosa sino el mueble donde se agita su atormentada y singular ánima en pena.

"Rancho de Tejas", finalmente, denominábase el sitio donde fue asesinado un correo del oro de las minas de El Callao, que a lomos de mulas

lo conducía exponiéndose al riesgo de las emboscadas. ¡Camino del desierto venezolano, sembrados de maldiciones, jalonados de consejas y de cruces en las cunetas donde cayeron los asesinados! Después de la comida en uno de los paraderos del trayecto, Marcos Vargas y Gabriel Ureña -interesados por la mutua simpatía que se habían inspirado, por modo de compensación, el uno con la espontaneidad tumultuosa de su carácter y el otro con su tendencia a sacar de todas las cosas motivos de reflexiones empapadas de un hondo sentimiento de las tristezas y calamidades de la tierra- se alejaron charlando hasta el campamento donde pernoctaban los boyeros de aquél, junto con otros del oficio, y con ellos se fue también Arteaguita, que por fin se había decidido a internarse en el Yuruarí, adonde lo llevaron con vacilaciones renitentes su infinita pobreza y una corazonada aventurera.

Ya habían oído varios de aquellos cuentos de camino -conocidos pero siempre interesantes para Marcos Vargas, como todas las manifestaciones del alma popular, hacia lo cual lo inclinaban sus simpatías; nuevos y muy sugestivos para Gabriel Ureña, por estar saturados del panorama visual y espiritual donde se movían aquellos hombres sencillos, pacientes y rudos; nuevos y poco tranquilizadores para Arteaguita, porque los boyeros los referían mirando de cuando en cuando hacia la sabana, donde, a la claridad lunar, parecían moverse sombras sospechosas-, era cerca de medianoche y ya los narradores callaban cuando escucharon rumor de gente que se acercaba.

—Los negros -dijo uno.

—No -replicó otro-. Ya los negros pasaron y deben de ir lejos.

Eran unos hombres que conducían una hamaca, colgada de una vara que dos de ellos sostenían sobre los hombros y cubierta con una manta.

—Es un difunto -observó uno de los boyeros, al advertir que la manta ostentaba la faz negra, pues la otra, roja, se reservaba para los casos de conducción de un enfermo o un herido.

—¿A quién traen ahí? -preguntó Marcos Vargas.

—A don Manuel Ladera, que en paz descansa -respondieronle.

—¡Cómo! -exclamaron todos a un tiempo-. ¡A don Manuel Ladera! ¡No es posible!

—¡Pues mire! Lo asesinaron esta nochecita, de una puñalada por la espalda, en las afueras de San Félix.

—¿Cholo Parima? -interrogó Marcos.

—No se sabe -respondieronle-.

A lo menos cuando salimos de San Félix no se había descubierto nada todavía.

Marcos Vargas y Ureña se acercaron a la hamaca y levantaron una punta de la cobertura para cerciorarse de la brutal verdad; los boyeros acudieron con un farol y todos se quedaron largo rato en silencio contemplando el rostro inanimado del hombre bondadoso que tanto al uno como al otro de aquéllos les había inspirado confianza y brindado amistad desde el primer momento, y de quien los que habían sido peones suyos no tenían quejas, ni de injusticias o mezquindades, ni siquiera de una mala palabra en el trato.

Entretanto a Arteaguíta le castañeteaban los dientes y sus miradas giraban en torno, hacia la sabana bañada en el resplandor alucinante de la luna. Mientras los conductores del cadáver explicaban:

—Venimos a marcha forzada. Ya de Upata deben haber salido los que traen la urna. El coronel López le telegrafió la desgracia a la familia.

Al oír la palabra relativa a su profesión, Ureña hizo un movimiento maquinal. Le pareció que había sido él, ya en Upata, quien había recogido del aparato telegráfico la brutal noticia, primera voz clamante que llegaba a sus oídos del ámbito de aquella tierra donde reinaba la violencia impune.

En tanto que los boyeros comentaban indignados:

—¡Maldito sea quien manejó ese puñal! ¡Asesinar asína a un hombre como don Manuel, que a nadie fue nunca capaz de hacerle un daño! Mientras Marcos Vargas oía reproducida en su interior la voz aguardentosa que gritaba:

"Salúdeme a Manuel Ladera.

Dígale que José Francisco Ardavín le manda un abrazo." y dirigiéndose a Ureña:

—Me regreso ahora mismo a San Félix. Tengo algo que declarar ante las autoridades respecto a este crimen. Hágame el favor de seguir con esta gente acompañando el cadáver. Y usted también, Arteaguíta.

Continuó su marcha la fúnebre comitiva. Por el camino de los carreros, sembrado de maldiciones y de cruces en las cunetas donde cayeron los asesinados.

VI

El poder moderador

Desde su hato de "Palmasola" el general Miguel Ardavín atalayaba el feudo en cuyo horizonte político se cernían ya los resplandores mortecinos del crepúsculo de los caudillos, que por todo el país se iba extendiendo. Ya no eran, ciertamente, los tiempos de la hegemonía absoluta de los "prestigios" regionales que -unos muertos, otros postergados, otros errantes por ajenas tierras que les fuesen propicias a sus planes de invasión armada- comenzaban a ser sustituidos por elementos extraños a sus respectivos cacicazgos y exclusivamente adictos al jefe del gobierno nacional. Pero el general Ardavín siempre había dicho:

—La política es una cuerda floja y para no pelearla el político tiene que hacer como el maromero: ¡Ojo a la tijereta y balancín con los brazos de un lado y de otro! La "tijereta" estaba, de una manera muy especial hacia algún tiempo, en la capital de la república, y sin perderla de vista, el cacique del Yuruari se mantenía aún en la cuerda haciendo sus maromas, cuando ya la mayor parte de sus compañeros no la bailaban; pero ahora su ojo avizor había percibido que aquello no andaba por allá del todo bien para su equilibrio y en consecuencia tomó el partido de retirarse del ejercicio oficial del cacicazgo, venido a menos, so pretexto de consagrarse a la atención de sus fincas y a la administración de sus empresas.

Se le concedió la gracia de la retirada a tiempo; pero como allí donde estaba la "tijereta" reinaba el arcano de los impenetrables designios de la suma astucia, no se le quitaron los puntos de contacto con el feudo -los elementos suyos que continuaron desempeñando los cargos públicos con ejercicio de autoridad, como aquel coronel López, jefe civil de El Callaoni se tomaron medidas contra su libertad de acción, aun cuando se sabía que desde "Palmasola" estaba en connivencias revolucionarias con algunos de aquellos caudillos asilados en Trinidad. Con lo cual queda explicada la clave del recado del gallo y al mismo tiempo se arroja alguna luz -si así puede decirse- sobre los tenebrosos motivos que tuviera Cholo Parima para asesinar a aquel negro trinitario que conducía preso a Ciudad Bolívar, víctima de Ardavín, y cuya boca era prudente sellar para siempre.

Campesina inclinación entreverada en sus apetencias políticas, estancia eglógica de su historia bélica por donde le venía la parte ingenua

de su prestigio -la adhesión del elemento rural-, allí es taba en "Palmasola" el general Miguel Ardavín, recién amanecido, presenciando el ordeño de sus vacas, aspirando el olor de la boñiga dulcemente mezclado con el de la tibia leche y oyendo los cantares de los ordeñadores, entre el mugir de los becerros y el píar fugitivo de los pájaros sabaneros. Él mismo tenía las dominadoras manos enternecidas por la maternal humedad de las ubres.

Pero al ojo zahorí del mayordomo de "Palmasola" no se le había escapado que algo grave preocupaba al jefe. Por una parte, aquel mensajero despachado tan de madrugada; por otra, aquellas insistentes miradas hacia el camino que conducía a la casa del hato.

Por fin apareció lo que por allí esperaba y era José Francisco. El general se frotó las manos para quitarse aquello de las ubres y abandonó el corral del ordeño saliendo al encuentro del primo.

—¿Qué pasa? -interrogó éste, apeándose todavía del caballo-.

¿Esa llamada tan temprano a qué obedece?

—Entra -repuso Miguel, secamente, adelantándosele hacia su despacho. Y ya en éste-: Siéntate.

—Bien -dijo José Francisco, alardeando despreocupación-. Tú dirás.

Y Miguel, clavándole la mirada dominadora:

—Has cometido una torpeza.

¿Qué necesidad había de matar a Manuel Ladera?

—¡Cómo! -exclamó el coronel, haciendo útil la sorpresa de aquel disparo a boca de jarro para la comedia que llevaba preparada-. Es la primera noticia...

Pero como Miguel continuaba mirándolo en silencio y con una sonrisa sardónica, empezó a perder allí mismo el aplomo, que no sabía conservar mucho tiempo.

—Pero ¿a mí por qué me lo preguntas? Así también podría preguntártelo yo... ¿Para eso so lamente me has llamado?

—Para preguntártelo no -repuso el imperturbable Miguel-, sino para decirte, como ya te lo he dicho, que has cometido una torpeza inconcebible, sólo atribuible a los efectos de esas borracheras a que vienes entregándote con tanta frecuencia.

—¿Qué estás diciendo! ¿De modo que insistes? Pero Miguel, cortándole en frío la réplica alterada:

—Es inútil que finjas ignorar lo que te imputo. Manuel Ladera ha sido asesinado anoche en el camino de San Félix a "La Hondonada",

estando por allí Pantoja, con quien tuviste una entrevista privada antes de que se pusiera en camino para allá y sólo tú podías perseguir algún propósito con esa muerte, de todo punto innecesaria.

Yo digo las cosas como las siento, pero las siento como las digo y nada me inspira mayor desprecio, ya debes saberlo, que el espectáculo de la cobardía. ¡No me interrumpas! Un propósito vengativo -insisto- que por otra parte no has tenido ni siquiera la prudencia de ocultar. A voz en cuello -yo lo sé todo-, a voz en cuello le mandaste la otra noche a Manuel Ladera un abrazo de Judas con ese Marcos Vargas a quien le permitiste que se te hombreara como lo hizo. Yo lo sé todo, repito. Y se te está hombreando más todavía, pues al saber la muerte de Ladera, camino ya de Upata, se ha regresado a San Félix y te ha acusado formalmente, como autor, sí no inmediato, principalísimo, de homicidio.

José Francisco optó por el cinismo, exclamando.

—¡Ajá! ¿Éstas tenemos? ¡Conque se ha atrevido contra los Ardavines!

—¡Alto ahí! Contra José Francisco Ardavín.

—Sí. Ya lo has dicho. Contra la persona que él se imagina que haya sido el autor principalísimo del homicidio.

Y después de una breve pausa, atreviéndose a más:

—¿Y no podría haber -insinuó otra persona interesada en sellar, por ejemplo, la boca de Manuel Ladera? Das a entender que lo asesinó Cholo Paríma -o Pantoja, como tú prefieres llamarlo-, pero si mal no he oído, fue precisamente Manuel Ladera el testigo único y casi presencial de la muerte del negro Jaime, camino de Ciudad Bolívar. ¿No podría ser, repito, que a Pantoja -!y a otro, quizá! les interesara mucho que "tampoco" Manuel Ladera pudiera hablar más de la cuenta?

—¿Has terminado? -preguntó Miguel, con su imperturbable serenidad.

—No... Sí yo, propiamente, no hago sino una pregunta. Si mal no recuerdo, Pantoja no fue a San Félix sino a llevar que sé yo qué recado de un gallo...

Mas como ni aun esto encontró punto vulnerable en la coraza de impavidez del caudillo, José Francisco concluyó, apurando su cinismo:

—Pero ya he terminado, sí.

—Pues continuó yo. Has debido tener en cuenta mis compromisos con la revolución para abstenerte de represalias personales que pueden agitar la opinión pública precisamente cuando más la necesito favorable a mis planes.

Era dar la cara a la reticente alusión al recado del gallo y una vez más sintió José Francisco la superioridad con que se le imponía Miguel -en su concepto usurpador del cacicazgo que de las manos de su hermano José Gregorio debió pasar a las suyas-; pero como no se allanaba a admitirla y todo tenía que fiárselo a sus baladronadas, abandonando la táctica deprimente de negar su participación en el crimen de San Félix -cosa por lo demás fácil de que la comprobase Miguel sólo con interrogar a Cholo Paríma- protestó arriscándose:

—¡Tus compromisos! ¡Tus planes! ¿Qué significa eso, dicho así, tan en singular y en primera persona?

—Son los que tengo que defender, pues he de responder por ellos ante los compañeros que conmigo cuentan.

Y esto le dio a José Francisco la impresión de que Miguel arriaba banderas.

—¿Y los míos? -preguntó animándose.

—¡Hombre! ¡Sí! Y los tuyos...

Comenzó el coronel a perder a chorros su altanería ante el sarcasmo de aquella respuesta, cuando acababa de imaginarse al primo arriando banderas; pero todavía repuso:

—¿Nada valen? ¿No los tomas para nada en cuenta y por consiguiente puedo hacer con ellos lo que mejor me parezca? El general lo miró de arriba abajo y reprimiendo el profundo desdén que le inspiraba esta destemplada salida, replicó:

—Según y cómo lo que se te haya ocurrido. Porque si pretendes darle la espalda a tu palabra empeñada por mí -no por tí, pongamos las cosas en su punto- para con la revolución y quizá, como nada de extraño tendría que acabara de ocurrírsete, denunciarme ante el gobierno para hacer merecimientos y detener o desviar las averiguaciones judiciales que se estén haciendo en San Félix, y hasta coger cola sin rifarte el pellejo ante las balas -que pueden inspirarte cierta aprensión, ya que todavía no las has oído silbar por encima de tu cabeza, dicho sea de paso- o no me conoces bien todavía, José Francisco, o estás jugando con la carnada.

—¿Quieres decir que no soy libre de escoger el camino que más me convenga?

—No. Ya no puedes echarte atrás.

—¿Quién se atrevería a impedírmelo? -rearguyó el coronel, fanfarrón.

Miguel le hizo esperar la res puesta un buen rato y luego se la dio, palabra a palabra, como remachándosela en lo profundo temeroso del alma:

—Quien puede mandarte a la cárcel sólo con una guiñada de ojos y de ese modo reconquistarse el favor de la opinión pública que tú le hayas enajenado con el asesinato de Manuel Ladera.

—¿Tú? —insistió José Francisco, señalándolo con el índice y sacando a duras penas una sonrisa burlona.

Pero Miguel se limitó a decirle:

—No señales con el dedo. Baja esa mano, que te tiembla demasiado.

Y como esto era cierto y a José Francisco se le salía ahora la vergüenza a la cara, abandonando el tono autoritario que ya habría sido excesivo y en cuya justa dosificación radicaba buena parte del ascendiente que sabía ejercer, el caudillo prosiguió:

—Bien sabes que si me he comprometido con la revolución que se prepara ha sido contando contigo, personalmente, y con el continente de tu prestigio.

José Francisco sacó el pañuelo y se enjugó la frente sudorosa —un sudor frío de energías consumidas— y el otro agregó, para acabar de quitarle el regusto de la ira frustrada con el halago de vanidad:

—Ya es hora de que te labres un porvenir político que sea obra tuya exclusivamente. Ya voy para viejo y tú todavía eres joven.

¿Hasta cuándo vas a conformarte con ser el coronel Ardavín? Lo que Miguel, con velado sarcasmo, había llamado el prestigio de José Francisco era algo semejante a aquel núcleo inicial de su partido, formado por los desechos del de José Gregorio; la bronca oficialidad de los matones, el hampa de la agrupación. José Gregorio había barrido para afuera al repudiar aquella escoria y Miguel se había aprovechado con ella; pero aleccionado por tal experiencia, cuando a su vez tuvo que depurar, lo hizo de modo que resultase barriendo para adentro, procurando que aquellos malos elementos rodearan a José Francisco, pero de manera que éste cargase con la afrenta del ardavinismo sin riesgo de que se repitiese la historia, pues sabía que el primo nunca pasaría de oscuro segundón. Rodeado así el coronel de los matones, que buena falta le hacían para respaldar sus balandronadas, el general siempre los tendría a su disposición cuando fuese menester de perros de presa, sin echárselos encima, y así le sería posible realizar la dualidad propia de la naturaleza de un caudillo, azote y amparo a la vez de sus secuaces:

inspirar temor y confianza al mismo tiempo. Mientras José Francisco y sus matones cometían desafueros, muchos de ellos por órdenes disimuladas de Miguel, éste era el poder moderador, la superior autoridad a que apelaban sus mismas víctimas, el jefe paternal que brindaba protección, remediaba el daño y desarmaba el espíritu de protesta o de rebeldía, con una reprimenda para el atropellador -previa una guiñada de ojos en algunos casos- y con una palabra afectuosa para el atropellado.

Así, pues, para nada tenía que halagar el general al coronel respecto a la cooperación del denominado contingente de hombres del segundo en la aventura revolucionaria que el primero fraguaba.

Pero había algo que sí era necesario recabar de José Francisco con alguna habilidad: su aporte en dinero, a la medida de los planes de Miguel, que de lo suyo propio quería exponer poco, José Francisco se resistía a contribuir con tanto como el otro le asignara y para obligarlo había sido todo aquello aprovechando la coyuntura propia del asesinato de Ladera.

—Ya se acerca el tiempo del avance para el purguo -continuó el general bellaco-, que este año será también un buen pretexto para reclutar la gente de tropa que nece sitamos para el momento dado. Entre tus purgueros y los peones de "Yagrimalito" -éste era un hato de José Francisco- podrías parar unos doscientos hombres que constituirán un contingente apreciable.

Ándate allá de una vez. Según lo concertado con los compañeros de causa asilados en Trinidad, Curazao y Colombia, la invasión a la cual corresponderemos los de adentro rompiendo fuego, no se efectuará antes de que hayamos recogido y embarcado, tú y yo, el purguo de este año; pero podría suceder que hubiera necesidad de precipitar los acontecimientos y de ahí que sea imprescindible tu presencia desde ahora cerca de Tumeremo, mientras que yo vigilo desde aquí el resto del Puruarí. Vete hoy mismo y de allí no te muevas mientras se asienta este revuelo que seguramente va a formarse alrededor de la muerte misteriosa de Manuel Ladera. Que ya me encargaré yo de que tome el rumbo debido. Acabo de enviarle un telegrama al presidente del Estado, ofreciéndole la cooperación de mi experiencia para el más rápido esclarecimiento del crimen. Además, le he enviado otro, de pésame, a la viuda de Ladera y otro al coronel López exhortándole a redoblar sus actividades en el sentido del caso.

Por último...

Pero José Francisco le quitó la palabra, preguntándole:

—¿Te parece conveniente que haga yo lo mismo?

—¡No! —repuso Miguel—. ¡Sería demasiado! Por lo menos el pésame a la viuda. Límitate a hacer lo que yo te aconsejo. Vete hoy mismo para "Yagrumalito" y si ya Pantoja ha regresado de San Félix y te lo tropiezas por ahí llévatelo contigo. Dile que de orden mía abandone la comisaría y se vaya contigo.

Y separando con una breve pausa lo producente de lo producido:

—¡Y a propósito! De paso para "Yagrumalito" déjame en casa el cheque por la cantidad estipulada de tu contribución al financiamiento de la revolución.

—Bueno —prometió José Francisco, ya caído en el lazo—. Allá te lo dejaré.

Pero de todo esto sólo retuvo en la mente aquella pregunta que atacaba su punto vulnerable:

"¿Hasta cuándo vas a conformarte con ser el coronel Ardavín?".

Pero mientras Miguel existiera, siempre trataría de oscurecerlo y postergarlo. Luego... En una pelea nunca se sabe de donde ha salido una bala. Y para ello venía como de encargo la revolución en puertas.

El tesoro de los frailes

Miguel Ardavín —de quien por sus inimaginables recursos de política pícarasca ya se decía por allí "ese hombre se pierde de vista"— había hablado de tres telegramas que acababa de enviar, destinados a producir cierto efecto en el ánimo de cada una de las personas a quienes iban dirigidos. El que recibiría el jefe civil de San Félix contenía el epíteto de "misterioso" aplicado al crimen, de donde debía entender el leal ardavinista que tal cargo desempeñaba, que en el misterio debía quedarse; el efecto buscado con el que recibiría la viuda de Ladera, aunque arrostraba los límites del cinismo, no pasaba en realidad de la región del formalismo social, cosa que otro cualquiera habría hecho aun en circunstancias análogas; pero donde sí estaba el hombre que se perdía de vista era en el telegrama dirigido al presidente del Estado.

Ponía allí a la disposición de éste —su enemigo político aunque todavía embozado, instrumento de los inescrutables designios de "la

tijereta"- su larga y aguda experiencia al servicio de la justicia "para el más rápido y cabal esclarecimiento del crimen", y no sería prudente aventurar opinión respecto a la sinceridad o trapacería de tal ofrecimiento. En realidad, la suerte que corriera el primo -sobre cuya culpabilidad no había abrigado la misma duda desde un principio- no le preocupaba ni mucho ni poco e incluso ya tenía contemplada la conveniencia de sacrificarlo como víctima propiciatoria, si la cólera de la opinión pública no se aplacaba con menos; entregándolo al brazo de la justicia produciría en favor suyo esa emoción histórica de la admiración colectiva captada por sorpresa y cuyos disparatados resortes conocía a fondo; pero había también por San Félix enemigos políticos suyos sobre alguno de los cuales convenía hacer recaer las sospechas, ya simplemente para ganar tiempo y desorientar el interés que pudiese tener el presidente del Estado en descubrir al culpable o para arrojarlo al presidio si las pruebas acumuladas por el coronel López pedían tanto. Mas de todos modos, antes de adoptar el remedio heroico de abandonar a José Francisco a su suerte, lo que en cierta manera sería subordinarse él mismo al ente abstracto de la opinión justiciera, antes de oprimir el resorte mágico que pondría su nombre en el vuelco amoroso de todos los corazones -cosa de mínima importancia para su alma insensible-, quiso ensayar con otro que las circunstancias le deparaban, más de acuerdo con la actitud de su espíritu respecto a todas estas cosas, y a ello iba a referirse con aquel "por último" que interrumpió José Francisco.

Días antes había llegado a Upata un andaluz -a quien decíanle "El Españolito"- poseedor de un documento que venía a corroborar una vieja leyenda muy generalizada por allí, una de tantas que todavía corren por todo el país acerca de tesoros enterrados por los españoles en los azarosos tiempos de la guerra de la independencia, según la cual los frailes de las antiguas Misiones del Caroní, en las angustiosas vísperas del histórico fusilamiento ordenado por el general Piar, debieron ocultar bajo tierra el de aquéllas, que se suponía de incalculable riqueza en lingotes de oro.

Era dicho documento un plano, en pergamino para mejor impresión de autenticidad, substraído de los archivos de la catedral de Sevilla por un canónigo -tío de "El Españolito", según éste-, en el cual se explicaba que el famoso tesoro estaba enterrado en el espacio comprendido entre la sacristía del templo del antiguo pueblo de San Antonio, el refectorio del convento vecino y una piedra que sobresalía en medio de una laguna que para entonces hubo cerca de aquella población.

De la iglesia y del convento ya no quedaban sino muy vagos y dudosos vestigios, y lo que antes fue laguna era ahora sabana enjuta, en la cual sí había una piedra con señales visibles del nivel de las aguas que la

hubiesen rodeado; pero en el pliego estaban dibujados, mal que bien, todos dichos puntos de referencia, y el texto agregaba que para descubrir el tesoro había que excavar hasta que apareciera una flecha de hierro forjado, indicadora de la dirección que debía seguirse para dar con el muro subterráneo donde había una cripta en la cual se hallaría, dentro de un cofre, una llave correspondiente a una puerta situada más adelante y por donde se pasaría a una galería que se prolongaba hasta las orillas de la referida laguna y hacia la mitad de la cual se encontraría una hornacina con una calavera.

De aquí no pasaban las indicaciones dibujadas en el pergamino, pero debajo de la calavera, que sí venía pintada, había esta enigmática leyenda:

"Por sus cuencas vacías la Muerte contempla el principio y el fin de las vanidades del mundo" y "El Españolito" explicaba:

—¡Míe usté! Er principio y er fin de las vanidades der mundo es er dinero, el oro. ¿Sabe uzté? Y la frasesita esa quié decí que pa encontrá er de marras hay que seguí la dirección de la mirá e la calavera. ¡Bueno! Esto de la mirá es un decí. ¿Sabe uzté?

—Pero todo eso es muy vago, Españolito -hábiale replicado el propietario de los terrenos donde se debía excavar-. Eso no es un plano, propiamente.

A lo que repuso el andaluz:

—¿Es que se figura uzté que los frailes de mi arma iban a plantá un poste con un letrero mu gordo, mu gordo, que dijera: aquí está el tesoro? ¡Amos, anda! ¿No sabe uzté que los frailes han sí siempre unos tíos mu listos? Claro que to esto es un poco vago -quitémosle argo ar superió decí de uzté-, pero póngase en er caso y comprenderá que los pobresitos de mi arma no tuvieron lo que se dice tiempo de hacernos un plano con nortesú, escala, rosa e los vientos y toda la pesca. ¡Vamos, lo que se dice un plano! Pero indicaciones precisas no fartan. ¡Fíjese uzté! Una flecha, una cripta -que yo propiamente no sé lo que signifique eso, pero que argo tié que sé- un cobre, una llave, una puerta, una galería, una hornacina, una calavera... ¡Amos, anda! Si hay má de lo que suele habé en estos planos de tesoros sepultaos! Lo que fartan son los lingotes de oro y ésos tal vé no los pudo pintá el pobresito fraile porque no tendría tinta amarilla, ni tiempo pa procurársela antes de que llegara er Piar.

Al propietario en cuestión no dejó de ocurrírsele que aquello fuera un timo, pero como existía la leyenda y había un proverbio popular según el cual "más pierde el venado que quien lo tira", trató de averiguar hasta dónde llegaría "El Españolito" y concedió:

—Sí. Efectivamente, datos no faltan. Pero aquí hay unas palabras tachadas que quizá eran las indicaciones precisas del sitio donde debe hacerse la excavación inicial.

—Quite uzté er quizá y ya estará ar cabo e la calle. Esas tachaduras las hizo un servidó después de haberse aprendió de memoria lo que ahí decía. ¡Sí, zeñó! Y aquí lo traigo en la cabeza, que es donde está el verdadero plano con tó lo que uzté echa de menos en er pergamino. ¡A ve si uzté no hubiera hecho lo mismo a fin de podé mostrar er papé sin que le birlaran er tesoro! No es que yo desconfie de uzté —¿me entiende er sentío?—, sino que las cosas son como tién que sé. Ese secreto vale dinero.

Pesetiyas de mi arma que yo he gastao pa procurarme er pregamino y pal viaje hasta acá. ¡Que échele uzté un galgo ar que me quitaron en la Trasatlántica pa traerme hasta La Guaira!

—Pero ¿no habíamos quedado en que el plano lo substrajo del archivo de la catedral su tío el canónigo? Ahora resulta que usted tuvo que adquirirlo...

—¡Mie uzté! Eso de tío no lo tome uzté ar pie e la letra, que no quie decir que er canónigo fuera hermano de mi mare ni de mi pare, sino que... ¡Vamos! Que era lo que se dice un tío y con toa la barba. Y... ¿pa qué ocurtásele a uzté?: yo tuve que valeme de malas artes y sortá unas pesetiyas. ¡Ya está!

—¡Ah, Españolito bribón! —exclamó el criollo, pero como si con ello le tributase el mejor elogio.

Y luego:

—Bueno, amigo, voy a serle franco. Esos negocios de desenterrar tesoros siempre resultan mabitosos, como decimos por aquí.

Median cosas de ultratumba, que nunca traen buena suerte, y en éste, además, cosas en cierto modo sagradas, las cuales yo respeto.

Así es que no cuente conmigo para esas seis mil pesetillas, como las llama usted a cuenta de la mitad del tesoro. Ahora, si se consigue otro socio que se las dé y con el cual usted parte su mitad —porque la otra mitad sería mía en todo caso—, yo no tengo inconveniente en permitirles las excavaciones, siempre que las costeen ustedes, por supuesto, y me garanticen los daños y perjuicios.

Así las cosas, buscando el andaluz capitalista y el terrateniente haciendo excavaciones de tanteo, por si acaso, transcurrieron varios días y ya el timador veía fracasada su diligencia cuando ocurrió la muerte de Manuel Ladera y se produjo la natural indignación pública.

Pero el general Miguel Ardavín, a quien le comunicaron por teléfono aquella misma noche que en Upata las cosas estaban que ardían, conocía bien a su pueblo y era dúcho en el arte de desviar y frustrar los sentimientos colectivos y para ello salió de "Palmasola", muy a madrugada, aquel mensajero cuya comisión secreta intrigara al mayordomo del hato.

Aquella misma tarde, momentos antes del entierro de Ladera, recibía en Upata "El Españolito" una carta del propietario de los terrenos ya famosos, en la cual le "confesaba" que haciendo excavaciones "por no dejar", había encontrado un trozo de hierro que debía de ser la flecha indicadora a que se refería el plano, pero como éste no estaba realmente "sino en su cabeza", le pedía que se trasladara inmediatamente al terreno y le enviaba adjunta una letra a su favor, contra C. Hílder_&Co. de aquel comercio, a quince días vista y por la cantidad exigida a cuenta de la mitad del tesoro.

Se quedó de una pieza "El Españolito".

—¿Si irá a resultá -se preguntó- que yo he sido adivino ar dibujá ese plano? ¡Mie uzté que no deja de tené grasía que en tantos años de vida arrastrá como llevo por el mundo no haya descubierta antes que el hijo de mi mare tenía ese don! ¡Si yo no he hecho sino poné en ese plegamino lo que oí referí al "Lagartijo de Triana" cuando regresó allá con las onzas de oro que se ganó por estas tierras toreando desde el burlaero! Pero el socio dice que ha encontrao la flecha y tó pué sé. ¡Vamo allá, Españolito! ¡Qué pue traé que no lleve? Como dicen por aquí.

Se divulgó la noticia, corrió por todo el pueblo, desplazó de los espíritus la indignación por el asesinato de Manuel Ladera y allí mismo empezaron a correr los rumores que ya no pararían.

Que había aparecido el muro, que habían descubierta el cofre donde estaba la llave... Que no había tal llave ni tal muro... Y mientras unos todo lo creían y otros lo negaban todo, de Manuel Ladera ya no se acordaban sino sus deudos cercanos.

También Marcos Vargas

Así las cosas, regresó de San Félix Marcos Vargas, convencido de haber perdido su tiempo, pues su declaración fue oída de mala gana por el

jefe civil que instruía el sumario del crimen y declarada improcedente, por lo cual venía indignado. Pero como él también tenía el ánimo propenso a las bruscas desviaciones, al enterarse de la novedad apasionante, lo primero que se le ocurrió fue una chuscada para divertirse a costa de los buscadores del tesoro: aparecerse por los alrededores de las excavaciones – que en realidad se hacían bajo la dirección de "El Españolito" disfrazado de fraile fantasma.

Los amigos a quienes comunicó su idea –de aquellos adquiridos la noche de la célebre jugada de las firmas y que pertenecían al grupo de los escépticos respecto a lo del tesoro, llegando hasta sospechar la verdad del caso– acogieron entusiasmados la ocurrencia y como entre ellos estaba Arteagüita, éste prometió:

—Yo hago el hábito. Aquí don de me ven y aunque me sea feo el decirlo –éste era un giro al cual le hallaba mucha chispa el chistoso caraqueño– soy oficial de sastrería. ¡Y buena tijera, no sólo por la lengua! Consíganme la tela y mañana mismo tendremos fraile en pena, con capuchón y todo.

Así se hizo, con la debida reserva y dos días después amanecía en Upata la noticia de la aparición del fraile. Con la circunstancia muy significativa de que, según muchos upatenses, era el mismo fantasma que ya se dejaba ver por allí desde tiempo inmemorial y tal como lo vieran "El Españolito" y los peones de la finca: inmóvil en un claro de la sabana, a punto de salir la luna y murmurando con voz cavernosa, que a muchos viajeros les había puesto los pelos de punta:

—¡Aquí, aquí, aquí! Porque, puestos a creer, el que menos sabía más de lo que traían los rumores.

Que "El Españolito" y los peones, como entendiesen que con aquella impresionante letanía el fantasma les quería indicar el sitio preciso donde estaba sepultado el tesoro, a causa del largo penar de su ánima, decidieron acercársele para marcar el lugar; pero que cuando ya estaban a pocos pasos de distancia y a tiempo que a lo lejos cantaba un gallo, el fraile lanzó un lamento terrorífico y desapareció de pronto, cual tragado por la tierra. Que huyeron despavoridos, naturalmente.

—Sí hasta nosotros nos asustamos de veras –confesó Arteagüita, ya reunidos con Marcos Vargas él y sus demás compañeros de chuscada–. Porque, francamente, todavía no me explico cómo pudiste desaparecer tan de golpe y por completo.

—¡Ah! –repuso Marcos–. Ahí está la ciencia del espanto bueno.

Me había parado al borde de un hoyo y me dejé caer en él en cuanto escuché el canto del gallo. Siempre había oído decir que los es pantos desaparecen al oír cantar un gallo. Supongo que eso venga desde los tiempos del de la Pasión; pero lo cierto es que esa martingala no me ha fallado nunca. Porque no es la primera vez que me las echo de fantasma.

Pero a Marcos Vargas no le parecían graciosas las bromas mientras no fueran pesadas, y al día siguiente, ya de acuerdo con los compañeros -excepto Arteaguita, que sería la víctima-, propúsoles a todos:

—Esta noche le toca a otro hacer el papelito, porque ya me han invitado por ahí a ver el espanto, y si me niego van a caer en sospechas. Que ya las abrigan los que me van conociendo. Esta noche le toca a Arteaguita.

—¡No, valecito! -protestó el caraqueño-. Yo hago el hábito, pero no el monje. No tengo nervios para eso, aunque me sea feo el decirlo.

—Pues no habrá fraile esta noche -repusieron los demás-, porque todos, menos tú, estamos en el mismo caso de Marcos.

—Bien -dijo éste-. No habrá.

Y es lástima, pues todo Upata se dispone a ir a verlo aparecer esta noche.

Y Arteaguita, que todo lo sacrificaba en aras de chistes y chuscadas, tuvo que sacrificar su miedo, que según él era la única cosa grande con que lo echaron al mundo.

—¡Qué se hace! -exclamó-.

Ésos son los gajes del oficio de mamador de gallo. Pero, prepárense, pues si al de anoche le dieron buen resultado el grito y la caída en el hoyo, el de esta noche va a ser también fraile con sorpresa.

Fueron muchos los que acudieron a presenciar la aparición y si algunos experimentaron las sensaciones propias del temor de lo sobrenatural, cuando se hizo visible el fantasma, a los primeros destellos lunares, ya Arteaguita bajo aquel hábito y en aquel paraje las tenía experimentadas todas, en tropel y en grado sumo: palpitaciones, escalofríos medulares, temblores y sudores y unos ruidos internos que le hacían decirse, para darse ánimos con juegos de palabras:

—¡Cómo suenan las tripas cuando se están convirtiendo en corazón! Ya se disponía, sin embargo, a poner por obra la sorpresa anunciada, cuando Marcos Vargas y los dos amigos que con él estaban de acuerdo, se le adelantaron con la que a él le reservaban, sacando sus revólveres -de

cuyas cápsulas habían retirado previamente los proyectiles- y haciéndole disparos.

Se espantó el duende y arremangándose los hábitos echó a correr por la sabana perseguido por los espectadores chasqueados, entre los cuales algunos disparaban también, pero con bala y al bulto. Oyéndolas silbar por encima de su cabeza, Arteaguíta se volvía todo piernas y cual si algunas de éstas se le hubiesen desprendido del cuerpo y lo siguiesen, a poco huir sintió que en pos de él otras tamborileaban por la sabana, y con esto acabó de perder el poquísimo dominio de sus nervios que en aquellas angustias pudiese quedarle.

En efecto, eran dos los fugitivos, y Marcos Vargas, recordando que Arteaguíta les había prometido una sorpresa, comenzó a gritar entre carcajadas:

—¡Se partió en dos el fraile! ¡Atajen esa mitad que va a reventar por ahí! ¡No los tiren más! Lo atajaron y resultó el "El Españolito" y aunque trató de explicar que no estaba en el ajo, sino que se había apostado por allí para cerciorarse de lo que hubiese de cierto en la aparición -pues a él no se la daban con frailes, ni verdaderos ni falsos-, nadie le prestó atención y los mismos peones que a sus órdenes trabajaban propusieron indignados:

—Vamos a salarlo, pa que aprenda a no burlarse de los hom bres.

Marcos Vargas acudió en su defensa y al fin logró aplacar a los que proponían el singular escarmiento -que consistiría en desnudarlo y cubrirlo de sal, restregándosela en todo el cuerpo- y entretanto las mil piernas de Arteaguíta lo pusieron a salvo, sin que se descubriera quién había sido la otra mitad del duende.

Al día siguiente, muy de mañana, "El Españolito" tuvo que abandonar a Upata, donde todos afirmaban que la farsa había sido obra suya. De nada le valió explicar que aun en aquello de las excavaciones no fue sino un instrumento de ajenos planes que se le escapaban, pues al jefe civil, que en el secreto de ellos estaba, le vino de perlas el caso de ponerle fin a la estratagema de su jefe, que ya había producido los efectos buscados y le ordenó abandonar la ciudad "en el término de la distancia".

Naturalmente, se marchó sin haber cobrado la fementida letra a quince días vista -que nunca se la habría pagado el comerciante contra quien fue librada, sin fondos del librador- y al partir le dejó el famoso pergamino a musíu Giácomo -dueño del "Botiquín Napolitano" y firme creyente en la veracidad del documento- en pago de las copas que le había fiado y del dinero que encima le suministró para el viaje, ya porque el timador burlado le inspirase compasión o porque bien invertido estaba

quedando en su poder aquel plano que un día u otro le serviría para ponerse en busca del fabuloso tesoro.

Se llevó también el dinero que Marcos Vargas le metió en el bolsillo al despedirlo, diciéndole entre apenado y burlón:

—¡Qué se hace, Españolito! La sogá siempre revienta por lo más delgado y usted tuvo la mala suerte de encontrarse en ese pedazo.

Y así terminó, a la medida de los deseos del general Miguel Ar davin, la aventura del tesoro de los frailes y como esto fue la comidilla de la población durante varios días, así también Marcos Vargas contribuyó a que se echase en olvido el crimen de San Félix.

VII

Nostalgias

Apenas instalado en el pueblo, ya en posesión de su cargo, comenzó Gabriel Ureña a experimentar nostalgias. Pero no de su ciudad natal, de donde por primera vez se ausentaba, ni de nada concreto tampoco.

Era un sentimiento blando, sin forma casi, sin apego a cosa real alguna. Una sensación de vacío, de falta de afectos sin echarlos de menos, de haber perdido el rumbo sin pensar en este o aquel que hubiese podido seguir, de estar lejos sin saber de qué. Y esto no sólo le acontecía en las calladas noches -polvareda de mundos en marcha por el Camino de Santiago y exhalaciones fugaces alteradoras del de seo de evadirse de la propia realidad y perderse en la infinitud de la nada-, sino también, y de manera muy especial, a las resplandecientes horas del mediodía, cuando la población se entregaba al sopor de la siesta y en el silencio circundante, sólo turbado a intervalos por el canto melancólico de los gallos del vecindario, se oía allá en la oficina el sonido del aparato telegráfico al paso de los mensajes que no eran para Upata.

Algo semejante había acontecido en su vida. De una manera lejana escuchaba pasar un mensaje que ya no era para él, una palabra ardiente lanzada sobre su corazón desde los románticos años y que aún no había sido recogida por su voluntad, ni nunca ya lo sería. La gran aventura vislumbrada cuando, inclinado sobre el mapa del país, le parecía oír la mística voz clamante en el desierto, la ensoñada consagración a la lucha contra las causas de aquellas calamidades que eran de la naturaleza de las maldiciones. Todavía el mensaje continuaba pasando en busca de otro corazón que aún no se hubiera vuelto escéptico, y las vagas nostalgias eran formas furtivas del deseo de haber sido otro hombre capaz de recogerlo.

No sentía alentar en su espíritu los impulsos vivos que hacen elegir un camino entre varios -acaso en realidad no los había sentido nunca, ni aun cuando más despierta pudo parecer la actitud de su alma ante las misteriosas señales del destino- y allí estaba, telegrafista por apatía, por aceptación de un "modus vivendi" en un sentido de menor resistencia, ya que su padre lo había sido y desde niño le enseñó el oficio, dejándole al morir ya sentado ante el aparato donde hiciera sus veces durante la

enfermedad, y allí luego lo remachó el nombramiento en atención a los buenos y largos servicios de aquél.

Allí estaba, con sus grandes ojos de mirar desconcertante -sobre todo tratándose de un telegrafista, un poco atónitos, un poco irónicos al mismo tiempo como recién quitados de alguna contemplación ingenua y con aquel leve pliegue burlón, media sonrisa apenas, que le sesgaba la boca escéptica tirando la comisura izquierda hacia abajo.

A veces reía totalmente, si de ello era el caso gracioso o grotesco, pero ni aun entonces podía asegurarse que no hubiese en su risa algo mordaz y esto le enajenaba simpatías. Quitábaselas también su intolerancia con el error o la necedad de los demás y el aire de superioridad con que puntualizaba sus opiniones a pleno conocimiento de causa. Pero al mismo tiempo se reconocía que era una persona estimable, muy por encima de la cultura que exigía su oficio, y desde un principio buscó su trato la gente seria y de algunas preocupaciones espirituales de la población, de donde se originó una tertulia que ya se formaba al aire libre y dulce del atardecer frente a la oficina de telégrafos.

Marcos Vargas, que por momentos no sabía a qué atenerse respecto a sus sentimientos hacia él, pues tan pronto se sentía atraído como repelido, cuando esto último le ocurría solía decir:

—Nada fuera la sonrisita; pero esos ojos, decididamente, me ponen los nervios de punta. No sabe uno nunca cuándo se burlan o cuándo miran con franqueza.

Y era porque Ureña, mostrándose con él particularmente afectuoso y a veces vivamente interesado en su conversación, cuando él soltaba el chorro de su temperamento expansivo para entregarse tal cual era y concebía la vida, quedábaselo mirando sin oponerle las objeciones que siempre hallaba ocasión de hacerles a los demás, aunque dijese lo mismo que éstos y con las mismas palabras, insubstancial o erróneamente.

No podía darse plena cuenta Marcos Vargas de que para el solitario tripulante de aquella barca al paíro él era el de las velas hinchadas de viento corriendo la alegre bordada; pero ya se le alcanzaba algo de ello cuando pensaba que para él de los atónitos ojos irónicos él no era sino un espectáculo entretenido.

No quería dárselo -no se imaginaba cuánto de admirativo había en aquel entretenimiento, cuánto de espíritu puesto en contemplación verdadera-, pero una más profunda inclinación de su alma lo llevaba a buscar su compañía: esa curiosidad de los espíritus realmente vivos hacia todo lo que le es distinto y diverso y por consiguiente complementario. Gabriel Ureña, que sin duda no era más que un vulgar telegrafista en

quien no se hubieran podido explicar aquellas miradas húmedas de asombro y a la vez secas de ironía, era una manera de existir que no podía serle negada a la poderosa fuerza vital que alentaba en Marcos Vargas. Aquí era el espectáculo, pero éste no podía existir como tal sin el espectador y había que serlo también de sí mismo desde aquellos ojos.

Esto, desde luego, no se lo formulaba así Marcos Vargas, de vida interior puramente emotiva cuando no simplemente dinámica, pero lo sentía y era más poderoso que los recelos que pudiese inspirarse el gesto burlón, como gesto de un rostro sin duda no simpático.

Por las noches, cuando no estaba de guardia Ureña, iban juntos a visitar a las Laderas. Aún no habían trascurrido los ocho primeros días consecutivos al de la muerte de don Manuel, el octavario de la condolencia que congregaba allí a los parientes y a los amigos de aquéllas, y tanto el uno como el otro tenían motivos especiales para no faltar al deber de acompañarlas en su duelo. Tomaban asiento en la antesala y cumplían el rito fúnebre: callaban, oían compungidamente las evocaciones plañideras de la viuda, empeñada en reconstruir minuciosamente cuanto en vida le vio hacer o le oyó decir al buen marido infortunado, suspiraban un poco junto con ella y las hijas, acompañaban nada más, y cuando la conversación lograba escaparse del tema doloroso tomaban parte en ella hasta que de pronto la interrumpían el llanto y las imprecaciones de aquélla bajo el ramalazo intermitente de la desesperación.

Y era sólo entonces cuando se le oía la voz a Maigualida para hacerle a la madre dulce advertencia de sufrir discreto, diciéndole:

—¡Mamá! —con el cantarino acento que no había olvidado Ureña.

Devastado el rostro, traspasada de dolor y atormentada por el pensamiento de que hubiera sido asesinado su padre por causa suya, de aquel monstruoso amor que le inspiraba a Ardavin, Maigualida recibía el duelo en silencio, con alma ausente del formalismo que la rodeaba, trágica más que dolorosa, pero sin afectación, insensible al consuelo que se quisiera darle con vanas palabras, entera en su dignidad de víctima de las fuerzas brutales de la vida.

Siempre estaban allí las Vellorinis y cuando tomaban parte en la conversación invariablemente ocurrían estas dos cosas: que Aracelis saliera con algún gracioso desplante que provocaba risas y que Berenice y Leonarda plantearan temas que les permitiesen exhibirse como mujeres de espíritu cultivado, muy por encima de las pobres muchachas que no se habían asomado al mundo más allá de los términos del pueblo y sus vulgares tragedias, grandes o pequeñas.

Pero en ambos casos aparecía en el rostro de Ureña -a quien de una manera casi ostensible iban dirigidas aquellas demostraciones de Berenice y Leonarda, que ya habían oído decir que el telegrafista era persona de alguna cultura -aquel fino gesto burlón que le plegaba la comisura izquierda de la boca escéptica.

Y una noche observó Marcos Vargas que este gesto se reproducía, de modo singular, en el rostro de Maigualida. Gesto sólo, sin expresión irónica -pues era evidente que no lo provocaban las palabras de las Vellorinis-, pero exactamente igual y en la comisura derecha, tal como habría aparecido en la imagen de Gabriel Ureña reflejada por un espejo.

De dónde concluyó Marcos para sus adentros:

—De aquí va a salir algo que no le va a caer bien a José Francisco Ardavín. Y yo que lo vea.

Dieron el toque de ánimas las campanas de la iglesia, transcurrió un rato más y empezaron a retirarse las visitas, las Vellorinis entre ellas, por delante Aracelis, después de dirigirle a Marcos Vargas una mirada de secreta inteligencia mutua, y ya no quedaban allí sino éste y Gabriel Ureña cuando Maigualida, dirigiéndose al segundo, rompió su mutismo:

—Todavía no nos hemos cruzado una palabra, Gabriel. ¿Qué me cuentas de tu gente? Tú, como antes nos tratábamos. Tenemos tantas cosas que contarnos, ¿verdad?

—Y casi todas tristes, tal vez.

—¿De veras! Por mi parte, ya estás viendo que no pueden ser de otro modo.

Y después de pedirle noticias de todos y cada uno de los miembros de la familia Ureña, casi totalmente desaparecida, concluyó preguntándole:

—¿Y aquel propósito de meterte a cura, aquella vocación que parecía tan firme, qué se hizo?

—Se desvaneció, sin saber cómo ni cuándo.

—¿De veras? ¡Y yo que te imaginaba sacerdote! En tu familia, por lo menos, todos lo daban ya como un hecho y hasta una de tus tías se hacía la ilusión de que llegarías a santo.

—¡Cosas de los quince años! -repuso el escéptico, sonriendo y haciéndole sonreír-. A esa edad, unos más, otros menos, todos pasamos el sarampión del misticismo.

—¡El sarampión! No está mal llamarlo así. ¿Y no te ha dejado marcas, Gabriel?

—Tal vez me hayan quedado cicatrices. Lo que ha existido alguna vez continúa existiendo de algún modo.

—Es verdad.

Pausa. Un suspiro -no se podría decir si por el mal tenido o por el bien perdido- y otra pregunta precedida de una sonrisa.

—¿Te acuerdas de las misas que cantabas en la salita de tu casa? Tenías una bonita voz, me acuerdo bien. Las misas que nosotros, tus hermanas, tus primas y yo te oíamos con tanto fervor.

—Bueno. Eso del fervor tuyo no puedo admitirlo, pues bien recuerdo que no hacías sino burlarte del oficiante. Con todo y su bonita voz.

Por el rostro de Maigualida pasó una sombra, que no era la de su duelo, sino una sombra mala, la de un recuerdo ingrato, odioso, tan abominable que toda la desgracia de su vida se desprendía de allí.

Hizo un gesto duro al reprimirlo y luego, volviendo a sonreír:

—Burlarme, no. ¡Dios me librara! Con lo quisquilloso que eras.

—Reírte, por lo menos.

Y se quedaron mirándose en silencio.

—¿Sabes por qué? ¿Recuerdas que te llamábamos el "Padre Dóminus Vobiscum", porque casi toda la misa se te iba en cantar eso solamente? Entretanto Rosa María, Eufrosina y Manuelito, separados de Maigualida por otros tres hermanos muertos, habían estado mirando alternativamente y en silencio a los que sostenían aquella conversación sencilla y a la vez extraña; pero en sus miradas no apareció la malicia sino cuando Marcos Vargas, a las últimas palabras de Maigualida agregó:

—Para tener pretexto de volverse a mirar a alguna de sus devotas que le gustaba un poquito, ¿verdad?

—¿A pesar de su misticismo? -exclamó Maigualida sonrojándose.

—Con todo y su bonita voz, como él mismo dice ahora. No era bribón el curita, sin ser todavía cura de veras.

Risas, los sollozos de la viuda -esta vez no quizás por el marido muerto sino por la hija que no podía amar-, un suspiro de ésta, efluvio de la flor de la sangre que acababa de reventar en sus mejillas y ya se desvanecía y la tácita reconvención con el cantarino acento:

—¡Mamá! Despidiéronse Gabriel y Marcos. Salieron a la calle oscura y llegaron en silencio hasta la esquina; allí dijo el segundo:

—Bueno. Yo me quedo por aquí.

Y Gabriel Ureña continuó solo, que era como quería estar.

Las palabras de Maigualida lo habían hecho recordar los tristes años de su adolescencia, cuando a raíz de la muerte de su madre, pequeñas flaquezas de su alma -timidez, amargura de su mal parecer, dolor de su pobreza- tomaron forma de grandes anhelos.

Fueron, sin embargo, los preciosos momentos de la inquietud interrogante, la hora viva en que debía decidirse su destino; pero le faltó quien lo ayudara a interpretar las misteriosas señales, pues quien esto pretendió, aquella tía de espíritu simple mencionada por Maigualida, apenas supo decirle:

—Es Dios que te llama a su santo servicio.

Él creyó de buena fe o con toda ingenuidad y paramentó de velas ansiosas su barca iluminada para el gran viento divino; pero como sólo le dieron candorosas explicaciones y prácticas superficiales, un día, de pronto y a lo mejor de la bordada, amainó Dios, flamearon un poco las velas vacías y luego se quedaron quietas. Y esto sucedió a la altura de los dieciocho años, sin cabo de las tormentas a la vista, una tarde serena de un día vulgar.

Las cosas, realmente, ocurrieron así: era un día de jubileo papal o algo por el estilo, se ganaban indulgencias plenarias entrando en la catedral, rezando un padrenuestro, saliendo hasta la puerta mayor, volviendo a entrar para otro padrenuestro y una vez más para un tercero. Ya había rezado el primero, con mucha unción, y estaba en la puerta -el sol de la tarde doraría los árboles de la plaza vecina, acaso habría trinos entre el ramaje, pero esto no tenía importancia-, debía penetrar de nuevo en el templo y ya lo hacía, en efecto, cuando de repente se formuló esta interrogación:

¿Esto qué es? ¿Qué estoy haciendo yo? ¿Acaso las discusiones con los amigos incrédulos, los argumentos de éstos, más sólidos y mal rebatidos por él, las burlas, incluso, porque creía a pie juntillas en el mito del pecado original, con manzana verdadera y serpiente tentadora? ¿El efecto a distancia del regusto de vergüenza involuntaria que entonces le dejaron sus propias palabras, textuales sinrazones con que lo defraudara el maestro que así correspondió a su actitud interrogante? ¿O acaso, simplemente, la invitación no aceptada que hacía poco le había hecho un amigo para ir al teatro aquella misma tarde?... Ciertamente que para esa época ir al teatro era placer que no se lo permitía su pobreza; pero de todos modos ni en esto ni en la manzana estaba pensando cuando se hizo aquella pregunta, en seguida de la cual puso el sombrero y echó a andar, calle adelante, y va sin el divino compañero. Pero ya sin rumbo también, ni

deseo de buscarlo por otros horizontes, porque había sido defraudado por la vida y el despecho le devastaba el corazón. Y fue entonces la barca al garete, desganadas de viento las velas tendidas, sueltas las escotas...

Mas no era la fe lo que ahora echaba de menos con aquellas nostalgias, sino la hora viva de su voluntad, en que, sin embargo, no se decidió su destino. Una pregunta afectuosa acabada de devolvérsela muerta... Breve hora dulce de unos años tristes, en que fue también soñador por la gracia del regalo del tío.

Promesas

En la antesala, la octava noche, que fue de apretada condolencia, ya quedándose sola la familia, permanecieron un rato los ojos bajos y las bocas mudas. Luego la viuda suspiró y murmuró:

—¡Bien! Ahora cada cual a su vida y nosotros...

Luego Gabriel se puso de pie, estrechó en silencio las manos, abandonó la suya un rato al apretón expresivo con que la señora Ladera le manifestaba su agradecimiento y tal vez algo más mientras le decía:

—No nos olvide.

Prometió que continuaría yendo mientras cada vez que no estuviese de guardia y se retiró acompañado por Maigualida hasta la puerta del zaguán, donde ella le dijo:

—Te hice señas de que te quedaras para último porque tenía algo que decirte. No te imaginas cómo te agradezco la compañía que nos has hecho en estos días. Yo, especialmente. Pero te suplico -y no lo tomes a mal- que no vuelvas por aquí sino muy de tarde en tarde.

—Acabo de prometer lo contrario.

—Sí. Ya lo he oído. Mamá y todos en esta casa deseáramos verte con frecuencia; pero no puede ser, porque ya por ahí se anda diciendo que fuimos novios cuando estuve en Caracas y que hemos reanudado nuestros amores.

Había comenzado a decir esto con pleno dominio de sí misma, pero concluyó sonrojándose ante la mirada de Ureña y le pareció larga la breve pausa que éste dejó transcurrir antes de replicar:

—Ya se convencerán de que no hay tal.

—¿Crees? Desapareció de pronto de la boca escéptica el gesto irónico que acompañó las palabras confiadas y por esto y por algo que ya no sucedía en ellos, agregó en seguida:

—Aunque así fuere, que no será. Mirá. Vuélvete con disimulo.

En la casa de enfrente están espíandonos por la rendija de la entrepuerta.

Ureña sólo advirtió que la cerraban completamente y Maigualida prosiguió:

—Se han quitado al verse descubiertas. Las mismas que acaban de despedirse de mí con besos y abrazos. ¡Este pueblo!

—¿Cuál no es así?

—Es cierto. Pero también lo es que ya mis amigos de enfrente podrán decir que tienen la prueba de que efectivamente somos novios:

nos han sorprendido hablando solos en la entrepuerta. Y a los ocho días justo de muerto papá. ¡De asesinado por causa de otros amores míos!

—Tal vez les concedas demasiada importancia a esas murmuraciones —repuso Ureña, tratando de ocultar el profundo disgusto que le habían producido las últimas palabras de Maigualida—. Ya se cansarán de fisgonear y de murmurar.

Aquí, como en todos los pueblos como éste, el prójimo es el único espectáculo, pero para distraerse es necesario variar. Hoy nos toca a nosotros dar la función; mañana la darán otros. Deja estar, que es dejar pasar.

—No. Si no creo que sea mala la intención de ese espionaje. Es decir, deliberadamente mala. Pero no le concedería importancia, pues al fin y al cabo espíados y vigilados por los demás, siempre tendremos que vivir, aquí o allá, mientras no rompamos totalmente con la humanidad, si en este caso no hubiera algo especial, muy desagradable de tratar, como comprenderás, pero que no debo ocultártelo. Ya mis amigas —no ésas de enfrente, sino las de al lado, que también me quieren mucho— me han traído el cuento de que por la calle se dice —fíjate bien: por la calle, ¡por donde juega el viento con las basuras!— que pronto se les volverá a presentar trabajo a los espálderos de José Francisco Ardavín, si no a él mismo en persona.

¿Te explicas? ¿Sabes ya?

—Sí -respondió Gabriel.

Ahora se explicaba también por qué se había empeñado Marcos Vargas, aquella misma tarde, en que aceptase el regalo que quería hacerle de su revólver, por haberse comprado otro, díjole. Tuvo que aceptárselo, atribuyendo el móvil del obsequio al deseo de darle una muestra de amistad con prenda que hubiese sido de toda su estimación y accedió con la sonrisa irónica en el rostro, mientras Marcos le hacía prometerle que lo llevaría siempre consigo, como era prudente por allí en todo caso, salvo que en esto no lo complacía en ese momento, ni pensaba complacerlo.

—¿Es odioso, verdad? -insistió Maigualida, que para hablar de aquello había tenido que sobreponerse a las más íntimas delicadezas de su alma.

—Realmente odioso.

Pero de la absurda conjunción de circunstancias, por partes iguales e indiscernibles, lo íntimamente deseado y lo que de algún modo tenía que ser ya contagio del ambiente saturado de afirmaciones de hombría, apareció en boca del razonable Gabriel Ureña esta pregunta que interrogaba y desafiaba al callado amo y al brutal destino:

—Pero ¿si prefiriera hacer precisamente lo contrario de lo que me aconsejas? Bajo la mirada fija en sus ojos y ante la evidencia dulce y tremenda de lo que prometían aquellas palabras, manó un momento en silencio recóndito la fuente sellada.

Un instante apenas, pero en el cual se insertaban, holgadamente, inolvidables días de quince años atrás, los del amor primero e inconfesado.

Mas en seguida se sobrepuso la que no podía amar sin dar la muerte.

—¡No, Gabriel! Te lo suplico que no vuelvas por aquí hasta que la gente se haya convencido de que no somos, no podemos ser, sino amigos. Nada más que buenos amigos.

Y al cabo de una breve pausa, mirando la sonrisa de la boca escéptica:

—Tal vez parezca inconveniente, por no decir otra cosa, que yo tome la iniciativa para rechazar lo que formalmente no se me está ofreciendo, pero ya he vivido demasiado para disimulos, a pesar mío, y en todo caso me refiero a las habladurías de la gente, al odioso rumor que otra vez echa mi nombre a la calle. Prométeme lo que te pido.

—Prometido.

Volvíeron a estrecharse las manos callando y mirándose. Suspiró Maigualida y luego dijo:

—¡Adiós, Gabriel!

—¡Adiós, Maigualida!

Childerico tenía su corcel

Salió a la calle, donde ya reinaba la tenebrosa ausencia del alumbrado público. Anduvo unos pasos.

—¡Adiós, Ureña! -dijéronle desde una ventana sin luz en la sala-. Tenga cuidado con los tropiezos. Mire que la noche está muy oscura.

—¡Adiós, señorita! -repuso-.

Se le agradece la advertencia y ojalá pudiera decirse otro tanto de la intención.

Se oyeron risas. Sonaron al cerrarse varios postigos de otras ventanas.

Prosiguió su marcha. Advirtió que en la esquina se movían bultos de gente apostada y le cruzó por la mente una interrogación:

—¿Será posible? Eran Arteaguíta y aquel comerciante contra quien había sido librada la orden de pago que no llegó a hacer efectiva "El Españolito".

Estaban esperándolo hacía rato y el primero inició la presentación.

—El amigo...

—Hílder -dijo el presentado, adelantándose al nombre que fuese a darle el caraqueñito guasón. Era un sujeto metido en carnes que anadeaba un poco al andar y hacía ademanes muy personales moviendo los cortos brazos a la altura del abombado pecho.

—Soy tal vez, amigo Ureña -dijo en seguida de su nombre-, el último upatense que entra en su estimable conocimiento, no obstante, el ser vecinos de calle por medio y frente a frente. ¿No es así? Sí lo era. Frente a la oficina de telégrafos estaba la casa de comercio de C. Hílder_&Co., denominada "Los Argonautas", y por las ventanas de la primera, siempre abiertas, ya había podido apreciar Gabriel Ureña los rasgos físicos de C. Hílder -que no se ponía ni nunca daba su nombre completo por tener el de

Ciriaco como también las muestras que le daba el buen deseo de entrar en su estimable conocimiento, con corteses inclinaciones de cabeza a la primera mirada cruzada en el día -el uno ante su aparato y el otro detrás de su mostrador- y luego con sonrisas afables cada vez que sus ojos volvían a encontrarse.

—Pero es que yo -prosiguió el comerciante- soy de mío respetuoso de las distancias y paciente en la espera de la fortuna.

Con lo cual quería decir que no se había atrevido a presentarse por sí mismo, pero que lo deseaba ardientemente. Ureña lo entendió así y le hizo gracia el "soy de mío".

Tanta que si hubiera tenido la costumbre de aplicar sobrenombres, con esa frase habría reemplazado para siempre la C. de Hilder.

Por otra parte, ya conocía el apodo de Chílderico que se le daba, creación del chistoso Arteaguíta, quien así leyó la firma de C. Hilder_&Co., y bien le venía al dueño de "Los Argonautas", sin que se pudiese explicar por qué.

Ya la misma denominación de la casa era un poco extraña, pues habiendo dentro de ella todo lo que pudiese necesitar en un momento dado un upatense, carrero o no, no había nada que pareciera de uso exclusivo de navegantes, mitológicos o no.

Mas si una casa de comercio puede ser denominada de cualquier modo y hasta hacer buenos negocios no siéndolo en absoluto, en cambio, los apodos o remoquetes, para tener fortuna, requieren ser de buena manera apropiados. En Upata no eran tal vez muchos los que tenían conocimiento de los Chíldericos históricos e incluso era ya bien extraño que Arteaguíta, que según propia confesión no había pasado de oficial de sastrería, hubiese llegado a conocerlos. Pero ¡ahí del genio! A C. Hilder_&Co., afirma ostensible en la fachada de "Los Argonautas", hacía varios años, le convenía el nombre histórico y el aplicárselo fue obra de un "impromptu".

En el patio de la casa de comercio cultivaba C. Hilder con amor un jardín con cuyas flores regalaba a las personas que acabaran de serle presentadas. El jardín no era, propiamente, sino una aglomeración de matas de rosas, malabares, novio y jazmines, las más de ellas en latas que habían sido de caramelos de los Alpes o de manteca de cerdos de Chicago, pero allí florecía, y allí fue llevado Arteaguíta. No hizo sino verlo, después de haber leído la firma comercial en la fachada, cuando ya tenía el retruécano afortunado.

—Está bonito el jardín de Chílderico.

Desde la oficina de telégrafos era visible este jardín, ante el cual formaba tertulía el buen humor de Upata, pues para mantenerla tenía Chílderico en su tienda el mejor "brandy" que por allí se paladeaba y servicio a un precio que no admitía competencia, ya que no lo importaba para lucrarse sino para darse el gusto de cultivar amistades, sobre todo entre los forasteros, departiendo con ellos sin perder de vista su negocio.

Ureña no había penetrado todavía en aquel círculo, pero en aquel jardín había ya una flor para él, y la más hermosa de todas, por razones que se reservaba Chílderico.

Ahora éste se proponía servirle de escolta en compañía de Arteaguita y lo manifestaba de este modo:

—Caminemos, si prefiere usted el movimiento al reposo. Barrunto que usted va para su casa, como yo para la mía, que es otra manera de designar la suya, y...

Había que oírle a Chílderico pronunciar esta copulativa final:

la emitía como un hipo y la acompañaba moviendo los brazos con un ademán de "pase usted adelante".

Y echaron a andar. Chílderico produciéndose en "soy de mío" y "barrunto", y Arteaguita mordisqueándose las uñas nerviosamente y explorando las tinieblas que los rodeaban, con tanta insistencia que, para tranquilizarlo, aquél hubo de interpolar entre sus rebuscadas frases, ésta, sencilla y rápidamente pronunciada:

—Ya se fueron.

No se habían alejado mucho de la esquina cuando otra voz surgió de la oscuridad envolvente, en la cual se destacaba una voluminosa sombra blanca en el umbral de un portón. Una voz cachazuda, de hombre viejo, gordo y bondadoso:

—¿Qué hubo, Ciriaco?

—Nada, general -repuso Chílderico, a cuya tertulía pertenecía aquella voz-. Vamos bien.

—Me alegro -dijo la sombra, y se metió en su casa.

—Vamos bien -murmuró Ureña-.

¿Luego se esperaba que no lo fuéramos? A lo que repuso Chílderico, produciéndose:

—¡Esperar! ¡Cuán profundamente humana es una palabra! ¿Verdad? La vida no es sino esperar: se espera cuando se teme, se espera cuando se quiere. ¡Siempre se espera!

—Pero quizás el amigo Ureña -intervino el guasón de Arteaguíta- no se esperaba todo eso.

—¡Quite usted, amigo Arteaga! -exclamó Childérico-. Hay horas de chistes y horas de palabras graves. Yo soy de mío inclinado al buen reír, pero quizá el amigo Ureña no lo sea tanto y va usted a violentar su naturaleza obligándolo a celebrar esos juegos de palabras que lo hacen a usted tan estimable y tan agradable... ¿Ve usted, Arteaga? ¡El amigo Ureña se ríe a carcajadas! ¡Él, que de suyo es una persona dulcemente grave! Óigalo usted. ¡Fíjese, Arteaga, en lo que ha hecho! ¡Los extremos a que lo ha obligado!

—No lo haré más -prometió el chistoso-. Estoy profundamente arrepentido.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Hay que reír! ¡Hay que reír! Pero decía usted, amigo Ureña... O mejor dicho: murmuró usted una frase, repitiéndola, que tal vez lo hizo pensar muchas cosas. "Vamos bien" fue la frase. En realidad no es sino una manera nuestra de contestar al saludo que se nos dirija; pero penetrando hasta el fondo de la cuestión, hasta el sentido oculto que tienen todas las cosas, aun las más triviales, hay ciertamente algo de, ¿cómo diremos?... algo de santo y seña en ese "vamos bien" con que nos reconocemos en la oscuridad de la noche -que no es sino una materialización de los misterios de la vida- los amigos errantes por ella a la buena de Dios ¿No le parece? Pero otra voz, que partió de un grupo detenido en la otra esquina, relevando a Ureña de la obligación de manifestarle su parecer, ocupó la atención del singular comerciante:

—¡Bueno, pues! -dijo la voz anónima.

Y Childérico respondió, como a otro santo y seña:

—Bueno, pues.

Y dirigiéndose otra vez a Ureña:

—¡Sí! ¡Cómo no! Y acaba usted de oír otra frase que tomada al pie de la letra no dice nada. Pero ¿qué quiere usted, amigo mío? ¡Sí la vida está llena de cosas sin sentido! Ella misma no lo tiene de suyo muy claro. ¡Sin sentido aparente, entendámonos! Porque en el fondo de todo hay siempre un gran sentido oculto. ¡Sí, sí! ¡Cómo no! A Gabriel Ureña comenzó a parecerle que Childérico fuera, en el fondo del comerciante aparente, filósofo del sentido oculto, cosas que suelen darse en pueblos semejantes; pero más todavía le pareció que, a causa del rumor callejero de que le hablase Maigualida, hubiera puesto en movimiento a todos sus amigos -aquel general, este grupo que acababan de encontrar y otros que probablemente estarían apostados más allá- en espera del golpe alevoso de

Ardavín que se cerniera sobre su cabeza y tal vez sólo para darse humos de defensor de vidas en peligro. Y esto, quitándole toda gana de agradecérselo, lo puso a punto de estallar, pues en todo aquello, con lo trágico se mezclaba lo grotesco y a él lo ponían en ridículo.

Pero cuando ya iba a estallar observó que Arteaguita se devoraba materialmente las uñas, a tiempo que echaba miradas recelosas hacia las bocacalles propicias a la emboscada y fue de risa el estallido al considerar a su paisano recluta remolón del ejército de Childerico.

—¡Arteaguita! -exclamó- ¡Que va a quedarse usted sin uñas!

—Es verdad -aceptó, golpeándose rabiosamente con una mano la que así se dejaba roer-. ¡Maldita sea! Y, sin embargo, era Arteaguita quien había puesto en movimiento aquella tropa alerta.

Momentos antes, ya enterado del rumor callejero al pasar por la esquina próxima a la casa de las Laderas, había visto allí dos hombres que le parecieron sospechosos y dirigiéndose en seguida a "Los Argonautas", de donde acababa de retirarse, dio la voz de alarma como de cosa perfectamente averiguada:

—Esta noche asesinarán a Gabriel Ureña si no acudimos a evitarlo.

Childerico se lo creyó por completo; el general de la voz cachazuda, sólo en parte y por eso se limitó a esperar los acontecimientos en la puerta de su casa, cercana a la esquina, dispuesto a intervenir cuando fuera menester, y en cuanto al grupo hallado más adelante, quizá no era sino de curiosos con perspectivas de tragedia.

Pero si Arteaguita iba realmente como recluta orejano, no era un forzado de Childerico, sino de aquella especie de divinidad sombría que reinaba en todos los espíritus sobre aquella tierra: el Hombre Macho que sabe jugarse la vida en un momento dado.

Desde la chuscada del fraile fantasma había quedado ante los upatenses en una molesta condición de inferioridad, muy peligrosa por otra parte para un presunto aventurero de la selva cauchera, donde es el hombre el peor enemigo del hombre, y para quitarse este "handicap" -como él decía- no sólo ante los demás, sino ante sí mismo, para demostrar y demostrarse que era capaz de hacerle frente a un peligro cierto, dio crédito a lo que su imaginación, excitada por las tinieblas de la calle, le presentó como emboscados, como espalderos de José Francisco Ardavín esperando a Ureña para asesinarlo, fue a "Los Argonautas" por testigo de su valentía más que por defensor del amenazado, y ahora lo escoltaba para que luego lo supiese toda la ciudad y se terminasen aquellas bromas que le daban y burlas que le hacían por el desenlace de la chuscada del

fraile. Todo esto creyendo en su propia invención y atribuyendo ahora a simple mala costumbre el roerse las uñas.

—Tengo que quitármela -dijo, después de haberla maldecido-. Voy a ponerme ají en los dedos.

Ureña condescendió:

—Sí, y del más picante, Arteaguita.

Chílderico no caló la intención mordaz. Chílderico era un pedazo de pan, sin malicia alguna, antes por el contrario, con un corazón noblote, lleno de una cosa candorosa que podía parecer ridícula, pero que bien vista era bondad.

Y como Ureña había tomado la acera, le hizo la siguiente proposición:

—Caminemos por el medio de la calle, donde hay menos peligro de tropezar y romperse la crisma.

—Y sin mirar las estrellas, porque encandilan, y luego no se distinguen los baches -se le ocurrió a Ureña agregar, refiriéndose pura y simplemente a las del cielo y por modo de exageración de la oscuridad que reinaba en la calle.

Pero Chílderico se apoderó de aquellas palabras y las proyectó sobre un plano donde adquirieran aquel sentido oculto que le agradaba encontrar en el fondo de todas las cosas.

—¡Usted lo ha dicho! Es peligroso contemplar las estrellas.

Se corre el riesgo de cegar para siempre ante la oscura realidad de la vida. ¡Las estrellas! O sea, el amor, el arte, la ciencia.

!Cómo nos ciegan! Pero al mismo tiempo, ¡qué divina ceguera, amigo Ureña! ¡Qué sublime encandilamiento! Aquí entre nos yo le confieso que soy uno de esos ciegos.

Ureña lo miró a la cara, socarronamente, y le pareció que aquel rostro, "de suyo" luciente por causa de cierto excesivo estiramiento de la piel y de un poco de rezumo de grasa, había adquirido una extraña fosforescencia. Y le dijo, refiriéndose a la ceguera que confesaba padecer:

—Pues lo disimula usted muy bien.

Arteaguita soltó la risa -lo cual suplió por el momento el ají que se proponía aplicarse a los dedos-, a Chílderico se le apagó la misteriosa lumbrarada de la faz y Gabriel rectificó:

—Quise decir que ha tenido usted buen cuidado de no dejarse ver el idealista que lleva por dentro, pues, según lo que he oído decir, todo el mundo lo toma por un hombre práctico que maneja muy bien su negocio.

Pero Chílderico había sido herido donde más le dolía y repuso:

—Tiene usted razón: lo disimulé bien, soy un buen comerciante y un buen hombre a quien se le hacen chistes y se le dicen cosas.

Pero quizá algún día oiga usted galopar mi corcel. No será un Pegaso ni un Bucéfalo, pero yo tengo mi corcel y algún día lo jinetearé.

Ureña iba a manifestar que no lo ponía en duda, pero Arteaguita le quitó la palabra, con su buen humor recobrado:

—Siempre que no sea la Mula Maniá, ¿verdad, paisano? Acabó de amoscarse Chílderico.

—¿Usted qué sabe de esto, amigo Arteaga? Y como en esto llegaban a la puerta de la oficina de telégrafos:

—¡En fin, amigo Ureña! Lo dejo en su casa. He cumplido un deber y he tenido un placer.

—Que no querría yo habérselo amargado -dijo Ureña, sonriendo.

—¡Nada, nada! Tuve una expansión de sinceridad, usted me correspondió con otra, metió baza el amigo Arteaguita, de suyo ocurrente siempre, y... No se hable más de eso y cuente con un amigo para cualquiera emergencia.

Y atravesó la calzada que lo separaba de "Los Argonautas", tienda y hogar de soltero -por enamorado de la imposible Maigualida, esto no lo sospechaba Ureña- y cuadra de su corcel.

Aunque Arteaguita le aseguró a Ureña, empinándose para hablarle al oído:

—No tiene caballo. Eso es mentira. Yo he registrado toda la casa.

Luego se dirigió a la posada y Ureña entró en su casa, pensando con leve ironía en el oculto sentido de las cosas ocurridas aquella noche.

Pero ya en su habitación, al desnudarse, soltó de pronto una carcajada, porque acababa de representarse a Chílderico fosforescente, jineteando su corcel por los aires tenebrosos.

Y se preguntó:

"¿Cuál será el corcel de Chílderico?"

VIII

La Bordona

Alta noche amparaba el idilio furtivo por el postigo de la ventana. Allá dentro, patentizando el sueño desprevenido, el bronco rumor marino de los ronquidos de "musiú" Vellorini; afuera, la ausencia alcahueta de alumbrado público en la calle solitaria, el alto cielo de tinta china, el grandioso universo infinito de la constelación del trópico y las estrellas fugaces, madrinas del instantáneo deseo que se les confiara.

—¿Qué le pediste a la exhalación? -preguntaba Aracelis.

—¿Qué iba a pedirle -replicaba Marcos- si no la vi siquiera?

—¿Por estar contemplándome a mí?

—¡Por eso!

—Pues yo sí: que nos conserve toda la vida junticos, así como estamos en este momento.

—¿Balaustres por medio?

—¡Es verdad, chico! Se me olvidó ese detalle. Ya le advertiré que sin ellos a la primera que vuelva a pasar.

Araceli se iniciaba en el amor con la misma impetuosa ingenuidad de aquel arrebato en la Laja de la Zapoara y ponía tanto fuego en sus palabras que ya Marcos había recurrido a una mulletilla para apaciguar aquel chisporroteo de inflamadas ternezas.

—¡Apaga, Bordona! -decíale dándole el sobrenombre familiar que por allí se les aplica a las hijas menores-. ¡Apaga, que nos quemamos! Le contaba su vida, a lampos de la imaginación saltarina, bisbiseado de prisa el animado relato, él callando y contemplándola más que oyéndola. Una temporada en Niza.

—¿Qué fastidio, chico! Mademoiselle Vellorini para acá, mademoiselle Vellorini para allá.

Señorita, ¿sabes? Porque esos muchachos franceses son muy písticos y puede una pasar con ellos tiempo y tiempo sin que le cojan confianza. Mientras que aquí -¡qué sabroso, chico!- apenas te conocen y ya te tutean y te agarran y te zangolotean si te descuidas...

!Sin balaustres! ¿Sabes?

—¿Qué es eso, Bordona?

—La exhalación, chico, que ya se me iba a pasar sin hacerle el encargo. A mis hermanas sí les encanta el modo de tratar de los franceses. ¡Ah! Antes que se me olvide. ¿Sabes que están furiosas contra tí? No te perdonan que hayas jugado a papaíto como lo hiciste la otra noche. Dicen que le faltaste el respeto, que lo pusiste en ridículo. A él y a todas nosotras. ¡Cómo ellas son tan pavas!

—¿Y tú qué opinas?

—Yo me morí de risa, chico. A papaíto también le hizo mucha gracia. ¡Óyelo qué sabroso ronca! Eso es el "brandy", ¿sabes? ¿A tí te gusta beber? Haces bien, chico; no bebas nunca. Mamaíta vive regañándolo por eso; pero él...

!Pobrecito, chico! Si le gusta su traguito antes de comida, ¿por qué se va a privar de él, verdad? ¡Tan lindo y tan querido que es mi viejito! ¡Óyelo cómo ronca! ¡Ah! ¡Que se me iba a olvidar! Tienes una cuenta pendiente conmigo: le dijiste a papaíto que él era el malo de los Vellorínis. Pero te equivocas, chico. Es tan bueno como papaote. Tío José, ¿sabes? ¡Yo los quiero tanto a los dos! Pero ¿qué estaba contándote? ¡Ah! Que el mismo papaíto fue quien trajo el cuento de la jugada tuya contra José Francisco Ardavín.

Yo me morí de risa, como te digo; pero mis hermanas me formaron después una canfínfora y me dijeron que te lo celebraba tanto porque estaba enamorada de tí. Que ya me lo habían descubierto. Que cuándo no. Que como a mí me gusta tanto todo lo que sea vulgaridad. ¡Como ellas son tan písticas!

—¡Canfínfora, písticas! ¿Qué significa eso, Bordona?

—¡Babieca! ¿No sabes lo que es una canfínfora? Un regaño en cayapa como el que ellas me dieron.

Y pístico es lo que te estás poniendo tú también desde que te has hecho amigo de Gabriel Ureña, que habla con esa... prosopopeya. ¿No es así como se dice? ¡Y a propósito de Ureña! Dile que se deje de esa risita con que mira cuando suelto alguno de mis disparates, porque se me va a hacer antipático y yo deseo quererlo mucho porque es buen amigo tuyo -hace unas magníficas ausencias de tu persona- y porque va a ser primo mío, por parte de Maigualida. ¡Yo tengo una vista, chico!

—Le diré todo eso.

—Pero déjame seguir mi cuento.

Me dijeron mis hermanas que ya se habían fijado en ciertas cosas y se las iban a soplar a papaito. Que habían reparado en que me pongo pálida y me azoro toda cuando oigo mencionarte. Porque es verdad, chico: en cuanto no más oigo decir Marcos Vargas, ya eso es conmigo y empieza a salirse me el corazón por la boca. De tal modo que de esto me va a resultar una aneurisma, por lo menos, y de repente me voy a quedar muerta como una pazguata. Pero ¡es que te quiero tanto, chico! ¡Tanto, tanto, tanto!

—¡Apaga, Bordona, que ya la ventana está echando humo!

—¡Odioso! ¡Bicho antipático! ¡Me dan unas ganas de matarte cuando me sales con eso! Es que tú no me quieres como yo a ti. Ya estoy viendo que voy a ser muy desgraciada, porque tú todo lo tomas a broma. ¡Mentira, chico! Voy a ser la mujer más feliz de toda la redondez del mundo. ¡Déjame tocar madera! ¡Sí de sólo imaginarme que pueda sucederte algo ya estoy como loca! ¡No te figuras lo que me hace sufrir la idea de que ese bandido de José Francisco la coja algún día contigo! No te metas con él, chico. Prométemelo. ¡Júramelo! Mira que ese hombre es muy traicionero. ¡Mi pobre padrino Ladera! Pero te digo también otra cosa: te tiene miedo. Papaito dice que le metiste las cabras en el corral. ¡Lo orgullosa y oronda que me pongo cuando oigo decir que tú eres un esto y un aquello! Pero tú eres malo, chico. ¿No ves eso que le hiciste al pobre Españolito? Porque no me vengas a decir que no fuiste tú el de la ocurrencia de los tiros.

—No te lo diré.

—Yo te conozco mucho, aunque apenas tenemos unos días de amores y unos raticos de conversación.

¿Por qué será eso, chico, que cuando una está enamorada todo lo ve clarito? Tú te quedas callado, como ahora, por ejemplo, y yo veo clarito lo que estás pensando.

—Dí, a ver.

—Que soy loca.

—Acertaste, Bordona.

—¡Odioso! ¡Bicho repugnante! No sé cómo he podido enamorarme de ti. Primero, ni caso me hiciste cuando la cachetada y ahora, ¡gracias que me llames Bordona! Porque fuera de ésa, todavía no te he oído la primera palabra cariñosa.

En efecto, a Marcos Vargas se le atragantaban las ternezas. Estaba enamorado de ella, le parecía la más linda de todas las criaturas, la única apetecible entre todas las mujeres y se deleitaba en contemplarla; pero también parecía que no era de hombres demostrar ternura ni

manifestarse enamorado de mujer alguna como no fuese por los modos violentos del apetito de posesión. El amor que le inspiraba Aracelis era puro y delicado, pero el rudo ambiente viril en que se delineara su carácter impedíale ya exhibir la porción fina de sus sentimientos y sólo el buen humor podía dulcificar la aspereza a que debiera inducirlo su bronco concepto de la hombría.

Mas no era sólo Marcos, sino también la misma Aracelis quien en el fondo del alma así sentía, a fuerza de oír, no obstante su escasa experiencia, lo que allí se reputaba por hombre cabal y verdadero. Y como tenía la imaginación ardiente junto con el temperamento de la amorosa, lo masculino, mientras más rudo, más fascinante le resultaba.

La Bordona se iniciaba en el amor con alma ingenua y sangre aventurera.

"Musiú" Vellorini toma medidas

Pero por allí también vigilaba el vecindario.

—¿Sabes la noticia? Que frente a la casa de las Vellorinis está saliendo un espanto.

—¿De veras? ¿Será una sombra blanca que me pareció distinguir la otra noche parada frente a una de las ventanas?

—¡La misma que viste y calza!

—¡No me digas, chica! ¿Será que también allí hay dinero enterrado?

—Enterrado, quizá no; pero dinero hay. ¡Y bastante! Y un día recibió Francisco Vellorini un anónimo con tales insidias.

En cuanto a refranes y modales, don Francisco era criollísimo, pero como en sus planes no entraba consentir en que sus hijas se casaran con criollos, apenas recibió aquel anónimo y le caló la intención, cuando tomó una determinación que para ese año tampoco entraba en sus planes.

—Berenice -díjole a su mujer-.

¿No te parece, hijita, que sería bueno que mandáramos a las muchachitas a pasar este verano en Niza, para que se distraigan un poco

de esta pena? La gente joven no tiene por qué entregarse tanto a los duelos como nosotros los viejos, que ya tenemos el corazón hecho para el sufrimiento. Digo mandarlas, porque yo no podré alejarme de aquí en estos momentos, entre otras cosas, por causa de la administración de los bienes de Manuel, que María quiere entregármela, como ya sabes, y porque tú, que nunca has querido decidírte a atravesar el mar, menos querrás hacerlo ahora.

Nada podía parecerle tan inoportuno a Berenice como la separación de las hijas en aquellos momentos aflictivos, sobre todo la de Aracelis, su predilecta, por más amorosa, y más suya, más de su sangre y su tierra, pues las mayores se inclinaban hacia lo paterno extranjero y no tenían aquella bondad comunicativa de la Bordona; pero ya Berenice sospechaba de dónde vendría aquella determinación intempestiva –pues aunque el marido le diera la forma de una consulta, conforme a su costumbre de contemporización conyugal, no era en realidad sino cosa ya decidida por él– y como en este caso para nada valdría su parecer en contra, se limitó a preguntar, ya resignada:

—¿Y con quién piensas mandarlas?

—Podríamos confiárselas a José. ¿No te parece? José está necesitando un viajecito a Europa, pues no anda bien de salud aunque se empeña en ocultarlo. Serán tres o cuatro meses que se pasan pronto.

¿No te parece?

—¡Qué ha de parecerme! Que ya tú lo has resuelto así.

—Después de haberlo pensado bien. No te quede duda, hijita.

Ustedes las madres, por ser más amorosas, resultan más egoístas.

Dicho sea sin intención de censurarte el natural deseo de tener contigo a tus hijas en estos momentos.

Y aquel mismo día, a José, que con motivo del duelo hallábase en Upata:

—He decidido que te des un paseito por Europa en este verano.

Prepárate para embarcarte, junto con las muchachitas, en el próximo vapor francés que pasará por Trinidad alrededor del 20 de este mes.

Pero si aquí se repetía el caso de Berenice sumisa a la voluntad de don Francisco, no lo era sin protestas y gran aparato de rebeldía.

—¡Cómo! ¿Que has decidido tú que yo...? ¡Hombre! ¡Ya esto no se puede tolerar! Y el bueno de José, que por malo pasaba, acompañó sus palabras

con gestos y ademanes del todo semejantes a los de la verdadera indignación.

Pero Francisco le repuso reposadamente:

—Como que si te lo propongo o te lo aconsejo, simplemente, me responderás que no puedes desprenderte de los negocios. Pero es necesario que te tomes unas vacaciones, como lo hice yo el año pasado. No andas bien de salud, por más que te empeñes en ocultarlo y no hay que matar la gallina de los huevos de oro. Además, ¿por qué no decírtelo? Necesito quitarle de la cabeza a la Bordona unos amorcitos que parece tener con ese Marcos Vargas.

—Que es un mozo muy simpático -interrumpió José con viveza, acaso por simple espíritu de contradicción al parecer del hermano.

—A mí también me lo parece -dijo Francisco-, pero para novio de mí muchachita aspiro a más y mejor. Y como no quiero estar regañando con ella, que tiene su genio y por las malas trata de salirse con las suyas, he decidido alejarla de por aquí hasta que se le pase la ventolera.

—¿Y me has escogido a mí como verdugo de la muchachita?

—En todo caso el verdugo sería yo.

—De todos modos, no cuentes conmigo. Además, no quiero hacer ese viaje. No lo he decidido yo.

!Yo! ¿Comprendes? Ya estoy hasta la coronilla de no hacer sino lo que a ti te dé la gana. Y de ahí no paso. ¡Ya está! ¡Ya estallé! Pero aquellas bravatas eran como cosquillas para don Francisco, que tanto lo amaba como bien lo conocía y después de reírse las díjole:

—No te sulfures, que no es para tanto.

—¿Cómo que no? ¡Y para mucho más! ¡Hombre! ¡Si todavía le parece poco! José para todo lo desagradable: para negar el crédito, para apretar al cliente que se atrasa en los pagos y ahora para servirle de verdugo a la pobre muchachita. En una palabra, para pasar la dentera mientras tú te comes la naranja.

—¡Hombre! -exclamó el hermano, bromista-. Es la primera vez que te oigo emplear un refrán de esta tierra.

—¿Sí? Pues ya me vas a oír el segundo.

Pero desistió de emplearlo o en realidad no había pensado en ningún otro cuando así dijo y continuó como venía, aunque ya amainado:

—¡Hombre! ¡Acabáramos! "Prepárate para que te embarques!" ¿Qué es eso de prepararte? ¿Por qué no me dices: Mirá José, he resuelto esto y querría que tú...?

—Pues hazte cuenta de que te lo he dicho así y basta.

—¡No! No basta, no basta.

Porque yo no puedo preparar un viaje, como tú pretendes, para el próximo vapor.

—O para el siguiente, no hay prisa, después de todo.

—No, no. Tampoco. Ya te he dicho que conmigo no cuentas para eso... ¡Es que no puede ser! ¿Acaso un viaje a Europa se prepara en...? ¡Mira, no me hables más de eso! Hazme el favor. Ya me has amargado la venida a tu casa.

!Eso es! Yo no hubiera querido decírtelo, pero ya está dicho. No lo tomes a mal.

Y salió del almacén donde esto ocurría, gesticulando y hablando a solas, dispuesto a regresar inmediatamente a Tumeremo.

Francisco se quedó murmurando, como de cosa sabida:

—¡Ah, José! ¡Quién lo oyera! Bañada en llanto encontró el cascarrabias a la sobrina predilecta, para quien especialmente atesoraba con amor sus ganancias, apenas quitado de ellas para otros afectos lo que se comía el gato negro de los ojos verdes, sombrío y celiibe como él, aunque no por su gusto lo segundo.

—Ven acá, Bordona -díjole, haciéndola sentarse sobre sus piernas-. No llores más, hijita, que vas a ponerte fea. Yo te llevo y te traigo. Cuenta conmigo. No serán sino unos tres o cuatro meses.

—¡Tres o cuatro meses! ¿Acaso no sé lo que se propone papaíto?

—Oye otra cosa, hijita. Es conveniente que hagas ese viaje, pues así pondrás a prueba el cariño de tu novio. Quiera o no, tu papaíto no puede sino procurar tu bien. Él sabe lo que hace. Siempre es bueno, cuando se tienen amores, ausentarse por algún tiempo. Así podemos cerciorarnos de si es cariño efectivo el que nos tienen o capricho pasajero.

—¡Tú qué sabes de eso, papaote, si nunca has tenido novia! Y los sollozos se le convirtieron en risa mientras el tío otorgaba, moviendo desconsoladamente la cabeza.

—¡También es verdad, hijita! ¡También es verdad! Pero Francisco Vellorini sabía hacer sus cosas, y por otra parte no le faltaba buena voluntad respecto a Marcos Vargas y así ya estaba proponiéndole a éste:

—Bueno, pollo. Ya es hora de que hablemos un poco de negocios.

Como sabrás, la viuda del compadre Ladera me ha suplicado que me encargue de la administración de sus bienes. Desde luego el negocio de tus carros continuará sobre lo convenido entre tú y Manuel: las mismas facilidades de pago que él te dio y las que yo pueda concederte siempre que las necesites; pero hablando de todo, al mismo tiempo te manifiesto desde ahora que si no te conviene seguir en ese negocio, por esta o aquella circunstancia imprevista, yo estaría dispuesto a quedarme con los carros para el transporte de mis mercancías. Ya sé que los clientes que le ganaste a José Francisco no se han atrevido todavía a ofrecerte sus cargas. Ésta no es una razón para que te desalientes, ni tú eres de los que salen cacareando en cuanto sienten el primer manotazo, pero de todos modos ya tienes abierta la retirada. Y pasemos a otra cosa.

¿No te convendría, sin abandonar el negocio de los carros, encargarte del manejo de los hatos de Manuel? Es un trabajo que parece que te gusta; ya me dijo el compadre que en "La Hondonada" le habías ayudado a recoger un ganado, y tanto a María como a mí nos agradaría que quisieras hacerte cargo de todo eso, por lo menos mientras Manuelito llega a la edad de meterle el hombro a las fincas. Actualmente, ya lo sabes, es necesario recoger el ganado que se comprometió a entregar el compadre para el próximo viaje del "Cuchivero" y me harías un gran favor si quisieras prestarme tu cooperación.

—Cuenta con ella —repuso Marcos—; pero para eso nada más. A don Manuel le debo favores y conmigo puede contar siempre su familia; pero como entiendo que usted me propone un empleo, mediante sueldo...

—¡Hombre! Tu tiempo vale dinero.

—Para la familia de don Manuel ni un centavo.

—¡Bravo, muchacho! ¡Bravo! Pero, como comprenderás, a título gratuito, ni para María ni para mí puede ser aceptable tu cooperación.

Por mi parte, quiero ayudarte, en eso o en mi empresa purgüera...

—Ni una palabra más, don Francisco. Mañana mismo salgo para "La Hondonada" a recoger el ganado vendido por don Manuel y cada vez que la familia Ladera me necesite estaré a su orden. En cuanto a la ayuda de usted, se la agradezco desde luego, pero ya sé por dónde corre el agua y no me interesa aprovecharla, además de que no he nacido para empleado. El dinero no es lo que más me interesa en el mundo y es bueno que usted lo sepa, don Francisco; pero si algún día he de tenerlo quiero debérmelo todo a mí solo. Esto mismo de los carros, que ya ha cambiado de aspecto, no me está gustando mucho y si no le cojo la palabra que acaba de ofrecirme es

por lo de retirada que ha dicho usted. En efecto, estoy tropezando con dificultades, pero ellas son, precisamente, las que no me permiten echarme para atrás: por aquí metí la cabeza y por aquí tengo que salir adelante.

En último caso y si quedo endeudado, mientras haya un río por donde boguear... ¿No fue así cómo empezaron los Vellorínis, musíú Francisco?

—¡Así fue! Y aquí está musíú Francisco, diciéndote: tú y yo para los que salgan, Marcos Vargas.

—Muchas gracias, le repito; pero vamos a ver si puedo yo solo contra ellos. Y déme de una vez la autorización escrita para el caporal de "La Hondonada".

Y así terminó la entrevista con la cual quiso poner en práctica Francisco Vellorín el proverbio de "al enemigo, puente de plata".

—Después de todo -se fue diciendo Marcos Vargas-, tengo que agradecerle que se lleve a la Bordona. Por este camino mejor es andar escotero.

Y lo decía sinceramente, pues si el dinero no era lo que más le interesaba, tampoco lo era el amor.

Y no estaba mal ir quedándose solo por su camino y ante la vida.

El mundo de Juan Solito

Al llegar a "La Hondonada" díjole el encargado de la pulpería del hato:

—Por aquí estuvo Juan Solito a devolver la libra esterlina que le pagó adelantada el difunto don Manuel, para que le matara el tigre que se le estaba comiendo los mautes.

—¿Y eso por qué?

—Voy a repetirle sus propias palabras. Se presentó por aquí de mañanita, después de haber estado dos noches en el veladero sin que el tigre apareciera, y me dijo, entregándome la esterlina:

—"Aquí está esto que ya no es menester que lo tenga Juan Solito"—. ¿Y eso por qué? —le pregunté, como usted ahora a mí, y me contestó:

—"Porque ya don Manuel está montando guardia por lo suyo y el renco no volverá por sus mautes"—. Y como se me ocurriera preguntarle que dónde estaba don Manuel, creyendo que realmente hubiera llegado, me dijo, ya dándome la espalda:

—"Donde ya ustedes no lo pueden ver"—. Y no iría muy lejos cuando recibimos la noticia de la desgracia. Desde entonces tengo aquí la libra, esperando que alguno de los muchachos fuera para Upata, para mandársela a la señora.

Sin duda que al hablar así no entendía el pulpero de "La Hondonada" referirse a hechos naturales y sencillos, en el sentido que estos términos podían tener para Marcos Vargas; mas para él las cosas ocurridas en el mundo de Juan Solito no eran propiamente sobrenaturales, ni siquiera del todo extraordinarias, puesto que para explicárselas —si realmente hubiera sentido alguna vez la verdadera necesidad de ello— le habría bastado decirte que el cazador era un hombre "faculto", agregando, cuando más, "por haber vivido entre los indios".

Así también tenía que haber visto Juan Solito que ya no era necesario darle cacería al tigre, que no volvería por allí como en efecto no había vuelto.

Pero Marcos Vargas necesitaba asomarse de una manera consciente al mundo enigmático del cazador y procuró hacerlo en cuanto hubo terminado el trabajo que lo llevaba a "La Hondonada". Tenía además motivos personales para desear una conversación íntima con el hombre "que había vivido entre los indios".

Preguntando por los ranchos del camino se informó del sitio donde podía encontrarlo y hacia allá se dirigió por una de aquellas trochas que se internaban en la montaña de Taguachí.

Allí estaba, en lo más intrincado del monte, sentado sobre una piedra, con la ociosa escopeta entre las piernas y la vista fija en el suelo cubierto de hojarasca, donde se apoyaban sus pies descalzos, ni cazador de tigres en aquel momento ni tampoco espectador del paisaje, sino más bien como sumido en él. Era hacia el mediodía, las copas de los árboles entrelazados cernían en torno suyo una luz verdosa que matizaba sus harapos a manera de musgo sutil, semejante al que cubría los troncos de los árboles circundantes, un aire de calidad vegetal florecido de mariposas azules, una de las cuales negaba y desplegabá sus alas sobre el hombro del cazador, donde acababa de posarse. Y éste le preguntaba, sin levantar la vista de donde la tenía fija:

—¿Qué quieres? ¿Te cansaste ya de volá? Sin lo cual se le hubiera creído totalmente ausente de cuanto lo rodeaba. Pero a Marcos Vargas, que acababa de detener su bestia frente a él, no se le escapó que aquello había sido dicho con alguna intención.

—Ya veo que siente la mariposa que se le para encima -díjole- y no al enemigo que se le acerca.

—Él tenía que llegá, de tos modos -repúsole, enderezándose, pero sin alzar la vista-, pues por algo dejó su camino propio por la trocha ajena. Aunque cuando el juicio está por encima del hombre y no por debajo suyo, que es como debe estar, el hombre está sin juicio.

A Marcos Vargas le impresionó esta frase, le pareció profunda y no fue sin orgullo de haberle penetrado el sentido que se apresuró a replicar:

—No veo por qué sea una muestra de falta de juicio coger la trocha de Juan Solito cuando se necesita hablar con él.

Pero Juan Solito no había querido decir tal cosa, precisamente. Incluso es muy posible que no hubiera querido decir nada, mas de todos modos no pareció agradarle la interpretación de Marcos.

—¡Jm! -hizo-. Las palabras son como los caminos, que cuando no se conocen piden baquianos. No basta decí: por aquí voy a reventá a tal parte; es menester que tal parte esté en la punta del camino... Pero dice usted que ha venio a hablá con Juan Solito y ya lo está logrando. Ya el hombre lo está escuchando.

Marcos sonrió y luego:

—Acaban de decirme en "La Hondonada" que usted devolvió la esterlina que le pagó don Manuel Ladera para que le matara al renco.

—El trabajo no fue hecho; la paga no tenía razón de sé.

—Pero no teniendo plazo fijo el trabajo...

—¡Jm! Acabe de decí, joven, que a lo que usted viene es a que Juan Solito le explique la mano que le pasó velando al renco. Ya usted le escuchó decirle al difunto Ladera que ese tigre era de historia famosa.

—Sí. Ésas fueron sus palabras.

—Y éstas son las mismas. Juan Solito sabía del tigre lo que le contaron las güellas, pero la vista engaña cuando el corazón confía, y el hombre no podía decí sino lo que dijo: que el renco era un tigre que estaba tirando el zarpazo con la zurda. Él no se equivocó cuando dijo que era con la zurda; pero es que habían cosas de por medio y Juan Solito, en ese entonces a que se está refiriendo, no cató de pensá en ellas. Ésa es una

culpa, si al caso vamos. No es adremente, sino de que el juicio estaba entonces por encima del hombre y no en su debido puesto.

—¡Ah! -exclamó Marcos Vargas, creyendo haber encontrado la verdadera clave de la frase cabalística-. Ya entiendo. ¿Quiere decir usted que para juzgar de ciertas cosas...?

—¡Hum! -hizo el cazador interrumpiendo, socarronamente, pues de una manera general no le agradaba que se alardease de haberle penetrado sus entresijos mentales-.

¿Entiende y pregunta? Mejor será que siga escuchando, joven. Ya falta poco. Al hombre le dijeron que un tigre se estaba comiendo unos mautes y sin más pensá fue y se dijo: ése es el renco. Pero resulta que no era un tigre, sino un hombre, que estaba tomando esa forma pa hacé un daño, y como Juan Solito fue y le amarró las güellas al tigre, conforme dejó prometió en ese entonces, quedó presa la forma pero libre el hombre que bajo ella se ocultaba, porque uno es el procedimiento pa inutilizá al animal, que no tiene sino instinto, y otro pa postergarle el ímpetu dañoso a la criatura racional, y siendo asína las cosas conforme al arreglo que Dios les ha dado a ca una de sus hechuras, si no volvió a corré por "La Hondoná" más sangre de mautes, en cambio fue derramada otra, allá por San Félix.

—¿Quiere decir que Cholo Parima y el renco...? Pero Juan Solito no lo dejó concluir:

—Quítese esa costumbre, joven, de queré hablá por boca ajena. No pregunte lo que usted quiera decí.

—Lo que quise decir ya lo dije claramente en San Félix, donde acusé a Cholo Parima como asesino de don Manuel Ladera, mandado por José Francisco Ardavín, y eso ya no es un secreto para nadie; pero...

—Pero perdió usted su tiempo -volvió a interrumpirlo el cazador-. Como to el que se gasta en decí lo que no se quiere escuchá. Ya pasaron por aquí sus palabras, llevándoselas el viento.

Y resultó oportuna la interrupción, pues ya Marcos Vargas iba de cabeza hacia el abismo desde donde hablaba Juan Solito. Fue cosa de un instante no más la ocurrencia insensata; ya no podría decir qué iría a agregar después de aquella palabra que le quitó de la boca el hombre de la superstición para comenzar su frase; pero quedábale la impresión de haber estado al borde de un cataclismo espiritual, hasta tal punto que su corazón palpitaba aceleradamente y sentía haberse puesto pálido.

Acaso este trastorno reproducía el de la cólera que acompañó las inútiles palabras pronunciadas en San Félix y ahora recordadas, pero no

parecía venir directamente de allá, sino a través de otra experiencia de sí mismo –!no podía precisar cuál!– arrastrando el légame de un sentimiento obscuro y deprimente, depositado en su alma quién sabe cuándo, de donde podría resultar que tampoco toda la idea de riesgo correspondiese al momento actual.

De todos modos, lo cierto era que se había puesto pálido y así lo advirtió Juan Solito, en una de las furtivas miradas rápidas que solía dirigir al rostro de su interlocutor. Como todo iniciado en misterios, Juan Solito tenía que atribuirle a los suyos efectos perturbadores en el ánimo de los profanos, pero no le dio importancia a tal palidez y prosiguió desarrollando su pensamiento:

—Usted perdió su tiempo, sí, señor, como Juan Solito el suyo, porque en ambos entonces el juicio estaba por encima del hombre –casi no es necesario advertir que a Juan Solito le había gustado su frase–, pero vamos a ve si Dios quiere que sea enmendá la plana.

Ya están amarraos los pasos que no deben continuá libres, ya está postergao el ímpetu dañoso que fue mencionao en denantes, y ahora los pasos están siguiendo la forma del bejuco donde se atocan el principio y el fin. La cosa no tiene contra, pero en el silencio medra lo que en la bulla no prospera. Déjela en las manos de quien está y vuelva a cogé su camino por donde lo dejó, pues esta trocha aquí muere. Juan Solito necesita estar solo y callao en el monte tupío, velando las puntas del bejuco pa que el principio y el fin siempre se estén atocando.

Marcos Vargas comprendió y sonrió –ahora necesitaba mostrarse incrédulo–, pero como al mismo tiempo miraba en derredor, buscando el bejuco mágico con el cual ya estaban apresados en el círculo de la perdición los pasos de Cholo Paríma, el cazador brujo agregó:

—No lo busque, joven, que no lo va a encontrá. Y acabe de darse otra vuelta.

—Bien –admitió Marcos–. Pero ¿eso no tiene precio, Juan Solito?

—No, señor. Precio tiene un maute o un marrano y una esterlina pue sé buena pa librarlo del tigre; pero un hombre no tiene precio, contímás como don Manuel Ladera.

Y Marcos Vargas, ya marchándose:

—Bueno, Juan Solito. Que la cosa resulte y yo lo vea.

—¡Adiós, joven! Y van dos veces.

Y volvió a sumirse en su mundo abismal.

IX

Las carcajadas de Apolonio

Apolonio Alcaraván, jefe civil de El Callao, era un hombre simpático, o por lo menos en tal concepto lo tenían sus gobernados.

Llanote, expansivo, bromista, si nada escrupuloso para procurarse dinero por todos los medios que le deparara la autoridad que ejercía, nada tacaño tampoco para desprenderse de él cuando fuere ocasión de mostrarse espléndido. La mayor parte del tiempo se lo pasaba sentado a la puerta de la jefatura, metiéndose con los transeúntes, dirigiéndoles chirigotas y celebrándoselas por su parte con unas clamorosas carcajadas que hacían sonreír a los vecinos.

—¡Mira, Manuelote! Por allá voy a mandar por la chocontana que me ofreciste para el macho que le compré al caureño.

—Yo no le he ofrecido nada, coronel —protestó el transeúnte, que era un hombrecito, y en aplicarle el aumentativo consistía la gracia simple y chocarrera de Alcaraván.

—¡Cómo no, chico! ¿Ya se te ha olvidado? Hazte ver esa memoria con un médico y mándame la monturita, que me está haciendo mucha falta. ¡Cuaaj, cuaaj, cuaaj! Y Manuelote, que nunca había pensado hacerle tal obsequio, víctima de la singular virtud de aquella carcajada, cuyos sonoros abismos ya se habían tragado muchas cosas, sonrió y accedió:

—¡Bueno, pues! Si ya usted le ha puesto la vista, ¡qué se va hacer! Será suya la chocontana.

—Otro te la habría quitado por las malas.

—También es verdad. Pero, de todos modos, no vuelva a enamorarse de lo mío.

—¡Cuaaj, cuaaj, cuaaj! Y Manuelote siguió su camino, lamentándose de la pérdida de su montura como de cosa fatal:

—¿Quién me mandaría pasar por esa calle? Pero agregando en seguida:

—¡Ah, coronel, y lo sabroso que se ríe de sus picardías! ¡Si no fuera por lo simpático que es! Mientras Apolonio a su secretario:

—¡Ah, bachiller! ¿Qué le parece? Ya tiene silla la bestia famosa.

—Y barata que le ha salido -repuso el secretario-. Ya he escuchado.

—Lo que viene liso no trae arrugas. Bueno ha sido desde el principio ese negocio del macho.

!Cuaaj, cuaaj, cuaaj! Era uno que días antes le había ofrecido en venta un caureño tratante en bestias.

—El macho me gusta y además me hace falta -manifestó entonces Apolonio-. Pero sesenta libras esterlinas son mucho dinero para sacarlo así, como quien dice, de una manotada a la faja.

—Por eso no se preocupe, coronel -repuso el chalán-. Me lo paga cuando guste. Ahora voy rumbiando pa Tumeremo, pero estaré de vuelta el 15, si Dios quiere. De aquí allá será mucha la esterlina que habrá caído por aquí.

Llegó el día convenido y el secretario le advirtió:

—Acuérdese, coronel, de que hoy se vence el plazo del macho.

Ya regresó el caureño.

—¡Ah, caramba, bachiller! Es verdad. Y yo tan tranquilo...

Pero hoy es sábado, día de la Virgen, que me va a sacar de este apuro. Mandé esta tarde a los policías que se aposten a la salida de la mina y arresten sesenta negros de los más alborotosos. De esos que siempre están formando escándalos en la vía pública, cuando andan con plata en el bolsillo, contimás siendo oro de ley. Más vale prevenir que castigar, dice el manual del buen gobernante que usted está escribiendo en los ratos desocupados. ¿No es así, bachiller? El secretario cumplió la orden y cuando los mineros detenidos quisieron protestar en su trabalenguas de antillanos ingleses:

—¿Qué malo estaba haciendo yo, chico? ¿Por qué me mandaste arrestá con pulicia? Aquél les repuso:

—¡Que hoy se vence el plazo del macho! Y no averigüen más porque es peor. Veinticuatro horas de arresto por escándalo en la vía pública o una libra esterlina de multa por cabeza, dicen las ordenanzas municipales. De modo que ustedes dirán qué prefieren.

Prefirieron pagar la multa -no era la primera vez- y así pudo Apolonio Alcaraván salir de su compromiso. Y rió más que nunca, exclamando:

—¡Ah, bachillercito ocurrente ese secretario mío! ¡Y después dicen que los plumarios no sirven para nada! Si materialmente le adivinan a uno el

pensamiento... A ese mío no lo cambio por otro ni que me revuelvan encima.

Y todo El Callao rió junto con él.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! Una tarde, paseando en su macho por los alrededores de la población, se encontró de camino con un forastero mal trajeado y cara de pícaro hipócrita, pero de las que a él ya no le metían gato por liebre.

—¿De dónde la trae, amigo? -le preguntó emparejándosele.

—Del oriente del Guárico, por no decir de ahí mísmo -respondió el caminante, arrastrando demasiado su acento llanero, tal vez porque ya venía arrastrando los pies.

—¿A pie desde la tierra de las bestias buenas?

—¡Para que vea, compañero! Al piritu y con el hambre por bastimento.

—¡Ah, caramba, amigo! ¡Mire que usted es dejado! ¿Y esa magaya para qué es? Una gallina por lo menos, que nunca faltan por esos ranchos del paso, traería yo en ella.

—Lo del hambre fue un decir y lo de la gallina no crea usted que ya no ha sucedido -repuso el llanero, sin saber que hablaba con la autoridad del lugar adonde se dirigía, pero sí con un hombre simpático que inspiraba confianza-.

Sólo que con la magaya, como la llama usted, que yo hasta ahora venía llamándola porsiacaso, no traigo ahora sino recuerdos de mi antiguo oficio.

—¿Y ése cuál era? Si no es demasiada curiosidad.

—Sacristán. Aunque me sea feo el decirlo a estas alturas.

—¡Ajá! Dicen que es oficio productivo.

—Según y cómo la parroquia.

La mía era de pocas limosnas en el platillo. De donde al fin me decidí a dejarla para venirme a Guayana, a ver si es verdad lo que se cuenta de los ríos de oro.

—¿Y se trajo usted el platí llo, por supuesto? Otro tanto hubiera hecho yo por la medida chiquita -insistió Alcaraván a fin de que el forastero acabara de franqueársele y así saber de una vez qué clase de hombre era su nuevo súbdito.

—Pues no, para que vea. Pero ya que usted me da el pie, voy a decirle qué me traje: una sotana vieja del cura párroco, no muy vieja ella, una sobrepelliz, una estola, un bonete y un librito.

—¿Y eso para qué, compañero?

—Para los porsiacasos. Yo vengo a buscar oro, como le digo, pero a lo mejor no lo encuentro en los placeres de que he oído hablar por allá y quién sabe si la necesidad, que ya se sabe que tiene cara de hereje, me obligue a echar mano de lo que aprendí en la sacristía. Un matrimonio, por estos montes donde debe de haber mucha gente apersogada que no ha cumplido con la Iglesia, un bautizo y hasta la obra de misericordia de un entierro, a lo que puedan pagar los deudos por cada réquiem. Yo respeto lo sagrado por costumbre y por devoción, pero si el hambre me acosa, también estoy dispuesto a tirarle palo a todo mogote, porque la primera devoción de un cristiano es conservar la sal del bautismo.

¿No le parece, compañero? Aún no tenía el sacristán por qué sospechar que estuviese diciéndole todo esto a quien podría impedirle, por lo menos, que lo pusiese por obra; pero ya Apolonio Alcaraván había visto dos cosas muy interesantes para él: que realmente aquel forastero era un píllo y que allí había negocio. Mas se preguntaba para sus adentros:

—¿Cómo le propondré a este sacristán bellaco lo que se me acaba de ocurrir, sin crearme complicaciones con el obispo de la diócesis?... ¡Ah! ¡Ése es el tiro! Y al caminante, quien, por haber quedado sin respuesta sus palabras, ya se arrepentía de su indiscreción:

—Amigo, voy a decirle la verdad. Lo que me parece es que usted no es tal sacristán.

—Realmente ya no lo soy -repuso el indiscreto receloso, explorando el rostro de su interlocutor, que ahora se le volvía enigmático, después de haberle inspirado confianza irresistible. Pero ¿es que ni siquiera tengo cara de haberlo sido, compañero?

—Cara de cura es la que tiene usted -respondió Alcaraván-.

Dicho sea con todo el respeto.

—Puede ser -admitió el otro sintiéndose ya "maroteado, pero sin ver todavía la marota", como llanamente se le representó su propia situación-. Son quince años los que he vivido entre ellos y eso se pega.

—¿Se pega? ¡Hum! Déjese de entaparados conmigo, presbítero.

Yo soy lo que se me ve por encima.

Confíeseme, aquí entre nos, que usted es sacerdote arrancado que viene a echá su tirito a la aventura del oro. Que no es ningún pecado, salvo

su superior opinión, si es que, por el contrario, no es gran virtud, pues bien puede ser que ese oro no venga buscándolo para usted, sino para las necesidades de su iglesia.

De una manera lejana comprendió el sacristán que aquello iba encaminado a algo preciso, y para ganar tiempo preguntó:

—Pero, ¿por qué se lo voy a confesar? Y Apolonio, ya con buen argumento para el posible reproche del obispo, pues por lo menos el hombre no había negado que fuese sacerdote:

—Ya no hace falta, padre.

!Usted lo ha dicho! Y permítame que le manifieste, sin que le ofenda la comparación, que viene usted como pedrada en ojo de boticario.

Que por cierto no me explico por qué han de ser siempre oportunas las pedradas en ojos de boticarios.

Yo soy el jefe civil de El Callao, Apolonio Alcaraván, para servirle...

El sacristán estuvo a punto de soltar la magaya y echarse a campo traviesa; pero fue cosa de un instante no más la pausa que deliberadamente hizo Apolonio.

—En el pueblo -prosiguió- no tenemos cura de almas y créame, padre, que una de las cosas que más me mortifican es que estemos pasando esta Semana Santa sin festividades religiosas. Ya mañana es Viernes Santo y ni siquiera el "Lignum Crucis" íbamos a poder celebrarlo si no hubiera sido por este feliz encuentro que he tenido con usted... ¿Cuál es su gracia, padre, si me hace el favor?

—Mi nombre es... Candelario Algarrobo -soltó el otro, entre temeroso y resuelto, amoscado y zumbón.

—¿De los Algarrobos de Valle de la Pascua? -insistió Apolonio, fingiendo creerle que así se llamara.

—No, señor. De los de El Chaparro. ¿Y usted, si no es mucha curiosidad, de los Alcaravanes de dónde?

—Este sacristán no se muerde la lengua -pensó Apolonio. Y en seguida, en alta voz-: ¡Ah! Sí.

Ya conozco esos Algarrobos y ahora recuerdo que me habían contado que uno de ellos se había metido en la Iglesia. Digo: que se había ordenado.

Y como el sacristán lo miraba de hito en hito, sin haber puesto en claro todavía si aquello eran bromas o picardías:

—Pues sí, padre Algarrobo, llega usted como le dije. En El Callao no hay cura de almas, le repito, y por un día más que se ponga usted esa

sotana, esa sobrepelliz, esa estola y ese bonete y jale por este libro que trae en la magaya, no creo que hayan de sufrir gran perjuicio los motivos que tenga para venir de Incógnito. Que yo los respeto, desde luego. ¿Dice usted que mañana mismo sigue su viaje para Tumeremo? ¿No fue eso lo que me dijo hace poco? Pues se va con la fresca de la tarde, en vez de coger camino de madrugada y en la mañana nos celebra el "Lignum Crucis". Aquí la gente es muy piadosa, a pesar de todo, y el platillo de esta parroquia no es de limosnas de a centavo, sino de libras esterlinas. Yo me encargaré de que resulte ese amén que acaba de soltar usted.

Al sacristán -con el hambre que llevaba, el sol que había cogido por el camino y las cosas que estaba oyendo- le daba vueltas la cabeza y no acertaba a dilucidar qué clase de hombre era aquél, ni qué se proponía con todo aquello.

Pero Apolonio continuó:

—Por supuesto que... ¡En fin! Usted sabe que los hombres de mundo somos interesados y no le voy a ocultar que me vendrían bien la mitad de las esterlinas que caigan mañana en el platillo.

Y ya no le quedaron dudas al de a pie de que el de a caballo fuera realmente el jefe civil del lugar.

Y todo lo vio claro, sencillo, perfectamente explicable.

—Es muy natural -dijo, poniendo ya la voz untuosa que al caso convenía-, Muy justo, además, si a ver vamos.

—¡Ya lo creo que lo veremos! En El Callao yo doy la pauta y la primera libra que va a caer en el platillo va a ser la de un servidor. Que, por supuesto, ésa no entrará en el reparto.

—¡No faltaba más, general!

—Coronel, por el momento -corrigió Apolonio.

—Dios mediante, pronto habré tenido razón al equivocarme -lisonjeó el de la magaya, cambiando su estilo llano de sacristán por el revesado, que le parecía más canónico.

Pero al coronel Alcaraván no le daban por liebres sus propios gatos y conservando de la farsa lo que fuere menester para defenderse ante el obispo, llegado el caso, repuso socarronamente:

—Yo sigo teniéndola sin haberme equivocado al decirle a usted que tenía cara de presbítero, ¿ver dad? Pero volviendo al negocio concertado: no conviene que entre en el pueblo con ese traje de paisano y esa facha. Métase por estos montes mientras yo llevo y le mando una bestia y una navaja de afeitar para que se ponga en carácter con todo y sotana.

—La cosa es que no trago teja -advirtió el sacristán- y este pajilla no es muy canónico, que digamos.

—Le mandaré también un jípijapa. Yo he visto mucho cura con jípijapa por estos caminos.

—¿Y no le parece, coronel, que sería bueno que me mandara también algo a cuenta, para no llegar tan arrancado?

—¡Ya me pegó el machete el presbítero! ¿Primicias no llaman ustedes a estos anticipos? Ahí van dos libras, que con una que echaré mañana en el platillo serán tres que no entrarán en el reparto.

Cayeron muchas, el sacristán haciendo muy bien su papel y Apolonio esfuerzos sobrehumanos para no soltar la risa.

Se desahogó a sus anchas después de los oficios, cuando obsequió con champán, copiosamente, a los mismos dadivosos tímidos. Pero aunque le hacía cosquillas el deseo de explicarles de dónde había sacado el dinero con que los agasajaba, hubo de contentarse -por aquello de las posibles complicaciones con el obispo- con ponerlos recelosos a fuerza de tanto reír sin motivo a la vista.

Estampa negra

Tiempos pasados. Bosque tupido a orillas del Yuruari, que es un río de aguas turbias, feas. Un leñador derribando un árbol. Así lo pone la versión pintoresca -la que a Apolonio Alcaraván le gustaba referir- y cabe imaginar que en el agreste silencio sólo se oyera el golpe del hacha.

Gime el árbol herido de muerte, vacila buscando un último apoyo, se desploma no hallándolo, en su caída desarraiga y arrastra malezas y aparece el afloramiento de una veta de oro. Es de suponer que un grito de júbilo debió de resonar en el silencio del monte... Suelta el hacha el leñador y se convierte en minero y en rico, de pronto, de tan pobre como era; pero sin divulgar el acontecimiento magnífico, callado...

—¡Callao! De dónde luego vino, según esta versión, el nombre de la mina de El Callao. ¡Cuaj, cuaj, cuaj! Pero se descubrió que ya no era leña lo que conducía el leñador a su rancho, a lomo de su burrito; se divulgó la

noticia estupenda, cundió por todo el país y otros hombres, ansiosos, acudieron de todas partes y cayeron sobre el oro.

Cierta o no esta versión pintoresca, la verdad es que un buen día, en la tierra del azar magnífico, fueron descubiertos los yacimientos del Yuruarí.

Pero el oro se escondió bajo el suelo, huyó por las vetas hacia el centro de la tierra donde resplandecen sus doradas mansiones. Porque, según la leyenda aborígen, el oro aborrece al hombre y sólo se asoma a contemplar el sol cuando aquél no está por allí, en las calladas playas de los ríos solitarios, al umbroso misterio de la selva inhollada.

Mas entre aquellos hombres algunos conocían los caminos del oro y dijeron:

—¡Por aquí va! Y otros:

—¡Sigámoslo! Y en pos del fugitivo soltaron la jauría de los socavones.

Tierra adentro, la jauría estuvo ladrando mucho tiempo, día y noche, sobre las huellas del dios esquivo, mordiéndole los dorados talones. La azuzaban hombres negros de ojos muy blancos en la oscuridad subterránea, de brazos muy largos con músculos recios. Anti llanos de las Antillas inglesas, africanos de América, que siempre fueron perreros de aquellas jaurías.

A veces éstas se revolvían contra ellos y en las dentelladas al dorado talón les mordían la carne, les trituraban los huesos...

Pero ¡qué podían valer unos negros, habiendo tantos en Trinidad, en Barbados, en Saint Thomas!...

Ya arribarían a Puerto de Tablas, atestados de ellos, otros vapores ganaderos. Como cuando aquellos galeones de maldita memoria volcaban el África en las costas de América.

¡Aquello fue grande! Nunca más se verían en el Yuruarí tiempos tan felices como los del famoso "oraje". ¡Cómo trituraban montañas de cuarzo las masas de acero de los pilones fragorosos! ¡Cómo rugían las hirvientes calderas del pecho del monstruo!... Ciento veinte potentes morteros pulverizaban la roca, día y noche, un año tras otro; no daban abasto las planchas de cobre azogado que apresaban el oro; no llegaban a enfriarse los crisoles ni tenía descanso el correo que conducía los milagrosos lingotes, a lomos de mulas en numerosas recuas y se iban formando cerros con las arenas tiradas.

Y junto a la mina se fue poblando El Callao. Con aquellas negradas - más sangre de África para el mestizaje venezolano- y con los aventureros

y sus parásitos, que de todas partes acudían. Unos con la batea del lavador de oro a la espalda, porque además de los yacimientos que explotaba la empresa minera había las arenas que arrastraba el Yuruarí; otros, el tráfico usurario y al fácil aprovechamiento del vuelco del cuerno de la abundancia: el corso, tesonero y prudente, a comerciar y atesorar –algunos también a quedarse con los ahorros que les fuesen confiando los negros mineros, que desaparecían cuando la cantidad ya valía la pena o se les hallaba muertos entre el monte, pues para la puñalada alevosa se hicieron trasplantes de los jarales corsos al propicio suelo venezolano–; tahures de todos los garitos adonde llegara la noticia estupenda, con los dados en los bolsillos, a los albures del tapete colmado por la fiebre de las manos pródigas; revólver al cinto los hombres de presa, a lo que les deparase la aureola siniestra, y al desperdicio del dinero tirado, peste de yodoformo y pachulí, las mujerzuelas averiadas.

Casa de madera, techos de cinc.

Calor africano, color africano.

Burdeles, garitos, tabernas...

Hampa bilingüe.

No se cerraban las puertas de los botiquines para los turnos de negros que tres veces al día, cada ocho horas, salían de la mina, ni en ellos se bebía sino champaña y "brandy" fino, a pico de botella.

Desde aquí hasta el río todo eso está construido sobre vidrios rotos, latas de sardinas y trapos viejos. Porque es fama que aquí no había lavanderas –¿quién iba a ocuparse en eso habiendo las pepitas de oro del Yuruarí?– y nadie se mudaba la ropa, sino que cuando ya no podía cargarla encima, de puro andrajosa y mugrienta, compraba otra nueva en los tarantines de los buhoneros, al aire libre, y allí mismo, en medio de la calle y a mediodía en punto, se desnudaba y se cambiaba. Y eran puñados de oro en bruto o rimeros de libras esterlinas y de águilas americanas las que se ponían al paro y al pinto del dado. ¡No haber nacido yo antes, para haber sido jefe civil de este pueblo en ese famoso entonces! ¡Cuaaj, cuaaj, cuaaj! Pero un mal día, de improviso, la negra jauría perdió la pista del dios fugitivo. Inútilmente la azuzaron por aquí y por allá los negros perreros... Se había agotado la veta fabulosa, los rugientes pilones de acero ya no trituraban sino mineral pobre o roca vulgar, de la amalgama quemada casi no salía oro.

Mas había quedado alguno de los pilares que sostenían las galerías y los hombres codiciosos ordenaron:

—¡A extraerlo! Minaron la mina, y el agua negra, sucia y fea del Yuruari se precipitó dentro de ella y la inundó. ¿Cuántos negros perecieron allí? ¡Quién iba a tomarse el trabajo de sacar la cuenta! Se vinieron abajo las enormes calderas del pecho del monstruo, se desarticularon las muelas fragorosas y mordieron el polvo del derrumbamiento. Un estruendo de años se convirtió de pronto en silencio.

Entre los escombros comenzó a crecer el monte: el ñaragato espinoso, la amarga retama...

Acerca de aquellos pilares que quedaron en pie, sobre los cuales se asienta El Callao, corre la leyenda de que son de oro macizo, sumergido en el agua negra, sucia y fea.

Oro también contenían, en gran cantidad, las piedras con que se construyó el edificio de la Compañía y el muro que lo rodeaba y las que pavimentaban una calle que bajaba hasta el río, y de aquellos desperdicios del emporio estuvo viviendo algún tiempo la población.

Oro también contenían, como para enriquecer a muchos, las arenas tiradas, que ya formaban cerros, y para explotarlas por el procedimiento de cianuración, que no conoció la empresa antigua, se formó una nueva, de pingües rendimientos.

Ahora había otra mina, más allá del pueblo, pero allí el mineral no era tan rico. Sin embargo, siempre se espera que algún día vuelva a encontrarse la fabulosa veta perdida. El Yuruari es un río de aguas negras, sucias, feas; pero arrastra arenas de oro, y desde algún prodigioso yacimiento debe de acarrearlas.

Fue un año de grandes provechos para los lavaderos de aquellas arenas, que agitaban incansables sus bateas en las pedregosas riberas.

La negra Damiana lavaba sin tregua; el tabaco en la boca, con la candela hacía dentro, al aire los gordos brazos, papandujos, porque ya no era joven, con un grito de júbilo celebrando entre ratos el dorado hallazgo en el fondo de su batea. El negro Ricardo, en la orilla opuesta, con una botella casi llena de pepitas de oro, pero maldiciendo impaciente cuando no las encontraba entre el material lavado.

—¿Qué te estás imaginando tú, negro Ricardo? ¿Que en cá bateazo te has de juntá con oro?

—Yo contigo no me estoy metiendo, negra Damiana. Dale a tu batea callá.

—Es que te la pasas maldiciendo.

—Es que tú la tienes cogía conmigo.

El negro Ricardo y la negra Damiana se querían casar; pero cuando tuvieran las botellas completamente llenas de pepitas de oro.

Él había llegado a El Callao junto con otros negros trinitarios, a muchos de los cuales ya se los habían tragado los socavones, galeras de su raza; pero hacía varios años que no trabajaba en ellos porque una vagoneta le había trozado una pierna. A ella se la trajeron consigo, chiquita, sus padres, cuando vinieron de Barbados a trabajar en la mina antigua.

Una noche dormía Ricardo, la cabeza sobre la batea y bajo ésta la botella a punto de colmarse, hasta el cuello las pepitas de oro.

Dormía sobre el cascajo de la ribera y lo arrullaba el rumor del agua negra y fea. Tres días con sus noches, de clara luna embrujadora, había estado lavando sin descanso, pero al mediar la tercera ya no pudo más...

¡Y soñaba! Que se había comprado una pierna de goma con blanda almohadilla de seda para su muñón dolorido, que entraba muy orondo en la iglesia, con la negra Damiana apoyada en su brazo, vestida de blanco, con flor de azahar...

Pero cuando despertó, ya clareando, la botella no estaba debajo de la batea.

Se volvió loco del todo el negro Ricardo, que ya venía estándolo de tanto lavar, y a saltos sobre su vieja mula de palo, zangoloteando la pierna tronchada, corrió por la orilla del turbio Yuruari y por todo El Callao, gimiendo y suplicando, sin poder expresarse sino en su lengua, que ya casi no empleaba.

—¡Give me my bottle! ¡Give me my bottle!

—Devuélvanle su botella -dijo Alcaraván-. ¿No te advertí la otra noche, negro Ricardo, que no te quedaras dormido en la orilla del río porque podían robarte? Ya ves cómo te resultó por no hacer caso. ¡Cuaj, cuaj, cuaj! Pero el negro Ricardo nunca vio su botella, y desde aquel día fue su locura emprenderla a pedradas contra todas las que encontrase, destruirlas hasta que no quedase una sobre la tierra.

La negra Damiana, ya presa para siempre de la obsesión del oro, continuó lavando las milagrosas arenas, sin darse cuenta de que muchas

veces junto con el cascajo tiraba las pepitas... El tabaco en la boca, apagado. Y callada, callada...

El varadero

Marcos Vargas había ido a El Callao en busca de clientes para su negocio; Apolonio Alcaraván, que antes de conocerlo ya simpatizaba con él por la ocurrencia de la jugada de las firmas, con clamorosas carcajadas celebradas cuando se la refirieron, le había prometido ayudarlo, y gracias a tan eficaz palanca ya aquél contaba entre su clientela a los principa les comerciantes de la población.

—Creí que usted fuera ardavinista -le manifestó Marcos Vargas- y, francamente, no esperé que me arrimara tanto el hombro.

—Yo lo que soy es esterlinista -repuso Alcaraván, haciendo ocurrente su cinismo-. Y como usted me ofreció una por cada cliente que le consiguiera...

A lo que replicó Marcos, tomándose de una vez por todas la confianza que le brindaba:

—Quítese esa idea de la cabeza, coronel. Lo que es con dinero mío no pone usted su fiesta.

Y esto acabó de granjearle todas las simpatías del hombre de las carcajadas.

Ya le había contado buena porción del anecdotario propio y ajeno de la vida picaresca de El Callao, concluyendo:

—Pero sería cuento de nunca acabar, porque El Callao, como todo Guayana, es una universidad donde los hombres se lo pasan estudiando travesuras de muchachos y celebrándoselas unos a otros.

Y ahora, para que conociese a algunos personajes de aquel anecdotario, había organizado en su obsequio una ternera -criollo festín campestre, de carne asada con guasacaca, copiosamente rociada con bebidas espirituosas- en casa de uno de sus mejores amigos, el norteamericano Davenport.

Hombre ya de edad madura, corpulento y de inalterable buen humor. Mr. Davenport había sido uno de los directores de la fenecida empresa minera de "El Callao" y desde entonces se había quedado por allí, donde era muy estimado y querido por su espíritu bondadoso y su carácter chancero y sobre todo por el gusto que demostraba en emplear términos y giros criollos.

Habitaba una casa de campo situada en las inmediaciones del pueblo, bastante confortable, con arboleda de mangos y terrenos de sembradío, donde para su mesa y la de sus amigos le cultivaba hortalizas un chino viejo, de los que para tal oficio empleara aquella fenecida compañía minera.

"El Varadero" denominábanse aquella casa y huerta, nombre que le puso su dueño porque, según la usual frase criolla, él era uno de los extranjeros que, yendo a aquella tierra en plan temporal de negocio o de aventura, luego se "quedan varados" en ella, sin forzoso motivo que lo justifique, renunciando a la propia, que por más civilizada debiera serles más atractiva.

Y Mr. Davenport explicaba:

—El varadero es el trópico, chico. Esta cosa sabrosa de contestar a todo lo que te proponen:

-Déjalo para mañana, chico. Del apuro no queda sino el cansancio-.

Esta tierra donde todo es amor y poesía. Y mamadera de gallo, por encima de todas las cosas. Mister Davenport no tiene en el mundo más familia que ese chino viejo que le siembra los repollitos y las lechuguitas que él gusta comerse fresquecitas. Tiene además una cocinera alemana y come carne palante y del botiquín de El Morochó le mandan cerveza fría, toda la que quiera. ¿Qué más, chico? ¡Así es la cosa! Mister Davenport se siente contento en su varadero.

Tenía también -y ya le costaba buen dinero- el capricho de importar mulas de su país, unas mulas de gran alzada, sobre las cuales su corpulenta humanidad alcanzaba proporciones imponentes, y para alimentarlas cultivaba pastos seleccionados en la mayor parte de los terrenos de su finca. Pero las bestias no resistían el clima y ya eran muchas las que se le habían muerto, sin que por eso desistiera de servirse de ellas solamente, y en reponerlas se gastaba grandes sumas.

No obstante su predilección por la cerveza helada, que de El Callao le mandaban diariamente, en considerable cantidad, del botiquín de El Morochó, también importaba "whisky" en barricas, para su consumo

personal y copioso regalo de sus amigos, que a menudo organizaban terneras en "El Varadero".

Pero Mr. Davenport poseía, además, condiciones verdaderamente estimables. Era dadivoso con el que de ello tuviera menester, servicial con el amigo -excepto sus mulas, que a nadie, ni por nada del mundo, se las prestaba- y cultivaba veleidades de médico, especialmente en casos de disentería, muy frecuentes por allí, en los cuales se instalaba a la cabecera del enfermo -con mayor ahínco si era gente que careciese de recursos, campesinos o jornaleros o sus mujeres o sus hijos, que de otro modo habrían muerto de mengua- y administrándoles una fuerte dosis de ipecacuana, ayudada con otra de opio -de una bola que para el efecto siempre llevaba consigo, cuando recorría los campos de la región- sacaba su reloj y le decía al paciente, sugestionándolo:

—Tú no vomitas esta cosa porque tú eres un palo de hombre (así fuese mujer o niño el enfermo). Tú aguantas esto dentro de tu estómago una hora por mi reloj y estarás curado de bola.

Y eran muchos los que así había salvado de la muerte.

Allí estaba Mr. Davenport, a la sombra de la arboleda de sus mangos -bajo la cual difundía apetitoso aroma la ternera en los asadores, en torno al fuego atizado por el chino viejo- con su roja faz risueña y ya de blanco barbada, envuelta en la olorosa nube del humo de su cachimba de tabaco de Virginia y un vaso de "whisky" en la diestra velluda, haciendo tintinear el trozo de hielo mientras, mirando complacido hacia el prado por donde pacían sus hermosas mulas, oía la anécdota suya que a propósito de ellas le contaba Alcaraván a Marcos Vargas.

—Fue en la última revolución en que yo me chamusqué el pellejo -decía Apolonio-. Le había ordenado a un capitán de apellido Guillén que cogiera por este camino con su compañía mientras yo daba la vuelta por otro lado, y al pasar frente a esta finca y ver las mulas de Mr. Davenport se le ocurre al hombre entrar a ver cómo se ponía en una de ellas. No estaba aquí Mr. Davenport y le salió el chino preguntándole:

—"¿Qué quiele tú, Guilén?- A lo cual respondió mi hombre:

—De parte del coronel Alcaraván vengo por una de esas mulas que le ofreció prestar mister Davenport.

Pero como el chino sabía que el musiú no le prestaba a nadie sus bestias, se negó a entregársela y Guillén no se atrevió a llevársela por las malas, seguramente por el temor de que la escuadra americana viniera a bombardear a Ciudad Bolívar si Mr. Davenport se quejaba ante su

gobierno y así siguió su camino para reunirse conmigo. Bueno, pues. Regresa Mr.

Davenport, le cuenta el chino lo ocurrido y apenas oye decir que yo estaba alzado y gente mía había intentado quitarle lo suyo más querido, monta otra vez y parte a ponerme la queja.

—A ponerte la queja, no -protesta Mr. Davenport-. ¡A pelearse! A eso fue que salí. ¡A derrotarte, como te derroté!

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! Efectivamente -rectifica Apolonio-: yo que estoy desprevenido, con mi gente acampada en el monte, cuando oigo unos ecos de:

—¡Párate ahí, vagabundo! ¡Ladrón de mulas ajenas!- Y acto seguido unos disparos de revólver. Formó de carrera mi gente, creyendo que fuera la del gobierno la que nos atacaba, y ya iba a ordenar fuego cuando me fijo en que es un hombre solo el que viene contra mí y veo que nada menos que mi gran amigo Mr. Davenport.

—¿Qué es eso, musíu?- le pregunto a veces, y él se me acerca y me cuenta lo ocurrido -que Guillén no me lo había referido todavía-, y en seguida, desmontando y disponiéndose a sacar algo que llevaba en los bolsones, me dice:

—"Aquí vengo a desafiarte para que te pegues conmigo, grandísimo vagabundo"-. Y diciendo así saca el pertrecho que llevaba para la pelea. *¡Cuatro botellas de "wisky"! ¡Cuaj, cuaj, cuaj! ¡Nunca he peleado yo con más gusto!*

—Pero te derroté, sinvergüenza -insiste Mr. Davenport-. Dí que no. Cuando yo me monté arriba de mi mula para regresarme, tú no pudiste montarte en tu machito de revolucionario ladrón de gallinas.

Te dejé tirado encima del suelo, derrotado y rendido. Confiesa la verdad, coronelito cobarde.

Risas de los demás bajo el trueno de las carcajadas de Alcaraván y comentarios a propósito de otras regocijadas ocurrencias de Mr. Davenport, americano de Kentucky, varado a orillas del Yuruarí hacía muchos años, con su viejo hortelano chino, su cocinera alemana y sus robustas mulas, las únicas que no habían llegado a aclimatarse en aquella tierra brava.

—Dicen que es el paludismo el que las mata -comenta Alcaraván-, pero si estas tierras fueran paludosas no estaría Mr. Davenport tan fuerte y tan colorado como lo vemos.

Pero Mr. Davenport tenía ideas originales acerca de aquel mal endémico.

—Paludismo es flojera, chico.

Entra en cuerpo cuando cuerpo no trabaja. A mí no me pega tu calentura porque yo trabaja palante desde que mí levanta hasta que mí acuesta. Trabaja en la tierra junto con el chino, trabaja en la casa, después mí monta en mí mula y salgo a hacer ejercicio por los campos y cuando no tiene ninguna otra cosa que hacer, trabaja en vidrio, con el material que mí manda todos los días el botiquín del Morocho. Pero el guayanés le pide permiso a una pierna para mover la otra y mientras el permiso va y viene, el paludismo se le mete en el cuerpo. ¡Flojera, chico! ¡Así es la cosa! Por flojera no sancochan el agua y se beben mosquito y toda porquería.

—Siempre tirándole usted a la tierra y sin embargo no se desprende de ella.

—¡Ah! Porque todavía no se ha acabado la mamadera de gallo, que es la única cosa buena que saben hacer ustedes. Pero en cuanto vea que ya se está acabando la guachafita, mí monta en mí mula más caminadora, arrea palante mí chino y mí alemana y mí va con mí música a otra parte.

Y luego.

—¡Cosa sería esta tierra tuya, Marcos Vargas! Es la guachafita mejor organizada que yo he visto sobre el mundo. Y si no, ¿en cuál otro país de la tierra puede ser autoridad un bandolero como este Apolonio, que corta hasta por el lomo?

—Pero sí el primer guachafitero es usted, y ya lo ha confesado - interviene uno de los más aprovechados de aquella universidad del buen humor, que decía Alcaraván.

—Tú no hables, Modéstico Silva -replicaba Mr. Davenport-.

Ni tú tampoco, Néstor Salazar.

Eran éstos dos amigos inseparables en las correrías en pos del oro del Cuyuní, de donde varias veces habían regresado ricos para poner la fiesta, y en obra de días volver a quedarse pobres y de nuevo emprender la expedición aventurera.

Andaban por los cuarenta y pico y eran famosas en todo Guayana las chuscadas que de concierto habían planeado y llevado a cabo; pero si a Modesto se le veían en la cara, en cambio Néstor Salazar tenía la de hombre serio y hasta tímido, como en realidad no dejaba de serlo ante desconocidos.

—¿Conoces tú -prosiguió Mr.

Davenport, dirigiéndose a Marcos Vargas- el cuento del matrimonio de estos dos vagabundos sinvergüenzas? Voy a contártelo. Estaban novios de dos señoritas de la crema de Guasipati, hermanas ellas dos y muy parecidas entre ellas, por lo cual, más que todo, las enamoraron estos dos bribones, que para todo andan siempre amorochados, y cuando ya habían decidido casarse y estaba fijada la fecha, la misma para los dos casamientos, naturalmente, se les ocurre hacer una cosa que nadie hubiera hecho nunca. Inventan un viaje a Trinidad, de allá mandan poderes a dos amigos suyos, uno de ellos el birote del musíu que está contándole esta cosa, y cuando se estaba celebrando el matrimonio civil en la sala de la casa de las novias, me da con un codo en mi brazo la de Néstor, a quien yo le estaba amarrando el bongo sin saberlo y me dice, muerta de risa:

—"Voltee para la ventana y vea quiénes están en la barra"-. ¡Estos dos sinvergüenzas, presenciando sus matrimonios como simples espectadores y burlándose de nosotros los que estábamos haciendo el papel de birotos! ¡Y yo, que por haberme metido en los corotos, mi estaba ajogando dentro de aquella levita que mi había puesto! ¡Carache! Y el jefe civil, este mismo bribón de Apolonio, que entonces estaba cortando hasta por el lomo en Guasipati y estaba en el secreto de la mamadera de gallo, preguntándome muy serio si yo tomaba por esposa y por mujer a la muchacha. Me dejé de zoquetadas y le contesté:

—Pregúnteselo a Néstor, que está en la barra. Yo aquí no estoy haciendo sino el papel del que amarra el bongo, que tú sabes cuál es-.

Por supuesto, ese día corrió el champán por la calle.

Ahora corría el "whisky" bajo la arboleda de mangos, mientras el chino volteaba los asadores donde el fuego sazonaba la olorosa ternera, y era un cuento tras otro, del inagotable repertorio del buen humor, a veces infantil, con que aquellos hombres alternaban la reciedumbre aventurera, para aturdirse contra la acción enervante del medio que los rodeaba o para no escuchar las internas voces acusadoras que pudiesen atormentarlos.

De pronto se hizo el silencio.

Por el camino, frente a la arboleda, jinete sobre un caballo desmirriado y renqueante, pasaba un extraño caso deplorable que invitaba a reflexiones.

Un joven inglés, de apellido Reed, ingeniero que había sido de la nueva mina "El Perú" y ahora, carcomido por la tuberculosis bajo la engañosa apariencia saludable del rojo amoratado de su faz, moraba solitario y misántropo en un cobertizo de palma, a media legua de "El

Varadero" y a poca distancia del camino que conducía a Tumeremo, junto a una cañada que por allí atravesaba el agreste paraje.

Dos años ya transcurridos, allí se pasaba el tiempo Mr. Reed -que nunca fue muy inclinado al trato de sus semejantes-: del chinchorro a un catre de campaña, de fabricación inglesa, único mueble que había bajo el chozo, a ratos oyendo la música gangosa de tres o cuatro discos en un viejo fonógrafo de corneta, a ratos dormido al aire libre que circulaba bajo techado, a ratos con las manos entrelazadas bajo la nuca y la mirada perdida sobre el melancólico campo que lo rodeaba en silencio y soledad de yermo, mientras por los alrededores el caballejo, maniatado, pacía cojitranco yerba brava. Sólo al atardecer lo habían visto algunos viajeros, paseante taciturno por los chaparrales de la sabana o parado sobre una loma, a distancia del camino, contemplando el panorama, ahora dulce a la luz esmorecida.

Los sábados, por la mañana, montaba en su caballejo y se dirigía a las oficinas de la compañía minera donde había prestado inteligentes servicios, a cobrar la asignación mensual, que todavía le conservaban por consideraciones especiales y con la cual se compraba, allí mismo, unas latas de conservas alimenticias, de procedencia inglesa, que eran su condumio casi exclusivo, y unas botellas de vino para el estado de semiembriaguez con que sobrellevaba su soledad.

Allá cambiaba algunas palabras con los antiguos compañeros de trabajo, recogía y en seguida contestaba, lacónicamente, las cartas de la madre, que residía junto con sus hijos menores en una pequeña ciudad del País de Gales, en el condado de Carnarvon, adonde reiteradamente venía llamándole hacía dos años, y después de este breve contacto con la gente de su lengua y de su sangre regresaba a su obstinado aislamiento.

Entre días llegábase hasta allá Mr. Davenport a charlar con él; pero él no retribuía estas visitas ni demostraba gusto en recibirlas.

Ensimismado o desentendido de quienes estuviesen en "El Varadero", iba ahora de regreso a su cobertizo, y Mr. Davenport, moviendo compasivamente la cabeza:

—Otro de los varados para siempre en esta tierra pegajosa -murmuró.

Y luego, a los que lo rodeaban contemplando en silencio el extraño caso:

—Puede que esté tuberculoso, como dicen, pero su enfermedad más grave, su enfermedad incurable, tiene otro nombre. Se llama chinchorro, que es la enfermedad más traidora de esta tierra. La madre de ese

muchacho es rica, o por lo menos posee una bonita renta, y ya varias veces le ha escrito que se vaya a un sanatorio de Suiza, el mejor que quiera elegir para su curación; pero ya él ha cogido gusto al chinchorríto de moriche y de ahí nadie lo arranca ni con una yunta de bueyes. ¡Carache!

—También tiene un catre de campaña que no es producto de esta tierra —objeta Néstor Salazar.

—Sí. ¡Pero el chinchorríto, el chinchorríto! Cuando yo digo esta cosa quiero decir todo lo que significa el trópico para los hombres que no hemos nacido en él.

Tú decides marcharte, porque ves que por dentro de tí ya no anda bien la cosa, y el trópico te dice, suavcito en la oreja:

—Deja eso para después, musíú. Hay tiempo para todo. Además, ¡sí esto es muy sabrosíto! Tú te metes adentro de tu chinchorro y vienen los mosquitos con su musiquita y tú te vas quedando dormido, sabrosíto. ¿Para qué más? Y luego, en serio:

—¡Así es la cosa! Si no, que se lo pregunten al conde Giaffaro, ese que lleva qué sé yo cuántos años metido en las selvas del Guarampín.

Referiase a uno de esos aventureros exóticos que no podían faltar por aquellas tierras, encrucijadas de disparatados destinos.

En un principio —de eso hacía ya unos veinte años— se le tuvo por presidiario escapado de Cayena, sin que faltara quien asegurase, conforme a una fábula muy generalizada por allí cerca de los penados de aquella penitenciaría de la Guayana francesa, haberle visto en las espaldas, grabado a fuego, el estigma infamante de la flor de lis; pero como era un hombre de maneras cultas que no permitían confundirlo con un delincuente vulgar —uno de tantos cayeneros, como por allí se designaba a los fugitivos de tales prisiones, que con frecuencia lograban refugiarse en territorio venezolano, al cabo de una verdadera odisea a través de regiones salvajes—, allí mismo comenzó la sugestionable fantasía del criollo a conquistar la leyenda dramática y con ella a crearle simpatías, no obstante ese aspecto poco cautivador del sedicente conde Giaffaro.

Alto, desgachado, carilargo, de ojos saltones y negras cejas aborascadas y con cierto movimiento pendular de la cabeza, un poco inclinada sobre el pecho, lo recordaba ahora Mr. Davenport de cuando por primera vez apareció en Ciudad Bolívar.

Allí permaneció durante una breve temporada y luego abandonó el país, con destino a Europa; pero de allá volvió una y otra vez, a intervalos de años cada vez más cortos y para internarse, además, en las selvas del Cuyuní, de donde pronto se originaron complicaciones misteriosas de la

leyenda que ya lo rodeaba, aunque desechada ya la primitiva versión y generalmente aceptado que fuese y se llamase como decía.

Poseedor de una vasta experiencia de hombres y cosas de todas las latitudes, adquirida según propia confesión en varias vueltas ya dadas al globo, esto podía acreditar la versión de que fuese uno de estos caballeros de Naipes que pasean la martingala genial por todos los mares, pues no había juego de cartas que no conociese, ni mayor elegancia que la suya al manejarlas, ni serenidad que se le comparase en los envites, ni manera de ganarle a la larga. De modo cierto y por demostraciones que no se desdeñara de hacer -único velo de misterio de su intimidad que había sido descornado en parte-, apenas sabíase que era un gran tirador de toda clase de armas y no había por qué dudar que fuera, como afirmaba, presidente de un club internacional de duelistas, con sede en Budapest, para ser miembro del cual se requerían cien lances ganados.

En cuanto a sus periódicas incursiones a la selva, unos suponían que no tuviesen por objeto sino el de ganarles a los purgueros y mineros, aficionados a jugarse el sol antes de salir, cuanto allí hubiesen adquirido; pero como esto podía lograrlo y, en efecto, ya lo lograba en Ciudad Bolívar y Tumeremo, otros eran de la opinión de que tales incursiones debían tener fines misteriosos, más de acuerdo con el aura de enigma que rodeaba al taciturno personaje. Y así a pocos guayaneses les extrañó que de uno de aquellos viajes a la selva no regresara el conde Giaffaro.

Y Mr. Davenport concluye sus comentarios a este respecto, exclamando:

—¡Carache! Y ya somos tres, contando así por encimita, los que estamos en el varadero.

Pero en seguida chasquea la lengua para ahuyentar los pensamientos inoportunos y luego, volviendo a su buen humor habitual:

—Sírvenme otro palito, chino.

!Y siga la fiesta, muchachos! Mientras haya amor, habrá poesía.

¿Para qué más? ¿Verdad, Marcos Vargas? ¡Así es la cosa!

El matrimonio del muerto

Al día siguiente, estando Apolonio Alcaraván en compañía de Marcos Vargas, sentado a la puerta de la Jefatura, como de costumbre, se detuvo ante él un campesino con este recado:

—Coronel, le manda decir el general José Gregorio Ardavín que le haga el favor de llegarse hasta "Palo Gacho" ahora mismo, pa que lo case.

—¿Para que lo case?

—Sí, señor. Con su india digo yo que será.

—¿Y por qué no vinieron a la Jefatura?

—Porque el general está en cama y en las postreras. Sin voz casi me dio ese recajo pa usted.

—¿Y no te dijo que les avisara al hermano y al primo?

—Por el contrario, me encargó mucho que no les avisara. Porque dice que no quiere verlos por allá a la hora de su muerte.

Y como Alcaraván se quedara pensativo:

—Bueno, coronel. Ya cumplí mi encargo y si usted no dispone otra cosa, sigo a lo mío.

—Bien puedes -dijo Apolonio.

Y a Marcos Vargas, así que se hubo marchado el recadero:

—¿Qué le parece? Se muere el bueno de los Ardavines.

—Y no quiere ni ver al hermano -agregó Marcos Vargas.

—Como que sí sabe José Francisco que el general está en las últimas, ahí mismo se traslada a "Palo Gacho" a tratar de impedirle el matrimonio con su india, para heredarlo por todo el cañón. Y ¡con las ganas que le había tenido siempre a esa posesión de "Palo Gacho", por donde se cree que corra el filón de la mina antigua!

—En manos tuyas está no permitir esa injusticia -dijo Marcos-. Que sepa José Francisco que el hermano ha muerto cuando ya se haya efectuado el matrimonio y sean la mujer y los hijos los que deban heredar "Palo Gacho".

—Sí -reconoció Alcaraván, pero rascándose la cabeza, signo de que por ella le cruzaban ideas discordes-. Pero la cosa es que el secretario no está por aquí y quién sabe cuánto tarde en regresar. Es posible que todavía no haya llegado a Guasipatí.

—Por eso no se preocupe -objetó Marcos-. Yo puedo hacer sus veces y estoy a la orden. Vamos a casar al hombre con su india.

—¿Y los testigos? ¿De quién echamos mano a estas horas, que no esté ocupado en lo suyo?

—Los buscamos por allá mismo.

No vaya a hacerme creer que a usted se le agüe el ojo ante José Francisco Ardavín.

—¡Qué ha de agüarseme! Vamos a casar al hombre con su india.

!Hágolo secretario! ¡Dios y Federación! Coja ahí el registro de matrimonios mientras ensillo el macho.

"Palo Gacho", agreste refugio del caudillo frustrado, estaba a dos leguas del pueblo y buena parte del camino habían hecho ya en silencio, Alcaraván caviloso, cuando éste salió de su mutismo, confesando:

—Yo sí fui ardavinista, Marcos Vargas. Y de los oficiales preferidos del general José Gregorio. Pero lo que viene tuerto no lo endereza nadie... Un día se me fue la mano en un arreglo de cuentas y el general me retiró su confianza y me metió en la cárcel.

Todo, menos esta paladina y emocionada confidencia de Apolonio Alcaraván, podía esperarle Marcos Vargas. Y se quedó mirándolo en silencio. Pero Apolonio prosiguió:

—La verdad es que tengo que agradecersele, porque yo iba por mal camino y con ese carcelazo me compuso a tiempo.

Y ya esto no podía parecerle sincero, ni a Marcos Vargas ni a nadie.

—¡No me venga, coronel! -exclamó-. Si a eso lo llama usted compuesto, ¡cómo sería antes! Y reapareció el verdadero Alcaraván.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! Luego prosiguió:

—Sigo mi historia, ya que empecé a contársela, aunque, por lo visto, con usted no se puede hablar nada en serio. Purqué lo manoteado, que fueron unos fonditos de las rentas municipales de Guasipatí -créame que desde entonces he aprendido a respetar lo que es del Tesoro público y que echo el cuento en honor del general José Gregorio, que fue la honradez en persona como administrador- y salí de la cárcel más limpio que talón de lavandera y preguntándome:

—¿Y ahora para dónde cojo?- cuando recibo un recado del general Miguel de que pasara por su casa.

Fuí a ver qué se le ofrecía y desde el primer momento comprendí que quería arrearme para su lado, donde, la verdad sea dicha, ya empezaba a reunirse todo el desperdicio del ardavinismo josegregorista. No me dijo perro, pero me enseñó el tramajo dándome unas cuantas libras esterlinas

después de haberme echado un regaño suavcito, para cumplir con las apariencias. Después vino la historia triste del general José Gregorio, que usted debe conocerla: la india Rosa, el carare, la retirada a "Palo Gacho"... Yo seguí al lado del general Miguel y, la verdad sea dicha, no me puedo quejar, pues he desempeñado buenos cargos. También es verdad que me he chamuscado varias veces el pellejo en las revoluciones, a la pata del general Miguel.

—Pues ya le llegará la oportunidad de chamuscárselo otra vez, porque según se dice por ahí...

—Sí. Que el general y que se está preparando para echarse al monte otra vuelta. Pero... ¿qué le diré, amigo Marcos Vargas? Yo soy partidario de la alternabilidad republicana que recomienda la Constitución y como la vez anterior ya anduve en el monte, ahora me toca quedarme en la ciudad. ¿No le parece? A esto del ardavinismo, francamente, ya le estoy viendo moscas. Y volviendo al punto de partida: ¡qué sabio es el refrán que dice que en conuco viejo nunca faltan batatas! No sólo en amores, sino también en política sucede así. Vea usted sí no: aquí vengo pensando en el general José Gregorio, mi jefe de antes, mi verdadero jefe en el fondo del corazón. Triste, porque sé que voy a perderlo para siempre, pero al mismo tiempo complacido porque voy a cumplir su última voluntad, legalizando su unión con Rosa Arcuna, con la madre de sus hijos, que ya no quedarán desamparados. ¡Las cosas del destino! ¿Quién iba a decirle al general José Gregorio que sería yo el único de sus muchachos amigos de antes que estaría al lado suyo a la hora de su muerte?

—Es verdad —apoyó Marcos socarronamente—. ¿Quién iba a decirselo? Cuando llegaron ya era tarde:

José Gregorio Ardavín acababa de expirar.

Junto a su lecho de muerte la india Rosa amamantaba al último de sus hijos. Era una mujer todavía joven que tal vez nunca había sido hermosa, pero con el enigma aborígen en la interesante expresión de la faz devastada. El dolor y la mansedumbre fatalista se confundían en aquel rostro, lloraban sus ojos quietos, ellos solos, y las silenciosas lágrimas que corrían por sus mejillas consumidas al caer sobre el crío lo hacían rebullir.

El mayor de sus hijos, ya za galetón, contemplaba en silencio y con aire embrutecido el cadáver de su padre, y otros cinco formaban un grupo medroso en un rincón del cuarto donde acababa de suceder aquella horrible cosa inexplicable.

Apolonio Alcaraván se detuvo ante el catre mortuorio, levantó el pañuelo que velaba el rostro exánime, repugnantemente blanco de muerte

y de carare, y con leves suspiros, contempló un rato los despojos mortales del hombre que había sido su jefe, murmurando una y otra vez:

—¡José Gregorio Ardavín! Luego restituyó el pañuelo a su piadoso empleo, dio media vuelta y le dijo a Marcos:

—Ya aquí no hay nada que hacer.

Y después de haber dirigido a la mujer unas rudas palabras de condolencia, a las cuales ella no correspondió ni con la más leve alteración de su rostro inmóvil, abandonó la habitación, cuya puerta daba al campo.

Marcos Vargas lo siguió pensativo.

—¿Nos vamos? -propuso Apolonio.

—Espere un momento, coronel -dijo Marcos, ya con su idea-. No es posible que por falta de una simple fórmula vayamos a permitir que se lleve a cabo esta injusticia. Una infeliz mujer y siete criaturas van a quedar desamparadas y en la miseria, mientras esta posesión pasará a enriquecer más todavía al bandolero de José Francisco Ardavín.

—¿Qué se hace, amigo! El difunto tuvo la culpa, por no resolver antes su matrimonio con la india. Ahora la ley protege al legítimo heredero, que es el hermano, con todo lo maluco que sea. Ya eso es clavo pasado.

—Todavía no, coronel. Hay un remedio y está en sus manos.

—¿Cuál puede ser?

—Casar al muerto.

—¡Caramba, amigo! Usted es el hombre de las ocurrencias. Casi estoy por soltar la risa en presencia del difunto.

—Ya la soltará a todo su gusto más adelante. Haga ahora lo que le propongo. ¿Va a permitir que queden desamparados los hijos de su jefe?

—¡Hum! Ya usted me cogió la corazonada que le manifesté por el camino. Pero, francamente, eso no dejaría de ser una bribonada.

—No sería la primera suya, coronel Alcaraván.

—¿Eso también? Usted cuando dice a empujar, todo se lo lleva de pecho. ¡Pues ni la última tampoco! Pero...

—Lo hacemos con todas las formalidades que exija la ley. Nos buscamos por aquí mismo un par de vecinos que sirvan de testigos, pero sin pasar de la puerta, para que no se fijen en los detalles, diciéndoles que el enfermo es de fiebre amarilla. Usted hace un papel con todas las de la ley y me deja de mi cuenta lo demás.

Mientras Marcos decía esto, Alcaraván contemplaba unas reses que pacían por una vega frente a la casa. Pasarían del ciento y estaban gordas... No sería difícil obtener que la india Rosa Arcuna firmase un recibo por la cantidad razonable que valdría aquel ganado.

—Bueno -dijo, ya también con lo suyo entre ceja y ceja-. Búsquese los testigos. El coronel Ardavín no podrá saber sino lo que se sabe en el pueblo: que el hermano llamó a la autoridad competente para que lo casara "In artículo mortis". Y si no es de muerte este artículo, yo no sé de qué será.

Ya regresaban a El Callao.

Ya José Francisco Ardavín no heredaría "Palo Gacho", en cuyo subsuelo había oro, pensaba Marcos Vargas. Y Apolonio Alcaraván reía a mandíbula batiente.

—¡Las cosas tuyas, amigo Marcos Vargas! Trabajo me costó no soltar la risa cuando, agazapado usted bajo el catre, le empujó la cabeza al difunto de abajo para arriba, de modo que pareciera que la movía otorgando al preguntarle yo si recibía por esposa y por mujer a Rosa Arcuna. ¡Cuaaj, cuaaj, cuaaj! A los testigos no pudo quedarles duda de que el contrayente estuviera todavía en sus cabales. Ahora la india Rosa está casada por todo el cañón y para anular ese matrimonio será necesario arrancar la hoja del registro.

!Lo que pueden los papeles, Marcos Vargas! ¡Ah, invento bueno! Yo que me imaginaba que la india no sabría firmar. ¡Pobrecita! Muy clara puso su firma, con rúbrica y todo. ¡Cuaaj, cuaaj, cuaaj! Pero estas risotadas, más que el poder del acta matrimonial, celebraban el del documento de venta de las ciento quince reses que pacían por la vega y que él se había hecho firmar -por Rosa de Ardavín- mientras andaba Marcos en busca de los testigos. La india o no se dio cuenta de lo que hacía o ya nada le importaba perder las reses -pues tanto a esto como a la macabra farsa se prestó pasivamente-, pero el recibo decía que había percibido el precio en dinero contante y sonante.

Marcos Vargas ignoraba tal despojo y de ahí también las carcajadas.

—¡Ah, invento bueno, ese del papel! ¡Cuaaj, cuaaj, cuaaj! Y aquel día todo El Callao sonrió sin saber por qué.

X

El avance

Era ya tiempo de la aventura del purguo. Campesinos de todo Guayana, llaneros de los llanos de Monagas, de Anzoátegui, del Guárico y hasta del Apure, por donde los agentes de las empresas purguieras iban ilusionándolos con promesas de ganancias fabulosas, ya todos se habían puesto en marcha, la magaya a la espalda, la ambición en el pecho.

—¿Para dónde la lleva, amigo?

—Para el morado. Éste es el año de hacerse rico. Se espera un buen invierno y será mucha la goma que habrá en los palos del morado.

Y por el camino de Tumeremo, asiento de las empresas purguieras, comenzaban a vaciarse todos aquellos campos: hacia las selvas del Cuyuní, del Guarampín, del Botanamo... Tierras salvajes, insalubres, inhóspitas... De allí regresarían —¡los que regresaran!— hambreados, enfermos, tarados por el mal de la selva y esclavizados ya para siempre al empresario por la cadena del avance: unas cuantas monedas y unas malas provisiones de boca a precios usurarios a cuenta de la goma que sacaran. Deuda que ya nunca se pagaría, hipoteca del hombre sin rescate que a veces pasaba de padres a hijos.

—Usted —dice el encargado de una de las empresas de Miguel Ardavín, dirigiéndose a uno de los peones que acuden a avanzarse—.

¿Cómo se llama?

—¿Yo?

—Sí, usted. ¿Quién va a ser?

—¡Ah! A mí me llaman Encarnación Damesano, para servirle.

—Esto último está por verse.

¿Ha trabajado otras veces en el purguo?

—¿Quién? ¿Yo? No, señor; pero he oído decir que es un negocio bueno pal trabajador.

—No tiene usted cara de serlo muy aprovechado.

—¿Porque me ve jípató y un poco carranclón? Eso es hambre vieja, catire.

—¡No sea confianzudo, amigo!

—Éste que digo: mi jefe. Pero en cuanto me dé usté el bastimentico ya me verá convertío en un líón pal morao, porque allá en el rancho dejé una mujercita y tres barrigoncitos que me esperan con plata bastante pa sacá las tripas de mal año.

—Bueno. Vaya diciendo lo que necesita.

—¿Lo que necesito? ¡Sí por eso juera, mi jefe! Ríenle el humor los compañeros de cadena que llenan la oficina esperando su turno, y el encargado de distribuir el avance lo amonesta:

—Déjese de mamaderas de gallo, que no tenemos tiempo que perder y vaya diciendo a cuánto aspira.

—Bueno, pues. Mándeme a poné unas torticas de cazabe, las que sean de costumbre pa dentrá en la montaña con alguíto que mascá y un piazo e cecina de la que no tenga mucho gusano, porque a mí no me gustan esos bichos, y otro güen piazo e pescao salao, morocoto si es posible, que es mi bocao predilecto, y una botellita e manteca, una poca e sal, unas libritas de papelón, los ingredientes del paloapique, que ya usté sabe cuáles son, sin muchos gorgojos los fríjoles, y el cafecito para prepará la guacharaca y la botellita e caña blanca pa calentame el cuerpo.

—Quítese esa idea de la cabeza -dícele el encargado-. Aquí no se da aguardiente.

—¡Que lo siento, catire! Este que digo: mi jefe. ¡Ah! Y una frazá de las mejorcitas y un par de alpargatas. Y lo que me haiga olvidao, que usté lo recuerde mejor que yo, de tanto apuntárselo en la cuenta a los compañeros de infortunio. Pero eso sí, por vía suyita se lo pido, no me vaya a encaramá mucho los precios. Mire que yo no tengo sino lo que ya me vio por encima: hambre vieja. Y ganas de trabajá, que es lo único que yo pido. Que me dejen trabajá pa ganarme la vida.

—¡Ah, caramba compañero! -exclama en voz baja uno de los que esperan su turno-. Usté como que está pidiendo demasiado. Si a uno le dejaran trabajá ya estaba el mandao hecho.

Pero lo oye el encargado y advierte:

—Aquí no sólo se deja trabajar, sino que no se aceptan hombres que no estén dispuestos a sacar la goma que les fije la empresa.

Y vuelve a tomar la palabra Damesano:

—Por mí no se preocupe, jefe, porque yo me paro en lo mojado y hago barro en el polvo y cuando digo a trabajá, asína y tó como me aguaita carranclón y jípató, me pierdo de vista.

—¿Querrá decir que ya lleva la intención de picurearse?

—No, señor. Encarnación Da mesano sabe cumplí sus compromisos.

Mándeme llená la magaya y ya verá pión contento. ¡Ah! Que se me iba a olvidá lo principal. Un frasco de cholagogue y unas peslas de quinina, porque mi padecimiento es el paludismo y no dejará de pegarme en la montaña.

—Como que ése es el pretexto de que se valen todos para quedarse en la tarimba.

—Ya le digo, mí jefe, que Encarnación Damesano hace barro ande se pare.

—Que saque goma es lo que interesa. Pero todavía no ha pedido usted los instrumentos de trabajo.

—¡Ah! ¿Y es que éstos también se los cargan a uno en cuenta? Bueno, pues. ¡Qué se va a hacé! Cárqueme también las espuelitas y el mecatíco pa moneá los palos y el machetico y tos esos corotos que, según cuentan los que ya han dío a la montaña, hacen parecé al purgüero un mostro de los infiernos tratando de subí al cielo.

Otra vez las risas de los compañeros y la amonestación del encargado:

—Ya usted se está dejando ver la punta de peón mal doctrinero.

Deje la mamadera de gallo, le repito.

—Está bien, mí jefe. Me quedaré callao, si ésa es su voluntad. Y como sólo farta el avance en dinero efectivo, su boca será la medida.

—Ochenta pesos.

—¿No será poco, mí jefe? Deme los cien completos, pa podé mandales algo a la mujercita y a los barrigoncitos que se quedaron en casa con los dientes puyuos.

—Mándeles lo que ya tiene destinado para bebérselo en aguardiente.

—Es que todo no puede ser rigor, catire. Unos palitos más que otros no me van a hacé más pobre.

Y así se vendió Encarnación Damesano, en la hora menguada del hambre en su casa.

Noche de "Yagrimalito"

Hacia varios días que estaba allí José Francisco Ardavín, acariciando los tortuosos proyectos concebidos durante la última entrevista con el primo, o mejor dicho, imaginándose los ya realizados -muerto Miguel en el primer encuentro con las tropas del Gobierno, por aquella bala de la cual nunca se sabría de dónde salió, y él reemplazándolo en la jefatura del partido- mientras la torva montonera de sus oficiales, toda congregada en el hato con motivo del avance de la empresa purgüera en la cual hacían de capataces, y los peones que bajo la férula de ellos dejarían allá lo servido por lo comido, se regalaban ahora con diarios y opíparos festines de ternera sobre cuyos despojos se precipitaban bandadas de zamuros, precursoras de las que luego habrían de seguir el paso asolador de la revuelta armada.

Y allí estaba aquella tarde el coronel, complacido en aquel ambiente de facción que por primera vez lo rodeaba -pues su coronelato no lo había ganado en campamentos, sino que era regalía de segundón de familia de generales-, meciéndose sosegadamente en su hamaca colgada en uno de los corredores del contorno de la casa, cuando sonó el teléfono del servicio oficial de que disfrutaban todas las fincas de los Ardavines.

Sonó, como era natural, de pronto, inesperadamente, estando silencioso el aparato, entre el cual, instalado en el despacho de José Francisco y la hamaca donde éste acariciaba sus sueños, había una ventana abierta por donde la recelosa mirada del soñador bruscamente devuelto a la realidad de su situación actual saltó a posarse sobre el artefacto al primer timbrazo; pero sonó tres veces, con llamadas cortas, enérgicas, imperiosas, que sustituyeron la cosa instalada en la pared del despacho por la determinada personalidad que maniobraba la cigüeña al otro extremo del hilo.

—Miguel -murmuró José Francisco. Y luego a uno de sus oficiales, el de su mayor confianza, de apellido Molina, que por allí andaba y ya venía a atender-: ve a ver qué quiere.

Palabras que, sin haber sido acompañadas de guiñadas de ojos ni de otras señales de inteligencia capciosa, contenían, sin embargo, un vasto y minucioso sobreentendido, pues de otro modo no podría explicarse por qué tenía que murmurar el oficial:

—Vamos a ver.

Se acercó a Miguel, le dijo que era Molina, oyó en silencio lo que le hablaba al oído, luego respondió:

—Sí, señor, aquí está.

Y, finalmente, volviéndose al coronel, por la ventana:

—Quiere hablar con usted -le dijo.

José Francisco dejó la hamaca murmurando algo que no se le entendía y se puso al aparato:

—¡Ajá, Miguel!... ¡Cómo! ¿Cuándo murió?

—Esta mañana -respondió Miguel, y Molina lo oyó claramente, después de lo cual siguió hablando al oído de José Francisco.

—¿Y por qué Alcaraván no me llamó directamente a mí? ¿Por qué no me lo avisó inmediatamente? A estas horas ya estaría yo en "Palo Gacho"... ¡Cómo que para qué! Miguel moscardoneaba fuera del oído de José Francisco y Molina se retiró sabiendo ya de qué se trataba.

—¡Cómo! -volvió a exclamar el coronel-. ¿Y quién autorizó a Alcaraván para hacer ese matrimonio? ¿Tú? En todo caso... De todos modos... ¡Cómo que no te interrumpa! Debes comprender que tratándose de José Gregorio...

Bueno, tú no tendrás tiempo que perder, pero yo... De todos modos ese matrimonio es nulo... O anulable, lo mismo da... ¿Quién? ¿Marcos Vargas? ¡Je, je!...

¡Cómo que no! Ahora mismo voy a estar ensillando...

Se retiró el auricular donde tronaba la voz del jefe y luego volvió a acercárselo, después de haberse cerciorado de que Molina no estaba por allí.

—¿Yo por qué... ¡Cómo! ¿Qué dices? ¡Al coronel López! ¿Cuándo lo quitaron?... ¡Ajá! ¡Ajá, Miguel! Agitó bruscamente el gancho para aclararle la voz a Miguel y se oyó que éste decía:

—Lo reemplazó el coronel Menéndez.

—¿El de...?

—¡Sí, sí! Ése mismo.

Volvió a sumirse Miguel dentro del oído de José Francisco, habló así largo rato desde el otro extremo del hilo que unía "Palmasola" con todos los sitios donde, en un momento dado, fuese necesario que se oyera su voz de caudillo, y los gestos que a medida iba haciendo el de "Yagrumalito" demostraban que no era nada tranquilizador lo que se le comunicaba. Pero si ya no interrumpía, tampoco parecía oír solamente, sino al mismo tiempo acariciar ideas ajenas a la conversación del otro, muy suyas y por lo tanto torvas. Por último comenzó a decir, con la inquietud del que oye cosas imprudentes:

—Bueno, bueno... Sí, sí...

Ya oí, ya oí... Bueno...

Bueno...

Colgó el auricular, respiró profundamente cual para alivio de un penoso esfuerzo, se quedó un momento con la mano apoyada en aquel pesante sobre el gancho que cerraba la comunicación, dirigió una mirada cargada de odio al aparato que había sido Miguel, y murmuró sordamente:

—Bien pudiste participarme todo eso por escrito, con un propio de mi confianza o venir a decírmelo personalmente; pero has preferido gritarlo a voz en cuello de modo que pudiera oírlo todo el que tuviera interés en interceptar la conversación. ¿Quieres perderme para salvarte tú? ¡Ya veremos cuál de los dos será el que cante victoria! Y abandonó el despacho dentro del cual ya era noche oscura, para dirigirse al caney, donde vivaqueaba la montonera regalona de su oficialidad, con una decisión tan impetuosa que tenía que arrollar toda otra que al atravesar el corredor hubiera podido detenerlo.

Pero al acercarse al grupo que formaban sus oficiales -el apellidado Molina entre ellos- tuvo la intuición instantánea y certera de que la voz mandona de "Palmasola" había llegado hasta allí y ya estaba produciendo un determinado efecto, pues, el silencio que guardaban sus espalderos no era simplemente de estar callados por no tener nada que decirse, sino de haberse quedado así en espera de lo que él llevase entre manos, y una voz secreta le advirtió que no era prudente, a lo menos por el momento, pulsar la fidelidad de aquellos hombres.

Pasó de largo, se alejó un poco, se detuvo de pronto, haciendo el ademán del distraído que de repente advierte que se le ha olvidado algo, y regresó sobre sus pasos.

Pero ya el demonio de la ficción se había apoderado de su espíritu - había espectadores, él mismo entre ellos, de cierta manera- y ya no se

trataba de volverse a la casa por desistimiento del propósito que lo sacara de ella, sino de recordar lo que se le había olvidado, de buscar la idea perdida por el trayecto.

—¡Pero, hombre! -murmuraba-.

¿A qué venía yo? Y hacía cuanto se recomienda en casos de olvidos verdaderos: desandar lo andado, detenerse de pronto y volver a situarse por sorpresa ante los objetos exteriores tal como debió estar en el momento de la distracción, pues era ya absolutamente necesario que se le hubiese olvidado lo que fue a hacer y no hizo o a decir y no dijo.

Pero cuando se dice ficción no se hace, en realidad, sino soslayar el problema escabroso y tremendo de la sinceridad humana, puesto que el que finge ya expresa algo íntimamente verdadero y en el espectáculo de histrionismo que estaba dándose el coronel de "Yagrimalito" -a sí propio, espectador exigente de la verosimilitud de la farsa- había un drama efectivo, tremendamente real.

Sí, se le había olvidado algo. No propiamente mientras se dirigía al caney, sino cuando acarició aquellas torvas ideas que le habían cruzado por el pensamiento durante la conversación con Miguel -lanzarse en armas a la cabeza de sus oficiales, contra Apolonio Alcaraván, que le había arrebatado "Palo Gacho" con lo del matrimonio de José Gregorio; contra el gobierno del Estado por la substitución del coronel López por persona enemiga suya, contra el mismo Miguel, que quería perderlo para salvarse él- y antes, durante todos aquellos días en que se entregó a imaginar ya realizado su proyecto de suprimir y reemplazar al cacique del Yuruari mediante una bala de la cual no se supiera de dónde habría salido, en el primer encuentro con las tropas del gobierno. Se le había olvidado quién era José Francisco Ardavín, que para nada de esto que exigía arrostrar peligros sería nunca bastante osado. Y tratando de recordar lo que en realidad no había olvidado, no hacía sino buscar su fantasma desvanecido.

—¡Je, je! Era Cholo Paríma quien había hecho así, desde el corredor de la casa donde ya estaba cuando por allí pasó el distraído, dirigiéndose al caney.

La presencia de este hombre en "Yagrimalito" era obra verdaderamente diabólica de Miguel Ardaín. Obedeciendo a indicaciones de éste se lo había llevado consigo José Francisco, para quien nada podía ser tan molesto como la compañía de su cómplice. ¿Para que lo suprimiese -se preguntaba todavía el coronel- o para que Paríma lo vigilase a él? Lo primero parecía lo más probable, ya que de modo cierto nada podría decirse de los designios de aquél, "que se perdía de vista"; pero

al mismo tiempo era lo que menos podría hacer José Francisco sin corroborar la acusación tácita de la opinión pública y la expresa de Marcos Vargas de que había sido él quien armó contra Manuel Ladera el brazo homicida del hombrón de las cicatrices.

Pero el tenerlo consigo no habiendo pertenecido nunca a su escolta de espalderos, casi equivalía a lo mismo y el dejarlo libre era correr el peligro de que, echándole mano la justicia, se llegase a descubrir toda la verdad. Y éste era el círculo atormentador dentro del cual se sentía cogido el coronel, además de no poder asegurar si era él quien "tenía" a Paríma o éste a él. Por otra parte, el supuesto Pantoja había sido instrumento de crímenes de Miguel -el más reciente de ellos el asesinato de aquel negro trinitario que conducía preso a Ciudad Bolívar-, y si la intención del cacique al indicarle que se lo llevara consigo había sido aprovechar la ocasión para que se le suprimiese, a él le interesaba, por el contrario, retenerlo en su poder a manera de rehén contra las posibles maquinaciones de quien "se perdía de vista" cuando iba derecho a lo suyo.

En cuanto al mismo personaje en cuestión, su conducta era realmente inquietante. No tomaba parte en los regocijos del vivac; de las terneras sacrificadas cogía su ración para comérsela a solas; no alternaba con los oficiales en las tertulias ni colgaba su chinchorro en el caney para dormir junto con ellos; pero siempre estaba de ronda por allí llevándose en pos de su corpulencia taciturna las miradas recelosas en el silencio que su paso producía. Acaso habría bastado una guiñada de ojo de José Francisco para que veinte balazos le acribillaran la espalda, porque nadie lo veía allí con buenos ojos y esto no podía escapársele a quien así se comportaba. Pero si podía marcharse de allí cuando a bien lo tuviese y aún no lo había hecho, esto tenía que aumentar la intranquilidad de su cómplice, que quería y no podía hacer aquella guiñada.

Ahora se le acercó con plan de astucia, que no era todo ocurrencia del momento, diciéndole:

—¿Qué hubo, Cholo Paríma?

—Pantoja, coronel -corrigió el hombrón, que nunca estaba para equívocos y menos parecía estarlo aquella noche.

—¡Sí, hombre! Siempre me equívoco.

—Que no estaría de más que tratara de corregirse ese defecto -repuso Paríma, con un tono que pocas esperanzas de ascendiente personal aprovechable para sus nuevos planes debió dejarle al coronel.

Pero éste se hizo el desentendido y prosiguió a lo que iba, más propio del verdadero José Francisco Ardavín y por rodeos que lo hicieran más tortuoso:

—Creí que ya estarías recogién-dote adonde te tocaría dormir esta noche... Porque en "Yagrimalito" nadie sabe cuándo el pez bebe agua ni dónde cuelga Pantoja.

—¡Jm! —hizo el zambo ladino—.

Donde le coja el sueño. Esa ventaja tiene el pobre, a quien no lo amarran casas.

—Y como seguro mató a confiado —agregó Ardavín.

—Deduzca las consecuencias —concluyó el otro.

—¿Y hoy cómo que estás desvelado? Porque a estas horas ya otras veces...

—Acalorao es lo que estoy, coronel —repuso, ya valiéndose de expresiones ambiguas—. Y por eso me dejé llegá hasta acá, a cogé el fresquito que sopla siempre por aquí.

—Sí que hace calor esta noche.

—Mucha.

—¿Será que va a tronar?

—Será.

Pausa. José Francisco ya no estaba tan seguro de sí mismo como cuando se decidió a abordarlo. Algo de lo que le sucedió ante el silencio de sus oficiales volvía a ocurrirle ahora. Pero tenía que jugarse aquella carta esa misma noche.

—Dime una cosa, Pantoja.

¿Cómo fue aquel recado que te dio Miguel para el jefe civil de San Félix?

—¿A cuál se refiere usted? Porque son algunos los del general que en distintas ocasiones he tenio que llevarle al coronel López.

—¡Hombre! Ahora que lo mencionas.

—¡Jm!

—¿Sabes que ha sido destituido?

—Es la primera noticia.

—Sí, hombre. Lo ha reemplazado un enemigo nuestro, por cierto. El pobre Miguel está muy preocupado. Acaba de participármelo por teléfono.

—¡Mire, pues!

—Parece que el gobierno ha olido algo de los planes revolucionarios de Miguel y le está desbaratando el nido, como quien dice.

También han sido reemplazados los jefes civiles de Upata y Guasipati. Pero esta destitución del coronel López, especialmente, lo ha puesto sobre aviso.

—Las cosas de la política -repuso Parima como si nada le importase el asunto-, que hoy mandan unos y mañana otros.

—Y hoy ponen unos en claro lo que ayer dejaron otros en turbio -agregó Ardavín, reticente.

—Usted que lo dice...

—Es que temo que vayan a sobrevenirle complicaciones a Miguel por lo del recado que le llevaste a López.

—¿Por el del gallo será?

—¡Ése!... ¡Ah, Miguel, para tener más vueltas que un cacho!

—Eso como que es de familia.

—¿Y cómo pudiste entender,...

Pantoja -ya iba a equivocarme otra vez- que el gallo era Manuel Ladera?

—¿Qué me quiere decir con eso, coronel?

—Que era una manera bien rara y confusa de ordenarte que mataras a Ladera.

—¡Coronel! -exclamó socarronamente el hombre-. Mire que se está pasando de vivo.

—Nadie nos oye, Cholo Parima.

—Pantoja, coronel.

—¡Cholo Parima! -insistió José Francisco, con veladuras de corazón alterado en el acento que debía ser firme.

—¡Jm! -volvió a hacer el hombrón inquietante-. Usted como que está viendo visiones, coronel.

Y quitó de allí su sombría corpulencia dejándolo plantado.

José Francisco se llevó la mano a la empuñadura del revólver... Eran anchas las espaldas de Cholo Parima, casi imposible no hacer blanco en ellas...

Pero ¡se contaban tantas cosas de las tremendas revueltas del gigantón cuando empleaba el ardíd de volverlas!... Después, cuando comprendió que no había sido estratagema sino retirada desdeñosa, ya no se distinguía bulto para la mira del arma... ¡Pocas noches habrían sido tan negras como aquella de "Yagrimalito" en que José Francisco Ardavín descubrió que estaba solo!

XI

Las horas menguadas

Cielo encapotado sobre Tumeremo en tinieblas, con relámpagos silenciosos en el horizonte anunciando la aproximación de las lluvias. Era medianoche y el calor sofocaba.

Sombras errantes por las calles solitarias; otras, taciturnas, ya congregándose frente a las oficinas de las empresas purgüeras, la cobija en el brazo, la magaya a la espalda, el machete en la diestra... La gente del Turumbán, la gente del Botanamo... Las peonadas que durante el día animaron la población con el despilfarro del dinero del avance, ahora reuniéndose remolonas en espera de los capataces para ponerse en camino de la selva.

—Bueno, Arteaguita -dijo Marcos Vargas, al cabo de un largo silencio de entrambos-. Dentro de poco estarás tú también cogiendo el camino de Suasúa. ¡Cómo te envidio!...

—¿Tú quíele cambiá? Como le contestó el chino al fraile del cuento -repuso Arteaguita, recurriendo al gracejo, como en toda ocasión lo acostumbraba.

—¡Ah, caramba! -exclamó Marcos, comprendiendo-. ¡Y tan animado que estabas hace unos momentos!

—Sí, pero... ¡Qué sé yo! Confieso que soy supersticioso y ese canto de la pavita que acabamos de oír me ha dejado la empalizada contra el suelo. Temo resultar uno de esos a quienes no quiere la montaña, como dicen los purgüeros.

—Según tengo entendido, la montaña sólo rechaza a los que van a ella con miedo.

—Como yo, precisamente -repuso el bromista, ahora con acento dramático.

Y al cabo de una pausa:

—¡Soy un cobarde, Marcos Vargas! ¿Para qué ocultártelo? ¡Un cobarde! ¡Maldita sea! Y comenzó a roerse las uñas con una decisión frenética.

—¡Qué es eso, Arteaguita! -repuso Marcos, con indignación que hacía generoso el disgusto que aquella miseria de ánimo le causaba-. ¡No hay derecho!

—Eso digo yo -repuso el menguado-: no hay derecho a que lo coja a uno el toro, quiera o no quiera. Eres pobre y has pasado más hambre que un ratón en un saco de clavos, porque así te echaron al mundo sin pedirte permiso, y además con una vitola de esas que no hacen carrera ni en bicicleta; pero no te da la gana de continuar siéndolo para toda la vida, y para salir de abajo, un día te resuelves a tirar la parada que otros tiran y a todos se les da. Mas cuando ya tienes los dados en la mano, cuando ya estás maraqueándolos -y aquí Arteaguita comenzó a agitar la diestra apuñada, emitiendo luego un pujido de gran esfuerzo ineficaz, a tiempo que aceleraba rabiosamente la mímica, apretando más el puño, con lo cual simulaba que éste se resistía, por inhibiciones voluntarias, a soltar los supuestos dados-, cuando ya has dicho topo, se te tranca el carro y te coge el toro. ¡No hay derecho! ¡Tú lo has dicho! No se podría sostener que estas palabras habían sido patéticas; fueron demasiadas metáforas y todas ramplonas; pero cuando era de esperarse que Marcos Vargas soltara una carcajada estrepitosa, se quedó, por el contrario, en silencio hasta cierto punto respetuoso.

Entretanto, la diestra de Arteaguita continuaba haciendo ahora con intermitencias convulsivas, la mímica explicada, y como esto ya era un espectáculo totalmente desagradable, Marcos se la sujetó, se la inmovilizó, le separó los dedos crispados y para mantenerse la extendida le apoyó su diestra encima. Arteaguita interpretó que se la entregaba para el apretón patético y se la estrechó fuertemente, emocionadamente, exclamando:

—¡Gracias, Marcos Vargas! ¡Qué corazonzote más bien puesto tienes! Si tú fueras conmigo, ya no le temería a nada.

—No puede ser -dijo Marcos, aprovechando la salida que se le deparaba de aquella desagradable situación-. Ya te he dicho que te envidio, pero por ahora no puedo darle la espalda al compromiso contraído con don Manuel Ladera.

El negocio de los carros me atará por algún tiempo... Que por cierto me extraña que no hayan llegado ya.

—Tienes razón -murmuró Arteaguita-. Dispénsame... En realidad lo que me sucede es que no me siento bien esta noche. Quizá tenga un poco de fiebre, pues de pronto me dan calofríos.

—¿No sería conveniente que te regresaras a la posada? Ya va a ser hora de que te pongas en camino. Digo, si no vas a echarte para atrás del compromiso que tienes ya contraído con los Vellorinis. Que según me has

explicado, te han abierto un buen partido en la empresa del Guarampín, y como este año se espera sacar mucha goma, ganarás mucho dinero.

—No. Si ya te digo, suerte no me ha faltado, después de todo, pues hasta se me ha presentado otro negocio que también parece bueno.

Una sastrería, que no las hay aquí que valgan la pena. Y como yo conozco el oficio y hasta ahora no me he comido un trazo...

—Ya estoy viendo por dónde vas a reventar -dijo Marcos.

—No, no. Te hablo de eso para que veas que suerte no me ha faltado, pues hasta me han ofrecido el capital en condiciones ventajosas...

Pero ya Marcos Vargas no le prestaba atención. Un jinete, inconfundible silueta gigantesca a través de la oscuridad, acababa de cruzar la bocacalle próxima.

—¡Cholo Paríma! -exclamó a la sordina-. ¡Buen encuentro a estas horas! No hace mucho me decía el jefe civil que ya debía de estar preso, pues había orden de arresto contra él desde esta tarde. Y como que va buscando el camino de Suasúa.

En esto el jinete se detuvo, descabalgó y penetró en un tabernucho que por allí había. Era la salida de la población, vía de El Dorado, por donde ya comenzaba el éxodo de las peonadas; camino de la impunidad de la selva para el asesino de Manuel Ladera.

—Pero no te escaparás -murmuró Marcos, a tiempo que agarraba a Arteaguita por el brazo. Y luego a éste arrastrándolo consigo:-

Ven, para que aprendas a manejarte en esta tierra, curándote de espantos de una vez por todas.

—¡No, chico! -gimió el menguado-. ¿Qué vas a hacer? Avisémosle más bien al jefe civil...

Déjame ir yo si tú no quieres.

Pero ya Marcos Vargas no atendía a razones.

En el tabernucho sólo encontrábase el dueño, lavando los vasos donde tomaron el último trago los purgüeros que ya partían, una ramera triste, ante el de cerveza ya vacío con que la obsequiaran, y Cholo Paríma, tomando asiento al lado de ella.

—¿Qué van a tomar los jóvenes? -preguntó el tabernero.

—Cualquier cosa -respondió Marcos Vargas-. Cerveza.

A tiempo que Paríma, dirigiéndose a la mujerzuela:

—¿Desde cuándo por aquí, Gallineta?

—Hace tres meses, chico. Pero hoy es la primera salida que hago, porque vine enferma.

—¿Por dónde andabas?

—Últimamente por El Dorado.

Antes por los laos de Chicanán, con "El Sute". Pero me dio la baja. ¡Qué se hace, chico! Cuando una dice pabajo, ni los perros la quieren para ruñile los güesos.

—¿De modo que na menos que con el amo del alto Cuyuni? ¡Mire, pues!

—¡Cuá! ¿Y qué te crees? Una ha tenío sus tiempos, chico.

—Te tendría bien, por supuesto.

—Asina. Entreveraito con palizas de cuando en cuando.

—¡Ajá! ¿De modo que el tigre del alto Cuyuni saca también sus campañas con las mujeres? Muy hombrón me habían pintado siempre al "Sute" Cúpira.

—Y lo es, chico. No te estés creyendo.

—Eso lo veremos pronto, pues pa allá voy rumbiando casualmente.

—¿Sí? Bríndame algo antes de irte, pues.

—¡Cómo no, Gallineta! ¿Cerveza es lo que estás tomando? ¿No se te ampollará la jeta? Y se volvió para pedir servicio; pero se quedó con la palabra en la boca al descubrir a Marcos Vargas, de espaldas al mostrador, mirándole fijamente.

—¡Hum! -hizo luego-. Yo sí sentía en la nuca como algo que me estuviera haciendo cosquillas. Y era la mirá del joven... ¡Sirvanos cerveza, botiquinero!

—En seguida, comandante Pantoja.

—¡Qué comandante ni qué Pantoja! Cholo Paríma soy yo, pa el que me ande buscando sin haberme perdido.

Pero Marcos, sin darse por aludido, no le quitaba la vista de encima y así transcurrió un buen rato hasta que Arteaguita, ya sin uñas que roerse y no pudiendo soportar más la presión de tragedia inminente, le susurró suplicante:

—Déjame salir, Marcos. Déjame ir a avisarle a la policía.

—Bueno -díjole al cabo de un rato-. Anda y avísale.

Y esto lo oyó el tabernero y fue a soplárselo a Parima, disimuladamente, mientras le servía lo pedido.

—¡Ajá! -exclamó el hombrón de las cicatrices y luego, sobándose las-: ¡Ah, bichas pa dólome las marcas que me dejó el difunto, la noche en que los machetes alumbraron el Vichada! ¿Será la entrá de agua, Gallineta? O algo como agua que quiere correr por aquí esta noche.

Y la mujerzuela asustada, por decir algo:

—¿Con que vas rumbiando pa el alto Cuyuni?

—Sí no me lo impiden los mirones, porque me sigue molestando la mosquita. ¿Será que la estoy güeliendo a podrío? Pero yo todavía como que no estoy muerto, ¿verdá, Gallineta?

—Tómate tu cerveza tranquilo, chico -le aconsejó ella- y andá vete de aquí cuanto antes, que la hora es nona.

—Menguás las llaman -repuso Parima- y sin embargo hay quien las busque con sus pasos contaos.

Sereno, espantosamente impávido, recostado contra el mostrador, con los codos apoyados sobre éste y la diestra péndula, sin la más leve vibración de nervios, ya con el hueco donde cabría justa la empuñadura del revólver al cinto, Marcos Vargas no perdía de vista las manos del asesino ambidextro -particularidad que no le era desconocida-, quien al darle de nuevo la espalda sólo lo había hecho para prepararse la revuelta impetuosa, ya con el arma esgrimida.

—Déjate de eso, chico -insistió la ramera al verlo sacar el revólver.

Pero ya el hombrón estaba de pie, desatada la revuelta asesina...

Que fue la última... Se le desprendió el arma de la zurda, se llevó la diestra al corazón, dio un pujido y balbució, ya desplomándose, cenicienta la faz sombría:

—¡Me andó alante el joven!

Y fue así como Marcos Vargas...

Momentos después le decía el jefe civil:

—No se preocupe, amigo. Usted no era un particular en esa hora y punto, sino un agente o por lo menos un representante de la autoridad que fue a impedir que se fugara ese bandido. Ya le había dicho yo que había orden de prisión contra él y es un hecho probado que usted no entró al botiquín sino a cerrarle el paso si intentaba escaparse antes de que llegara la policía, en busca de la cual mandó a su amigo Arteaguíta, como lo comprueba la declaración del botiquinero. Por otra parte, tanto éste como "la Gallineta" han declarado que fue Paríma el primero en hacer armas, después de haberlo provocado de palabras sin que usted se diera por aludido. Así, pues, del sumario levantado no se puede desprender causa contra usted y por mi parte no tengo sino que darle las gracias por el servicio prestado con riesgo de su vida.

Pero si así habían sucedido las cosas que podían ser materia de juicio, aparte las intenciones recónditas que escapan a la acción de la justicia, no era propiamente esta la que hablaba por boca del jefe civil, que apenas horas antes había tomado posesión de su cargo, sino la política antiardavínista que comenzaba a desarrollarse y no consistiría, desde luego, sino en la suplantación de la violencia de unos por la de otros.

—Lo único de lamentar —continuó el jefe civil— es que Cholo Paríma se haya llevado consigo al otro mundo todo lo que habría podido declarar contra los Ardavínes; pero de todos modos ya les estamos latiendo en la cueva a los tigres del Yuruari, y ya se le presentará a usted ocasión de repetir con éxito ante el juez competente lo que dijo en San Félix ante el coronel López, perdiendo su tiempo.

Pero Marcos Vargas repuso:

—Ya no me interesa.

Era el supremo desdén del hombre que acababa de encontrarse plenamente a sí mismo, por todo lo que pareciese limitación de la fiera hombría y el individualismo señero: él había aprendido a hacerse justicia al dar muerte al asesino impune de su hermano y ya nada se le importaba de la que pudieran impartir los jueces, tanto en el caso del crimen de San Félix como en el suyo propio actual.

—Sin embargo —prosiguió su interlocutor—, algo tiene usted que cobrarle a los Ardavínes, pues, aún no le he contado que esta noche, por los lados de "Yagrimalito", han sido asaltados sus carros por gente armada de ellos. No le digo que por el propio José Francisco, porque parece que éste se hallaba en Guasipati en esos momentos —dicho sea de paso: nada menos que ofreciéndosele a la autoridad para prender al primo, cosa que a estas horas puede haber sucedido—, pero lo cierto es que era gente de los Ardavínes y que lo han dejado a usted en la ruina; mataron las mulas, saquearon las

mercancías, quemaron los carros, después de haberlos rociado con el mismo kerosene que traían para los Vellorinís, y machetearon a los peones, que no tuvieron tiempo de coger el monte. Esto me lo acababa de comunicar cuando llegó, su amigo Arteaguita a darme el pitazo de que aquí andaba Cholo Paríma, un viajero que pasó por el lugar del suceso momentos después, y más adelante se encontró con sus peones, camino de para acá conduciendo a sus compañeros heridos, que son dos. Parece que los salteadores cogieron la vía de El Callao y ya telefoneé al coronel Alcaraván, quien me dijo que saldría a perseguirlos inmediatamente, él mismo en persona.

Marcos Vargas permaneció en silencio, sin que se advirtiera que la noticia del grave perjuicio sufrido lo hubiese afectado. De una manera general, así se comportaría siempre ante el hecho de la pérdida de bienes positivos, hacia los cuales no tenía apego, y por otra parte, las represalias de un ene migo a quien ya hubiese declarado guerra nunca le producirían arrebatos de cólera, pues las consideraba como episodios naturales de la lucha, y el sentido gozoso de ésta impedíale entregarse a reacciones sombrías o deprimentes del ánimo; pero aun no siendo así, se habría comportado como ahora lo hacía, porque el acto consumado momentos antes, la tremenda experiencia de sí mismo recién adquirida, parecía haberlo desplazado fuera de todo contacto con las cosas que hasta allí lo hubiesen interesado, tanto las materiales como las del orden afectivo o moral.

—Eso tenía que suceder esta misma noche —dijose, mentalmente.

Y luego, dirigiéndose al jefe civil:

—Yo me voy a la posada. Hágame el favor de avisarme cuando lleguen los peones.

Allí estaba, momentos después, recostado en su chinchorro, las manos bajo la nuca; la mirada hacia el techo, el pensamiento fundido en la sensación integral de sí mismo —única cosa existente para su conciencia, libre y solitaria realidad dentro de la nebulosa de un mundo desvanecido— cuando llegó Arteaguita acompañado de José Velloriní.

—¡Muy bien! ¡Muy bonito! ¡Magnífico! ¡Usted convertido en policía! ¡Dignísima profesión! ¿Cuánto le pagaban por eso? Pero como Marcos no se daba por aludido y ni siquiera se volvía a mirarlo, avanzando hacia él se le plantó por delante y prosiguió:

—¿Qué necesidad tenía usted de ir a arrestar a ese hombre? ¿Le parece que con eso basta para lavarse las manos? ¿Se imagina que eso será suficiente para que su madre apruebe su conducta? ¡Mire que es mucho! ¡Tan joven y ya con una muerte encima! ¿Y su novia?...

Yo no debiera hablarle de su novia, pero ¿con qué cara se le va a presentar ahora a las personas que han puesto en usted su cariño y su estimación? ¡A ver, dígame! ¿Con qué cara se le va a presentar ahora a su madre?

—Déjeme en paz, don José -repuso desabridamente-. No estoy para oír regaños ni para dar explicaciones.

—¡Muy bien! ¡Magnífico! ¡Así salen los hombres de las dificultades! ¡No estoy para dar explicaciones! ¿Ha oído usted, Arteaguita? ¡Usted, que se ha tomado el asunto tan a pecho que hasta fiebre le ha dado, como si la desgracia le hubiera ocurrido a usted mismo! Ahí tiene a su amigo diciéndole que no está para oír regaños. ¿Quién habrá venido a regañarlo? ¡No faltaba más! Va este amigo suyo, que lo quiere de veras, a contarme lo que le ha ocurrido a usted y dejo yo mis ocupaciones -porque ya me había levantado para atenderle a la salida de los purgüeros, que siempre necesitan algo a última hora-, dejo lo que estaba haciendo en cuanto me entero del acontecimiento para venir a demostrarle mis... mis... ¡Bueno! Para venir a decirte que has cometido una tontería. ¡Ya está! Dio unos pasos por la habitación, gesticulando y moviendo los brazos como aspas al viento, mientras agregaba:

—Te has dejado llevar demasiado de tus buenos impulsos, que a veces resultan tan perjudiciales como los malos, de la indignación que te producía el ver que se fugara impune el asesino del pobre Manuel, que fue bueno contigo...

!En fin! Que te has portado como un hombre, pero con sacrificio de tu tranquilidad de conciencia... Y he venido a decirte que... ¡Que aquí estoy yo para todo lo que pueda serte útil! ¡Ya está! Dijo todo esto haciéndose violencia, porque así no debía hablar Vellorini "el malo" y continuó paseándose de aquí para allá y refunfuñando:

—¡Hombre! No faltaba más, sino que después que te has portado como un hombre, con riesgo de tu vida, viniera uno a regañarte y a amargarte más la existencia!...

!Bueno estaría el mundo!...

!Hombre! Pero Marcos Vargas no quería abandonarse a las emociones de la bondad humana, que tan singular encarnación tenía en José Vellorini y que habrían enternecido su corazón cuando lo necesitaba insensible a todo lo que no fuese cónsono con la fiera experiencia de sí mismo que acababa de adquirir, sin que eso fuese despecho sombrío, y así repuso secamente a las generosas palabras del viejo gruñón:

—¿Sabe ya lo de "Yagrimalito"?

—¿Lo de los carros? Sí.

Acaba de comunicármelo el jefe civil. ¡Es inicuo! Han querido arruinarte en represalia de tus palabras en San Félix. Ya me lo esperaba yo por momentos. Esos bandidos no podían perdonarte que te hubieras atrevido contra ellos... Pero el mundo da vueltas, Marcos Vargas, y lo que hoy está de pie, mañana estará de cabeza...

Además, tú tienes la vida por delante para rehacerte de esa pérdida... Por la de nuestras mercancías no te preocupes.

—Eso le digo yo a usted, don José.

—¡Bah! ¡Ni hablar de eso! Ya Francisco sabrá hacérselo pagar, y en cuanto a lo tuyo, ahora mismo, si quieres, hay para tí un buen negocio en nuestra empresa purguera. Casualmente aquí el amigo Arteaga acaba de manifestarme que no se siente bien de salud para internarse en la montaña —la impresión de lo que acaba de sucederle con ese motivo tendré que hacer una reorganización de la empresa que me permite ofrecerte desde luego un buen negocio para tí como encargado general. ¿Quién mejor que tú para defender nuestros intereses? Este año se espera sacar mucha goma y podrás ganar mucho dinero.

Ahora Marcos Vargas miraba a Arteaguita, que a todas éstas había estado en silencio y cabizbajo, y éste, como entendiérase lo que implicaba aquella mirada, murmuró sordamente:

—¡Qué se hace, chico! El que nació barrigón, ni que lo fajen chiquito. Volveré a coger mi tijera.

Marcos Vargas abandonó el chinchorro. El partido que acababa de abrirle José Vellorini era otra de las cosas que tenían que suceder aquella misma noche, pero también el puente de plata que días antes quiso tenderle don Francisco. Ahora las circunstancias habían cambiado: tenía deudas imperiosas a que atender y ya el amor de Aracelis flotaba en la nebulosa del mundo desvanecido en torno suyo. Pero al mismo tiempo siempre era una ayuda que se le ofrecía y él quería pasarse sin ella.

Dió unos pasos por la habitación. A vuelta encontrada, haciendo lo mismo José Vellorini, éste se le plantó por delante, le apoyó sus huesudas manos sobre los hombros, se los oprimió afectuosamente mientras lo miraba en silencio y luego le dijo:

—Acepta, muchacho. No es un favor que quiera hacerte, sino un negocio que te propongo, conveniente para nosotros tanto como para tí.

Y Marcos, cediendo a la emoción de bondad humana:

—Acepto, don José. Cuente conmigo.

Y fue así como Arteaguíta se quedó al margen de la aventura y Marcos Vargas se vio lanzado a ella.

XII

Canaima

¡Árboles! ¡Árboles! ¡Árboles!... La exasperante monotonía de la variedad infinita, lo abrumador de lo múltiple y uno hasta el embrutecimiento.

Al principio fue la decepción.

Aquello carecía de grandeza; no era, por lo menos, como se lo había imaginado. No se veían los árboles corpulentos en torno a cuyos troncos no alcanzasen los brazos del hombre para abarcarlos; por el contrario, todos eran delgados, raquíticos diríase, a causa de la enorme concurrencia vegetal que se disputaba el suelo.

—¿Y esto era la selva? -se preguntó-. ¡Monte tupido y nada más! Pero luego empezó a sentir que la grandeza estaba en la infinitad, en la repetición obsesionante de un motivo único al parecer. ¡Árboles, árboles, árboles! Una sola bóveda verde sobre miríadas de columnas afelpadas de musgos, tiñosas de líquenes, cubiertas de parásitas y trepadoras, trenzadas y estranguladas por bejucos tan gruesos como troncos de árboles. ¡Barreras de árboles, murallas de árboles, macizos de árboles! Siglos perennes desde la raíz hasta los copos, fuerzas descomunales en la absoluta inmovilidad aparente, torrente de savia corriendo en silencio. Verdes abismos callados... Bejucos, marañas... ¡Árboles! ¡Árboles! He aquí la selva fascinante de cuyo influjo ya más no se libraría Marcos Vargas. El mundo abismal donde reposan las claves milenarias. La selva antihumana.

Quienes trasponen sus límites ya empiezan a ser algo más o algo menos que hombres.

La deshumanización por la temeridad en la curiara espiera con tra el torrente arrollador de los raudales, la proa hundida entre las hirvientes espumas, tensa la espía de chíquichique, de cuya resistencia depende la vida; o chorrera abajo por el angosto canal erizado de escollos, de riscos filudos, vertiginosamente, contenido el respiro, azaroso el destino bajo el brazo del práctico que sostiene el canaleta que hará de timón, después de la suerte echada al ordenar, ya al borde del rápido:

—¡Apretá la boga! Para que la curiara entre de prisa en el laberinto de la muerte por donde hay sólo camino de escape para la vida, tortuoso y estrecho.

!Raudales del Cuyuni, que por algo significa diablo en dialecto macusí, laberintos de corrientes y contracorrientes estrepitosas por entre gargantas de granito sembradas de escollos! Ya Marcos Vargas iba aprendiendo a correrlos, desvaneciéndose en niebla de embriaguez sobrehumana el instinto de conservación.

La deshumanización hacia el embrutecimiento por la paciencia aletargadora, en el bongo o la falca, días y días ante un panorama obsesionante y siempre igual: agua y monte tupido, agua y bosque trancado.

¡Árboles! ¡Árboles! ¡Árboles!... Las penosas jornadas a pie por los trajines de las manadas de dantas salvajes que corren hendiendo y derribando el monte cuando han venteado al tigre; por las trochas del indio, en las cuales persiste durante días la pestilencia de las grasas con que embadurnan sus cuerpos para defenderse de picaduras de insectos o mordeduras de serpientes; por las picas que es menester ir abriendo, machete en mano, cuando se tira un rumbo a cortar la selva que ya ha sido explorada y trabajada por el cauchero, bravías malezas revueltas, maraña intrincada.

Por la selva virgen, que es como un templo de millones de columnas, limpio de matojos el suelo hasta donde la fronda apretada no deja llegar los rayos solares, solemne y sumida en penumbra misteriosa, con profundas perspectivas alucinantes. Las jornadas de andar cabizbajo y callado ante la abrumadora belleza extraña del panorama, siempre igual y siempre imponente: verde sombrío y silencio, verde sombrío y lejano rumor de marejada. Del océano de cientos de leguas de selva tupida bajo el ala del viento que pasa sin penetrar en ella.

El encuentro, siempre emocionante, con el indio señero tras la vuelta del caño, silencioso dentro de su concha, el canalete apenas rozando las aguas, el ojo zahorí explorando el remanso ribereño, sombrío bajo el ramaje inclinado de los árboles inmensos...

Se agita el agua dormida, el pescador solitario se pone de pie dentro de la embarcación diminuta y son dos figuras alucinantes él y su reflejo en el caño. Tiende el arco o emboca el cañuto, dispara la flecha o la cerbatana, vuelve a acuclillarse y a cobrar el canalete, calmoso, pues ya el morocoto o el aymara se abuyan paralizados por la acción del curare... El niño grave y taciturno, que es el silencio en bronce bogando por el caño

solitario. El duende de la selva, que aparece y desaparece de pronto sin que se advierta por dónde.

El enigma de la selva milenaria en las terramaras funerales que se elevan a orillas de los ríos caudalosos, cementerios de pueblos desaparecidos donde son ahora bosques desiertos, y en los "tímeries" monumentales grabados en las rocas graníticas de las grandes cataratas, simbólicas inscripciones de ignotas razas en el alba de una civilización frustrada. Los indios actuales, que no saben descifrarlas, cuando han de pasar frente a ellas, se aplican ají a los ojos para librarse del maleficio del tabú, pues tales caracteres contienen los misterios de la tribu que se perdieron en la gran noche sin luna. La historia de "tarangué" -la tribu que existió-, que sólo podrá descifrarla "tararana", la tribu que algún día vendrá...

El infierno verde por donde los extraviados describen los círculos de la desesperación siguiendo sus propias huellas una y otra vez, escoltados por las larvas del terror ancestral, sin atreverse a mirarse unos a otros, hasta que de pronto resuena en el espantoso silencio, sin que ninguno la haya pronunciado, la palabra tremenda que desencadena la locura:

—¡Perdidos! Y se rompe el círculo, cada cual buscando su rumbo, ya totalmente desligado del otro, bestia señera y delirante, hasta que vuelven a encontrarse en el mismo sitio donde se dispersaron, pero ya no se reconocen porque unos momentos han bastado para que el instinto desande camino de siglos.

¡Árboles! ¡Árboles! ¡Árboles!... La impresión primera y singularmente intranquilizadora de que en aquel mundo abismático, increada todavía la vida animal, no reinasen sino las fuerzas vegetales, sin trino de pájaro ni gruñido de bestia en el hondo silencio, porque la presencia del hombre, de ese monstruoso acontecimiento que es la bestia vertical y parlante, esparce el recelo entre los pobladores del bosque. Y así transcurre el día y llega la noche.

La noche, que sobreviene de pronto, sin crepúsculo, entre las altas murallas de árboles que encajonan el río o el caño, o en medio de las línas circulares del bosque en torno al claro del campamento... Negros árboles hostiles que por momentos parecen ponerse en marcha sigilosa para cerrar aquel hueco que abrieron los hombres intrusos, a fin de que todo amanezca selva tupida otra vez.

Cruza una exhalación, grande como un bólido, por el río de estrellas que corre sobre el Guarampín, dejando una estela azulenca; se apaga en silencio por encima del mar tenebroso de la selva apretada... Se produce un murmullo entre el bosque negro, algo así como un bisbiseo de escuchas

avanzados en torno al intruso... Transcurre una pausa y luego, poco a poco, comienza a manifestarse la vida animal.

Pasa el vuelo blando de la lechuza trompetera de impresionante graznido. Se oye el sonido peculiar, la u sibilante de la arañamona. Se alza de pronto el canto desvelado del tucuso montañero. Grita el obiubís. Se escucha el tropel lejano de una manada de dantas que huyen del tigre. Continúan percibiéndose los mil rumores de la bestia noctámbula... Los ahoga el inmenso gemido de la caída de un árbol, a leguas de distancia, y cuando se cierran los negros abismos del eco toda la selva vuelve a quedar en silencio... Ahora un silencio extraño, que produce angustia, absoluto y profundo para los oídos de los hombres intrusos.

Pero los indios, de sutilísimos sentidos expertos en la comprensión de aquel mundo, cuando sobrevienen estos repentinos enmudecimientos totales, prestan atención expectante.

—¡Canaima! El maligno, la sombría divinidad de los guaicas y maquiritares, el dios frenético, principio del mal y causa de todos los males, que le disputa el mundo a Cajuña el bueno. Lo demoníaco sin forma determinada y capaz de adoptar cualquiera apariencia, viejo Ahrimán redivivo en América.

Es él quien ahuyenta las manadas de dantas que corren arrollándolo y destrozándolo todo a su paso, quien enciende de cólera los ojos como ascuas de las arañamonas, excita la furia ponzoñosa del cangasapo, del veinticuatro y de la cuaina del veneno veloz, azuza el celo agresivo y el hambre sanguinaria de las fieras, derriba de un soplo los árboles inmensos, el más alevoso de todos los peligros de la selva, y desencadena en el corazón del hombre la tempestad de los elementos infrahumanos.

Y fue él quien, bajo la forma de aquel extraño silencio que de pronto se había producido, se asomó aquella noche a la linde del bosque para conocer a Marcos Vargas, cuyo destino ya estaba en sus manos...

Ángulos cruzados

Componiase una empresa purgüera de una estación principal, situada a orillas de un río o caño navegable, donde residían los

propietarios o administradores, se almacenaban los víveres para el abastecimiento de la peonada que allí continuaba avanzándose y se depositaba el purguo elaborado, y de otras estaciones subalternas, comunicadas con aquélla por trochas abiertas por entre el bosque cuya extensión dominaban, a cargo de los diversos contratistas o capataces, y de las cuales dependían respectivas secciones de la peonada esparcida por los "recortes" que por parejas se les asignaban, moradores de la tarimba -techo de palma sobre cuatro estacas en lo intrincado del monte- donde elaboraban el purguo recogido, compartían el mal alimento y la embrutecedora soledad y colgaban la yacija para el sueño temerario a merced de la selva inhóspita.

Hacia las cabeceras del Guarampín estaba situada la empresa de los Vellorini, al frente de la cual se iniciaba Marcos Vargas en la vida del purguero.

Con el alba levantábase y todo el día se lo pasaba recorriendo la peonada esparcida por el bosque, compartiendo los duros trabajos de aquellos hombres que arriesgaban la vida al treparse a los altos árboles quebradizos, él también aprendiendo a extraerles el látex precioso, puestos los estrafalarios arreos del purguero cansado para que éste reposase unos momentos o ayudándolos en el conocimiento y fumigación de las planchas, entre el humazo de los poncherones junto a las tarimbas, tanto para evitar el fraude acostumbrado de la piedra para aumento del peso o las ligas de pendare o cajimán con que solíase adulterar el balatá, como a fin de aprender cuanto tuviese que reclamarles bien hecho en defensa de los intereses que se le habían confiado. Y compenetrándose con las oscura intimidad de aquellas vidas humildes y torturadas, cuando los peones descansaban contándose sus tristezas.

En cuanto a la compenetración con la selva, con su misterio fascinante y con la vida formidable y múltiple que palpitaba bajo la quietud y monotonía aparentes, lo aleccionaban los indios de las riberas del Acarabisi que tenía a su servicio personal, uno, joven y hermoso, de negra cabellera hasta los hombros, mirada inteligente y habla cadenciosa y melancólica, pescador y cazador diestrísimo, que así le preparaba alimentación variada, y el otro, ya viejo, que se la aderezaba como le habían enseñado otros "rationales" de quienes fue cocinero.

Ellos le enseñaron a percibir los mil rumores que componen el aparente silencio de la selva; a distinguir los que produce el hombre cuando marcha por el bosque, de los que son producidos por los animales que lo pueblan; a saber, por el ruido del canalete, a distancia, si una curiara subía o bajaba por el caño o el río. A descubrir la presencia de aves de color de la fronda, donde el instinto mimético las dejaba inmóviles

y silenciosas cuando se acercaba el hombre, y la de las bestias, que a la primera impresión parecían faltar por allí, por las cuevas de los acures y los cachicamos, los "tajines" de los váquiros hacia el bebedero, la huella de la danta en los fangales por donde pasó hociqueando cuando iba sin prisa o en el estrago del monte tupido que rehendió en su carrera de rebaño asustado, y las del oso hormiguero, del puma y del jaguar. Y en compañía del joven pescador, a bordo de la concha sigilosa que apenas rizaba el remanso ribereño, aprendió a distinguir los peces por el aguaje: los morocotos de carne succulenta, de los sabrosos aymaras espinosos.

De cacería, iniciándose en las candorosas supersticiones, aprendió que la presa no debía sacarse del monte sin la precaución de cortarle y enterrar las orejas en el sitio donde hubiera caído y atarle luego las patas de dos en dos y con cierto bejuco, pues de lo contrario nunca volvería a tropezarse el cazador con otra semejante, y que para cada hombre había ciertos animales a los cuales no debía dar muerte, así como determinados árboles que no debía cortar ni de ningún modo dañar, porque eran sus "nahuales" -"alter ego" o segunda encarnación del yo- con cuyo perecimiento perdería el hombre porción consubstancial de su existencia y toda esperanza de continuar disfrutándola después de la muerte.

Le enseñó también el acaribisi, su lengua cadenciosa -ellos dos, la vereda, la escopeta y el cuchillo:

azarú, sarají, aracabusa y mariyále refirió que un día tuna y apoc - el agua y el fuego, la lluvia y el rayo-, destruyeron su churuata y mataron a baruchí que significa hermana, y de él aprendió Marcos Vargas que para penetrar en los abismos de melancolía que encierra el alma del indio había que oírles cantar el Maremare, como lo entonaba aquel de la cabellera hasta los hombros, salvaje, monótono, triste, lamentoso, y cuya bárbara letra insistía hasta la exasperación:

Maremare se murió.

Maremare se murió.

Maremare se murió...

Terminados sus quehaceres, es tos indios solían alejarse del campamento, bosque adentro, y allí, silenciosos y taciturnos o apenas cambiando entre sí breves frases, pasábanse las horas sentados uno al lado del otro sobre el tronco de un árbol caído, no contemplativos ni meditabundos sino simplemente sumidos en la salvaje quietud que los rodeaba, bajo el alto rumor perenne de las frondas tupidas donde a ratos

afinaba sus melodías el invisible pájaro-violín o a distancia se oía el golpe del machete del purgüero castrando el árbol pródigo, o el canto lánguido del pájaro-minero o del campanero.

Marcos Vargas, como nada tuviese que hacer, solía ir a reunirseles y de ellos ya estaba aprendiendo también a sumergirse sin palabras ni pensamientos en aquel mundo abismal, fija la vista al azar sobre el tronco de un árbol donde diera un rayo de sol, allá espesura adentro, y ya comenzaba a hacer la experiencia de que entonces no se era sino otro árbol donde no daba el sol.

Un día, recién llegado, estando allí, fue la lluvia de falenas.

Millares, millares de gusanos que de pronto comenzaron a caer de las ramas de todos los árboles. Y treinta días después, estando allí, no otra vez sino todavía, pues era como si el tiempo no hubiese corrido, fue la eclosión de las crisálidas, el repentino florecimiento del aire, de aquel aire verde y húmedo, de calidad vegetal, donde de pronto aparecieron revoloteando millares de mariposas... Marcos Vargas se incorporó bruscamente, con el sobresalto de las maravillas y los acaribisis sonrieron entre sí como los iniciados de los neófitos... Y se cerró el círculo de la vida en el vuelo nupcial de los insectos recién salidos del letargo creador, se unieron allí mismo los dos extremos del torbellino: la fecundación y la muerte, Cajuña y Canaima...

Los domingos, por la tarde, solía Marcos Vargas atravesar el Guarampín para visitar a aquel misterioso conde Giaffaro, de quien por primera vez le había oído hablar al americano Davenport y a través del cual le presentaba la selva uno de sus aspectos más dramáticos.

Habitaba el carilargo y desgachado personaje una casa rústica pero bastante confortable, con huerta y jardín cultivados en medio del bosque bravío, en la cual había reunido un museo de artefactos indígenas y de pájaros y otros animales de la selva, disecados por él y científicamente clasificados, así como también era obra de su maestría en el arte del embalsamamiento la momia de un indio que lo había acompañado y servido durante varios años y que ahora, en perennidad de cosa incorruptible, completaba y presidía aquella colección.

Guardábala bajo llave y no la mostraba sin tomar precauciones y recomendar que se le mantuviese el secreto, pues si la servidumbre indígena llegaba a enterarse de que convivía con despojos de la muerte, en seguida habría abandonado la casa, y, corrida la voz, nunca más se hallaría un indio que quisiera servir en ella.

—Ya sabrá usted —dijo el conde— que para el indio es tabú lo que se relacione con la muerte y que ésta es una de las principales causas de sus continuas migraciones, pues cuando muere un cacique o piache, la comunidad abandona la churuata, para ir a plantar otra más allá, dejando en aquélla el cadáver, al aire, dentro de un cutumari.

Esto lo dijo Giaffaro —que ya envejecía— con cierta dificultad de expresión y moviendo continuamente la cabeza de una manera chocante, peculiaridad de que había adolecido desde su juventud y que ahora tenía más pronunciada, dándole a su voz una vibración penosa, de tartamudeo.

Por otra parte, bajo la influencia del campo visual estrecho y cerrado y del espectáculo monótono y obsesionante de la selva —toda su inmensidad y su misterio en la quietud de un árbol donde al azar se detuviera la vista entre mil otros iguales—, ya aquel espíritu había perdido el hábito del pensamiento discursivo, adquiriendo en cambio el de la sumersión en las intuiciones integrales, que no podían ser expresadas sino, cuando más, como lo hacía el indio, con una sola palabra entre silencios que la envuelven en un halo de significaciones simplemente sugeridas, y así era visible el esfuerzo que tenía que hacer el conde para expresarse por medio de períodos coordinados y completos.

Eran ya quince años de aislamiento, de palabras sueltas entre silencios para comunicarse con los aborígenes de su servidumbre doméstica —unas cuantas guarichas para el oficio casero alternado con el amoroso, y otros cuantos varones para la caza y la pesca, el cultivo de la huerta y el cuidado del jardín y para la explotación de los bosques purgüeros circundantes, cuando era tiempo de ello.

Sólo entonces restablecía algún contacto con los "racionales" —ya él también usaba el término con que el indio designaba el civilizado más o menos auténtico—: con los purgüeros de la empresa de los Vellorini, que, río por medio, solían atravesarlo para ir a jugarse con él lo que allí estuvieran ganando, que ya no siempre lo perdían, como antes los que con él se midieran, y con los que, terminada la explotación, se reunían en Tumeremo, adonde él también iba a vender el producto de la suya.

Allí eran las grandes partidas de "poker", pero de ellas de año en año se fue acostumbrando a regresar perdidoso, ya obcecado jugador sin fortuna, tumbado en la curiara, moviendo continuamente la cabeza, silencioso y con la mirada inmóvil bajo la influencia embrutecedora de la lenta, penosa y monótona navegación del río interminable a tra vés del bosque sin fin.

Marcos Vargas quería sondear aquel misterio. Que le hablase de su vida anterior, que le explicara por qué había decidido internarse para

siempre en aquella bárbara soledad. ¿Decepciones? ¿Cansancio del mundo civilizado? ¿Fastidio de haberle dado la vuelta varias veces? El extranjero movía negativamente la cabeza y quedábase mirando al criollo curioso, largo rato, con sus ojos saltones ahora inexpresivos. Por otra parte, nunca había sido amigo de revelar su intimidad.

Marcos Vargas insistía.

Quería contemplar la selva desde aquel ángulo sugestivo, verla a través de aquellos ojos que se habían paseado por todos los panoramas del mundo, sentirla en extranjero, en europeo civilizado, en quintaesencia humana, como se representaba él, con su criollo complejo de inferioridad - por menos fetichista que fuese, por más autóctono que se sintiera-, al hombre de Europa. ¿Qué aspectos le presentaría al conde Giaffaro la selva del Guarampín? Ya él estaba aprendiendo a verla a través del indio. ¿Cómo se vería desde aquél otro ángulo? El conde sonreía inexpresivamente, mostrando los dientes largos y ennegrecidos por la nicotina y continuaba moviendo la cabeza mecánica. Ya aquello no parecía pensar.

Pero una vez, de pronto, rompió a hablar:

—No le sorprenda, joven, que yo hable por usted -no se entendía bien por qué comenzaba así-, pues hay una porción del pensamiento que llamamos propio y que, sin embargo, sólo nos pertenece como el aire que envuelve nuestro planeta: mientras lo respiramos. Siendo, por lo demás, el mismo aire que nuestro vecino acaba de expulsar de sus pulmones, con el calor de su intimidad vital, con toda la porquería que a veces, si no siempre, tiene la intimidad humana. ¡Créamelo us ted! Y hay que cuidarse de ella haciéndose curas periódicas, abriéndoles válvulas de escape a las inmundicias que se van acumulando dentro del alma, a fin de que no lleguen a intoxicárnosla por completo. Y para esto, joven, no hay como la selva.

Marcos Vargas se enderezó en el asiento -era en el museo, frente a la momia del indio- como quien se dispone a oír por fin lo que mucho ha deseado. Ya se abría el ángulo prometedor y, por otra parte, aquello de las curas periódicas debía referirse a las que, según versiones llegadas a sus oídos en aquellos mismos días, habían motivado las primeras apariciones del conde en Guayana, de donde se formaron leyendas rayanas en consejas.

—Trate usted su alma -prosiguió el extranjero- como una caldera de vapor, vigile los aparatos registradores de la presión y cuando advierta que ésta pone en peligro la integridad de aquélla, tire el obturador sin falsos escrúpulos y ábrale la válvula de escape al grito de Canaima. Y deje que los demás se pierdan en conjeturas acerca de lo que significarán esos

sílbatos de alarma. ¡Usted sabe lo que significan y eso basta! Aquí se agolparon y se interfirieron en la mente de Marcos Vargas tres motivos de reflexiones: el recuerdo bizarro de que una vez había tenido un reloj que no marchaba como era debido, pero que de pronto y sin motivo aparente echaba a andar a toda la velocidad que podía desarrollar la tensión de la cuerda -así como de pronto se había vuelto locuaz el taciturno personaje frente al cual se hallaba-; la comprobación de que no eran leyendas las que les había oído en aquellos días a sus purgüeros acerca de misteriosos gritos que solían oírse por los lados de la casa del conde Giaffaro, y, finalmente, la intuición de que éste había dicho algo muy significativo y de aplicación a su caso propio -el de Marcos Vargas-, pues dentro de su alma había algo que por momentos hacía presión amenazante de estallido. Algo que, aunque se empeñase en no reconocerlo así, tenía su origen en el acto vindicativo de la noche de Tumeremo. Ni aun entonces quiso decirse mentalmente: de la muerte de Cholo Paríma.

Y con todo aquello confundido en la intención inicial repuso:

—Lo que me sorprende es que usted haya gozado fama de hombre misterioso...

Pero no completó el pensamiento, desvanecido de pronto como las imágenes del sueño cuando se despierta bruscamente.

Pero tampoco el conde necesitaba más para proseguir.

—¡Ah! -exclamó con una exhibición completa y totalmente desagradable de sus dientes largos y sucios-. Pero ¿es que usted no sabe que los únicos hombres misteriosos que realmente existen son los que no ocultan lo que de ellos se sospeche y se murmure? ¡Claro que hay varios modos de comunicación con los demás! Pero el más artístico, o el más hábil, simplemente, si así prefiere calificarlo, es éste: dé mucho que pensar y ya le bastará con explicar poco. De una manera tácita, no digamos involuntaria, acaba usted de admitir que la esencia de la amistad es dejar vivo al amigo, por contraposición con la del amor, que procura destruir el ser amado en cuanto a ser distinto y diferente del nuestro, pues desde que un hombre trata de explicarle a otro empieza a convertirlo en representación propia y por lo tanto a quedarse solo consigo mismo sobre el estúpido mundo. ¿No le parece? A mí, por lo menos, no me interesa en absoluto explicarme la intimidad de su espíritu. Por el contrario, lo que puede cautivarme de su trato es, precisamente, la reserva de misterio que sepa usted administrar en presencia mía. ¿Y la sinceridad -pregunta usted- dónde me la deja? Pues voy a contestarle con otra interrogación. ¿Quién, que de veras se estime a sí propio, puede ser sincero? Desconfíe siempre de quien le proponga semejante monstruosidad, pues algo suyo querrá arrebatárle. Repare en que nos importa un bledo ser engañados por

aquellas personas de quienes nada tenemos que esperar o que temer y medite un poco acerca de lo que eso deba significar. Pero sea cual fuere la conclusión a que usted llegue por ese camino, yo no vacilo en proclamar que la sinceridad me parece una porquería. Hay una forma de ella que tal vez sea oportuno mencionar y que es para mí el verdadero pecado contra el Espíritu:

confesar lo que nos atormenta, volcar en una confidencia las inquietudes o las miserias de nuestra intimidad para librarnos de ellas.

Creo advertir que le es a usted particularmente desagradable, o por lo menos chocante, oírme hablar así; pero no tengo interés ninguno en comprobar que no me he equivocado. De todos modos, insisto, guárdese de semejante torpeza con persona cuya amistad desee conservar, pues desde ese momento se le volverá insoportable. Y lo que es peor todavía: procurará usted adúlterar su propia intimidad a fin de ser un hombre diferente de aquel que ya su confidente conoce y por lo tanto posee. En una palabra: se convertirá usted en un fantasma de sí mismo.

Hasta aquí llegó aquella tarde el conde Giaffaro. Luego se le apagó la chispa de inteligencia que había brillado de pronto en sus ojos saltones y ahora lacrimosos, por añadidura de vejez, y sin transición gradual, sino de golpe y de repente, pasó de la locuacidad al silencio obstinado.

Marcos Vargas se quedó caviloso. Una vez más había oído cosas muy significativas que le eran particularmente aplicables. ¿Qué necesidad había de justificarse ante nadie por lo ocurrido en Tumeremo?... ¡Ante nadie! Y una vez más reprimió el movimiento de su alma, ahora hacia la imagen de su madre, de quien no había recibido noticias después de lo de Tumeremo.

Y cuando volvió a atravesar el Guarampín para regresar al campamento purgüero, de todo cuanto dijo el conde en una sola cosa iba pensando: que la selva era para que en ella se le abriese la válvula de escape al grito de Canaima.

El corrido del purgüero

Pero la selva era también el infierno del purgüero, donde están las cuaimas bravas la mapanare en pandillas, también la cuaima amarilla y el dichoso veinticuatro, el terrible cangasapo que es un bicho traicionero, la fulana arañamona terror de todas las fieras...

El bosque inhóspito por donde se internaba maldiciente el peón que ya arrastraba la cadena del avance, trozando con su machete los vástagos tiernos del árbol del látex, y murmurando:

—¡Pa que mis hijos no pasen estas crujiás! Ochenta hombres trabajaban por allí con riesgo de la vida para aumentar la riqueza de los Vellorini. Ochenta y uno con Encarnación Damesano, que siempre llevaba en la boca el corrido de las penalidades y desdichas del purgüero.

Fugitivo de la empresa del Cuyubini -propiedad de Miguel Ardavín- por causa de malos tratos, llegó a la del Guarampín pidiendo protección y trabajo.

—Infiero que ya usted debe de tener su gente completa y los recortes repartíos -díjole a Marcos Vargas-, pero, por vía sujeta, déme un desechito aunque sea para hacerle barro en la pata de los pa los del morao. A mí no tiene que procurarme tren, porque ya lo traigo en el guayare, ni yo a usted quiero engañarlo. Vengo picureao de las cabeceras del Cuyubini, porque si hambre y paloapique ya aprendí a llevarlos juntos en las tripas, lomo mío y plan de machete ajeno no me gusta que anden reuníos. Ya se juntaron allá una vez y por eso cogí mi cachachá. Yo ya estaba rumbiando pal lao inglés, pa poneme fuera del alcance de los ardavíneros, cuando un toc-toc que escuché en la montaña silencia me hizo detenerme mirando parriba.

Era un monstruo de los infiernos tratando de subir a los cielos. Este que digo: un purgüero de los suyos, con tó y espuelas calzás, dándole al morao con su machetico tocón, encaramao en la horqueta.

Lo saludé desde abajo, me contestó desde arriba, entramos en conversación y asína vine a saber que en esta empresa había, por equivocación, un jefe bueno con quien se podía trabajar.

En lo más agrio del monte -breñas desechadas en el reparto ya practicado, que era todo lo que podía ofrecerle Marcos Vargas- plantó su tarimba solitaria Encarnación Damesano y desde que saltaba del lecho colgante para prepararse el frugal desayuno, ya todo lo estaba haciendo previo el decir del corrido:

Voy a lavar la castrola para hacer la guacharaca, porque ya viene la aurora.

Voy a descolgá la hamaca para amarrá los taturós...

Que la estrofa la completaría momentos después, camino de la ruda faena:

Tuaví el monte está oscuro cuando ya voy por la pica a recogé la gomita.

¡Virgen de los apuros dame la conformidá!

A menudo llegábase Marcos Vargas hasta donde se oía, en el alto silencio salvaje, el golpe del machete del purguero solitario, del peón fatalista e irónico, ya calificado por ello de mal doctrinero en la empresa de donde se fugara, y que a él estaba enseñándole ahora muchas cosas acerca del alma de su pueblo, con su gran sentido de la realidad y su íntima rebeldía bajo la total sumisión aparente, apuntando en la reticencia mordaz y en la imprecación canturreada de su corrido del purguero.

—Más arriba, Encarnación -dícale desde abajo-, que hasta el cogollo hay goma y es mucha la que tenemos que sacar tú y yo para salir de apuros.

Y la voz del peón socarrón, en lo alto, donde el viento mecía al árbol:

En busca de una madera una vara de buen grueso me topé en una ladera.

Allí le tendí un cabresto, con espuelas amarrás la dejé toda arañá...

Yo no soy mono araguato para bailar en trapecio.

¡Virgen de los malos ratos, sácame de este escarmiento!

Pero en seguida, echando la voz hacia abajo:

—No es por usted, don Marcos, que me se viene a la boca el corrió. Es que desde aquí estoy escuchando allá lejos el canto del campanero y me ha provocado contestarle cantando también mis penas.

—Canta todo lo que quieras, pero súbete a la horqueta.

—Sí. Ya sé que tengo buena vitola pa eso, gracias a Dios y al paludismo que me tienen livianito como una pluma. Que si todos los

hombres fueran pesaos, de comía completa y bien digería, no recalentá como la del purgüero, no habría quien subiera a la horqueta y otro gallo les cantara a los amos que están allá en la ciudá, muy sentaos en sus poltronas, mientras nosotros estamos aquí mojándonos el... fundamento. Pero aguaité cómo ya empieza a corré la gomita desde arriba. Toda ésa va pa las mochilas de musíu Vellorini, pues pa eso la puso Dios dentro de los palos del morao al hacé el reparto de sus cosas a su modo y manera, desde que el mundo es mundo. Yo lo que hago es abrirle camino con el tocón, que sí en un descuido me trozo el mecate que me asujeta

en el suelo que me espera, ya caeré sin dilación o en la punta de un troncón.

Y caletearla después de las mochilas, de la pata del palo donde estoy haciendo estos barro con el sudor de mi sangre, pa los poncherones,

que allá entre el humo y el fuego, talla que talla la plancha; ni Lucifer en su infierno me iguala la mala facha.

—Sí te caes será por estar cantando -dícale Marcos-, porque bien amarrado estás y son gruesos los mecates cuyubíneros.

—Sí:

este tren es muy barato, me costó sesenta pesos:

un par de espuelas de acero, correas pa el maniadero y tres kilos de mecate...

—Pero te lo trajiste del Cuyubini sin haber acabado de pagarlo.

—¿Le parece, don Marcos? Cinco semanas estuve trabajando allá, que sí el sudor del purgüero es como la sal pa la tierra, en aquélla no vuelve a crecé el monte.

Cinco semanas de mi vida, que no las estuviera contando si no me hubiera picuriao a tiempo. ¡Y vaya usté a vé por qué! Porque el encargao de allá, con to y lo cáidos que estén los Ardavines, según las noticias del mundo que han llegado a esos infiernos, es como el amo que mienta el corrió, y un domingo -día del Señor, que lo llamancuando llegué a la

estación, después de habé estao toda la semana aguantando el resuello pa no perdé tiempo, jué y me díjo:

Amigo, no estoy contento, porque no trajo el quintal.

Y yo fui y le repliqué:

Amigo, tenga paciencia que estamos en un repíque; para pagar paloapíque con la plancha es suficiente.

—¿Y él jaló por el machete?

—Sí, señor. Y me dio un planazón, por falta e respeto, hasta que se le cansó el brazo. Que había que ver aquella hermosura de hombre sacando su campaña con un poble pión indefenso. Yo me volví a mi tarimba arriscándome el sombrero y diciendo, con el corrió:

Con mi machete gomero le voy a bajar el brazo, manque me vuelva pedazos, que será lo más seguro.

Me comerán los zamuros defendiendo mi opinión, morirá un triste pión a la puerta de una empresa ¡y dejaré la pobreza por la eternidá, señores!

—Bueno, Encarnación; como ya terminaste el corrió, ahora sacarás más goma.

—Espreocúpese, don Marcos. A usted no le pesará el favor de haberme dao trabajo y de negarle luego a los ardavineros que yo andaba por aquí. Ellos me buscaban pa colgarme y usted me salvó la vida y ahora sí es verdá que Encarnación Damesano hace barro en la pata del morao. ¡Oiga el golpe del tocón! Ése no es el carpintero haciendo su nido, sino el purgüero sacando su tarea.

El palo agujerea el pájaro pa criar adentro sus hijos.

Los míos los dejé en el rancho y hoy no sé si habrán comío.

La semana para recoger y elaborar el purguo. Luego era conducido a la estación principal, el domingo por la mañana, y reunidos allí los peones era el arreglo de las cuentas y el avance para la semana siguiente.

—Encarnación Damesano -leyó Marcos Vargas en la lista del personal.

—¡Presente, por desgracia! Y empezaron las risas que siempre coreaban las palabras del purguero socarrón.

—¿Es tanta la tuya, Encarnación?

—¡Hum, don Marcos! ¡La única cosa en que se le pasó la mano conmigo al repartidor de allá arriba!

—Bueno. ¿Cuántos quintales?

—¿De qué, don Marcos?

—¡De goma, chico! ¿De qué va a ser?

—¡Ah! Como estábamos hablando de desgracia... Pues una cosa poca, don Marcos. No se imagina usted la pena que tengo con el pobrecito musiú Vellorini. Dos ná más. Uno que dieron las juerzas del paloapique y otro que tuve que exprimírle a las flaquezas de la guacharaca.

—¿Y en piedras adentro?

—¡Hum! Eso sí que no, don Marcos. Piedras aparecían en las planchas ardavíneras, pero como en esta empresa he cambiado el vergajo por el buen trato, que produce más costando menos, aquí todo es goma pa musiú Vellorini. ¡Que falta bastante le hace pa mantené a sus hijitas! Lo que pasa es que el pión es muy ambicioso y quiere que las suyas también coman completo.

Como si el arreglo que Dios les dio a las bocas no hubiera sido éste: Tú erutas y tú bostezas.

Y por las carcajadas de sus compañeros, mientras Marcos Vargas sonreía:

—¡Guá! ¡Mire cómo gozan los muchachos! Y después dicen que y que es mala la vida del purguero.

No se ganará mucho, pero de qué reíse no falta.

—Bueno -dijo Marcos-. ¿Qué necesitas para la semana?

—Siete días son nomás:

seis que los cuenta el corrió y el otro pa cavilá.

¿Cuál es el tuyo, Dios mío?

—¡Anda, chico! Acaba de decir qué necesitas.

—Pues su permiso pa retirarme, don Marcos, porque esta semana no quiero avanzar. Voy a bandiarme con los retallones de la pasada, pues como le dije, se acabó la madera que tenía vista y no sé si me la tope por esos montes.

—Pero algo necesitarás, Encarnación, y tienes saldo a tu favor en tu cuenta.

—Déjemela ansina, don Marcos, que es la primera vez que eso me pasa desde que estoy trabajando pa otro. No quiero avanzar otra güelta. Esta tarde voy a rumbiá por esos montes y quién sabe si no dé con él. Comeré recalentao si la suerte no me ayuda, pero a usté no le monta cuenta Encarnación Damesano.

—Llévate unos cigarros, siquiera, para entretener los bostezos. Pídelos en la pulpería y que me los anoten a mi cuenta.

—Muchas gracias, don Marcos.

Porque lo que es en esta semana que viene pué que no haiga erutos en la tarimba del punteral. Y con su permiso, ya me estoy diendo a rumbiá la gomita.

Al día siguiente no amaneció Damesano en su cubil de purgüero, ni por todos aquellos montes se oyó trabajar su machete, y dos días después llegaron a la estación ribereña del Guarampín unos hombres conduciéndolo sobre angarillas de ramas y varas del monte. Traía el color de la muerte y despedía hedor de carroña, ardía en fiebre y venía delirando.

—¿Qué le ha sucedido? -pregun tó Marcos Vargas, ignorante aún de su desaparición.

Y el capataz de los conductores explicó:

—Semos de la gente de el "Sute" Cúpira, andábamos rumbiando balatá por las cabeceras del Barima y ya de regreso veníamos con tó y guayare por un picaíto de la montaña, acasito de la raya, cuando al pasá cerca de un rancho encujao que por allí caía, pero a la vista no se divisaba por lo trancao del monte, escuchamos lecos de gente pidiendo socorro. Nos encaminamos allá, el propio "Sute" en junto con nosotros, y encontramos a este hombre revolcándose en su sangre. Nos dijo que era de la gente de usté y que al lao suyo quería morirse y aquí se lo traemos, por recomienda muy

especial de Cúpira. No sabemos qué le haiga sucedido porque después de aquellas palabras no habló más, pero se infiere que haiga sío una mordida de culebra. Trae además una hería muy fea, desde la nalga hasta la rodilla casi, con una gusanera en toda ella y ya como que le está picando la cangrena. Azulita como carne de grulla trae ya toda la pierna.

Aunque era inútil tratar de salvarlo, pues en el rostro se le notaba que ya pertenecía a la muerte, Marcos Vargas se empeñó en ello. Y lavó y le curó la espantosa herida putrefacta que le llegaba al blanco de los huesos y le hizo cuanto se le ocurrió y se lo permitió el botiquín de que disponía para los accidentes.

Acudió también a los conocimientos del conde Giaffaro y éste vino a prestarle los auxilios de los que, en efecto, para el caso poseía; pero al darse cuenta del estado del moribundo, movió un rato en silencio su cabeza mecánica y luego murmuró, con frase tomada del habla purgüera:

—Ya éste amarró su magaya para picurearse definitivamente.

Reaccionó un poco hacia la medianoche, recuperando la lucidez al abandonarlo la fiebre de las de fensas orgánicas consumidas y clavando su mirada mustia en Marcos Vargas, balbuceó:

—Voy a contarle, don Marcos, la historia del triste fin de Encarnación Damesano, a usted que ha sío bueno conmigo, para que se la refiera a mi mujercita, si algún día se tropieza en su camino con esa insignificancia... Como le dije el domingo, pa quedá bien con usted me fui a rumbiá balatá, Guarampín arriba, dispuesto a internarme hasta las cabeceras del Barima y asina lo hice buscando madera. Tuve la suerte de topármela, la última que iba a tené en mi vida, y de allá regresaba pa mi tarimba del punteral, a recogé los taturós pa mudarme pa lo ajeno, que a lomo de buey carguero sólo se podría trasportá lo que allí se sacara; pero yo de buey iba a hacé pa quedá bien con usted... Fue a la escureceita del lunes... Había una poca de gente hacia el lao inglés..., yo la escuchaba conversá entre la montaña silencia y pa evitá tropezarme con ella corté por un picaíto del monte a filo e machete y asina rejendí hasta donde ya la trocha empezaba a ser despejá... Allí me paré para encendé un cigarro... ¡Las cosas de la vida, don Marcos! El regalo de la buena voluntá de usted, que más vale que no me lo hubiera hecho, pues ni pa gozarlo había de tené suerte Encarnación Damesano...

—Bien -interrumpe Marcos-.

Ya me lo contarás. Descansa ahora.

—Déjeme llegá hasta el fin, que la Pelona me ha dao prórroga pa que le eche el cuento y ahí está sentadita, esperándome... Yo me enciendo el

cigarro y una cuaíma que me le tira una mordía a la brasa. Saqué la mano al catá de verle el celaje, pero la tarascá me alcanzó en la nalga.

—¡Ay mi madre! -exclamé-. Ya me malogró la enemiga del purgüero. Y allí mismito me bajé los calzones y me troché la nalga de un machetazo, pa evitá que el veneno me dentrara en la sangre. Pero el tocón estaba amolaíto y en junto con la nalga me llevé el muslo hasta la chocozuela... Y comencé a desangrarme.

—Eso es bueno -me dijo pa darme aliento- pues asina se saldrá to el veneno que haíga podío penetrá. Y apuré el paso a ver si llegaba a la tarimba de algún compañero que viniera a avisarle a usté... Le pasé a un palo de almendro..., allí alantico había un platanílla..., pero en lo que le di la vuelta al palo sentí la lengua gruesa y zumbío en los oídos y aluego me vino un vómíto amarílló... ¡Me malogró la bicha! -volví a decírme y alcé la voz al cielo con los versos del corrió

¡Sácame de estas guarías Virgen de la soledá!

Guarda silencio, deslizanse unas lágrimas por sus mejillas devastadas y Marcos Vargas, haciendo esfuerzos por contener las suyas, le oprime la diestra y murmura:

—Basta, Encarnación. No hables más, que se te agotan las fuerzas.

—¡Sí ya estoy llegando a los fines, don Marcos! Del cuento y de las penas de esta vida... Me escuchó la Virgen, mostrándome un rancho que hasta entonces no había catao de ver, asinita sobre el topo de un cerro... Lo subí gatiando, pues ya la cabeza no me daba pa andá sobre mis solos pies y en el rancho jallé dos casimbas de agua ya posma... Me las bebí una tras otra, me tumbé en el suelo y a poco escuchó que se viene acercando un tigre... Cogí mi machete y comencé a rasparlo contra unas topías que allí dentro estaban, y asina estuvimos toa la noche en vela, yo y aquella fiera: yo raspando mi machetico, ya sin fuerzas para sacala chispas contra la topía, y el tigre rozando ajuera, sin atreverse a dentrá... Digo yo que estaría la propia Virgen de los Cielos guardando la puerta... ¡Digo yo!...

Por fin empezó a clariá y luego escuché voces de gente rumbiando por la montaña... Les pedí socorro con las fuerzas que me quedaban..., me preguntaron que dónde estaba..., les respondí que cogieran la brújula y rumbiaran pal Norte franco, pues hacia el Sur los estaba escuchando yo y poco después dieron con la tarimba y con la píltrafa de hombre que dentro de ella estaba...

Les dije quién era y a quién pertenecía... ¡el único amo que por fin me había tropezao en la vida!... y aquí estoy..., don Marcos..., terminado... como el corrío:

Morirá un triste pión...

Los versos finales ya no se le oían.

XIII

El mal de la selva

El triste fin del peón leal afectó mucho a Marcos Vargas.

Hasta allí sus sentimientos humanitarios y sus simpatías hacia el humilde habían sido sensibilidad a flor de alma optimista, que hallaba plena satisfacción en el trato afable y la superficial camaradería; pero acababa de revelársele en todo su horror la tremenda injusticia que dividía a los hombres en Vellorinis y Damesanos -él entre ambos haciendo hipócrita la palabra efusiva al servicio del celo interesado- y el alma generosa ya no podría conciliar el optimismo con la iniquidad.

Acaso esta ruptura viniera preparándose desde el momento en que, de camino para Upata en compañía de Manuel Ladera, las observaciones de éste acerca de los males de Guayana deslizaron dentro de su alma aquellos aires que luego harían borrasca, aun sin llegar a pensar entonces nada preciso; o antes todavía, cuando al emprender ese viaje, su primera salida al mundo, experimentó aquella intensa emoción de sí mismo al decirse que iba a luchar entre los hombres y contra ellos, ya que esta lucha no iba propiamente enderezada a la conquista de la riqueza, que, como luego le diría a Francisco Vellorini, era lo que menos le interesaba en la vida, ni tampoco a la de la hombría preponderante en sí y por sí sola, pues siempre hubo en su inquietud aventurera algo como una finalidad superior que relampagueaba por momentos, iluminando regiones generosas de su espíritu.

Un impulso de esta naturaleza lo había movido a pedir para la iniquidad la sanción de la justicia, y luego, cuando vio que ésta prevaricaba ante aquélla, a burlarse de las instituciones legales, que ya no podían inspirarle respeto, para que de algún modo fuesen justicieras, y finalmente a sustituirlas por el procedimiento vindicativo, no importándole ya haber contribuido a la impunidad de los Ardavines al silenciar para siempre la voz que habría podido acusarlos. Pero ahora comprendía que los Ardavines no eran todo el mal, que todo aquel mundo estaba podrido de iniquidad, incluso él mismo, que en la empresa del Guarampín había sustituido el vergajo del Cuyubini por el buen trato, que producía más costando menos, como dijera Encarnación Damesano.

Al buen trato que él les daba a sus peones debía, indudablemente, el considerable aumento de la producción de la empresa del Guarampín, comparada con la de los años anteriores: pero ¿no procedería así -se preguntaba- sólo para que fuesen mayores sus ganancias y le permitiesen pagar lo que les debía a los herederos de Manuel Ladera y rescatar la casa de su madre? Ya era bastante significativo que fueran estos compromisos de orden material los únicos lazos que no se rompieran, cuando, al dar muerte a Cholo Paríma, al conquistarse la fiera independencia del hombre macho que sabe campar por sus fueros, se sintió desligado de todo contacto con el mundo. Ochenta hombres cautivados por unas palabras bondadosas ya le permitían salir de aquellos compromisos, mientras que en el haber de la cuenta de Encarnación Damesano sólo había quedado una cifra exigua para el inmenso desamparo de su mujer y sus hijos.

¿No era esto servirle a la iniquidad, casi tanto como los capataces de Ardavín, vergajo en mano? Desde el Guarampín hasta Rionegro todos estaban haciendo lo mismo, él entre los opresores contra los oprimidos, y ésta era la vida de la selva fascinante, tan hermosamente soñada.

De una manera lejana entendía que aquellos lazos -su madre, el afecto más profundo y más tierno de su corazón, y la novia de unos dulces idilios, tan fugaces como las exhalaciones a que ella les pedía que no terminaran nunca- no se habían roto sino para algo que de él esperaba la vida, libre y solo como debe estar el hombre en la hora de su destino, y que esto no podía ser sino la lucha abierta y total contra la iniquidad, y al optimismo ya inconciliable con ella sustituyeron las rachas de humor sombrío, cada vez más tenaces.

¿Los días de lluvia?... De la lluvia continua que con humor perenne se deshacía en el alto ramaje intrincado y se deslizaba por los troncos de los árboles y penetraba en el bosque cual niebla sutilísima, emparamando la carne, adolorciendo los tuétanos y filtrando en el espíritu la humedad viscosa de la melancolía. Los días de lluvia, que en la selva suelen ser semanas enteras y meses tras meses.

Pero también, así fueran de sol clarísimo, los de descanso, las tardes de los domingos, vacías de trabajo, llenas de la presencia del alma solitaria, abandonada a la contemplación del bosque antihumano.

La formidable actividad abismada en la quietud aparente, el silencio maléfico, la perspectiva alucinante... El canto lejano del campanero, melancólico badajo de la verde concavidad inmensa, el estruendo repentino del árbol que rinde su vida centenaria sin soplo de viento, del árbol gigante que apenas tiene raíces, pues no hay espacio para tantas como quieren nutrirse de la tierra... La columna derribada, la sombría cúpula rota al chorro de luz del calvero inquietante... El eco vasto y

profundo que retumba en los verdes abismos... La pausa, el grave silencio que sigue al estruendo. Lo impresionante sin formas sensibles, la espera angustiada... Y el triste tañido del campanero, esta vez por el árbol caído.

El mal de la selva, apoderándose ya de su espíritu.

—¡Mala cosa! -murmuraban sus peones-. Ya le está pegando al hombre la borrachera de la montaña.

Aguáitenlo allá, recostao a aquel palo. Tres horas lleva en eso.

Y se le acercaban solícitos:

—Quítese de ahí, don Marcos.

No esté contemplando tanto la montaña. Mire que eso no es bueno, porque de golpe se le enjosca y le hace una de esas morisquetas de ella que no se olvidan nunca.

—Sí, don Marcos. Déjese de eso. La montaña es una mujercita ñonga de la cual no es bueno enamorarse mucho.

—Contímás que ya por todas las trochas están apareciendo las güellas de pie de los tres dedos.

Hacia días que venían anunciándolo los acarabisis y ayer tarde yo mismo me topé casi con el amo de esas güellas. Que por cierto todavía me están ardiendo los ojos, de habé catao de ver ná más que el celaje de quien las iba dejando.

—Háganos caso, don Marcos:

quítese de ahí. La montaña no está buena en estos días, como nunca lo está después que se ha tragao a un hombre. Téngale miedo cuando la escucha tan silencia. Algo malo está cavilando.

La obsesión de contemplarla a toda hora, de no poder apartar la mirada del monótono espectáculo de un árbol y otro y otro y otro, ¡todos iguales, todos erguidos, todos inmóviles, todos callados!...

La obsesión de internarse por ellos, errante como un duende, despacio, en silencio, como quien crece... De marcharse totalmente, de entre los hombres y fuera de sí mismo, hasta perder la memoria de que alguna vez fue hombre y quedarse parado bajo el chorro de sol del calvero donde hierve la vida que ha de reemplazar al gigante derribado, todo insensible y mudo por dentro, la mitad hacia abajo, oscuro, creciendo en raíces, la mitad hacia arriba, despacio, porque habría cien años para asomarse por encima de las copas más altas y otros cientos para estarse allí, quieto, oyendo el rumor del viento que nunca termina de pasar.

Y un día, abandonándose a la atracción de los verdes abismos, se internó en el bosque, temerariamente.

Pero el joven acarabisi que por allí estaba, como le descubriese en los ojos la lumbrarada del mal de la selva, se fue en pos de él, sigilosamente.

El "Sute" Cúpira

Como muchos de los que campaban por sus fueros en la tierra de la violencia impune, aquel a quien por su físico menguado -pequeño, flaco, enteco- dábanle el apodo de "Sute", no era guayanés. Un delito de sangre, primero de la serie ya incontable de sus hazañas de hombre macho, lo había arrojado a la selva, fugitivo de la justicia, y de esto hacía más de quince años; pero a su aureola sangrienta no podían faltarle esos destellos que forman la leyendaria del bandolero generoso en el ánimo de quienes están siempre dispuestos a admirar la hombría señera y la bravura sin freno.

El Cuyuni y sus afluentes regaban su feudo; bosques purgüeros y placeres auríferos de donde anualmente sacaba provechos cuantiosos, que así como los obtenía luego los tiraba al azar de los dados o los derrochaba alegremente junto con sus numerosos amigos y con la torva escolta de sus espalderos, permitiéndoles disponer de ellos cual si fuesen propios, de donde le venía fama de generoso. Pero así también usufructuaba lo ajeno, o que por tal pasaba, irrumpiendo con su gente a rumbear balatá en términos de empresas ya establecidas o a pedir "recortes" en los yacimientos auríferos que otros hubiesen descubierto, que si por las buenas no se los daban, ante las malas no se detenía, corriendo el riesgo que hubiere, de donde sacaba la reputación de valiente hasta la temeridad.

Aquel año merodeaba por los bosques purgüeros de las cabeceras del Baríma, en territorio de la Guayana inglesa, aunque con sus tarimbas del lado de acá de la raya, donde elaboraba el producto recogido por su gente, doce hombres siempre dispuestos a cuanto les ordenase y a los cuales llamaba apóstoles, que sólo para decir tal monstruosidad solía tenerlos en aquel número.

Ya había abandonado las cabeceras del río Inglés, y traspuesta la Sierra Imataca, disponíase a abrir sus operaciones sobre las del Cuyubini,

para "latirles en la cueva a los ardevineros de El Bochinche y Los Repiques", cuando se lo encontró Marcos Vargas que en busca suya iba siguiéndole las huellas. Estaba sentado, a la caída de la tarde, sobre los raigones de un arabután descubiertos por las avenidas del brazo de río en cuya orilla se alzaba, en la silenciosa compañía de uno de sus doce, en quien Marcos reconoció a uno de los conductores del moribundo Encarnación Damesano. De lo cual y lo menguado del otro coligió que éste fuese el temible personaje que así se lo habían pintado.

Por su parte, ya a Cúpira le había dicho su compañero -apodado "El Caicareño"- quién era el que llegaba, y se levantó a recibirlo, diciéndole:

—¿Escotero y tan lejos de lo suyo? No esperaba yo tener tan pronto el gusto deseado.

—Salí a dar una vuelta, como quien dice -respondió Marcos Vargas, en cuyo rostro fatigado los ojos tenían cierta expresión delirante-; se me vino atrás el baquiano que me acompaña, por el camino me dieron ganas de conocerlo a usted y hasta aquí me ha traído ese capricho del momento. Tenía además que darle las gracias por el favor prestado a un peón mío de todo mi aprecio. Que de nada le sirvió, por cierto.

Mientras así habló, el "Sute" estuvo mirándolo a los ojos, fijamente, y así dejó transcurrir una pausa antes de replicarle:

—Sí. Ya me contó "El Caicareño". Pero no crea usted, pues siquiera se dio el gusto de morir al lado suyo, como nos manifestó cuando lo encontramos revolcándose en su sangre. Que por cierto es el primer pión purguero que me tropiezo que no maldiga del jefe, y por algo será. De donde se me aumentaron las ganas que por mi parte ya tenía de conocerlo a usted.

Ahora sus palabras dan a entendé que los deseos eran recíprocos y nada más le digo sino que aquí tiene al hombre, al "Sute" Cúpira, como todo el mundo me dice y para lo que lo anden buscando.

—También le dicen el tigre del Cuyuni.

—¡Cosas de los amigos de uno! -repuso Cúpira, tras su apariencia bonachona, que se la daba sobre todo su manera lánguida de hablar.

Y Marcos, sin que él mismo se diese cuenta de los sentimientos que motivaban sus palabras, insistió:

—¡Son tantas las hazañas de usted que he oído celebrar por estos mundos de Canaima!

—¡Jm! —hizo Cúpira, con expresión indefinible—. Él nos reúne al fin y al cabo, aunque Cajuña nos críe muy lejos uno de otro. Y la prueba aquí la estamos dando usted y yo.

A lo que repuso Marcos:

—Gracias por el honor que quiere hacerme al considerarme como par suyo; pero...

Y el "Sute", interrumpiéndolo y encogiéndose de hombros:

—Sus razones tendrá usted pa no aceptá que lo comparen con quien no sea de su medida. Ya las explicará si así se lo pide el cuerpo; pero tan y mientras una descansadita no me parece que le caería mal. Su baquiano viene trozao, con to y lo caminador que es el indio. Aquí semos algunos esta noche, por causa de encuentros que nunca faltan por estos mundos de Canaima, como usted los mienta; pero sitio abrigao no faltará pa usted. Y hasta un buen chinchorro, que ya veo que no lo trae consigo.

Referíase con aquello de los encuentros a unos purgüeros, del mismo clandestino sistema de explotación que él empleaba, que aquella tarde se le habían reunido.

Y agregó:

—En el entreacto ahí están en la tarimba los mal encontraos y once de mis apóstoles, que "El Caicareño" aquí presente los completa, pegándose unos palos de un aguardiente que no debe de ser del todo malo. Y si a usted también se lo pide el cuerpo...

—Algo de eso viene sucediendo, realmente, aunque no es costumbre.

—Ya se ve que usted anda fuera de las suyas. Pero camine y pase a darle el gusto al cuerpo, que todo no puede ser rigor.

Y en llegando bajo el cobertizo de palma donde los purgüeros bebían y charlaban ruidosamente:

—Compañeros, tengo el gusto de presentarles al hombre que mató a aquel perro. Marcos Vargas, hablando bien.

Le molestó a éste la frase primera, indudablemente alusiva a Cholo Paríma muerto por él, y con el ceño fruncido saludó a aquellos hombres, todos malcarados, algunos de los cuales se adelantaron a estrecharle la mano dando sus nombres, mientras otros se limitaron a murmurar, sin acercársele:

—Mucho gusto.

Pasaban de veinte y todos ostentaban lanza y revólver al cinto.

Pero si en casi todas las miradas advirtió Marcos Vargas el recelo mezclado con el desdén, punto menos que agresivo, en cambio las de Cúpira le manifestaban simpatía al par que demostraban especial interés escrudiñador.

Reforzó estos sentimientos el efecto efusivo del alcohol, insistiendo Cúpira repetidas veces en medio de la conversación general en que no acostumbraba beber sino en las ocasiones solemnes, como consideraba aquella del conocimiento con Marcos Vargas, aunque por razones que todavía se reservaba.

En cuanto a éste -sobreexcitado como traía el espíritu por la marcha insensata, de varias jornadas, a través de la selva, en silencio ante la fascinación de los verdes abismos, y adquiriendo la bárbara experiencia de alimentarse con el trozo de la presa cazada por el acarabisi, sin sal y apenas pasada por el fuego, mientras tuvo fósforos con que procurárselo, y últimamente crudo y sangrante -experimentaba ahora algo así como un vértigo espiritual con que lo atrajese el abismo interior de aquel hombrecito, personificación de la selva monstruosa, en quien la fiera condición, ya casi legendaria, estaba agazapada tras la apariencia inofensiva de su menguada humanidad y su aire apacible.

Formaban ya barullo las lenguas desatadas por el alcohol, sin que todavía hubiese domesticado aquel recelo y desdén agresivo de casi todos los rostros, cuando Marcos Vargas, plantándosele por delante al "Sute", le clavó la mirada a los ojos con inquisitiva impertinencia, que advertida por los demás produjo el silencio de la expectativa.

Cúpira se la sostuvo sin pestañear, primero sonriendo y luego ensombreciéndosele la expresión, hasta que por último, echándose atrás, inquirió:

—¿Qué desea, joven? Marcos Vargas hizo el gesto que producen las coincidencias de lo que se procura con lo que ocurre y recalcando las palabras repuso:

—Hacerle una pregunta, Fortunato Carrillo.

Los circunstantes se miraron entre sí con extrañeza y hasta algunos llegaron a pensar que tal fuese el verdadero nombre del "Sute" y que para algo que pronto se vería se lo había echado en cara Marcos Vargas; pero a Cúpira no podía extrañarle la frase oída porque era suya, pronunciada en ocasión inolvidable. Y con la simpatía brillándole otra vez en la mirada:

—Ya me lo esperaba -dijo-.

Hace rato que estaba viéndolo venir.

A tiempo que "El Caicareño" exclamaba:

—¡Ah! ¡Ya caigo!

—Fue por los lados de Barrancas, ¿verdad? —insistió Marcos.

—Más arribita —precisó Cúpira—. A la hora de éstas, poco más o menos, de un 24 de marzo de hace quince años recién cumpliditos.

—Y bien llevada la cuenta —agregó otro de los doce de el "Sute", que bien sabía de qué se trataba.

—Por si acaso me la quieren cobrar algún día con intereses —dijo el hombrón absurdo.

Mientras Marcos Vargas insis tía:

—Entró usted en la pulpería de Fortunato Carrillo, donde a esa hora estaba un forastero tomándose una taza de café, ¿verdad?

—Justamente. Un forastero que era su padre de usted. Ya me habían informado de que usted era hijo de aquel único testigo presencial de la cosa y por eso deseaba conocerlo, como le he manifestado endenantes. Estaba sentao junto al mesón de la pulpería, que era posada al mismo tiempo, tomándose su tacita de guacharaca, porque café puro y legítimo no podía habé en casa de aquel bandido de Fortunato Carrillo. Me contrarió tropezarme con terceros, remolonié un poco, decidí por fin y me arrimé al mostrador a tiempo que me preguntaba el ya difunto pero toavía en pie y fumándose un tabaco —de los de sortijita, me acuerdo bien—. ¿Qué desea, joven?

—Y apoyando el codo sobre el mostrador —continuó Marcos tal como recordaba habérselo oído referir a su padre varias veces mientras la derecha se la asentaba disimuladamente sobre el cuadril, cerca de la lanza, le contestó usted...

—Déjeme decirlo yo —interrumpió Cúpira—. Le contesté, como bien acaba usted de repetirlo: Hacerle una pregunta, Fortunato Carrillo. ¿Se acuerda usted del "Sute" Cúpira? Y Marcos, quitándole la palabra:

—Fortunato, haciendo memorias, se quedó mirándolo a usted un buen rato y al tropezarse con el recuerdo que le proponía, trató de sacar el machete que tenía bajo el mostrador...

—Pero yo le andé alante, como usted al suyo en su hora y punto.

Marcos frunce el ceño y Cúpira prosigue:

—Y arrimándole la lanza a lo blandito de la tetilla izquierda, se la hundí hasta la tarama, diciéndole, por la pregunta ya mentada:

—Aquí lo tienes, cumplién dote lo ofreció.

Un murmullo de complacencia de los que oían, en el cual sólo uno de ellos no mezcló su voz y otra vez la de el "Sute", arrastrada, lánguida:

—Luego me voltié pa donde estaba el forastero, que ya hemos quedao en que era su padre de usté -a quien Dios tenga en su gloria, que me olvidé de decírló al mentarlo por primera vez- y tan y mientras limpiaba la lanza en un piazó de papel de estraza que cogí del mostrador, le dije estas palabras que han de pasá a la historia:

—Hace trece años que el "Sute" Cúpira le juró a este muérgano que lo mataría como a un perro. Diga usté que lo ha visto cumplir su gran juramento.

Otro murmullo y el comentario de "El Caicareño":

—Que no tendría usté más de ocho cuando lo hizo.

—No los tenía, pero ya les andaba cerca.

Y al cabo de una breve pausa:

—Esos eran mis años tiernitos cuando aquella hermosura de hombre abusó de mi madre en presencia mía.

Era la primera vez que Cúpira daba esta explicación del motivo que lo indujo a cometer su primer delito, a consecuencia del cual, atravesando a nadó el Orinoco aquella misma tarde, se había internado en la Guayana hasta las selvas del Cuyuni, que le brindaron impunidad. Ni aun sus amigos más íntimos habían logrado nunca arrancarle una palabra a tal respecto, siendo cosa sabida que sobre aquello no podía hablársele, y la inesperada confidencia produjo unánime emoción respetuosa. El culto de la madre era, por otra parte, el único sentimiento tierno y verdaderamente noble de aquellas almas broncas, y en el silencio que guardaron todos vibraron las recónditas fibras incontaminadas.

A Marcos Vargas, especialmente, le produjo un efecto profundo. Palideció, se le oscurecieron las pupilas, le vibraron los músculos de la cara, arrojó de pronto al suelo el vaso que sostenía en la diestra, apoyó ésta en el hombro de Cúpira, se lo oprimió cálidamente mientras lo miraba a los ojos y luego se apartó de él, con un movimiento brusco y se retiró del sotechado... Él también era un niño cuando llegó a su casa la noticia del trágico fin de su hermano, allí en las riberas del Vichada, y viendo llorar a su madre, a quien idolatraba, le cruzó por el alma inocente la idea vengativa que luego llevaría a cabo la noche de Tumeremo.

El "Sute", que había apoyado en silencio su diestra sobre la que le oprimiera el hombro, en silencio se quedó mirándolo apartarse del grupo, y asimismo los doce hombres que lo rodeaban y para los cuales ya Marcos

Vargas no era el "patiquín" que podía inspirar recelo y desdén, sino, como mentalmente se lo dijeron todos:

—¡Un hombre entre los hombres! También parecían participar de estos sentimientos los purgüeros recién reunidos con los de Cúpira, menos el jefe de ellos, un mulato ceñudo, que a todo lo ocurrido sonreía desdeñoso, fija la torva mirada en el vaso mediado de aguardiente.

Lo advirtió de soslayo el "Sute" y sonrió a su vez. Entre estos dos hombres mediaba una querella latente, no por choques habidos, sino por secreta rivalidad en la disputa del fiero señorío de la selva, que ya Cúpira ejercía cuando el otro apareció por allí.

Se trataban como amigos y no perdían oportunidad de acercarse entre sí; se vigilaban mutuamente, el "Sute" esperando el momento en que el otro se decidiera a enfrentarse y éste aplazando la ocasión del golpe alevoso que le diese la señera hegemonía del feudo...

Ahora ambos sonreían para sus tenebrosos adentros.

De pronto Cúpira, transformándose, creciéndose, con una lumbrarada inquietante en los ojos felinos, alzó la voz, enérgica, autoritariamente:

—No dé la espalda, Marcos Vargas.

Se volvió éste, de pronto y ya decidido a todo; pero en seguida comprendió que aquello no iba contra él, pues Cúpira decía:

—No sabe usted si hay aquí alguno que guste del golpe por mampuesto. ¡Acérquese otra vuelta! Déjeme lavarme los ojos, que se me acaban de ensuciar, mirando esa cara de hombre que se sonríe de lo que merece respeto. Y ya que estamos en este terreno —¡y para algo será!— vamos a contarnos todos cómo fue que tropezamos por primera vez con Canaima, que aquí nos ha reunido. Infiero que todas las historias no deben ser de cara a cara y previo aviso, pero ya es hora de que se acaben los entaparaos.

¡Bébanse ese trago, muchachos, y ve sirviendo ya el otro, Caicareño! Semos lo que somos y hasta aquí llegará eso de: las caras nos vemos pero no los corazones. Yo eché ya mi cuento de cómo y por qué cogí el camino que hasta aquí me ha traído y ahora vamos a escuchá los de los otros.

Y dirigiéndose a quien con su sonrisa desdeñosa había provocado esta explosión:

—¡Empiece usted, "Correo del Oro"! ¡Vaya echando pa fuera lo suyo! Frunció más todavía el ceño el bronco sujeto, a quien por primera vez alguien era osado de echarle en cara aquel apodo, alusivo a la sospecha de que fuese uno de los asesinos de un correo del oro de las minas de El Callao

que años atrás había encontrado la muerte en una emboscada, sin que aún se hubiese descubierto a los autores del crimen de homicidio y robo.

—Yo tengo mi nombre, Cúpira —protestó arriscándose—, y usted lo conoce.

Cúpira arrojó al suelo el vaso que ya se llevaba a los labios y replicó, simultáneamente con una manotada para apartar hacia atrás a "El Caicareño", situado entre ambos.

—Pues hágase el cargo de que lo he olvidado y vaya diciendo cómo quiere hacérmelo recordá.

Marcos Vargas volvió al sotechado de palma, paso a paso; los hombres de Cúpira y los de su rival ya no tenían vasos en las diestras y estaban separados en dos grupos; pero el de la sonrisa no acudió en la ocasión, sino que empalideció tanto como se lo permitiera su piel mulata. Visto lo cual, exclamó Cúpira:

—¡Ah, caramba! ¿Camalión tenemos? Ya el amigo cambió su sangre por agua sucia y yo con eso no relleno mis morcillas.

Ni aun así se decidió "Correo de Oro". Su especialidad no era dar la cara. Se encogió de hombros. Ya habría tiempo y ocasión más propicia. Y dirigiéndose a sus purgüeros —que, por lo demás, tal vez no le eran tan adictos como a Cúpira sus "doce apóstoles"— con un ademán de cabeza les indicó el camino de la retirada por donde ya él se marchaba. Guayare a la espalda, monte adentro, en fila india...

El "Sute" los siguió con la mirada, otra vez sonriendo, y luego díjole a Marcos Vargas:

—Compañero, perdóneme el mal rato; pero esa postema ya estaba de reventarla.

Tarangué

Cuyubini abajo habitaba una comunidad de indios guaraúnos, de los llamados "mañoqueros" porque sólo conocían el cultivo de la yuca, de donde derivaban el alimento usual del "mañoco" y extraían el "bureche" o el "yaraque" con que acostumbraban embriagarse para celebrar sus fiestas,

danzas primitivas a que se entregaba toda la comunidad durante días y noches continuos, hasta que los rendía el cansancio o los derribaba la borrachera. Por aquellos días celebraban una de estas fiestas a la cual solían concurrir todas las indiadadas del contorno, varias leguas a la redonda, y el "Sute" Cúpira había invitado a Marcos Vargas para ir a presenciarla.

—Es un espectáculo curioso —hábiale dicho— que le dará de una vez por todas la idea de lo que es el indio. Lo llaman: baile de ñopo, y también: de la india Rosa, y una vez le escuché decir a uno de los ingenieros de una comisión de límites que estaba trazando la raya divisoria con la Guayana inglesa por estos montes, hombre además entendió en costumbres indígenas, que la tal Rosa puede que haiga sío alguna cacica, probablemente de los tiempos del cacicato a que volvieron los aborígenes de casi toda Venezuela después del régimen de las misiones. Que por cierto para nada le sirvieron al pobre indio, como no fuera para aborrecé más al racional. Valga la palabra del susodicho ingeniero.

En efecto, allí estaban aquellos guaraúnos en plena barbarie, sí no totalmente salvajes, tal como se encuentran todos los aborígenes venezolanos que bajo el régimen de la encomienda o la misión no hicieron sino perder el vigor y la frescura de la condición genuina, sometidos como braceros inconscientes a un trabajo ajeno a sus necesidades, cuyo sentido humano no podía alcanzárseles y cuya técnica, cuando de alguna fue el caso, nunca les fue dada. El indio que empedró el camino fraílero por donde ahora crece el arestín y a su orilla clavó la "piedra escrita" que no jalonaría sus marchas libres, porque él anda al rumbo de su instinto por la trocha del váquiro; el indio que amasó la arcilla con que se fabricó el ladrillo fraílero para el convento de la misión, mientras él continuaba levantando su churuata tal como lo hacían sus abuelos antes de que apareciera por allí el blanco conquistador. El indio guaraúno, que en su dialecto llama al civilizado "niborasida" —que significa hombre malo— o en español, a su manera, dice el venezolano:

—"Sorano maluco, robando mujé, tumbando conuco"—. Porque sí aquello solamente le reportó la colonia, menos aun y a veces peor le ha dado la república.

Ya estaban allí las hembras feas, chatas, de frente huida y pechos flácidos, con la uarruma y el pequeño mandil de fibra tosca cubriendo sus partes pudendas, mientras con el guayuco las suyas y un cerquillo de plumas a la cabeza los hombres, de estatura pequeña y desproporcionada por el excesivo desarrollo del tórax con detrimento del de la parte inferior del cuerpo, a causa del continuo manejo del canalete sentado en el fondo de la curiara, donde se pasan la mayor parte del tiempo pescando. Ya las

mujeres habían sacado las casimbas de bureche, de desagradable olor ácido, y en torno a ellas los hombres, vaciando pichaguas una tras otra, comenzaban a emborracharse.

No estaba por allí el cacique, pues era costumbre que durante aquella fiesta se ausentase de la ranchería e hiciese sus veces el músico, que solía ser el más anciano de la comunidad, y ya se aproximaba la hora de dar comienzo la danza, a la puesta del sol, cuando se presentaron el "Sute" Cúpira y Marcos Vargas, acompañados de "El Caicareño" y de otro de los doce del primero, apellidado Aceituno. Y no faltó en los corrillos recelosos la palabra guarauína:

—Ñiborasída.

Pero salieronles al encuentro, ofreciéndoles bureche y ñopo.

Es el ñopo o yopo un polvo negruzco extraído de las raíces de cierta planta herbácea, que absorbido a modo de rapé produce extraños efectos alucinatorios, que los piaches indios utilizan cuando han de desempeñar sus funciones de adivinos y mezclado con bebidas fermentadas, yaraque o bureche, causa una borrachera delirante y bestial.

El "Sute" aceptó el bureche, pero rechazó el ñopo, diciéndole, en su dialecto:

—Oco cacatuja -que significa:

nosotros tenemos.

—¿Ato abitoja? (ustedes tienen) -exclamaron los oferentes, complacidos de que se les hablase en su lengua-. ¡Ato abitoja! Y uno, acercándose a Marcos Vargas, a quien ya rodeaban varias guarichas, examinándolo con su impertinente curiosidad característica:

—Ma cuareja mancatida -díjole.

Pero comprendiendo que no lo entendía recurrió al castellano-: Yo teniendo hija hembra. Yo ofreciéndote guaricha bonita si tú no siendo maluco con indio y dejándolo tranquilo bailando india Rosa.

Llegaron luego otros "rationales", encargados y capataces de peonada de la empresa de los Ardavines que por allí caía, algunos de los cuales ya habían amistado con Marcos Vargas desde la noche en que éste y José Francisco se jugaron a los dados sus clientes; pero como Marcos correspondió de mala gana a sus saludos y en seguida se les apartó, quedándose todos rodeando a el "Sute", por quien sentían la admiración que a todos los hombres machos les inspiraba el semidiós canijo.

Y empezó a surgir la luna llena, a tiempo que se ocultaba el sol, hora de comenzar la fiesta con la cual el aborígen conmemora su secular

esperanza del término de la dominación del blanco y la vuelta de "tararana", la tribu poderosa que algún día vendrá, aunque este sentido y símbolo no esté sino sepultado en los abismos de embrutecimiento en que languidece el alma indígena.

Ya el viejo músico estaba sentado sobre sus canillas dobladas en el centro del espacio llano y barrido que rodeaban las barbacoas donde se depositaban los frutos de la sementera y la churuata -vasta vivienda común de forma circular y pajiza techumbre cónica, en cuyo interior hacía vida promiscua toda la comunidad- y sacudiendo cerca de su oreja derecha una maraquita, único instrumento que acompañaría la danza, murmuraba, a ojos cerrados, como para darse la tónica:

—¡Ñe! ¡Ñe! ¡Ñe! Y en torno a él iba formándose la rueda de hombres y mujeres que tomarían parte en la danza, incluso los viejos amojamados, después de haber absorbido unas polvadas de ñopo e ingerido otra buena cantidad mezclada con el bureche y cuyo doble efecto diabólico no tardaría en hacerse sentir.

Golpeó el suelo con la diestra el viejo músico, señal esperada por los bailarines y éstos comenzaron a girar en torno a él, con una cadencia lenta y monótona, y canturreando a coro, con destemplada entonación creciente:

—¡Ja, ja! ¡Ta biscó! ¡Ja, ja! ¡Ta biscó! Los forasteros sonreían. En materia de música y danza no podía darse nada más simple: era sólo un ruido persistente y un paso de marcha contenida y apresada en un círculo obsesionante. Y un coro de canto rudimentario que se repetía con desapacible insistencia:

—¡Ja, ja! ¡ta biscó! ¡ja, ja! ¡ta biscó! Y ya la luna llena brillaba en el espacio, todavía diurno.

Pero el ñopo ingerido y el que ahora les ofrecían a los danzantes el "Sute" Cúpira y sus espalderos y los purgüeros de los Ardavines, para que lo absorbiesen a puñados mientras recorrían el círculo infinito, iba produciendo sus efectos y pronto aquel canturreo monótono se rompió en un coro de gritos roncos a tiempo que las miradas despedían fulgor de lujuria y los cuerpos comenzaban a retorcerse en mímica de amor animal, ya bañados en los reflejos de la luna triunfante el crepúsculo solar. Era la primera faz de la embriaguez: la danza lúbrica, sin arte alguno, bestia pura.

—¡Ja, ja! ¡Ta biscó! ¡Ja, ja! ¡Ta biscó! Ahora los racionales reían a carcajadas, menos Marcos Vargas, en cuyo rostro sombrío se iba perfilando el rasgo revelador de la sorda tempestad mental.

"El Caicareño" y Aceituno recorrían el círculo danzante ofreciendo los diabólicos polvos.

Los indios los sorbían ávidamente y ya por todos los cuerpos corría el inmundo líquido negro y viscoso de la secreción nasal. Eran unas asquerosas bestias que jadeaban y se retorcían bajo la acción deshumanizante del yopo.

—¡Ñe! ¡Ñe! ¡Ñe! El canturreo gangoso del viejo músico apresuraba el ritmo simple y frenético, marcado por el sonido obsesionante de la maraca.

Ya el coro de gritos lúbricos comenzaba a languidecer en gemidos.

La luna resplandecía solitaria remontándose por el espacio nocturno... Ahora el coro entonaba:

—¡Tarangué! ¡Tarangué! La tribu desaparecida. La que sucumbió defendiendo su tierra bajo el acero y el arcabuz del conquistador, la que en la alta noche de la derrota contempló el incendio de su churuata... Ya algunos indios lloraban, con esa extraordinaria facilidad que para ellos tienen...

Ya toda la tribu había prorrumpido en llanto clamoroso.

Era la segunda faz de la embriaguez de yopo. La danza fúnebre y la plañidera por los muertos de la comunidad y por la gran desaparecida en la eterna noche sin luna.

Y el lúgubre clamor se elevaba impresionante en el silencio tendido sobre la tierra bárbara y remota:

—¡Tarangué! ¡Tarangué! Los racionales reían a carcajadas y Marcos Vargas les clavaba miradas fulminantes que les trocaban las risas por ceños fruncidos.

Eran los negros abismos de la infinita tristeza del indio los que ahora se abrían, el fondo atormentado del alma de la raza vencida, despojada y humillada, y un gran dolor rabioso, profundamente suyo, respondía en el corazón de Marcos Vargas a la plañidera invocación de Tarangué.

—¡Ñe! ¡Ñe! ¡Ñe! La voz del músico era un aullido trémulo. Ya la borrachera entraba en su última faz: ahora comenzaba la danza guerrera.

Un grito de cólera rompe de pronto el coro lamentoso. Le responde otro y otro... La luna ilumina la bárbara escena con su resplandor alucinante y decora la miseria de los cuerpos inmundos...

Ahora son miradas enfurecidas y roncos alaridos, que tal vez reproducen los antiguos gritos de combate que ya sólo bajo la acción del yopo lanzan los indios humillados y vencidos. Viejos alaridos de las

guazárabas contra el blanco invasor que ya han olvidado los ecos de aquella tierra.

Y Marcos Vargas grita:

—¡Tararana! -(La tribu que volverá)-. ¡Tararana! El "Sute" Cúpira se le acerca, preguntándole:

—¿Qué le pasa, joven?

—¡Que ya es tiempo de que estos pobres indios se sacudan la opresión de ustedes! ¡Hatajo de bandidos que los explotan inicualemente! ¡Usted a la cabeza de todos! Cúpira da un paso atrás y su diestra acude automáticamente a la empuñadura del revólver. Pero en seguida se recobra y mirando a Marcos Vargas serenamente, murmura:

—Por menos son ya difuntos muchos hombres; pero el "Sute" Cúpira no se mata con el hijo de quien lo vio cumplir su gran juramento.

Dicho lo cual, se le aparta, sin que tales palabras hayan despertado eco alguno en el alma ya frenética de Marcos Vargas.

Entretanto el grito que éste había lanzado hacía poco lo secundaban los indios enfurecidos por el yopo y entre el clamor imponente no se oía ya el canturreo del músico.

De pronto se interrumpe la danza y los hombres se lanzan unos contra otros, mientras las mujeres abandonan el sitio y corren a refugiarse dentro de la churuata.

Luchan, forcejean, escurriéndose los cuerpos babeados de las manos que tratan de apresar, hasta que por fin caen extenuados y ruedan por el suelo, toda la indiada formando una masa inmunda y jadeante. El cuerpo del músico viejo y fláccido es una piltrafa que no rebulle; de sus manos se ha desprendido la maraquita y ya no suena.

Marcos Vargas tiene un gesto de decepción inmovilizado en el rostro sombrío. No fue contra el "racional", contra el opresor inicuo, la rebelión delirante. Y murmura, sordamente:

—¡Tarangué! El fulgor espectral de la luna alumbra el hacinamiento de cuerpos rendidos por la acción deshumanizante del yopo.

XIV

Tormenta

Regresó a la estación del Guarampín, al cabo de ocho días de ausencia, agudizado por la fatiga del viaje al maléfico influjo de la selva.

Pero no sólo él sufría sus extraños efectos, ni todo eran aberraciones de espíritu. El fenómeno obedecía también a causas naturales y todos los seres vivientes que poblaban la selva lo experimentaban de algún modo.

Aproximábase el término de la estación lluviosa y hacía varios días que reinaba esa tregua que se toman las lluvias antes de desatarse en los tremendos chubascos finales del invierno tropical. Calmas enervantes y prolongadas, durante las cuales el silencio de la fronda inmóvil sentíase cargado de presagios angustiosos, hacían irrespirable el aire, saturado de perturbadoras emanaciones vegetales, y sobre el inmenso condensador de la selva se iba acumulando la electricidad para el cataclismo de las descargas que pronto la estremecerían hasta la raíz más soterrada.

La bestia presentía aquello y daba muestras de inquietud. En silencio se posaban los pájaros en las ramas y de unas en otras fatigaban sus alas con repentinos vuelos recelosos; manadas migratorias de váquiros atravesaban con frecuencia el río y a veces se les veía detenerse de pronto en la marcha, ventear el aire y luego precipitarse en carrera, fuera del camino acostumbrado, a monte traviesa; en silencio volvían al atardecer los monos a sus dormideros habituales y en cambio durante las noches no cesaba de oírse el grito ululante de la arañamona.

Los indios mismos, en quienes el instinto es también antena sensible, se mostraban aun más reservados que de costumbre y a menudo cruzaban entre sí miradas de expectación supersticiosa, cual si la Naturaleza se les hubiese vuelto de pronto incomprensible y amenazante.

En los purgüeros el fenómeno presentaba un aspecto singular. El duro trabajo agotador, la continua expectativa del peligro mortal que por todas partes acechaba en torno a ellos y la influencia deshumanizante de la soledad salvaje venían produciendo en aquellos hombres -y ahora la acentuaba la influencia meteorológica- una sombría propensión característica de la selva, cierto frenesí de crueldad, no arrebatado y ardiente como el que pueden producir los espacios abiertos, sino, por el

contrario, espantosamente apacible, de abismos bestiales. Crímenes y monstruosidades de todo género, referidos y comentados con sádica minuciosidad, constituían el tema casi exclusivo de las conversaciones, y cuando se hallaban solos empleaban las horas muertas en la torva complacencia silenciosa de darles tortura lenta y atroz a los insectos o bestezuelas inofensivas que para ello capturaban, arrancándoles las alas, vaciándoles los ojos, descuartizándolos calmamente, atentos a las mínimas manifestaciones del sufrimiento animal, mientras una horrible insensibilidad petrificaba sus rostros. Y varios de ellos, llevando hasta sí propios estas experiencias insanas, se habían inutilizado para el trabajo infiriéndose heridas so pretexto de extraerse espinas o extirparse las niguas o los "gusanos de monte" que bajo la piel les sembraban ciertas moscas cuyas larvas se crían en carne viviente. Era tal vez el efecto desmoralizador que les hubiese causado la muerte de Encarnación Damesano y su espantosa mutilación inútil; pero era también la tempestad de los elementos infrahumanos que en el corazón de los hombres desata Canaíma.

Finalmente, a su regreso a la estación halló Marcos Vargas la noticia de que en la ribera opuesta del Guarampín habían comenzado a producirse aquellos misteriosos gritos de que hablaban los purgüeros veteranos de la empresa de los Vellorini y cuya realidad tuvo, en cierto modo, corroboración en las palabras del propio conde Giaffaro.

Tales gritos en el salvaje silencio de la medianoche más parecían aullidos bestiales, ululatos de terror animal, y daban motivo a que los purgüeros de la opuesta ribera satisficiesen aquella morbosa propensión a lo truculento y monstruoso, entregándose a conjeturas delirantes.

—El conde Giaffaro haciéndose su cura —pensaba Marcos Vargas, y para averiguar en qué pudiera consistir, si realmente la había, para descifrar aquel enigma a que nadie se había asomado todavía, atravesó una vez más el Guarampín.

Halló la casa cerrada. Adentro sentíanse pasos agitados que se acercaban y se alejaban una y otra vez; pero no le fue abierta la puerta ni se le respondió a sus llamadas.

Por los alrededores y con expresión temerosa estaban los indios de la servidumbre. Se les acercó dándoles conversación y de las palabras que logró arrancarles coligió que el conde debía de atravesar una crisis aguda de taciturnidad, acaso racha de demencia periódica, durante la cual, encerrado bajo llave, se le oía pasearse por toda la casa día y noche.

—Canaíma en cabeza de racional —dijéronle los indios—. Racional caminando siempre. Caminando siempre.

Pero a las preguntas respecto de los misteriosos gritos se miraron unos a otros y nada respondieron.

Prestó atención a los pasos que desde allí se oían y por cuyo ritmo irregular, tan pronto lento como frenético, podía componerse la figura atormentada del conde Giaffaro, con sus ojos saltones y el movimiento continuo de su cabeza mecánica, acaso ya trastornada para siempre por el mal de la selva. Y temió por la suya.

Repasó el Guarampín, pero no se dirigió a la estación, donde sus subalternos inmediatos entretenían el ocio dominical jugando a las cartas.

Mediaba la tarde y bajo el bochorno reinante, que hacía de plomo la atmósfera saturada de electricidad, reposaba en silencio de expectación el bosque de árboles inmóviles. Se internó en él por una vereda ancha, larga y recta.

—¿Pa dónde la lleva, don Marcos? —le preguntó un peón de los que por allí estaban, a la entrada del sendero, sentados sobre el viejo tronco de un árbol derribado, cabizbajos hacía rato y sin cruzar palabra. Y como no obtuviese respuesta, agregó—: No vuelva a alejarse mucho. Mire que la cosa no está muy buena, por ahí pa dentro.

Algo extraño flotaba, en efecto, dentro del bosque mudo. Una claridad inusitada, fosforescente casi y al mismo tiempo sombría, que hacía brillar de una manera singular el verde tierno de los matojos que bordeaban la vereda, y ésta se abismaba a lo lejos en perspectivas alucinantes. Era absoluta la ausencia de vida animal por todo aquello y de tal circunstancia provenía la impresión, habitual en Marcos Vargas, que ya se había apoderado de su espíritu: la impresión de que por momentos iba a aparecerse ante su vista, brotado de la soledad misma, en la sugestiva lejanía, algún ser inédito, algo menos o algo más que hombre, espíritu de la selva encarnado en forma inimaginable, obra de las formidables potencias que aún no habían agotado la serie de las criaturas posibles. Esto le había acontecido siempre, especialmente las tardes de los domingos, ante cualquier paisaje; pero ahora la aberración, en el fondo de la cual tal vez repercutiera alguna infantil emoción religiosa, además de hallar la mente propicia, se originaba de causas de cierto modo objetivas; en aquella bochornosa quietud sentíase la presencia de fuerzas descomunales a punto de desatarse.

De cara al encuentro inminente anduvo tiempo incalculable. Una hora, quizás dos —la vereda ancha, larga y recta ya se hundía por los dos extremos en los verdes abismos—, pero, acaso, también sólo algunos minutos; el espacio que se extendía a sus espaldas bien pudiera no ser sino ilusión producida por la extraña claridad que ensombrecía la selva. A uno

y otro lado se rompía de pronto el bosque y causaba vértigo hundir la mirada por entre los innumerables árboles inmóviles... Le parecía que alguien siseaba, llamándolo, desde allá dentro. Se detuvo, miró en derredor... Estaba en la encrucijada de dos caminos igualmente anchos y rectos y ya no supo por cuál de los cuatro debía seguir, cuál era el que llevaba. Una repentina ausencia de sí mismo lo había dejado ya a la merced de la selva fascinante... Eligió al azar, abandonándose a la tremenda delicia con que acababa de rozarlo el temor de extraviarse. La primera emoción de miedo que llegaba a experimentar. Los abismos del pánico que ya no atraían.

Anduvo otra porción de tiempo incalculable por el espacio sin medida ni punto de referencia cierta... Algo aleteó en el ámbito mudo. Creyó que hubiera sido un relámpago precursor de la tormenta inminente y esperó el trueno con ansiedad insensata; pero la selva continuó sumida en el silencio, ya espantoso... El aire se hacía irrespirable por momentos... Las mil pupilas asombradas de la extraña claridad fosforescente lo contemplaban desde cada una de las hojas de todas las ramas del bosque... Apresuró el paso. Lo acortó en seguida hasta hacerlo extremadamente lento. Lo sobrecogió de pronto el miedo de detenerse involuntariamente y para siempre y reanudó la marcha normal, diciéndose en voz alta:

—Todavía no.

Luego rió a carcajadas y volvió a decirse:

—¡Pues no he tomado yo en serio lo de convertirme en árbol! Y tornó a mirar en derredor por dónde se hubiera ido el sonido de su risa, extraviada. Pero no la descubrió por todo aquello.

De pronto se detuvo, cerca de una tarimba, sorprendiendo una escena monstruosa.

Acuclillado fuera del cobertizo, junto a una piedra donde acababa de afilar su machete, uno de los dos purgüeros que lo habitaban se disponía a mutilarse el índice de la mano izquierda para librarse de los dolores lancinantes causados por el gusano alojado en la yema tumefacta y purulenta. Teníalo apoyado sobre un leño mientras que la derecha blandía el arma afilada, alzándola y bajándola repetidas veces, a cada una más cerca del miembro ya sobre el ara del dios frenético que perturbaba todos los espíritus. Y esta operación la presenciaba atentamente, impasiblemente, el compañero de tarimba desde la yacija colgante donde se entregaba al descanso dominical.

En torno a ellos la selva antihumana ensanchaba sus ámbitos para el grito del bárbaro holocausto.

Se precipitó a impedirlo, pero con un arrebato colérico que por primera vez se adueñaba de su espíritu. Desarmó la mano sanguinaria, mas no se dio cuenta de que en la mirada que el purgüero sorprendido levantó hacia él estaba la demencia irresponsable, y blandiendo a su vez el machete lo descargó de plano, sin darle descanso, sobre las espaldas del hombre acuchillado, que allí mismo rodó por tierra retorciéndose de dolor, aunque sin exhalar un gemido ni formular protesta, y luego arremetió contra el espectador impasible -que ya propiamente no lo era, sino asombrado ante el espectáculo de aquella furia que nunca le viera manifestar- y del mismo modo lo castigó, totalmente fuera de sí, negras como carbones las pupilas que de ordinario las tenía claras y así se las transformaba la cólera.

Y todo esto sin que se hubiera proferido una palabra bajo el techo de la tarimba.

Aún llevaba en los ojos el negro fulgor de la ira, cuando, lejos ya de la tarimba solitaria, regresaba por la vereda ancha y recta. Pero ya no brillaba aquella claridad alucinante. Lívidas tinieblas se deslizaban por el bosque y de los abismos del silencio lejano surgía un rumor confuso que producía la perturbadora impresión de una pequeña cosa inmensa.

Se detuvo a escuchar, para cerciorarse de la realidad de tal impresión, que reproducía en la atormentada vigilia de su espíritu el inaferrable contenido de una pesadilla de su infancia, singularmente angustiada, en la cual se hallara siempre en presencia de algo sumamente pequeño y a la vez inmenso, sin que nunca acertase a precisar qué era. Pero aquello estaba sucediendo realmente fuera de sí y comprendió que era la tormenta, que se aproximaba.

Y advirtió que la selva tenía miedo. Los troncos de los árboles se habían cubierto de palidez espectral ante la tiniebla diurna que avanzaba por entre ellos y las hojas temblaban en las ramas sin que el aire se moviese. Se sintió superior a ella, libre ya de su influencia maléfica, ganosa de descomunal pelea la interna fiera recién desatada en su alma, y así le habló:

—Es la tormenta. Viene contra nosotros dos, pero sólo tú la temes.

Se quitó el sombrero y lo arrojó al monte, se abrió la camisa haciendo saltar los botones, ensanchó el pecho descubierto, irguió la frente, acompasó el andar a un ritmo de marcha imperiosa. Luego se descalzó y se desnudó por completo, abandonando a la vera del camino ancho y verde cuanto pudiese desfigurar al hombre ingrmo contra la tempestad elemental, y dejando el camino del regreso conocido tiró por la primera vereda que le salió al paso y se internó por el monte intrincado a la

aventura de la tormenta. Quería encontrar la medida de sí mismo ante la Naturaleza plena, y de cuanto fue cosa aprendida entre los hombres sólo una llevaba consigo: las palabras del conde Giaffaro aconsejándole intimidad hermética y válvula de escape al grito de Canaima.

Aumentaba la palidez de los árboles y ya se estremecían todas sus hojas, sin que aún se moviese el aire. La pequeña cosa lejana, el sordo mugido de los abismos del silencio, se estaba convirtiendo en fragorosa inmensidad y se acercaba por instantes... Pero todavía quedaba silencio bajo la fronda angustiada, un silencio cada vez más denso, de zozobra contenida, mientras aquello avanzaba cercándolo y apretándolo.

Le fundió todo y de golpe el estallido de un rayo, simultáneos el relámpago deslumbrante y el trueno ensordecedor. Vacilaron las innumerables columnas, crujieron las verdes cúpulas, se arremolinaron las lívidas tinieblas, se unieron arriba los bordes del huracán desmelenando la fronda intrincada, y la vertiginosa espiral penetró en el bosque, levantó una tromba de hojas secas, giró en derredor del hombre desnudo, silbando, aullando, ululando y luego se rompió en cien pequeños remolinos que se dispersaron en todas las direcciones. Y se desgajó el chubasco fragoroso.

¡El agua! Resonaba sobre el alto follaje el estrépito de las mangas copiosas que se perseguían y se revolvían de pronto unas contra otras por los opuestos caminos del viento, doblegando la fronda trenzada. Tamborileaba sobre la mullida hojarasca, chorreaba por el tronco del árbol, corría hacia los bajumbales, hinchaba los cangilones, se precipitaba por las torrenteras, bramaba ya en las cañadas, azotaba recia y caliente el cuerpo del hombre desnudo.

—¿Qué hubo? ¿Se es o no se es? El Marcos Vargas del grito alardoso ante el peligro, del corazón enardecido ante la fuerza soberana, otra vez como antes gozoso y confiado.

¡El viento! El huracán bramoroso que barría la fronda desgajando las ramas, la inmensa guarura del ululato entre el cordaje de los bejucos, el silbido estridente en el filo de la hoja, el bufido impetuoso contra el matojo rastrero, el alarido de espanto que estrangulaba la garganta del barranco, la carrera loca y ciega y torpe, la salida buscada y no hallada, la revuelta furiosa, la tromba otra vez... Trinca la garra en torno al árbol, lo sacude con furia implacable, le parte la raíz soterrada, lo arranca de cuajo y lo derriba contra el resonante suelo... Y el vuelco sofocante del resuello del mundo encolerizado dentro de los pulmones del hombre de la cabeza erguida.

—¿Qué hubo? Y continuaba avanzando, al huracán, al huracán, prestada la cabellera flameante.

¡El rayo! La grieta fulgurante del cielo a través de la fronda desgarrada, el zigzaguo del haz que revienta en el puño de la ira y se esparce inflamando el espacio anchuroso. El restallar tableteante de la centella que hiende el árbol desde la copa hasta la raíz, la siembra del fuego en la tierra que el fluido cegante cava y perfora, el aleteo gigantesco del relámpago esplendoroso, el tremendo fulgor instantáneo que se funde con otro y con otro se prolonga vibrante. Y la pupila del hombre temerario abierta ante el elemento alardoso.

¡El agua y el viento y el rayo y la selva! Alaridos, bramidos, ululatos, el ronco rugido, el estruendo revuelto. Las montañas del trueno retumbante desmoronándose en los abismos de la noche repentina, el relámpago magnífico, la racha enloquecida, el chubasco estrepitoso, el suelo estremecido por la caída del gigante de la selva, la inmensa selva lívida allí mismo sorbida por la tiniebla compacta y el pequeño corazón del hombre, sereno ante las furias trenzadas.

—¿Se es o no se es? Las raíces más profundas de su ser se hundían en suelo tempestuoso, era todavía una tormenta el choque de sus sangres en sus venas, la más íntima esencia de su espíritu participaba de la naturaleza de los elementos irascibles y en el espectáculo imponente que ahora le ofrecía la tierra satánica se hallaba a sí mismo, hombre cósmico, desnudo de historia, reintegrado al paso inicial al borde del abismo creador.

Era allí, en lo profundo de su intimidad, donde debía de aparecerse aquel insólito morador de una tierra sobre la cual todavía se agitaba el torbellino de donde surgieron el agua, el viento y el rayo. Y ya había aparecido, en efecto, en la tormenta de la ira que acababa de ennegrecerle las pupilas. ¡Ira, cólera!... ¡Eso tenía que ser él contra la iniquidad que no permitía el optimismo en el corazón generoso! La lluvia le azotaba el rostro, todo su cuerpo era rompiente contra la cual se estrellaba la oleada de la racha, el huracán venía a colmarle los pulmones con el aliento del mundo embravecido y el relámpago le ponía instantánea vestidura magnífica. Lo acercaba el rayo dándole a respirar espíritu de aire y envolviéndolo en el aura enardecedora de su fluido y en la apoteosis de su fragor ingente caían en torno suyo los árboles que tuvieron la raíz podrida o menguada, pero sobre el retemblar del suelo desgarrado se asentaban acompasadamente sus plantas firmes. Era el morador señero de un mundo sacudido por las convulsiones del parto de los abismos creadores y un robusto orgullo de pleno hallazgo propio lo hacía lanzar su voz ingenua entre el clamor grandioso.

—¡Aquí va Marcos Vargas! Ululatos, estallidos, estampidos. Empalidecía rugiente la enorme bestia negra al restallar el látigo

fulgurante que le azotaba los flancos. La selva alevosa que mató a Encarnación Damesano en la hora mejor de su alma, la selva embrujadora que había puesto el arma filuda en la diestra del hombre acosado para que se mutilara.

!Cómo resplandecía ahora el arma blandida por el brazo vengador de la tormental!... Así le había castigado a él, no a los hombres de la tarimba solitaria, sino al espíritu de la selva perdicionera que se había apoderado de ellos... Ge mídos, crujidos, el relámpago imponente, el viento bramador.

Vaciló el tronco de un palodehacha, que estuvo cien años creciendo para asomarse, otros ciento, por encima de las copas más altas, haz de columnas trenzadas por recios bejucos. Cayó con formidable estruendo.

Saltó por encima del gigante vencido y prosiguió su camino, despacio, por la vereda ancha y recta que le iluminaba la tormenta.

Pero la vereda se detuvo, de pronto, contra el bosque intrincado a tiempo que la tempestad redoblaba su furor, retorciendo los árboles, ululante, bramorosa, un rayo tras otro, un solo relámpago inmenso.

¿Revolverse? ¿Esperar? El abrigo del macizo de árboles era casi muerte segura y en el descampado abierto por los que ya habían caído, la furia del viento y la violencia del chubasco ya se habían vuelto insoportables... Se confió a su suerte ineludible y se guareció bajo el amplio ramaje de una mora gigante que se destacaba del macizo.

Pero el huracán se le echó encima para asfixiarlo y desalojarlo del cobijo que lo protegía del chubasco, y él dándole la espalda y el viento buscándole el rostro, estuvieron largo rato rodeando el árbol del tronco incommovible, grueso, ancho como un muro. Aullaba la negra jauría acosando al hombre vestido de luz de centellas, y del corazón sereno y gozoso ya se apoderaba la rabia insensata.

Pero al cambiar de sitio, para ofrecerle temerariamente el rostro a la racha irrespirable, pisó algo blando que rebulló y gimió. Se inclinó hacia ello.

Era un mono araguato, párvulo, aterido, ya sin instinto arisco, toda espanto el alma elemental. Se dejó apresar y se acurrucó lloriqueante, tembloroso, contra el pecho del hombre que lo levantó en sus brazos.

—¡Hola, pariente! -exclamó Marcos Vargas-. ¿Qué te pasó? ¿Te tumbaron el dormitorio? ¿Y tu gente qué se ha hecho? ¿Por qué te dejaron solo? A la luz de los relámpagos la mirada de la pequeña bestia, correspondiendo a la sonrisa del hombre, se humanizaba demostrando agradecimiento por el amparo del pecho fuerte y la caricia de la palabra amiga para su miedo y su extravío. Y así estuvieron largo rato el hombre

y la bestia ante la Naturaleza embravecida. Frente a ellos, en un claro del bosque barrido por la tormenta, se alzaba señero un caracalí. Un árbol soberbio, robusto, frondoso, erguido, hechura de sol pleno, con ancha y honda tierra en torno para sus raíces.

Era allí el centro de la tormenta, la presa más codiciable que se disputaban los elementos desencadenados. Una tras otra, las copiosas mangas de agua reventaban contra aquella selva de ramas vigorosas, el huracán lo cercaba retorciéndoselas, pero en el robusto cuello fracasaba el esfuerzo de la garra trincada y el relámpago iluminaba la lucha titánica. Se debatía el gigante desmelenado, bramaba comunicándole al suelo el temblor de su cólera. El rayo se le acercaba por momentos, pero no se atrevía a fulminarlo.

Era hermosa aquella criatura predilecta de la tierra, y ante la soberana belleza el tajo de la espada flamígera se convertía todo en luz para hacerla resplandecer. Fue recia y larga la lucha y en ella se fatigaron los elementos.

Ya amainaban las furias. Los rayos comenzaban a ser menos frecuentes y entre el relámpago y el trueno había ya intervalos cada vez más largos. Cedía la violencia de la lluvia, menos impetuosas y más distanciadas las mangas que se deshacían contra el follaje del caracalí, y el huracán había encontrado por fin un camino y por allí empezaba a retirarse, satisfecho del estrago causado, inclinando toda la fronda bajo su paso.

—Ya de ésta como que nos libramos, pariente -decía Marcos Vargas acariciando al mono-. ¿Es la primera tormenta que presencias? ¿Te quedan ganas para otra? El animalito temblaba y se acurrucaba más buscando el calor del pecho amigo y Marcos Vargas experimentó que era bueno, después de haberse hallado a sí mismo, fuerte en la tempestad de las iras satánicas, encontrarse también protector de la bondad sencilla, en la ternura generosa.

Ya se alejaba la tormenta. El trueno mugía cansado, la lluvia caía mansa, el viento suspiraba.

Ya reposaba el árbol señero, dolorido de huracán, pero todavía erguido, y por las innumerables veredas de la selva castigada, el silencio volvía sobre sus pasos a sus habituales cobijos, confiadamente... Ya cantaba el tucuso montañero.

Un alma en delirio

Con la prisión del general Miguel Ardavín, llevada a cabo mediante oficios de Judas, que a las autoridades que habrían de practicarla les prestó José Francisco, había recibido golpe de muerte el cacicazgo tradicional.

Tres meses y pico habían transcurrido de esto y aún no había visto el primo traidor la alta recompensa a que aspirara, pues si disfrutaba de libertad, postergado o definitivamente abandonado el esclarecimiento del crimen de San Félix, de que fue víctima Manuel Ladera, y si aún usufructuaba su parte del feudo, con apoyo y com plicidad de las autoridades que habían sustituido a las afectas al ardavinismo, era evidente que su suerte ya estaba echada, que su estrella declinaba sin haber culminado nunca; en el gobierno de la región ya no lograría cabida y los amigos que antes lo rodeaban -como por su parte también los de Miguel- se habían pasado al campo contrario y desde allí lo miraban por encima de los hombros.

Confrontando esta triste rea-

lidad con los sueños de grandeza que tres meses antes había acariciado imaginándose ya a Miguel muerto y reemplazado por él en la hegemonía política de la región, asaltábanlo crisis frecuentes de rabia sombría y se entregaba, casi a diario, a sus borracheras tempestuosas.

Ya ni la "Juanifacia" lo acompañaba. Encumbrada con lo que junto a él se lucró de los descuidos de la cartera atestada de billetes durante la inconsciencia alcohólica, vivía ahora la mulata a la vera de su antiguo camino, como propietaria y hábil administradora de cierta casa discretamente situada en las afueras de Upata, con buenas bebidas, aceptable comida, que ella misma guisaba para sus clientes distinguidos, y una pianola para el esparcimiento del baile.

Invariablemente, lo primero que se le ocurría a José Francisco Ardavín al emborracharse, era acudir con sus cuitas por el amor de la "Juanifacia"; pero como ya ella nada quería con él, las entrevistas adquirirían las proporciones de lo trágico dentro de lo grotesco.

—¡Yo soy muy desgraciado! -exclamaba el borracho.

—¿Qué me cuentas, chico! Si yo siempre te dije que tú eras un desgraciao.

Bien sabía la mulata, por instinto y por experiencia, que era este tratamiento insultante, más que su amor, lo que venía buscando Ardavín; pero no le negaba el sádico placer, pues ella también lo disfrutaba intenso al verlo humillado, hasta el extremo de arrodillarse ante ella, varias veces, pidiéndole que lo abofetease.

Sin embargo, aún no se había atrevido a tanto, pues en su alma quedaban vestigios de respeto humano y esta porción incorrupta se rebelaba asqueada ante aquel espectáculo.

—¡No seas cruel, negra! -gemía José Francisco, apurando su miseria moral-. Mira que tú eres lo único que me va a quedar en la vida, de un momento a otro.

—Pues ya te veo ingrino y solo, chico. Desde ahora te lo advierto. Yo no soy como el perro que se devuelve a lambusía lo que ha vomitao.

Y un día, con acento de infortunio sincero:

—¿Serías capaz, Juanifacia, de dejarme tirado por los caminos cuando me suceda lo que vengo presintiendo?

—¿Otra visión? ¡Barajo con el hombrecito y su aguardiente!

—¡La misma de siempre, pero bajo otra forma: otro José Francisco Ardavín que viene siguiéndome los pasos!

—¿No te habrás equivocado de nombre? ¿No será que Miguel se ha muerto en la cárcel donde tú ayudaste a que lo metieran?

—¡En la cárcel! -exclamó José Francisco, ya delirando-. Miguel murió en la pelea de El Caujaral.

—¡Hum! ¿Qué Caujaral y qué pelea son esas?

—Allí se trocaron los papeles, Juanifacia. El Caujaral fue de José Francisco Ardavín, a quien ya pueden quitárselo todo, que siempre le quedará eso. Él iba entre el plomo, dando una carga y al pasar frente a un rancho en medio del campo de batalla, vio que adentro estaba Miguel -¡y que dirigiendo la pelea!- y le gritó, a voz en cuello-: ¡Así no se pelea, cobarde!

—Bueno, chico. Supongamos que to eso haiga sucedido, pero no me formes ese escándalo, porque esto no es El Caujaral. Y acaba de regresá de esa carga pa que te tomes una taza de café y te vuelvas por donde has venío.

De regreso era la alucinación que ahora lo perseguía. Durante muchas noches de insomnio se había librado en su espíritu aquella batalla donde él eclipsaba el prestigio militar del primo, salvando la angustiada situación con su carga impetuosa a la cabeza de un pelotón de caballería que rompía y destrozaba las filas enemigas, mientras Miguel, temblando de miedo, lo contemplaba con asombro y luego abandonaba el campo de su ocaso inesperado antes de que él regresase de la carga con la victoria en el anca de su caballo. De allá venía el fantasma temerario, el José Francisco Ardavín del valor pasmoso; pero el camino del retorno era interminable en la ilusión de las dianas triunfales que saludaban su paso por la imaginaria llanura de El Caujaral...

Avanzaba por momentos, ya estaba cerca, ya iba a confundirse de nuevo con el José Francisco verdadero, como las imágenes desdobladas por la embriaguez, que se alejan y vuelven a reunirse; pero la voluntad de ficción lo restituía al punto de partida, al momento inicial de la carga estrepitosa y entre el ir y volver y nunca llegar el fantasma perdía los contactos vitales y a la intemperie del prolongado engaño se iba convirtiendo en sombra muerta.

Pero así como sucede con las imágenes desdobladas por la embriaguez, que se separan una de otra, danzan en el espacio, vuelven a integrarse y a duplicarse sin que ya se pueda determinar cuál es la verdadera y cuál la ilusoria, así le acontecía con su alma en delirio, que por momentos no sabía si la llevaba en su cuerpo o si flotaba en la sombra del fantasma, de donde le ocurrían aquellos presentimientos de que le hablara a la Juanifacia, de verse tirado por los caminos, puro cuerpo errante.

Y para aturdirse se entregaba más y más a las borracheras tempestuosas.

Luego, pasadas éstas y sin memoria alguna de tales delirios, pero como si de ellos irradiasen reforzadas energías vitales -invisibles carbones en la oscuridad donde fueron brasas- sobrevénia la euforia de una exagerada noción de sí mismo, y sintiéndose en el apogeo del predominio, eje de la vida política de la región, se dejaba arrullar al sueño de grandeza con las desvergonzadas alabanzas de los aduladores que todavía le quedaban, remunerándoselas con tan desenfrenada liberalidad que esto solo, a durar mucho, pronto lo arruinaría.

Pero no podía durar mucho tal obnubilamiento eufórico, porque la sustitución política se practicaba a fondo, hasta los cimientos económicos del cacicazgo, y hoy una y mañana otra, ya todas las regalías del segundón comenzaban a pasar a las manos que habían "volteado la tortilla", y, por otra parte, los perjudicados por los atropellos de antes

encontraban ahora expedita la vía legal de las reclamaciones y una nube de demandas se cernía ya sobre su peculio.

Sobrevenía el enervamiento rabioso y comenzaban a encenderse otra vez las brasas del delirio, cuyo primer destello, invariablemente, era el recuerdo de Maigualida -personificación de cuanto hubiese podido lograr el José Francisco Ardavín que hubiera sido otro hombre-, el resquemor de su menosprecio, la horrible mezcla del buen amor y de la furia asesina. Allí mismo se ponía en movimiento el ciclo, de giro cada vez más frenético: la batalla de El Caujaral, mixtificación de la cobarde traición inútil que le hizo al primo, la avidez de alcohol, el terror persecutorio y desde la primera copa la obsesión del amor de la Juanifacia, el morboso apetito de la humillación ante la criatura más ruin que pudiese menospreciarlo. Luego la inconsciencia absoluta de la embriaguez bestial, el remanso negro.

De regreso

Se retiraron las lluvias, terminó la explotación del purguo, abandonaron los hombres la selva y regresaron a las ciudades: por El Miamo hacia Upata y Guasipatí; por El Dorado y Suasúa hacia Tumeremo.

Se liquidaron las cuentas.

Bajaron en silencio la cabeza y se rascaron las greñas piojosas los peones que no traían sino deudas; cobraron sus haberes los que habían sido más laboriosos y prudentes o más afortunados; de allí salieron a gastarlos en horas de parranda y al cabo todos regresaron a sus ranchos encogiéndose los hombros y diciéndose que el año siguiente sacarían más goma, ganarían más dinero y no volverían a despilfarrarlo. Pero ya todos, de una manera o de otra, arrastraban la cadena del "avance", al extremo de la cual estaba trincada la garra del empresario.

Las cuentas de Marcos Vargas fueron claras y copiosas. Nunca se había sacado en el Guarampín tanta goma, ni jamás se había dado el caso de que todos los peones trajesen haberes, pues si las deudas esclavizaban al

bracero -y ello entraba en los cálculos de la empresa- siempre eran cifras que el capitalista tenía que arrojar a pérdidas para sanear sus ganancias.

Pero ni las rindió con alegría ni así tampoco le fueron recibidas.

Las noticias de su casa que allí había encontrado no eran tranquilizadoras. Cartas de sus hermanas -llegadas días antes al almacén de Vellorini, cuando ya él venía de regreso del Guarampíndecianle que su madre no andaba bien de salud, algo del corazón según los médicos que la habían visto. Noticia que le daban advirtiéndole que doña Herminia no quería que se lo participaran, para que no fuera a alarmarse sin necesidad ni motivo. Entre comillas venían estas cuatro últimas palabras en una de las cartas y en ambas sentíase la materna consigna de absoluta reserva en cuanto a los sentimientos que allá hubiera producido el mal suceso que tres meses antes había mancillado un nombre hasta allí sin ejecutorias de violencia y respecto al cual, a su vez, había sido absoluto su silencio. De doña Herminia también recibió otra -que siendo indudablemente la primera que le escribía en aquellos tres meses, empezaba:

"Después de mi anterior, que no era para ser contestada..." -extensa, minuciosas noticias de todo lo ocurrido en Ciudad Bolívar en aquel espacio de tiempo salpicada de chistes y de malicias para hacerlo reír, sumamente hábil en nada contar de sí misma, ni de su enfermedad, ni de la pena moral que se la causara, ni de su resentimiento por el ingrato silencio que él había querido guardar para con ella, cuando más íntima esperaba la comunicación espiritual. Una carta que rezumaba amargura cuanto en apariencia despreocupada y alegre.

Reconoció que se lo merecía, vio venir lo inevitable y desabridamente pasó a entregar sus cuentas.

Pero en la casa de Vellorini Hermanos ya no era don José quien los recibía. Aquella tez amarilla y quebrantada, aquel humor gruñón y aquellos sofocos de rabieta que de manera tan singular lo habían caracterizado provenían de su vesícula biliar, que hacía tiempo no funcionaba bien. Para curársela acaso le habría convenido el viaje a Europa dispuesto por Francisco; pero se había apegado tanto a la tierra adoptiva, que por no abandonarla, ni temporalmente siquiera, se puso hipocondríaco, se le atravesó la bilis, cogió cama, se despidió del gato negro de los ojos verdes y se quedó allí para siempre.

Ahora, en la casa de Tumeremo los empleados vivían echándolo de menos, con todo y sus rabietas, y esmerándose por hacerle sus cariñosas veces al gato huérfano que por el escritorio desierto paseaba maullando su tristeza. Y los clientes, que ya no tenían a quién acudir para solicitar favores o consideraciones de la firma, al entrar en la tienda echaban una

mirada hacia aquel escritorio, y si por allí no estaba el gato, invariablemente preguntaban:

—¿Y Pepitín? Porque era bonísimo Vellorini "el malo".

A don Francisco ya se le habían quitado para siempre todas las ganas de chirigotas y fue él quien recibió las cuentas de Marcos Vargas, al cabo de las cuales díjole:

—¡Bueno, muchacho! Te has portado como era de esperarse. La bondad tiene ojos sabios y mi excelente hermano no podía equivocarse respecto a tí. Todo ha resultado como él lo previó y he de decirte que ya para morir te me recomendó muy especialmente. Y con eso te digo todo.

Pero Francisco Vellorini no era un sentimental —el dinero no suele quererlos y él siempre había hecho buenas migas con el dinero.

Su amor al hermano fue extremoso; la falta que ahora le hacía sería irreparable, no sólo al frente de la casa de Tumeremo, sino junto a su corazón, y a su memoria siempre le rendiría culto; pero de todas las recomendaciones que le hubiera hecho no podía hacer caso, porque él no confundía los sentimientos con los intereses o las conveniencias, ni mucho menos subordinaba éstas a aquéllas. José había llegado hasta decirle:

—Marcos Vargas es un mozo de buenas condiciones. Será un excelente marido para tu muchachita.

Pero aquí ya Francisco no opinaba que la bondad tuviese ojos sabios. De una manera general, para sus hijas no quería maridos criollos. Las dos mayores ya habían elegido sus futuros allá en Francia y allá también debía elegir la Bordona. Y, por otra parte, sin regatearle méritos a Marcos Vargas, siempre éste era ya un hombre que tenía una mancha de homicidio y él deseaba para Aracelis un marido de historia limpia.

Y en seguida pasó a poner las cosas en sus respectivos sitios:

los sentimientos aparte de las conveniencias. Él decidía por encima de ellas y la cosa resultaba de todos modos.

—Bien —díjole a Marcos—. Has ganado buen dinero y yo lo celebro infinito, porque con él vas a llevarte la alegría de tu madre, bienestar muy merecido. Te advierto que estás ya relevado del compromiso con la viuda del compadre Ladera por el valor de los carros, pues de acuerdo con ella incorporé esa cantidad en el monto de la reclamación que ante los tribunales competentes he entablado contra José Francisco Ardavín, por el valor de los carros destruidos, de las bestias muertas y robadas y de las mercancías saqueadas. La demanda prospera y Ardavín tendrá que pagar.

—Pues ha procedido usted mal al incorporar lo mío a lo suyo.

—¡Aguarda, aguarda! Ya sé por dónde vienes. La demanda no ha sido por daños solamente, sino también por perjuicios. Y de ahí habrá una buena tajada para ti.

—No se trata de eso, don Francisco —reiteró Marcos—. Sino de que lo mío he de cobrarlo yo a la medida de mi gusto. Por otra parte, no me explico cómo haya podido usted entablar una demanda por cosa que no le pertenece.

—Voy a explicártelo. Como tú no habías cumplido el compromiso de pago y por lo tanto, realmente no eran todavía tuyos los carros, y con el buen deseo, tanto mío como de la viuda Ladera, de sacarte un provecho mayor que el que tú habrías podido lograr por tu propia cuenta, ya que yo pesaba un poquito más que tú en la balanza de las influencias políticas, convinimos María y yo, de acuerdo con nuestro abogado, en que fuera ella, representándola yo en mi carácter de apoderado, quien entablara la demanda, contando desde luego con que tú no te opondrías.

—Pues ya ve que sí me opondré.

No por la cuantía de los perjuicios que ustedes hayan estipulado sin consultarme, sino...

—Sí, sí —atajó Vellorini—.

Ya comprendo. Mejor dicho: no lo comprendo, pues ya no es José Francisco Ardavín persona con quien valga la pena medirse de quien a quien. ¡Pero, en fin! Ya habrá tiempo para seguir ventilando este asunto. Desde luego aplaudo tu determinación de asumir la responsabilidad que te incumbe respecto al compromiso contraído por la compra de esos carros. Negocios son negocios y para el hombre de honor la palabra empeñada es sagrada. Y por juzgarte así, y ya que de negocios estamos tratando, tengo algo que proponerte y que espero sea de tu agrado, pues de tu conveniencia no dudo que lo será.

Diciendo esto —mientras Marcos se había quedado pensando en que realmente ya no tenían razón de ser escrúpulos de hombría respecto a Ardavín— Francisco Vellorini pisaba ya el terreno donde debían quedar los sentimientos aparte de las conveniencias. Y así prosiguió:

—No es necesario que te diga que la muerte de José ha sido para mí una verdadera catástrofe, tanto en lo moral como en lo material, pues él era el alma de este negocio. Pero hay que continuar la vida, reponiendo las filas destrozadas para seguir la batalla. La mujer y las hijitas me aconsejan que liquide la firma, me retire de los negocios y nos vayamos a Europa a disfrutar de lo que, a Dios gracias, tenemos. Quisiera

complacerlas, pero al mismo tiempo deseo batallar un poco más. Tal vez cierre esta casa y me quede solamente con la de Upata, dejando aquí una oficina al frente del negocio del purguo y de las minitas de oro que tengo por ahí; para eso necesito una persona de toda mi confianza. No me faltan, a la verdad, pues entre los parientes de mi mujer, todos muy honrados y muy competentes, podría elegir a ojos cerrados; pero ya que he tenido la desgracia de perder a mi hermano, no quiero hacer negocios de ningún género con nadie a quien me unan, o puedan unirme en lo futuro, nexos de familia.

Dijo esto último recalcando las palabras, hizo una breve pausa y luego continuó:

—Y como tú puedes aceptar esta cláusula, primera y principalísima de nuestro contrato mercantil, y eres además la persona idónea y honrada que necesito, siendo muy ventajoso el negocio que voy a proponerte...

—No continúe, don Francisco -atajó Marcos, poniéndose de pie-.

Se ha equivocado usted de medio a medio conmigo, y lo peor es que ya van dos veces que incurre en esa torpeza. Su fortuna puede ser muy grande y bien habida toda ella, si hasta allá se quiere llegar; pero no le alcanzará para comprar a Marcos Vargas.

—¡Hombre! -exclamó Vellorini, comprendiendo ya que la combinación no se daría, pero pensando en que el resultado final correspondería a sus deseos-. ¿En qué he podido ofenderte?

—No pregunte lo que ya sabe -repúsole Marcos, quien, en comenzando ya no se detenía-. Usted será zorro viejo, pero para engatusarme a mí tiene que aprender algo todavía. Guárdese ese ventajoso negocio que quiere proponerme, con cláusula y todo. ¡Y guárdese también de atravesármeme en el camino!

—¡Vamos! ¡Vamos! Continúo sin entender palabra -fingió don Francisco.

—Es muy posible, porque generalmente los hombres que hacen dinero no son los más inteligentes.

Pero vamos a ver si me explico mejor: podría ser que a mí no me interesara su hija tanto como usted se imagina; esto no puede comprenderlo fácilmente un hombre de negocios; pero si usted se me atraviesa en el camino, ya sería caso de un hombre contra otro y la cosa variaría de especie. ¿Que le queda a usted el recurso de llevarse de por aquí a la muchacha, como ya lo pensó otra vez?

—¡Hombre! Tanto entonces como ahora, más que el recurso lo que tengo es el derecho.

—*Llámelo como quiera. Pero es que de entonces acá ha llovido mucho, musíu Vellorini, y donde antes no nacía hierba ahora crece monte tupido. ¡Y ya debe saber usted cómo hay que rehenderlo!*

—*¡Vamos! Ya es demasiado, Marcos. ¿Vas a cazar la pelea con un viejo como yo?*

—*¡También es verdad! Acabe de entregarme lo que me corresponde, para cortar de una vez esta conversación.*

Y de ella sacó Francisco Vellorini estas reflexiones que quedó haciéndose: que Marcos Vargas podría no estar realmente enamorado de Aracelis; que de todos modos convenía apresurar el proyecto de abandonar el país, pero que entretanto lo prudente sería no atizar más aquella fogarada de hombría que acababa de presenciar.

El Marcos Vargas que había regresado del Guarampín ya no era el de antes.

El derrumbamiento

La sastrería que con dinero prestado por José Vellorini había puesto Arteaguíta se denominaba "La Tijera de Oro", y bajo esta designación, de una vulgaridad in concebible en sastrero ingenioso, leíase, en la muestra sobre la puerta, esta advertencia singular:

"Se garantiza que el sastrero no se come el trazo".

Pero con esto ¿qué habría querido decir Arteaguíta? ¿Que su tijera no se salía de la línea trazada en el diseño del corte? Esto era lo que entendía el vulgo y ya parecía chis... Pero ¡no! O por lo menos no solamente eso quería decir la leyenda. El trazo a que se refería Arteaguíta no era el del jabón de sastrero sobre la tela, sino la línea inflexible del destino -de su destino de sastrero-, de la cual había intentado salirse en busca de fortuna rápida por los rumbos de la aventura... No llegó a lograrlo, no se atrevió a dar el primer paso, tuvo miedo, o mejor dicho: no lo abandonó el que siempre había tenido, y en la advertencia que pasaba por chistosa estaba sintetizado el drama interior de Arteaguíta.

Pero le atrajo clientela y allí estaba, ganándose la vida y hasta haciendo ahorros para casarse, porque se había enamorado de una muchacha de Tumeremo que no era mal parecida. Ahora, con el regreso de los rotos y descosidos, semidesnudos purgüeros, no se daría abasto para el trabajo que le caería.

Y para que Marcos Vargas le refiriese cómo era aquello que él no se había decidido a experimentar por sí propio.

Pero lo que Marcos Vargas traía de la selva no era para narrarlo. Sus experiencias de allá se habían fundido todas en la emoción de la tormenta, la más intensa y plena emoción de sí mismo que jamás había sentido, y esto ni cabía en la memoria ni podía serle comunicado a otro. Por otra parte, contar, allí en el pueblo y sobre todo en presencia de un sastre, que se había desnudado para mezclarse con los elementos, uno más entre los que compusieron la maravillosa armonía de la tempestad, habría sido exponerse al ridículo. Arteaguita no hubiera podido reprimir el pensamiento que le habría sugerido su conveniencia profesional:

un traje más por hacer -y era posible que hubiese interrumpido el relato para proponerle que se dejase tomar las medidas... De todos modos, de aquello no había que hablar: él mismo no estaba muy seguro de cuanto allí sucedió. Sabía solamente que allí había recibido su vida un impulso que lo desplazaba de su trayectoria. ¿Hacia cuáles otras?... Conservaba la impresión de haberlo sabido en aquel momento; pero ahora le era imposible reproducir aquel estado de intuición profunda y certera. Todo lo más, dábase cuenta de que ahora menos que nunca le servirían las medidas de los demás, ni ya tampoco las antiguas propias... Y esta reiterada ocurrencia de medidas le venía de un poco de fiebre y de que Arteaguita se le había plantado por delante con la cinta métrica al cuello, al sacerdotal uso de la estola.

—Sí -convino Arteaguita-. En los ojos se te ve que tienes fiebre. Pero ¿qué estás diciendo de irte a la posada? Aquí en casa estarás más cómodo, o por lo menos más tranquilo y ya te he preparado una habitación. Tengo además una cocinera que no es del todo mala y ya las gallinas están cacareando dentro de la olla. Espero que no me las despreciarás.

Sonrió a lo que de chistoso tuvieran las palabras de Arteaguita y aceptó el hospedaje que le brindaba, más apacible y seguramente más confortable que el de la posada donde se alojaba la plana mayor de la tropa purgüera, gente cuya conversación ya no le interesaba y cuyo trato quería evitar.

Al amanecer del día siguiente saldría para Ciudad Bolívar y necesitaba descansar sin ser molestado. Se metió en el chinchorro que le

tenía destinado Arteaguita, y así que éste lo dejó solo púsose a releer la carta de la madre, des pués de lo cual se quedó con la vista fija en una de las vigas del techo, con esa atonía mental con que se esperan los acontecimientos decisivos que ya han echado a andar.

Y ésa fue, precisamente, la hora que eligió José Francisco Ardavín para salir al encuentro de lo que a él le estaba destinado.

Salió de "Yagrimalito", donde ya había recibido las cuentas, bastante menoscabadas, de su empresa balatera del Cuyubini y llegó a Tumeremo ya entrada la noche, cuando estaba en su apogeo el regocijo alcohólico del regreso de los purgüeros. Mandó descorchar champaña para él y sus acompañantes y poco después ya se le había desatado la borrachera tempestuosa.

Pero esta vez era de mar de fondo la tormenta. No las habituales baladronadas aparatosas, que por lo demás ya a nadie inquietaban, sino una verbosidad reveladora de profunda excitación cerebral, sin las acostumbradas chocarrerías al gusto plebeyo, antes por el contrario con cierta distinción y hasta elegancia de pensamiento y de expresión que no se le conocían y que a él mismo parecían producirle sorpresa de hallazgos espirituales insospechados. Por momentos se destemplaba, alzaba demasiado la voz, se le escapaban incoherencias o se estremecía sacudido por repeluznos involuntarios, pero en seguida lograba recuperarse, aunque mediante un esfuerzo anímico que se le hacía visible en la contracción de los músculos faciales y en la palidez que le relampagueaba en el rostro, y luego volvía a la conversación animada y fina. Sin embargo, sus compañeros, extrañados, cruzaban entre sí miradas de inquietud, pues aquella agradable espiritualidad hacía pensar en esa misteriosa llamarada de lucidez que, irrumpiendo de pronto del coma agónico, precede y anuncia el apagamiento definitivo de la muerte.

Y esta impresión fue corroborada por la que les produjeron las palabras con que Ardavín, poniéndose de pie a lo más espiritual de su charla, se despidió de ellos:

—Bueno, compañeros. Les agradezco infinitamente que hayan estado conmigo en estos momentos.

No les digo que se lo agradeceré siempre, porque esta palabra, dicha por mí, quizá no tenga ya sentido alguno. Yo me despido de ustedes.

No me pregunten para dónde. ¿Volveré? ¿No volveré? ¿Regresaré sin volver, propiamente? ¿No lo sé! Lo cierto es que me separo deliberadamente de ustedes, pidiéndoles palabra de que no se me acercarán, véanme donde me vean y como me vean. ¿Prometido? No se atrevieron a decirle que no le conocían aquella forma de borrachera. En José Francisco Ardavín había

en aquel momento algo que inspiraba respeto; pero respondieron, con reservas mentales de "seguirle la corriente".

Por lo demás, a ninguno de sus amigos le interesaba ya continuar acompañándolo.

Se separó de ellos. Atravesó la plaza. Caminaba erguido y con paso firme. Después dijeron algunos que lo habían visto llevarse el pañuelo a los ojos, pero que entonces esto no les llamó la atención. Nadie estuvo junto con José Francisco Ardavín en la hora viva de su alma, ya al borde de su abismo final.

Había cine aquella noche y allí volvieron a verlo sus compañeros de hacía rato; pero no se le reunieron. Sabían que había continuado bebiendo, a solas, mas no se le descubría que estuviese borracho. Estaba solo en medio de la concurrencia.

Comenzó la función. Era al aire libre, en un corral. Pasaban una película de serie de esas del triángulo consabido: el bueno, el malo y la víctima, que naturalmente era una muchacha, amada por el primero y deseada por el segundo.

El malo acababa de cometer una de las suyas y se retiraba satisfecho e impune. Pero José Francisco Ardavín sacó el revólver y lo acribilló a balazos en la pantalla.

Se produjo la alarma; otros revólveres salieron de las cananas a las manos previsoras, se interrumpió el espectáculo y dos policías acudieron a sacar al causante del alboroto. Pero él les dijo, serenamente:

—No se preocupen. Ya me voy.

Ya le di su merecido a ese bandido.

—Está borracho —comentaron unos.

Y esto era lo que tenían que pensar todos. Nadie podía imaginarse un rapto de indignación justiciera en el alma de José Francisco Ardavín.

Había ido a Tumeremo con el único y firme propósito de desafiar a Marcos Vargas, de medirse con él cara a cara. Marcos Vargas había llevado a cabo lo que él no se atrevió a intentar: la muerte de Cholo Paríma. Debido a esto se había librado del peligro que corría por su complicidad en el asesinato de Manuel Ladera; pero no podía agradecerle a Marcos Vargas que hubiera silenciado la voz que habría podido acusarlo, pues al proceder así demostró un valor de hombre macho que a él le faltó por completo y en ocasión más propicia.

En el fondo de sus tempestuosos sentimientos no lo odiaba, antes por el contrario había allí un vehemente impulso hacia la simpatía e incluso

tuvo momentos de generosa admiración; pero Marcos Vargas era una medida de plenitud humana -tal como la entendía y podía entenderla un José Francisco Ardavín- y él necesitaba emparejarse superando de una vez por todas y de manera positiva la miseria moral de su cobardía. Ya no lo defendía el aparato de bravura a la sombra del prestigio político y ahora era imprescindible que se demostrase a sí mismo que era un valiente.

Pero Marcos Vargas no apareció por donde esperaba encontrárselo, no se dejó ver -dijose Ardavín- y ya esto fue suficiente para que el espíritu de mixtificación se apoderase de él: Marcos Vargas le temía y por eso se ocultaba.

Iría a sacarlo de donde se hubiera escondido. La policía le había quitado el revólver, pero ya se había procurado otro, de uno de los peones purgüeros con quienes acabó de emborracharse en aquella misma taberna donde cayó Cholo Paríma.

La casa donde tenía Arteaguíta su tienda y su habitación -ya le habían dicho que allí estaba Marcos Vargas- tenía un corral que daba a campo abierto, apenas cercado por palizadas, que era fácil de traspasar, y por un boquete de ellas, al abrigo de la oscuridad, ya pasada la medianoche, penetró José Francisco Ardavín.

Revólver empuñado en la diestra, el índice en el gatillo y con una linterna sorda en la otra mano dispuesta para encenderla cuando fuere menester, atravesó el corral y llegó hasta el comedor de la casa, a todo lo ancho de ésta, frente al patio. Su corazón palpitaba aceleradamente, pero su voluntad se mantenía firme en el propósito.

Respecto de esto no sabía ya si era el de asesinar a Marcos Vargas, sorprendiéndolo dormido, o el de despertarlo y desafiarlo, hombre a hombre. Daba por sabido que era esto último lo que iba a hacer y avanzaba sintiéndose asistido de todo el valor necesario.

La casa estaba sumida en silencio absoluto. En el patio brillaba el tranquilo fulgor mortecino de la luna menguada... Pero sobre la mesa del comedor había una pimpina, llena de agua fresca seguramente.

Al verla sintió que llevaba sed. Detúvose a aplacarla, y satisfecha esta necesidad, se le hizo consciente otra, no menos imperiosa: sintió que iba cansado, ya que no podía tenerse en pie. Se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa, puso sobre ésta el revólver y la linterna, lanzó un resuello de alivio y ya abandonado al apremio de las sensaciones físicas, apoyó los brazos sobre la mesa y sobre ellos reclinó la cabeza atormentada de borrachera y de sueño.

De pronto despertó sobresaltado por el ruido de una manotada sobre la mesa. Era Marcos Vargas, que ni siquiera había creído prudente apoderarse de su revólver.

Pero al despertar ya no le acompañaba el valor que lo había llevado hasta allí, se le había derrumbado del todo y de golpe en el abismo de la cobardía irremediable. Saltó del asiento y se dio a la fuga definitiva. La pimpina vacía y mal colocada rodó por la mesa y se estrelló a los pies de Marcos Vargas.

Al día siguiente lo encontraron vagando por los campos cercanos a Tumeremo, desgarrada la ropa por las breñas a través de las cuales había emprendido la fuga, tropezando y cayendo al tumbo de la borrachera, vacilante el paso bajo la obsesión persecutoria, caída la mandíbula, babeante la boca, mustia de demencia la mirada...

Ya se había realizado aquel presentimiento de que le hablara a la Juanifacia.

Mitología griega y solución lógica

Por aquellos días le ocurrió a Chílderico algo sumamente grave que estuvo a punto de dar al traste con la seriedad mercantil de "Los Argonautas" y aun con su propio equilibrio mental: uno de esos exasperantes fenómenos de obnubilación de la memoria que ponen realmente de cabeza al hombre mejor plantado.

Quizás no podría decirse que Chílderico fuera hombre de muchas lecturas. "Los Argonautas" exigía una atención constante y minuciosa, debido al cálculo de cosas heterogéneas con que habían emprendido la expedición comercial a la conquista del vellocino de oro, y Chílderico tenía que verse y desearse para calcular los precios de tanta variedad y menudencia y para atender a la numerosa clientela que por ella iba y quería recibirla de sus propias manos; de donde ya era gracia que hubiera podido leerse los veinte o treinta volúmenes que componían su biblioteca, en la mitad de un mueble cuya otra era escritorio dedicado a los menesteres de la firma. Pero lo que sí podría afirmarse era que Chílderico se conocía a fondo y en extenso la mitología griega.

Sin embargo, le aconteció el fenómeno. Él sabía que en la mitología griega estaba simbolizado todo cuanto puede ocurrir en la vida de una persona o de una colectividad; pero esta vez no acertó con el mito que simbolizara el caso real y recién sucedido. Lo tenía en la punta de la lengua y para obligarlo a salir de allí se daba en los dientes con la uña del pulgar derecho y luego en la frente con toda la palma de la mano. Pero ni llamado por allá ni empujado por aquí asomaba el personaje cuyo nombre buscaba. Era un caso típico de taponamiento de la memoria y, sin embargo, el procedimiento de los golpes en la frente no surtía efecto alguno. Y entretanto Chílderico daba una gubia cuando le pedían un tornillo y cobraba tres por lo que valía cinco, o viceversa, con todo lo cual se perjudicaba, por lo menos, la seriedad de la firma.

No dejó de ocurrírsele que un diccionario enciclopédico –siquiera como el que tenía Gabriel Ureña, y él se lo había visto– podría sacarlo del atolladero; pero, precisamente, era Ureña quien menos debía enterarse de los trabajos que le costara...

—¡Ah! -exclamó golpeándose otra vez la frente, pero ahora de otro modo-. ¿Trabajos he dicho? ¡Los trabajos de Hércules! Ahí debe estar la cosa.

Abandonó la tienda y por la trastienda pasó al jardín, de ambiente más propicio a la memoriosa labor, y a media voz comenzó a enumerar los famosos trabajos del héroe:

—Ahogó el león de Nemea, mató la hidra de Lerna... libró a Hesione del monstruo que iba a devorarla. ¡Aquí está! ¡Hesione! Pero en seguida rectificó:

—¡No! ¿Hesione?... No suena bien en este caso. Debe ser un nombre más dulce, más femenino.

Además, no se trata propiamente de un monstruo que fuera a devorarla, sino de algo así como un dragón que la tuviera cautiva, secuestrada para el amor, custodiándola...

¡Ah! ¡Argos! ¡Pero, hombre! ¿Cómo es posible que no se me haya ocurrido desde el primer momento? ¡Por Argos debe andar la cosa! A Argos, que tenía cien ojos, le encargó Juno la custodia de Io, a quien había convertido en... ¡No! Tampoco. ¡No, no! Una vaca no es un símbolo apropiado para Maigualida... ¡Hesione! ¡Hesione! No hay más remedio. Y bien visto, no está mal. Marcos Vargas, el hombre fuerte y valeroso: Hércules, el monstruo que iba a devorarla: Ardavin o la soltería forzada. ¡Ya está! Y se dirigió a la oficina de telégrafos a decirle a Gabriel Ureña:

—¿Qué le parece la noticia? Hércules ha librado una vez más a Hesione.

Gabriel Ureña se quedó viéndolo un rato, luego comprendió y soltó la risa.

Ya ni siquiera de tiempo en tiempo escuchaba pasar sobre su corazón aquel ardiente mensaje de la voz que clamaba en el desierto; la monótona vida del pueblo le estaba embotando el espíritu. Desempeñaba su cargo, leía un poco, se divertía otro tanto oyendo a Chílderico repetir aquello de que tenía su corcel y algún día lo jinetearía, se entretenía unos ratos en la tertulia de la gente formal que por las tardes iba a darle conversación acerca de los males de Guayana, y por las noches de los domingos iba a visitar a las Ladera. Y era ésta su escapada semanal de la dura realidad circundante a los predios de la ilusión, ya coronando la cuesta de los treinta años.

Por allí cerca iba también Maigualida, en ascensión de hermosura, de domingo en domingo; pero al mismo tiempo con el drama que envuelve

toda humana culminación, junto a la cual empieza -y a veces pronto- el descenso inevitable.

Más brillantes cada vez los cálidos ojos negros, más viva la tersa piel trigueña, a punto ya de perfección la línea del rostro, donde los años venían estilizando el interesante rasgo indio que hacía adecuado su nombre sugestivo, coronada así en todo su cuerpo armonioso la obra con que la voluntad de la especie decora las moradas de su perpetuación. Gabriel Ureña la contemplaba deslumbrado, pero al mismo tiempo temeroso de que aquella noche misma alcanzara su cenit y cuando tornara a verla le encon trase ya declinando.

Era también para ella su escapada a los predios de la ilusión, pues durante aquellas visitas eran novios. No se cruzaban palabras que no pudieran ser las mismas que él les dirigiése a las hermanas o a las amigas de ella que allí se encontraran, o ella a otros visitantes; no se cambiaban miradas en silencio, jamás tomaban asiento juntos, bien cumplida en todo la promesa de la noche del octavo día del duelo; pero, sin embargo, ambos sabían que eran novios y con esto les bastaba.

Al despedirse se hacían un tácito cambio mutuo para el resto de la semana; ella se iba en el pensamiento de él y él se quedaba en el de ella. Al verse de nuevo, se recuperaba cada cual y eran dos personas hablando de cosas triviales o graves, pero siempre extrañas a ellos. Mas ambos sabían que tras las palabras objetivas se estaban rindiendo mutuas cuentas del uso que cada uno hubiera hecho del cambio del domingo anterior. Y esto sin romanticismo, sin delicuescencias sentimentales.

Por tiempos conturbábala el tumulto vital de la rebelión de la mujer condenada por un juramento homicida a la privación del amor, reclamando ya todo el goce de las últimas horas propicias, y la voz apremiante de la madre frustrada clamaba sobre el yermo de su esterilidad. Y hubo domingos en que para la visita de Ureña fue decidido el aderezo de la hermosura que hiciera vacilar la promesa.

Pero una vez, como los dejaran solos, al cabo de un silencio repentino, ella le preguntó:

—¿Es cierto que has pedido tu reemplazo?

—¿Cómo lo sabes? -repuso Ureña.

—Como se sabe todo en este pueblo. Lo verdadero y lo falso, lo que uno dice y lo que no ha pensado decir.

—Esta vez es cierto. Apenas ayer tarde lo he pedido.

Una breve pausa y otra vez ella:

—Haces bien, Gabriel. La vida de este pueblo, para un hombre de tus condiciones, es intolerable.

Demasiado la has soportado.

—La vida es cualquier cosa cuando se adopta ante ella la actitud que yo he adoptado. Lograr o soñar, lo mismo da.

Pero antes de que llegara el reemplazo llegó la noticia de que a José Francisco Ardavín lo habían encontrado demente vagando por los caminos. Y como esto se comentó en casa de las Ladera estando presente Ureña, después de lo cual volvieron a dejarlos solos, hubo otra vez un silencio y luego esta pregunta de Gabriel.

—¿Tiene ya alguna razón de ser cierta promesa?

—Ninguna —respondió ella sonriendo—. Pero como está en pie cierta petición de reemplazo...

—¡Es verdad! Que a lo mejor resulta destitución nada más.

Pero detrás de la puerta de la antesala —aquello sucedía en el corredor— estaba la señora Ladera escuchando y de allí salió sin disimulo con la oportunidad de su sentido material y práctico:

—Dejémonos de escrúpulos, Gabriel, que no tienen razón de ser entre personas que se estiman mutuamente. Ya he oído y comprendido y ahora pido yo la palabra.

Tu entrada en la familia sería la salvación para nosotros. No repares en diferencias de fortuna; piensa más bien en que la nuestra desaparecerá pronto, dejándonos en la calle, si un hombre de tus condiciones no le hace frente a su administración. Ya sabes que Francisco Vellorini piensa abandonar pronto el país para radicarse en Francia y que ya me ha dicho que vaya pensando en la persona que deba reemplazarlo en la administración de nuestros bienes. De aquí a cuando Manuelito esté en edad de encargarse de ella quién sabe cuánto se habrá ido quemando en manos extrañas, poco escrupulosas o poco competentes. ¿Que eres pobre? ¿Que tal vez te quedes pronto sin empleo? Pero si nos salvas de la miseria que se nos puede venir encima por falta de un hombre interesado en conservarnos lo que nos ha dejado Manuel, ¿qué más necesitas ofrecerle a Maigualida? ¿Escrúpulos de amor propio? Ya nos conoces bien y sabes cuánto te estimamos y te queremos.

Calló la razonable señora Ladera, se prolongó un rato el silencio, cabizbajos los novios, se buscaron luego los ojos con simultáneo movimiento, sonrió Maigualida azorada y Gabriel soltó la risa, como cada vez que se encontraba, a lo más cálido de su atmósfera espiritual, con la lógica fría de la vida.

Y fue así cómo unos amores que nacieron románticos, allá bajo el hechizo de las palabras mágicas, y que a no pasar de platónicos ya se habían resignado, sin conocer el ahogo del vuelco del alma en la declaración amorosa, adquirieron existencia positiva.

Los cien ojos, todos abiertos, del Argos de Upata presenciaron la escena y por las mil bocas cundió la noticia de la boda próxima.

Chílderico no dijo a qué personaje correspondía Gabriel Ureña, enfocado desde la mitología griega; pero sí tuvo que reconocer, con cierta tristeza, que para él no había sido el beneficio de aquel trabajo de Hércules.

Remansos y torrentes

En "Tupuquén", ribera del Caroní, fue la luna de miel. En el rústico caserón pavimentado de antiguos ladrillos fraíleros, con sobrado de cañas y barro bajo el fresco techo de palma carata, rodeado de corredores hacia el campo de huerta y arboleda y desde uno de los cuales se dominaba un sugestivo panorama del hermoso río de los diamantes.

La vida tendida hacia el porvenir, paz de alma y trabajo generoso. El despertar madrugador, al canto de los patarucos, guaruras bajo el lucero del alba; la camaza de leche espumosa al pie de la vaca de los dulces mugidos; el trino primero en el copo del mango donde durmió el turupial; el diario recuento de las gallinas mientras picaban el maíz, para saber si durante la noche algún rabipelado visitó el gallinero a la intemperie del guásimo; la risa que a Maigualida le causaban los pavos sensuales con los estampidos de sus esponjamientos y el gusto que hallaba Gabriel en su iniciación campesina, cuando ya no se equivocaba al decir que este gallo era canagüey y el otro talisayo. Y el sol tierno y el aire generoso y el buen humor, sin éxtasis delicuescentes, con la dulce gravedad de la dicha bien gozada.

Luego Gabriel montaba a caballo para recorrer los potreros de la finca o llegábase hasta "La Hondonada" a dirigir el trabajo que allí requiriese el ganado, aprendiendo cuanto era menester para el cabal

conocimiento del mundo campesino donde por primera vez se movía y volviendo a experimentar algo de la antigua emoción de las palabras mágicas cuando los peones le revelaban el secreto de las cosas, expresándose con el lenguaje vivo y sugerente del hombre en contacto con la Naturaleza.

Allí era también el ejercicio saludable que le endurecía los músculos lacios del sedentario, el buen sudar, la carrera a caballo en la maniobra del sabaneo para recoger el ganado que hubiera que encerrar en los corrales, el estímulo del apetito que completaría la sabrosa sazón de la comida sencilla, junto al manjar risueño de la compañera amorosa.

El paseo vespertino, sosegado, por la ribera del Caroni. Ancha playa de limpias arenas, rocas negras de caprichosas formas labradas por la constancia del agua, semejantes a mineral de hierro; vegetación de carutos y guayabos rebalseros, palotudos, con las raíces al aire, negros también los troncos; colinas distantes hacia la margen izquierda, de líneas reforzadas bajo la serenidad de la tarde; un picacho lejano coronado de riscos desnudos y lívidos, cejas de nubes plomizas, brasas de arreboles y claros lampos en barras y aquel prodigioso color del río, azul profundo, morado vibrante y a veces negro intenso. Una pareja de guacamayos escarlata nunca faltaba para romper la armonía de los colores adustos, y con sus ásperos rajeos al vuelo la dulzura del vespéral silencio. Y la callada vuelta, bajo las primeras estrellas, madura el alma de sueño realizado.

Luego llegó Aracelis con la alegría chispeante y el hablar tumultuoso.

—Vengo a pasarme unos días con ustedes. No me han invitado, pero aquí estoy. Por mí no se preocupen, porque pueden seguir besándose y amurrullándose como si estuvieran solos. En cuanto supe que una familia de Upata venía para Ciudad Bolívar armé viaje para acá. Pero no se imaginan el trabajo que me costó arrancarle el permiso a papaito. Él sigue pensando en el viaje a Francia: nadie se lo quita de la cabeza; pero lo que es a mí no me arrea por delante como a la pazguata de mamaíta, que no quiere ir y sin embargo no protesta. No sé qué voy a hacer, pero yo encontraré el modo de salirme con las mías. Aunque ese novio mío del chorizo no merece que me apure tanto por él. ¿No te conté que apenas me dijo tres o cuatro palabras cuando pasó por Upata? ¡Mentira! La enfermedad de su mamá lo traía muy preocupado y con ganas de acabar de llegar a Ciudad Bolívar.

!Pobrecito! Si se tarda unos días no la encuentra. En paz descansen misia Herminia. ¡Tan buena que era! Yo apenas la conocí, pero me gustó mucho la viejita, con aquella carita tan triste y tan simpática.

Ya se le veía que estaba enferma del corazón. Pero no duró nada, chica. Seis meses hace del acontecimiento y ya está bajo tierra hace quince días. ¡Pobrecito Marcos! ¿Verdad? ¡Lo que habrá sufrido, él, que quería tanto a su viejita! Papaíto dice que el acontecimiento le violentó la enfermedad; pero yo le adivino la intención: quiere que yo me desprenda de Marcos. Y en eso sí que pierde su tiempo. ¡Más que nunca estoy enamorada de él! Pero ¿quién ha dicho que porque haya tenido una desgracia va a ser malo? Como dice el refrán: ¿porque una vez mató una vieja, lo llaman mataviejas? Y Maigualida no pudo menos que exclamar:

—¡Mujer! No mezcles lo trágico con lo grotesco.

Días después llegó Marcos Vargas. Traía en el rostro las señales de un espíritu trabajado a fondo por las fuerzas brutales de la vida: la sombra del sufrimiento y el estrago del gesto con que se ha asumido la actitud definitiva ante la fatalidad.

Junto a la madre moribunda su corazón agotó la capacidad de ternura; sobre aquella frente dejaron sus manos toda la delicadeza que tuvieran para la caricia, y si de algún modo aún existía acento amoroso en su palabra, era resonando dentro de aquellos oídos en el sepulcral silencio, como el rumor marino en el caracol que enfurecido oleaje arrojó a la playa. Cuando ya la vio inerte y fue necesario amortajarla, la levantó en sus brazos para que las hermanas le hicieran el último lecho —como tantas veces la había cargado, feliz y contenta de su hijo cariñoso— todavía sus brazos no habían olvidado la sensación tremenda, ni nunca más llevarían sobre sí carga viviente que no la sintieran muerta. Luego, ante la fosa sellada, encogió los hombros e hizo el gesto con que le decía el destino:

—¡Bueno! Ya me tienes solo.

¿No era esto lo que querías? Ahora, en presencia de Aracelis, ya no sonreía contemplando aquel rostro donde chisporroteaban las fuerzas jubilosas de la vida, no veía la belleza admirable, ni la juventud esperanzada, ni la cálida promesa de amor, sino para que todo esto le atizase la fogarada de hombría con que amenazó a Francisco Vellorini si intentaba atravesársele en el camino. De violencia rampante ya sólo podía ser el suyo, porque la mano se le había aridificado en garra para tomar el don de la vida y así repuso a las amorosas demostraciones de Aracelis:

—Menos palabras, Bordona, y de una vez por todas: ¿estás dispuesta a irte conmigo?

—¿Para dónde, chico? —preguntó ella, con sentimientos confusos agolpados en el espíritu.

Para el Cuyuní, para Rionegro. ¡Para donde yo quiera llevarte!

—¡Hasta el fin del mundo! -prorrumpió la porción aventurera de su alma-. ¡Qué delicia! ¡Tú y yo solitos en una piragua, por esos ríos, por esas selvas! ¡Con las ganas que tengo de conocer todo eso!

—Pues bien. No hay que hablar más. Esta noche misma te vas conmigo.

—¡Ah!... Pero... ¿Sin casarnos, Marcos?

—¡Ríete de eso! Te vas conmigo como se van las mujeres con los hombres que les gustan.

Pero ya ni sonreír podía Aracelis; el zarpazo le había desgarrado la porción fina del alma.

—¡Marcos! -exclamó, doloridamente-. ¡Yo creí que tú me querías de otro modo!

—Pues ya sabes a qué atenerte, y eso vas ganando de una vez sin haber perdido nada todavía.

Y ella, sonrojándose ahora:

—Nunca pensé que me confundieras con una mujercita del pue blo.

—Te equivocas. Si fueras una de esas mujercitas, como despectivamente las llamas, quizás te propondría matrimonio; pero eres la flor de Upata, la hija preferida del orgulloso Francisco Vellorini.

—¿Y él qué mal te ha hecho?

—A mí ninguno, realmente.

Pero como él tampoco me quiere para marido tuyo, él se la ha buscado y ya se la está encontrando.

Esta noche, al primer menudeo del gallo, estaré esperándote aquí fuera.

Y con esto se separó de su lado.

Entretanto Maigualida, que por allí estaba y ya empezaba a tejer pequeñas cosas, se complacía en pensar, agradecidamente, que a él le debía la dicha serena, pues fue contra aquel muro de fortaleza donde se estrellaron las fuerzas brutales desencadenadas en torno de ella.

Unas palabras de Ureña

Atardecía. Iban por la ribera del Caroní, dejando sus huellas en la apretada arena, Maigualida con Aracelis, Marcos con Gabriel, éste hablando de cuanto se proponía llevar a cabo en "Tupuquén", "Guaricoto" y "La Hondonada" y aquéllas callando. Las aguas del río pasaban ya del azul vibrante al morado profundo y este color matizaba las suaves colinas y el risco pelado, contra el cielo sin arreboles, ya puesto el sol.

—¿Qué te pasa? -inquirió por fin Maigualida.

—Nada -respondió Aracelis.

—Ya sabes que mi defecto principal no es el de la curiosidad; pero me inquieta ese cambio brusco que has tenido después de la conversación con Marcos. Toda una tarde sin decir palabra es demasiado para ti.

—Algún día tenía que ser.

—Bien.

—Ya comprenderás que no ha podido ser muy agradable nuestra conversación, después de lo que le ha pasado a él y de lo que me espera a mí, pues como te he dicho papá insiste en el viaje.

—También es verdad -concluyó Maigualida, pero era evidente que la explicación no la satisfacía.

Ya había observado que en Marcos Vargas se había operado una transformación inquietante que no podía atribuirse toda al sufrimiento por la muerte de la madre, porque su reciente experiencia le enseñaba que el sufrimiento afina el espíritu y era todo lo contrario lo que parecía haber sucedido en Marcos. En la mesa, durante el almuerzo, reparó en que la miraba brutalmente, con una expresión nunca advertida en él y que no era solamente sensual, sino mezclada de deliberado irrespeto por ella y por Gabriel, de ostensible agresividad. Y estaba segura de que esto no era temeraria interpretación suya, pues al cambiar una mirada con Gabriel comprendió que él también se había dado cuenta. Incluso Aracelis debió de advertirlo y tal vez de allí provenía su obstinado silencio.

No se equivocaba. Entre los sentimientos que agitaban el espíritu de Aracelis -su primer tropiezo consciente con las fuerzas brutales de la vida- iban mezclados los celos despertados por aquellas miradas de Marcos. Por momentos pensaba que éste había procedido así para inducirla a entregársele como se lo había propuesto; pero en seguida se abandonaba a la pasión ofuscante no viendo ya sino una mujer hacia la

cual bien podía desviarse el amor de su novio, correspondido o no, pero enajenándole ya.

Una mujer que había inspirado a otro hombre una pasión tumultuosa y que ahora hallábase en la plenitud de su hermosura. Y en el alma ingenua y vehemente le hacía llagas el pensamiento impuro.

No se equivocaba tampoco Maigualida respecto a Gabriel.

Había visto y comprendido, pero penetrando más allá del hecho superficial -con una comprensión serena, alimentada de confianza en sí mismo y en su mujer- encontró la explicación justa y la acogió en actitud generosa: Marcos Vargas no veía a la mujer, soslayaba al hombre que pudiera pedirle cuentas atrasadas y no era Marcos Vargas, como tal, sino el hombre de presa que aquella tierra quería hacer de todos los que sobre ella respiraban la atmósfera de la violencia enseñoreada, aquella criatura de barbarie que por allí se llamaba el Hombre Macho.

Pero en Marcos Vargas había el fondo generoso, para la excusa y para la esperanza, y Ureña concluyó la exposición de sus planes de trabajo, dándole la lección que necesitaba:

—Y aquí me tienes, pues, recibiendo y reportando un beneficio, sin escrúpulos de "yo todo lo puedo y a mí solo he de debérmelo", sin impaciencias aventureras ni pujos de temeridad, bebiendo en mi vaso pequeño, seguro de que no me lo romperán deslealtades, ni propias ni ajenas -óyelo bien-, en la buena compañía de una mujer admirable que me ama, me comprende y me respeta y merece que yo lo sacrifique todo por hacerla feliz. ¡Y una mujer hermosa, además! Marcos Vargas comprendió, se avergonzó y admiró.

—Sólo una cosa tengo que reprocharte -dijo, sin embargo-. Que no te hayas decidido antes. Que hayas esperado a que...

—Eso no tiene para mí importancia alguna -interrumpió Ureña-.

No me interesa en absoluto demostrar si le tuve o no le tuve miedo a José Francisco Ardavín.

Yo sabía que en el fondo era un cobarde, y en el peor de los casos me queda la íntima satisfacción de no haber malgastado alardes de hombría contra él. Y ojalá tú, que no tenías por qué desconfiar de tí, aun en el caso de pelea mejor calzada, como por aquí se dice, no te hubieras sometido a la prueba que inquieta a todos. Porque para eso, más que por vengar a tu hermano, entraste donde estaba Cholo Parima. Te confieso que cuando lo supe me pregunté si en realidad serías un valiente o nada más que un impulsivo.

—Tú piensa lo que te parezca -repuso Marcos, encogiéndose de hombros.

—Sería deslealtad pensarlo y no decírtelo. Así por lo menos entiendo yo la amistad y por eso he traído la conversación a este punto. Te has hecho un grave daño moral y es necesario que ahora rehagas tu vida.

Marcos bajó la mirada y en silencio buscó y estrechó la mano amiga. Y ésta fue una emoción de sí mismo que nunca había experimentado, tan recia y tan plena, que sólo se le podían comparar aquéllas de la noche de la tormenta.

—No despilfarres tu fortuna -prosiguió Ureña-. La vida te ha dotado de condiciones quizás extraordinarias y es menester que las emplees bien. No pretendo aconsejarte que te consagres, como puedo hacerlo yo, a lo personal y prudente, porque tu espíritu aventurero y tu personalidad desbordante no se satisfarán nunca con lo poco y silencioso que a mí me bastan; pero no los malgastes en aventuras de finalidad mezquina y en afirmaciones de hombría sin trascendencia. En esta tierra hay para tí un camino trillado y una gran obra por emprender. Más de una vez te he oído decir que aspiras a construirte tu vida a tu medida propia. ¿No la conoces ya? ¿No la sientes tal cual es? Por unas cuantas palabras que de regreso del Guarampín me dijiste en Upata comprendí que habías encontrado la plena medida de tí mismo y vislumbrado la obra a que debías dedicarte. Presenciaste la iniquidad y hasta la has sufrido en tí mismo, tienes el impulso generoso que se necesita para consagrarte a combatirla, puedes -déjame decirlo así- recoger el mensaje de la voz que clama en el desierto y sólo te falta prepararte intelectualmente. Lee un poco, cultívate, civiliza esa fuerza bárbara que hay en tí, estudia los problemas de esta tierra y asume la actitud a que estás obligado. Cuando la vida da facultades -y tú las posees, repito- da junto con ellas responsabilidades. Este pueblo todo lo espera de un hombre -del Hombre Macho se dice ahora- y tú -¿por qué no?- puedes ser ese mesías.

Era, discursivamente, lo que Marcos Vargas había sentido revelársele de pronto, de manera intuitiva, confusa, verdaderamente tormentosa, la noche de la tempestad; pero ahora acababa de hacer otro hallazgo de sí mismo; una vez más se le había revelado su alma bajo una forma inesperada, y cuando esto sucede en quien, como en él, la intimidad del espíritu desarrolla siempre la máxima fuerza, ya no hay dificultades receptivas para lo que venga de afuera, y así sólo de una manera vaga y lejana oyó el discurso de Ureña.

Éste continuó hablando todavía un buen rato, y así regresaban ya a la casa, bajo la anochecida, cuando aprovechando que el camino repechaba

una cuesta, Maigualida requirió el apoyo del brazo de Gabriel y dejó que Aracelis se adelantara con Marcos.

En silencio atravesaron la arboleda que rodeaba la casa, y en llegando a ésta, donde ya estaba encendida la lámpara del corredor de la entrada, se volvieron a mirarse mutuamente y Marcos leyó en los ojos de Aracelis la resolución tomada, tal como él se la propusiera, pero no gozosa sino resignada o temerariamente.

Le oprimió la mano entre la suya, que ya no era garra, y esto fue todo.

Momentos después, cuando Maigualida llamaba a la mesa, Gabriel le dijo:

—Sobra un cubierto, chica:

Marcos se ha ido.

XVII

Contaban los caucheros

Un grito sobre el bronco mugido del rápido, alarido impresionante entre humano y bestial. Una curiara que pasa silbando raudal abajo y se pierde en la noche hacia donde corren las aguas torrentosas bajo el resplandor lunar.

—¡Se mató ése! —exclama uno de los caucheros acampados en la ribera, ya de regreso a San Fernando de Atabapo con sus cargamentos de caucho del Guainía. Y varios de ellos se incorporaron para asomarse al río.

Pero otro explica:

—No se preocupen. Ése es Marcos Vargas, que corre los raudales las noches de luna como alma que lleva el diablo. El leco es para que se aparten las piedras, dice él, y yo creo que en realidad se le apartan, pues de otro modo no se explica que todavía no se haya matado. ¡Escúchenlo cómo va! Le hacen silencio al grito ya lejano y cuando se ha extinguido en el trueno del varedal, sonríen algunos y otro toma la palabra:

—La primera vez que oí ese leco, hace unos tres años, se me pararon los pelos de punta. Fue una tardecita, al pie del raudal de La Chamuchina. Estaba yo recién entradito en el territorio y andaba en la gente del "Brasílero". ¿Lo conocieron ustedes? Uno a quien, por cierto, tuve que mandarlo a hacer una diligencia lejos y sin guayare, porque ya me tenía abacorado.

Sonríen los que saben que así alude a uno de sus homicidios y siguiéndole el atroz sarcasmo le preguntan:

—¿Y todavía no ha regresado, verdad?

—No. Se ha dilatado alquito.

Pero volviendo a mi cuento. Yo que oigo el leco en aquella soledad tan fea, que no parecía grito de hombre ni de animal, sino de cosa del otro mundo, me descompongo todo y le pregunto al indio que me acompañaba:

—¿Qué siendo eso, cuñao? Y apenas el maquiritaré me responde:

—Canaíma— cuando pasa una curiara, chorrera abajo, más rápida que un celaje. Después supe quién era el proero que así se mandaba

apretar la boga y luego tuve oportunidad de conocerlo. Un mozo simpático ese Marcos Vargas, pero con unos prontos muy extraños.

Y prosiguen los cuentos, la leyenda que ya corría por toda la selva, desde el Guainía hasta el Cuyuni.

—Veníamos de una fiesta de yeraque de los indios piaroas del costo del Vichada —refiere otro—, íbamos echando una travesía por un lugar que llaman Las Gaviotas, había mucho chapichapi y estaba esa espía como bordón de guitarra, cuando se le ocurre a Marcos Vargas trozarla para ver qué pasaba. Salimos como alma que lleva el diablo, raudal abajo; al caer al remanso la curiara se nos puso de sombrero y cuando logramos ganar la orilla catamos de ver que ni Marcos Vargas ni la curiara estaban por todo aquello. La había enderezado mientras nosotros nadábamos hacia la playa y se había ido en ella dejándonos a pie. Ahí mismo escuchamos el leco, río abajo. Al pírítu tuvimos que remontar por el costo, rejendiendo el juajuillal y echándole maldiciones.

Ahora le celebra la ocurrencia y luego prosigue:

—Al año de eso se presentó una mañana en la estación cauchera del delta del Ventuari, donde yo dragoneaba de jefe, pidiendo su recorte, y como siempre le he tenido cariño, le dije:

—¿Hasta cuándo vas a estar haciendo locuras, chico? Coge el recorte que más te guste y ponte a trabajar con fundamento—. Tres semanas estuvo sacando goma en junto con los indios que cargaba, muy prácticos de raudales y buenos gomeros además, encaramándose en los palos a la par de ellos, porque, eso sí, cuando dice a trabajar no hay quien lo iguale; pero en la mañana del tercer domingo viene a la estación y me dice:

—Págame lo mío que ya me estoy yendo—. Traté de hacerlo desistir y le repliqué:

—Pero ¿cómo te lo digo, Marcos Vargas, si aquí no tengo plata?— Pero ya nadie le quitaba la idea de la cabeza y me respondió:

—Con bastimentos, que es lo que necesitamos yo y mis indios. Ahora voy para el Essequíbo—. Dos años hace de esto y desde entonces no me lo he vuelto a topar.

Toma la palabra el cauchero Martínez Franco, que también era hombre de vastos itinerarios:

—Estando yo en el Caura, cuando la sarrapia del año pasado, se me presentó por allá pidiéndome trabajo. Ya estaban repartidas todas las manchas y no me fue po síble concederle nada de provecho; pero, como tal vez ustedes sepan, la zona sarrapiera del bajo Caura, hasta el salto de

Pará, se despide con tres grandes árboles que producen de sesenta a ochenta kilos de pepas cada uno, y le dije:

—Trabaja esas matas, si quieres, que es lo único que puedo darte—.

Se pegó a coger las pepas y a machacarlas él mismo y ya tenía sus cinco quintales, que le representaban seiscientos pesos macuquinos, a como entonces los pagaban Dalton y Boccardo, cuando se presentó en la estación "El Alemán". Un indio albino, de cabellos amarillos tirando a blanco y ojos azules, por lo cual le dábamos el apodo, hombre de carácter suave y juguetón, piachi de las tribus maquiritarés, que cuando estábamos sarrapiando siempre se llegaba hasta allí en busca de sal y papelón a cambio de cachorros de esos perros salvajes que viven en las cuevas de las sierras de Merevari-jiri y Aguari-jiri entre el Erevato y el Caura, por donde andan las tribus errantes de los sarisañas. Marcos Vargas no conocía aquella región y apenas le oyó hablar de ella al "Alemán", cuando, ya resuelto a irse con él, vino y me propuso, lo mismo que a ti en el Ventuari:

—Dame bastimentos por unos días y es tuya otra vez la sarrapia que he recogido—.

Y se fue con el albino aquella misma noche.

—Eso es Marcos Vargas -interviene otro-. Un mozo que a estas horas estaría rico si le hubiera tenido apego al dinero.

Y otro:

—Ése es Marcos Vargas. Ése y el de las grandes parrandas como las que ya se han hecho famosas en San Fernando de Atabapo, en las cuales se gasta cuanto tenga, sin reparar con quién, y el de las temerarias apuestas al dado corrido, que no hay quien se las aguante.

—Y el de la noche de la yucuta -interrumpe otro-. El que siempre está dispuesto a jugarse la vida junto con quien sea y contra quien sea, y cuando sabe que en tal parte se está preparando una matazón, allí mismo amarra su magaya rumbo para allá, a soltar entre el roznido de los machetes y los tarrayazos de los tiros un grito jacarandoso: "¿Qué hubo? ¿Se es o no se es?"

—Ese también -admite el interrumpido-. Pero ahora voy a enseñarles otro Marcos Vargas que quizás ustedes desconozcan: el que habla con los palos del monte y lo ha sido él también algunas veces.

—¿Cómo es eso, Ramón Maradé? -interrogan varios a un tiempo.

—Ya verán. Esto fue en el costo del Casiquiare. Se había presentado por allí Marcos Vargas, a nada de provecho, como de costumbre, y un día

domingo por la tarde, por más señas, iba yo con él por una pica de la montaña a inspeccionar el trabajo de unos peones a quienes había puesto a tumbarme un rastrojo, conversando los dos de todo y de nada muy alegremente, cuando de pronto me interrumpe y me dice:

"

—Aguárdame aquí un momento, que voy a ver qué quieren decirme aquellos amigos que me están haciendo señas para que me les acerque."

—Miro en derredor nuestro y no descubriendo a nadie por todo aquello, le pregunto:

—¿Cuáles, chico?— Y él me responde, ya separándose de mí:

—Aquellos que están allá—. Eran cuatro palos del monte que estaban separados de los demás y realmente como personas reunidas conversando. No le di mayor importancia a la cosa y pensando que mi compañero tuviera que hacer algo que yo no tenía por qué presenciar, le dije:

—Anda y vuelve, pues. Aquí te espero—. Y me senté sobre el tronco de un seje caído a la vera de la pica. Allí estuve un buen rato, y viendo que mi compañero no regresaba, atravesé el monte en dirección a los árboles mencionados. ¡Ni rastro de hombre por todo aquello!

—¿Qué se habrá hecho?— me pregunto, y en eso sien to algo extraño en derredor mío.

Miro para aquí y para allá buscando la causa de aquello, y entonces caigo en la cuenta de que no eran cuatro, como endenantes me había parecido, sino cinco los palos del monte que estaban allí cual personas reunidas conversando.

Sueltan la risa los caucheros y Martínez Franco exclama:

—¿Cuándo no iba a salir Ramón Mercadé con una de las tuyas!

—Un momento, compañero. Que todavía no he dicho que los palos fueran cuatro al principio y luego cinco, sino que así me había parecido.

—Uno que estaría tapado con otro, vistos desde la pica.

—Eso me dije, precisamente. Y como me interesaba llegar a rastrojo a buena hora, después de haber pegado unos lecos llamando a Marcos Vargas, seguí mi camino.

Fuí y vine y cuando regresaba me encontré a Marcos sentado sobre el tronco del seje donde enantes lo había estado yo. ¿Qué te hiciste? —le pregunté—. No me respondió de momento. Tenía una cara sombría, muy distinta de la que llevaba cuando iba conversando conmigo, y así, sin

contestarme una palabra, echó a andar por delante mío. Pero luego se me encaró de pronto y se soltó a boca de jarro esta pregunta textual:

"

—¿Tú me oíste, Ramón Maradé?"

—¿Qué, chico? -repúsele, e inmediatamente me acordé de aquello que había sido ruido sin dejar de ser silencio y me voltié a contar los árboles, que todavía se veían desde la pica. Eran cuatro por dondequiera que se los mirara. No me gustó aquello -lo confieso, aunque Martínez Franco se sonría como desde aquí lo estoy viendo-, pero tampoco quise pedirle explicaciones a Marcos Vargas, que además no me las habría dado, pues ya iba enguayabado, y cuando él está así no hay modo de sacarle palabra, y me puse a observarlo quedándome atrasito.

—Y viste que le reventaban pimpollos por encima del cuerpo -interrumpe socarronamente el de la sonrisa, que era el único que todavía se mostraba incrédulo.

—No. Ni nada extraño le noté, ni por el camino ni después en la estación, salvo el enguayabamiento.

Así llegó la noche y me quedé dormido, cuando de pronto me desperté sintiendo que me sacudían las cabuyeras del chinchorro. Era uno de los bogas de Marcos Vargas, un acarabisi buen mozo, por cierto, y que le era muy fiel.

"

—Despertándote -me dijo-. No durmiendo más. Escuchando siburene".

Palabra ésta que en su lengua significa jefe y con la cual designaba a Marcos Vargas. Me incorporo en el chinchorro y pongo el oído a lo que me indicaba el acarabisi.

—¡Uuu! -sonaba por allá. Un lamento feo, que impresionaba oírlo en el silencio de la montaña. Pero le dije al indio:

"

—¡Indio zoquete! Alguna arañamona llamando a su pareja."

—No, cuñao -me replica el acarabisi-. No siendo arañamona.

Siendo Canaima gritando en cabeza de siburene. Viniendo conmigo y yo enseñándotelo.

Salté del chinchorro y no encontrando a Marcos Vargas en el suyo salí al monte junto con el indio. A poca distancia de la estación, en el medio de un claro donde daba la luna, se divisaba una sombra blanca,

inmóvil, de donde salía aquel lamento impresionante. El indio no se atrevía a acercársele y preguntó alzando la voz:

—¿Ginécoro?

—¿Para qué preguntás quién es si ya sabes que es siburene? - Interrogo yo a mi vez, porque tanto como los lamentos de la sombra me había causado mal efecto aquella palabra indígena gritada así en el silencio de la montaña-. Quédate aquí, indio miedoso, mientras yo voy a ver qué le pasa a tu jefe.

—Y cuando llegaste al sitio -interrumpe otra vez Martínez Franco- no estaba por allí Marcos Vargas, sino un palo más en el monte, ¿no es eso?

—Sí, estaba -responde Maradé, sin inmutarse-. Pero me costó trabajo hacerlo volver en sí. De golpe y dándose una batida salió de su encantamiento, preguntándome:

"

—¿Qué es? ¿Qué pasa?"

—Que estabas dormido y soñando parado -le respondí, sin querer decirle que fuera sonámbulo. Pero al día siguiente, cuando me empeñé en que me explicara todo aquello, me dijo que nada recordaba, ni de lo de la noche ni de lo de la tarde, pero que sentía el cuerpo -fueron sus palabras- como si alguna vez hubiera sido de madera.

Pausa. Y luego uno de los oyentes, a Martínez Franco:

—¿Qué dice usted a eso, compañero?

—Que Ramón Maradé siempre ha sido muy fantaseador y amigo de contar embustes recién inventados como cosas que le hubieran sucedido; pero que esta vez como que ha referido algo que se le puede creer.

Oro

Si para el cauchero faltó aquel año el invierno copioso que alimenta el látex, para el minero fue extraordinariamente propicio el verano recio. Se secaron las quebradas auríferas del alto Cuyuni, quedaron al

descubierto los placeres que doran las playas de este río, y en la del Caroní, nunca tan menguado, aparecieron diamantes.

—El diamante se recoge garzoneado —dice plásticamente el guayanés—, porque los buscadores de este mineral precioso recorren las riberas del río que los cría en el faneo producido por la descomposición de los esquistos férricos de su álveo, agachándose de trecho en trecho donde lo vean brillar entre las arenas, a la manera del garzón, que come caminando y picando aquí y allá. Y ese año fueron muchos los que garzonearon a lo largo de aquellas playas.

Hacia el Cuyuni se encaminó el grueso de la legión aventurera en pos del oro que prometía el verano riguroso y en Tumeremo pronto comenzaron a correr las noticias perturbadoras:

—¡Ya la gente de Néstor Salazar le cayó al oro! Marcos Vargas anda con él y han hecho un descubrimiento estupendo en Quebrada de las Garzas. ¡Una bomba del tamaño de una casa! Vámonos allá, Arteaguíta.

Y Arteaguíta, después de pensarlo un rato royéndose las uñas, se decidió por fin, cerró "La Tijera de Oro" —que, por lo demás, apenas le estaba dando para comer, porque a causa del mal invierno aquel año casi no se recogió purguo y nadie estaba para mandar hacerse ropa— y se incorporó a la legión que de todas partes acudía presurosa al hallazgo magnífico.

El oro de aluvión no era todo de libre aprovechamiento, pues la mayor parte de los terrenos auríferos —y, naturalmente, los que se consideraban más ricos— estaban acusados por los caciques políticos y por los capitalistas más poderosos, entre ellos principalmente los comerciantes corsos, quienes, sin explotarlos o arañando apenas a flor de tierra, esperaban el pingüe negocio de la venta a compañías extranjeras que les dicesen, por un mina más o menos problemática, otra de oro acuñado. Este monopolio de una riqueza retenida bajo tierra decía que era una de las causas del malestar que ya empezaba a sentirse por allí; pero los privilegiados defendían su tesis aduciendo que el libre aprovechamiento traería por consecuencia inevitable las matanzas que se producirían entre los que acudieran a disputárselo, aparte de que prácticamente existía, pues todo el mundo podía ir a extraer el oro que por allí apareciese, sin más limitación que la de obligarse a vendérselo al concesionario, quien lo compraba en el propio terreno a precio razonable. Sólo que éste lo recibía el minero en víveres cazabe y papelón por único alimento las más de las veces— y por ellos tenía que pagar lo que quisieran cobrarle. Si bien cuando el hallazgo era abundante, no consumiéndolo todo en la mina, podían los afortunados salir de ella enriquecidos.

Pero como el oro del alto Cuyuni se consideraba inagotable, en cuanto lo sacaban ya estaban derrochándolo, jugándose a los dados junto al barranco mismo o desperdiçándolo a puñados en el placer torpe y fugaz de la parranda, cual si fuera ineludible maldición del oro embrutecer y envilecer.

En busca de él, aunque sólo por la emoción de hallarlo, venía aquella vez Marcos Vargas, Cuyuni abajo, en compañía de Néstor Salazar, superviviente de aquella pareja inseparable que el primero conoció en casa del americano Davenport y minero práctico de ojo zahorí para descubrir los escondrijos del filón.

Sin embargo, no lo habían encontrado en cantidad que valiera la pena en la ganga de varias quebradas donde plantaron el "tame" y el "chís" y ya venían algo descorazonados cuando, al pasar frente a la desembocadura de una que rompía la ribera barrancosa para verter a las del Cuyuni sus aguas amarillas, como vieses por allí dos garzas posadas sobre un mogote que hacían buen blanco para buenos tiradores sacaron sus revólveres y las apuntaron.

Pero las garzas volaron para posarse más allá, quebrada arriba, y como el caudal de ésta permitía que la remontase la piragua, así lo hicieron, y las garzas volando de mogote en mogote y ellos siguiéndolas llegaron a un paraje sombrío y agradable a la vista que invitaba a acampar y ante cuyo aspecto el ojo zahorí de Néstor Salazar desistió de la presa que se le escapaba.

—¡Aquí hay oro! -exclamó-.

Acampemos aquí.

Y Marcos Vargas, prestando atención más a lo plástico y agradable que a lo significativo del paisaje, como oyese el canto de un pájaro, bosque adentro:

—Ya lo está anunciando el minero -dijo-. ¡ójelo cómo campaneala! Acamparon. Procedieron a desviar las aguas de la quebrada para dejar al descubierto el lecho prometedor y comenzaron a funcionar las herramientas: el palín para levantar el fango del "realce" que cubría la "formación"; el pico para romper esta capa de cuarzo; el "criminal" para recogerla y echarla en el cajón del "tame"... Pero sin que fuera necesario lavarla allí, ni siquiera aplicarles a los trozos de cuarzo el índice mojado en saliva para ver si el oro "pintaba", ya Néstor Salazar había podido decir.

—¡Mira cómo viene ese filón veteando bonito! Y luego, al golpe de vista:

—Este filón corta por aquí —dijo, indicando la dirección que debía de seguir por entre el bosque—. Vamos a pegarle un barranco allí y otro allá, para acosarlo.

Y al primer golpe de pico en uno de los sitios señalados, apenas barrida la hojarasca por el pie del peón, apareció en la punta de la herramienta un trozo esponjoso de la aboyadura aurífera, indicio de una rica estructura profunda.

—¡Bomba! —exclamó Salazar—.

!Esta vez salimos de abajo, Marcos Vargas! Y sacando ambos sus revólveres los descargaron disparando al aire.

Que si aquellos proyectiles hubieran llegado a dar en el blanco de las garzas, aquel "oraje" no habría sido descubierto.

Entretanto el peón cuya piqueta había dado el golpe inicial al hallazgo, no había vuelto de la impresión que éste le causó y recostado al tronco del árbol más próximo, decía, contemplando otros que frente a él se alzaban:

—Quince días estuve yo ingrúmo y solo en este piazó e monte castrando esos palos y era sobre melcocha de oro que estaba pisando sin saberlo. ¡Maldita sia la suerte cuando es desgracia! ¡Quince días yo solo, sacando oro! ¡Ni el polvo me verían a estas horas los que me han mandao a pegá este barranco!

—¿Y no cantó el minero cuando tú estabas por aquí?

—¡Qué va a cantá, don Marcos! La arañamona era todo lo que sonaba para mí.

Salvas de disparos al aire atronaban el bosque cuando llegó Arteaguíta. Ahora era una chimenea lo que acababa de descubrirse, cuando todavía la bomba seguía dando su melcochada de oro, y del "tame", por los agujeros del "tamayán", pasaba el abundante metal precioso a amalgamarse con el azogue en los compartimientos del "chís".

Y eran cerca de cien hombres los que allí abrían solapas y barrancos, acosando al filón, que continuaba "veteando bonito" y triturando el cuarzo en pequeños morteros, porque a todos que llegaron pidiendo:

—Dénme un recorte.

Tanto Marcos Vargas como Néstor Salazar les dijeron:

—¡Coja lo que quiera! ¡Aquí hay para todos! Unos llegaron con sus bastimentos y siendo escasos, todavía no los habían consumido porque el oro les quitaba toda gana que no fuera de hallarlo; otros llevaban días sin probar bocado y cuando llegó Arteaguíta acababan de sacar de un

barranco a uno que allí murió de hambre y de agotamiento, días y noches cavando, ya enloquecido. Y todos tenían el rostro devastado y la mirada fulgurante de la fiebre del oro.

Algunos se habían marchado a derrocharlo, considerándose ya ricos para siempre; de ellos se revolviéron los que por el camino detuvo la codicia, pero en seguida los recuperó la ilusión de riqueza y volvieron a marcharse para otra vez regresar, ya insensatos, a juntarse su tesoro para multiplicarlo más rápidamente, hasta que al fin lo perdieron. Y otra vez al barranco.

Desconocido casi, como de cuarenta pasados cuando apenas trasponía los veinticinco, encontró Arteaguita a Marcos Vargas, mas no por la fiebre del oro, que en su alma no hallaba asideros la codicia, sino por la tempestad que hacía cuatro años se había desatado en su espíritu. Las recias intemperies del itinerario gigantesco le habían curtido el rostro, en los ojos cavados le fulguraba una mirada huidiza, se le encanecían ya los cabellos y en vez de aquel carácter expansivo y aquel aplomo y dominio de sí mismo ante los demás, mostrábase ahora reservado y tímido, hasta el punto de que en el primer momento trató de usted a Arteaguita, y a la cordialidad con que éste lo saludó le correspondió cohibido.

Pero no había perdido aquella propensión a las bromas pesadas y pronto hubieron de sufrirlas Arteaguita y los otros "patiquines" que junto con él llegaron, todos novatos en materia de oro.

—Aquí tienen sus recortes -díjoles, ofreciéndoles unas bateas llenas de mineral triturado-. Péguense a lavar de una vez.

Y allí mismo empezaron los gritos de júbilo de los novicios.

Grandes "cochanos" aparecían en aquellas bateas, apenas removidas.

Arteaguita, especialmente, estaba a punto de volverse loco de alegría, corriendo de aquí para allá para demostrarles a sus compañeros la extraordinaria fortuna que ya empezaba a tener:

—¡Mira, valecito! ¡Oro!, ¡oro! ¡Cógele el peso! Marcos Vargas reía a carcaja das y junto con él Néstor Salazar y los peones que estaban en el secreto, hasta que el segundo, pareciéndole ya demasiado:

—Tranquílicese, Arteaguita -le dijo-. Ésas son bromas de su amigo Marcos Vargas. Todos esos cochanos que están apareciendo en esas bateas han sido puestos por él para divertirse con ustedes. Aquí hay oro para todos, pero no tanto como así. Tiren ese material, que ya está lavado, y cojan de aquél.

Y Arteaguita, desconsoladamente:

—¡Marcos! ¿Para qué me haces eso, valecito? ¡Ha podido matarme la emoción! Y luego le confesó que "La Tijera de Oro" andaba mal porque la de hierro casi no tenía trabajo desde hacía algunos meses; que aún sus recursos no le habían permitido casarse; que para salir de abajo había recurrido al juego, donde acabó de perder lo que no se estaba ganando, de donde quedó endeudado y a punto de perder la reputación.

Concluyendo:

—¡Imagínate! ¡Para que yo me haya atrevido a tirar esta parada!

—No te pesará, Arteaguíta -díjole Marcos-. De aquí saldrás fondeado y lo que es más importante: hombreado también. Porque es bueno que sepas a qué atenerte desde luego. La mayor parte de esta gente que ves aquí es peligrosa para quien se le agüe el ojo en el momento dado y no son pocos los que están cazando la oportunidad para darle una puñalada al primero que se descuide y quitarle el oro que tenga. De modo que, ojo de garza, Arteaguíta! Aquí el que pega un barranco tiene que colgar su chinchorro encima de él y dormir con el revólver en la mano. No te confíes de nadie, ten presente que estás entre el fieraje del Cuyuni, donde el que menos es el "Sute" Cúpira.

En efecto, estaba por allí el temible Cúpira, esta vez sin su habitual escolta de antes. Se había presentado pidiendo "su recorte", pero había motivos para sospechar que sus verdaderos propósitos fueran otros, pues no se afanaba en procurarse el oro que habría podido obtener, ocioso la mayor parte del día, contemplando en silencio la agitación de los demás y sobre todo siguiendo con la vista a Marcos Vargas por donde quiera que estuviese.

—¿Te has fijao en el "Sute"? -le había preguntado ya Néstor Salazar a Marcos Vargas.

—No -repúsole éste, mintiendo-. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. Porque no sería malo que te fijaras un poco en él.

—Bueno. Trataré de hacerlo.

Pero desde el primer momento había comprendido Marcos que el "Sute" no iba por oro. Era la primera vez que volvía a vérselo después de aquel choque que estuvieron a punto de tener la noche del baile del ñopo en las cabeceras del Cuyubini, pues desde entonces no había vuelto Marcos a la región del Cuyuni, de donde nunca salía Cúpira, y aunque las últimas palabras que allí se cruzaron no podían haberlos dejado en calidad de amigos, así llegó, sin embargo, pidiéndole "su recorte" y así se lo permitió él cuando Néstor Salazar quería negárselo. Porque sí comprendió que el hombrón del Cuyuni podía venir a liquidar cuentas pendientes,

arrepentido de no haberse "matado con el hijo del hombre que lo vio cumplir su gran juramento", a él también le había escarabajado muchas veces el recuerdo de aquella gracia de la vida que con tales palabras le hiciera. La fiera divinidad de la hombría a que tanto el uno como el otro rendían culto los llevaba a enfrentarse una vez más.

Ya se había dado cuenta Marcos de que Cúpira no lo perdía de vista. Pero se hacía el desentendido procurando darle siempre la espalda y el contradizo cuando por las noches el segundo se alejaba del campamento, llegándose hasta la orilla del Cuyuni, cuyos raudales le arrullaban con sus bramidos los torvos pensamientos que acariciaba.

Se detenía junto a él, dirigiéndole, invariablemente, estas palabras.

—¡Hola, "Sute"! ¿Cogiendo fresco? Y Cúpira respondía siempre lo mismo:

—Criandito sueño con este runrún de los raudales en la noche silencia.

—Se ha vuelto usted muy amigo de estar solo.

—Y usted de buscar malas compañías.

—Tal vez no sean tan malas.

—En los talves está el peligro, Marcos Vargas. Acuérdesse de que seguro mató a confiado.

Luego callaban y al cabo de un rato largo proponía Marcos:

—Bueno, compañero. ¿No será hora de revolvernó por donde hemos venido? A lo que respondía Cúpira:

—No habiendo otra cosa que hacer...

Y esto, una y otra noche, siempre lo mismo, era al propio tiempo la provocación y el respeto mutuo.

La llegada de Arteaguita alteró oportunamente esta costumbre, pues ahora Marcos se quedaba en el campamento conversando con él, y así supo que Gabriel Ureña ya tenía dos hijos y había resultado un excelente administrador, pues "Tupuquén", "Guarícoto" y "La Hondonada" prosperaban cuando otras fincas mejores decaían y pasaban de las manos de sus dueños a las de acreedores hipotecarios, y que en Upata se esperaba de un momento a otro el regreso de Francisco Vellorini -cuyas dos hijas mayores se habían casado en Francia- porque ni él podría vivir ya sino en Guayana, ni mucho menos la mujer, tan de su tierra, y Aracelis, todavía soltera y más bonita que nunca, según los que habían visto retratos suyos últimamente llegados.

Y el intencionado noticiero concluyó preguntando:

—Bueno, Marcos. ¿Y tú, qué proyectos tienes? Ya es tiempo de que te regreses, chico. Y ahora, con el dineral que sacarás de aquí... Ya basta de exponer la vida corriendo raudales.

—Sí. Eso quiere Néstor Salazar: que me vaya con él. Me está animando para hacer un viajecito a Europa con lo que saquemos de aquí. Pero quién sabe si a mí no me sirvan ya zapatos, ni de percha ni a la medida. ¡En fin! Ya veremos... Además, eso de correr raudales no es cosa del otro mundo.

Aquí como en tu sastrería el todo está en no comerse el trazo, con la diferencia a mi favor de que si tú te lo comes tienes que pagar la tela estropeada, mientras que a mí nadie me va a cobrar lo que me rompa contra las piedras si me salgo del trazo de la chorrera. ¡En fin -repito- ya veremos! Una noche, ya recogido a su chinchorro Néstor Salazar y conversando todavía Marcos con Arteaguita en el silencio del campamento dormido, notó que de uno de los barrancos salía luz.

—Allí están jugando -dijo-.

Ándate allá, Arteaguita, y diles a los que sean que aquí está prohibido el juego y que de orden mía te entreguen los dados y se vaya cada cual a su chinchorro, si no quieren oír rozar el machete.

Pero cuando ya Arteaguita se disponía a obedecer, aunque muy a pesar suyo, pues no quería enemistarse con nadie y menos después de lo que le había advertido Marcos a propósito de la clase de gente que era aquella, uno de los mineros que por allí estaba se acercó diciendo:

—Ése es el "Sute", don Marcos.

—¡Ajá! -exclamó éste a tiempo que a Arteaguita lo abandonaba toda gana de desempeñar su cometido-. ¿Conque ése era el recorte que estaba trabajando? ¿Y usted lo sabía y se lo reservaba?

—Yo sólo no, don Marcos -repuso el minero-. Aquí semos varios los que hemos visto esa luz toas estas noches; pero, tratándose de quien pone esa jugada...

Pero ya Marcos Vargas iba a lo que le deparase la ocasión.

Era realmente Cúpira quien ponía aquella jugada clandestina y con dados acondicionados, de modo que uno por lo menos siempre se parara en suertes. El barranco, todavía no profundo, era ancho y adentro estaban haciéndole el juego a el "Sute" cuatro de los compañeros de Arteaguita, ya perdido casi todo el oro que había sacado.

—¡Acá esos dados! -ordenó imperiosamente Marcos Vargas, sorprendiendo a Cúpira cuando ya iba a echarlos para arramblar con todo el oro en paro-. ¿No sabe usted que aquí está prohibido el juego?

—¡Hombre! -exclamó el "Sute", con su hablar arrastrado-. No soy yo solo el que está jugándose lo suyo.

—¡Acá esos dados! ¡Y no replique! -reiteró Marcos, ya revólver en mano.

Y Cúpira, sin inmutarse:

—¡Bueno, pues! No se sofoque, que no es para tanto. Está usted en lo suyo y entre los suyos. Ahí van los dados. En sus propias manos se los entrego parados en suerte.

Y Marcos, al sopesarlos:

—¡Como que de otro modo no se pueden parar, porque para eso están compuestos, grandísimo bribón! ¡Entrégueles inmediatamente a esos jóvenes lo que les ha robado! ¡Y lárguese de aquí en seguida! El "Sute" se demudó de coraje reprimido. Ya no era su "gran juramento" lo que le impedía matarse con el hijo de quien se lo vio llevar a cabo, sino la desigual pelea que habría sido, pues junto a Marcos Vargas ya estaban Néstor Salazar y todos los que a las voces acudieron, revólver en mano la mayor parte, entre los cuales varios habían sido ya víctimas de los dados compuestos.

—Está bien -repuso-. No grite más, que ya es bastante la gente que se ha despertado. Devuelvo lo que gané y por donde vine me voy.

Ésa la ganó usted, otra puede que sea mía si alguna vez vuelven a cruzarse nuestros caminos. Que ya van dos y a la tercera dicen que va la vencida.

Dicho lo cual se marchó. Marcos Vargas quiso seguirlo, pero todos se lo impidieron y hubo de quedarse con el reconcomio de no haber sido él solo contra Cúpira.

Y esta preocupación se adueñó por completo de su espíritu de allí adelante.

Días después -terminada la explotación del filón, que no tardó en desaparecer- ya en El Dorado y en apariencia decidido a abandonar la selva como se lo aconsejaba Néstor Salazar, propúsole a Arteaguita:

—Vamos a echar una jugadita para matar el rato, mano a mano los dos.

—Por complacerte -accedió aquél-. Porque para mala suerte la mía. Pero no me cargues la mano, pues la pelea es desigual: tú traes más de mí

onzas y las mías no llegan a sesenta. Pero sí: siempre que no sea con los dados del "Sute".

—¡Ah, caramba, chico! ¿No me viste tirarlos al Cuyuni?

—Ya lo sé. Ya lo sé —dijo Arteaguita—. Lo dije en broma.

Jugaron un rato ganando y perdiendo alternativamente pequeñas cantidades de oro en bruto. Algunos querían agregarse a la partida, pero Marcos no se lo permitía, diciéndoles:

—Éste es un mano a mano, porque ese oro que se lleva Arteaguita es mío y voy a ver si se lo quito. Hasta ahora no he podido rasparle sino unas cinco o seis onzas, pero lo que es del cura va para la iglesia. O viceversa.

Pero de golpe se asentó la racha favorable al sastrer y éste comenzó a animarse aceptando paradas de importancia. Marcos Vargas perdía, al parecer contrariado y enardecido. Ya las puestas eran puñados de oro que iban a engrosar el de Arteaguita y éste temblaba de pies a cabeza, desorbitados los ojos, pálido y silencioso, sacudiendo excesivamente los dados con una contracción nerviosa del puño que hacía recordar aquella mímica que empleó en Tumeremo cuando, en víspera de salir para el Guarampín, le confesó a Marcos que tenía miedo.

Y por este recuerdo que se le vino a la mente empezó Marcos a reír a carcajadas y a duplicar y triplicar sus puestas, diciendo:

—No los maraquees tanto, chico, que no vas para el Guarampín y no hay peligro de que te salgan contrarios. ¡Échalos sin miedo! Pero no era miedo de perder, sino que Arteaguita nunca se había visto con tanto oro suyo por delante y aquello lo tenía perturbado a más no poder, mientras Marcos reía y exclamaba:

—¡Ah, sastrería buena que vas a poner, Arteaguita! ¡Ahora sí va a ser de oro la tijera que no se come el trazo! Aprovecha tu racha y echa los dados sin miedo, que eso no es robado. Ya me has vaciado la mitad de la batea, pero yo espero mi racha, que ya tendrá que venir, y entonces veremos quién canta victoria. ¡Ah, sastrería buena la que vas a poner, Arteaguita! Pero en eso intervino Néstor Salazar, a quien fueron a contarle lo que estaba sucediendo:

—¡Arteaguita! ¿No comprendes que ése es el mismo cuento del cochano? Esos dados son los del "Sute".

Boquiabierto, tembloroso, a punto de echarse a llorar, Arteaguita abrió la mano para contemplar los dados; pero Marcos Vargas se los arrebató, diciéndole a Salazar:

—Éstos no son los del "Sute".

!Éstos son los de Marcos Vargas! Y vaciando en la mesa el oro que le quedaba:

—¡Y todo esto es tuyo, Arteaguíta! Para que montes una sastrería de lujo y te cases y tu mujer te llene de hijos que nunca pasen hambre. ¡Llévatelo! Que en el Cuyuni queda todavía mucho para Marcos Vargas.

Y aquella misma tarde embarcó otra vez en su curiara y abandonó el Dorado, Cuyuni arriba, por donde debía encontrarse con el "Sute" Cúpira, hombre a hombre.

XVIII

Aymará

Un camino ancho, limpio, despejado, por entre la selva tupida.

Y esto ya había sucedido otra vez.

Un camino por donde avanzaba la pequeña cosa inmensa del espantoso clamor de una muchedumbre silenciosa. Él tropezaba contra aquella muda y errante masa compacta, atravesándola sin encontrar resistencia y los hombres se iban iluminando por dentro como la selva oscura al resplandor del relámpago.

—¡Me andó alante el joven! -gemía uno, llevándose la mano al pecho por donde él lo había traspasado, inmensidad tenebrosa.

—¿Qué desea, joven? -le preguntaba otro, oponiéndole resistencia; pero él lo traspasaba también y la pequeña cosa inmensa se apagaba murmurando-: Diga usted que lo vio morir como un hombre macho.

Pero él no podía detenerse.

Sus brazos ya se rendían al peso de la pequeña cosa inmensa... ¡Y aquel puño crispado que no lo dejaba pasar!

—¡Acaba de echar los dados, que llevo prisa! Y la pequeña cosa yerta se acurrucaba buscando el calor de su pecho inmenso.

Otro bebía en su pequeño vaso interminablemente y era como atravesar un gran campo calcinado bajo una lluvia copiosa. Pero el cacharro, ya vacío, había rodado por la mesa y se había roto contra el suelo. Cuando lo recogieron era un guiñapo de hombre tirado por los caminos. La sed inmensa de la pequeña cosa había consumido toda el agua. Sólo los troncos de los árboles rezumaban humedad viscosa y allí se aplacaba el fulgor de la fiebre de los hombres.

—¡Apaga, Bordona! ¡Apaga, que nos quemamos! Alguien que se estaba abrasando por dentro corría de aquí para allá lamiendo aquellos troncos, desde la raíz hasta los copos más altos, mientras se desangraba por el muslo cortado hasta el blanco de los huesos; pero su lengua era una llama a cuyo contacto se evaporaba de golpe toda aquella humedad, envolviéndolo en una niebla ardiente, dentro de la cual un hombre desgalichado

camínaba sin cesar moviendo continuamente su cabeza mecánica y murmurando:

—¡Canaíma! ¡Canaíma! ¡Canaíma! Y desde la raíz hasta los copos se iban secando todos los árboles y comenzaban a arder en una gran llama pálida.

Corría por la pica anchurosa lanzando su nombre al silencio.

!Cinco años! Y era el incendio penetrando en la selva y al mismo tiempo un pequeño pájaro negro que volaba por encima de ella y cuya inmensa sombra negra errante por el suelo era él mismo, carbonizado ya por aquella llama pálida.

De pronto sintió que los pies se le habían convertido en raíces hundidas hasta el centro de la tierra y mientras por todo el cuerpo le corría una savia espesa y oscura, cien años subiendo hasta los copos más altos, para detenerse otros ciento a oír el paso del viento que hacía gemir los vapururos por la muerte del indio Maremare:

Maremare se murió en el paso de Angostura; yo no lo víde morí, pero ví la sepultura.

Maremare se murió en el paso e la tormenta; yo no lo víde morí, pero ví la huesamenta.

Maremare se murió y no fue de calentura.

¿De qué murió Maremare si no fue de su amargura? Maremare se murió.

Ya se murió Maremare.

Maremare se murió.

¡Pobrecito Maremare!

Y bajo los techos de las churuatas esparcidas por la inmensa tierra bárbara toda la indiada rompe en llanto por la muerte de Maremare... La triste canción del indio, destemplada, monótona, extraña, inmensamente triste. Él le ha dado una entonación melancólica, ya musical, y hay un gran dolor de razas maltratadas corriendo en lágrimas entre los gemidos del carrizo indígena.

Y Ponchopíre le dice:

—No contando más, cuñao. Indio sufriendo mucho con maremare tuyo. Descansando tú ahora.

Ahora ya todo aquello había pasado: la fiebre delirante y el errar continuo de aquellos años de extravagancias. Y Ponchopire le explicaba por qué su tribu no habitaba ya en el Padamu, como cuando él fue a Angostura en compañía del cauchero Federico Continamo, sino en la gran sabana del Ven tuari donde ahora había plantado su churuata:

—Catarro matando indio en el Padamu. Muriendo piache, muriendo indio mucho. Nosotros dejando churuata bajo Padamu, alto Padamu, Raudal de Tencua, y catarro persiguiéndonos. Aquí seis lunas perdiéndonos la huella. Racional Continamo también resultando maluco: indio sacando goma para él vendiéndola en Angostura y comiendo hielo sabroso y él robando mujé.

Aquí viviendo tranquilo porque no habiendo goma. Goma teniendo Canaíma: Indio no queriendo sacarla más.

Los enemigos implacables del aborígen, causas de la migración de sus tribus: la tuberculosis, que los diezma y el cauchero, que los explotaba y los tiranizaba. La muerte, a la que había que dejarle la churuata cuando penetraba en ella -dentro de un cutumari el cadáver insepulto de la víctima- e ir a plantarla más allá. Bajo Padamu, alto Padamu, Raudal de Tencua, eran ya muchos los hitos macabros -osamentas al aire dentro de las viviendas abandonadas- que marcaban el éxodo de la tribu de Ponchopire a lo largo de aquel itinerario, perseguida por el catarro, la más temible para ellos de todas las formas que puede revestir Canaíma. En la gran sabana del Ventuari donde ahora se los encontraba Marcos Vargas, parecían soplar por fin aire de Cajuña el bueno, el que da la salud y procura la pesca abundante y librada de las garras del "racional" conduciendo al indio a donde no creciera el árbol de la goma.

Un sol tierno alumbraba en torno a Marcos Vargas sencillas escenas de comienzos de mundos y una nueva sensación de sí mismo, pasada la tormenta espiritual, lo envolvía en la suave voluptuosidad de una paz profunda. Y así estuvo durante varios días, en el chinchorro de urdimbre sutilísima tejida con plumas de raros pájaros de la selva -agasajo especial de Ponchopire-, contemplando, como a través de una niebla de ensueño, la quietud o la actividad que lo rodeaba. La paz silenciosa, cuando los hombres se iban en sus conchas a la pesca diaria por los remansos del Ventuari y las mujeres a los conucos, acompañadas de las guarichitas que ya pudiesen ayudarlas en el laboreo de la tierra, y sólo quedaban por allí los viejos decrepitos, tumbados al sol de la playa o acucillados a la sombra de la churuata, inmóviles como momias o hurgándose las greñas para sacarse los piojos o rascándose las niguas -delicia del indio, éxtasis animal de la comezón provocada- y los indiecitos de teta durmiendo dentro de sus mapires, en el suelo, al cuidado de las grullas domesticadas, niñeras celosas

que no permitirían que se les acercasen insectos ni serpientes, pues así se alimentarían ellas mismas mientras defendieran a los críos. Quieto silencio que apenas turbaba el chapichapi del río bajo el soplo del viento o el sordo rumor distante del gran raudal de Tencua. Paz soporosa de días soleados en tierras melancólicas que se quedaron atrás en la marcha del mundo.

La actividad cuando regresaban las mujeres, a la espalda el guayare colmado de yucas, y se entregaban a preparar el mañoco de la comida cotidiana, o el yaraque y la yucuta para las fiestas, y cuando volvían los hombres con el producto de la pesca y les entregaban a aquéllas los morocotos y los aymaras para que los destripasen y pusiesen a secar, que luego los macerarian hasta convertirlos en la harina del piraricú.

Y la cháchara de las guarichas provocando la algarabía de los loros y guacamayos mientras tejían los chinchorros de cumari o de curana o las mantas de palo marimba para defenderse de los mosquitos, y los mapires para los críos que esperasen, o las esteras, talegas y guapas adornadas con grecas vistosas para el menaje de la vivienda común. Y el trabajo taciturno de los hombres fabricando las curiaras y las conchas, preparando las puyas de juajua y de cocorito para las flechas, y los cañutos para las cerbatanas o machacando el barbasco para la pesquería del alba siguiente.

Vida simple y compartida en común, bajo un solo techo, el mañoco y el piraricú tomados de una misma fuente y con las solas manos, acucillados en el centro de la churuata, donde había unas topias sobre las cuales a veces se asaba un chigüire o un paujil que uno de ellos cazó para que comiesen todos; el bureche o la cupana bebidos de una misma casimba pasando de boca en boca. Vida tan de todos por igual, que si a veces los vapores de la yuca fermentada se les subían a la cabeza, como generalmente tienen la borrachera triste, bastaba con que uno se acordase de alguno de los muertos de la comunidad e invitase a los otros a llorarlo para que en la churuata resonara el llanto unánime.

Sólo el amor tenía sus fueros propios. En la churuata se convivía, mas para el amor eran la soledad discreta y la Naturaleza plena: la curiara en el remanso del río o el campo raso lejos de la ranchería. De noche bogaban las parejas o se internaban por la espesura, tal vez en busca del nahual para el hijo: el espíritu del árbol o del animal o de la estrella fugaz que debe compenetrarse con el alma del indio desde el primer instante de su encarnación.

El nahual del cacique de la comunidad era el váquiro salvaje del cual tomaba su nombre de Ponchopire, acaso por haber sido engendrado y concebido en algún paraje de playa a tiempo que alguna manada de tales bestias bajara a abrevarse en el río, y el nahual de su hermana Aymara

era el pez de este nombre, de carne exquisita, pero muy espinosa; cuya sería el aguaje que estremeció la curiara del amor en la quietud del remanso dormido.

No le eran desconocidos a Marcos Vargas ni las rudas costumbres ni los ingenuos misterios de aquella existencia, aunque hasta allí no había sido sino espectador de unos ratos y de todo aquello sólo había captado lo que estimulaba o complacía la curiosidad del civilizado. Mas si aún no compartía la convivencia maloliente bajo el techo de la churuata -dentro de la cual sólo existía la familia como algo distinto e independiente de la comunidad, mientras dormía, ocupando un sector de los dos círculos concéntricos de horcones que sostenían la cónica techumbre pajiza, abajo el chinchorro del hombre, más arriba el de la mujer y finalmente los de la prole- y si tampoco se había allanado todavía a la desagradable costumbre de comer con la mano, de una sola fuente donde todos metían las suyas nada limpias, de todos modos ya era uno más en la pesca por los remansos del Ventuari, con flecha o cerbatana, silencioso dentro de la concha, y en el ruedo que por las noches, a las primeras horas, formaba toda la comunidad en el centro de la churuata, sentados en el suelo, fumando los hombres el cigarrillo de tabari mientras se referían las peripecias de la jornada, para que no hubiese experiencia de uno que todos no conociesen, pero sin mirarse a las caras, fijos los ojos en el suelo o en el aire, donde se deshacían las volutas del humo, porque las miradas de un hombre no pueden cruzarse con las de otro sin que sus nahuales se confundan o se destruyan mutuamente -así sean de animales o cosas afines o adversas entre sí-, casos ambos que serían la muerte, ya comenzando por aquella parte de la doble personalidad. Y esto, así como -entre otras muchas prácticas supersticiosas- la de la que el piache se rodeara de oscuridad y de misterio para preparar el curare con sus innominadas lianas amargas y sus polvos de colmillos de ser pientes, manipulaciones especialmente vedadas a las mujeres, porque los ojos de la hembra malogran los efectos del terrible veneno, ya Marcos Vargas aprendía a considerarlos no como tales supersticiones, sino como cosas sencillas, de un sentido natural y evidente.

Durante aquellas veladas, Aymara, sabrosa y arisca como apetecible y espinosa la carne del pez homónimo, ya sintiendo las urgencias de la mujer que despuntaba en ella, se refugiaba a lo más oscuro de la churuata para contemplar al racional, encendidos los ojos en lumbre de amor; pero si Marcos, buscándola entre el mujerío atento a la charla de los hombres, alcanzaba a descubrirla y se quedaba mirándola, ella rebullía y se acurrucaba más en la sombra, mezclando la risa con los gruñidos, anticipos del instinto con que suele entregarse la india voluptuosa y huraña.

Ya Ponchopire se había fijado en esto y un día le preguntó a Marcos:

—¿A ti gustándote Aymara, cuñao?

—Gustándome más que el piraricú del pescado de su nombre.

—Pues cogiéndotela para ti después de su fiesta.

Y luego a la hermana, en su dialecto y como jefe de la comunidad:

—Tú serás la mujer del racional. Saca de ese hombre el mayor provecho para ti y para tu gente.

La fiesta de Aymara a que se refirió Ponchopire era la ceremonia con que se celebraría su entrada en la pubertad. Ya las ancianas, las grandes madres de la tribu, venían observándola detenidamente, y cuando advirtieron que ya declinaba la última luna de la Aymara núbil, ésta fue encerrada en una garita de palma construida al efecto a cierta distancia de la churuata, dentro de la cual permanecía aislada y sometida a riguroso ayuno hasta el plenilunio próximo.

En el momento de cerrarse aquella especie de crisálida donde se operaría la misteriosa transformación, todas las mujeres de la tribu prorrumpieron en llanto por la Aymara a quien no verían más y por la que saldría de allí, apta para las tremendas delicias del amor que perpetúa la dura existencia del indio.

Luego, en seguida, comenzaron los preparativos para la fiesta.

De las sementeras, a las espaldas de las indias, venían los guayares colmados de yuca, no descansaban los brazos preparando el mañoco y el piraricú que se consumiría en la gran comilona, ni quedó por allí casimba donde pronto no estuviese fermentando la yucuta, en tanto que los hombres se ocupaban en la confección de las tinturas de curare, chica, drago y conopia, con las cuales, pintándose, adorna el indio su desnudez. Y mientras las guarichas se dedicaban a aquellas alegres faenas, las viejas, taciturnas y celosas de la tradición, montaban guardia día y noche en torno a la clausura de palma donde se estaba efectuando el misterio.

Pero Marcos Vargas, haciendo esta vez burlas del rito, se dio sus mañas para que no fuese tan severo el ayuno de su prometida, pues ni de ésta los huesos -decían- de su nahual las espinas era lo que le gustaba. Y así fue para Aymara menos dura la anticipada expiación de sus pecados de mujer.

La antevíspera del plenilunio señalado, cuando ya se habían reunido allí todas las comunidades vecinas adonde llegó la noticia de la fiesta, al ocultarse el sol, comenzó la algazara que de allí en adelante formaría toda

la indiada en torno a la garita, en tanto que se entregaba al festín de mañoco y yucuta y a fin de que la recluida no pudiese conciliar el sueño.

Dos noches y dos días sin tregua duró aquel tormento y a tiempo que comenzaba el otro de la luna llena, con cuya aparición terminaría el retiro purificador de Aymara, cesó de pronto la algarabía, sobrevino un silencio imponente, se abrió la garita y junto con el astro luciente, apareció, quebrantada por el ayuno y el insomnio, pero ya propicia al amor, la nueva mujer de la tribu.

Y comenzó el baile, que todavía sería tormento para ella, aplicado por los hombres: la prueba del látigo.

Girando en torno a la guaricha, pintarrajeados de negro y de rojo y otra vez con gran algazara de cantos y gritos y provistos de bejucos de mamure, cada hombre debía propinarle dos azotes y luego uno a sí mismo, acaso porque en culpas del amor dos terceras partes son de la mujer.

—Dándole suavcito, cuñao -recomendábales Marcos Vargas, que junto con ellos bailaba y azotaba-. No maltratándome mucho a la guaricha.

No le asentaban demasiado la mano, pero eran tantos los verdugos que ya Aymara estaba a punto de soltar el llanto. Sin embargo, a través de las lágrimas asomadas a sus ojos había miradas sonrientes cuando era Marcos quien aplicaba los azotes.

La prueba del látigo no duró mucho, pero el baile ya no terminaría en toda la noche. Ya la luna estaba en la mitad del cielo y la embriaguez se había apoderado de toda la indiada. Enronquecidos y con aire de alucinados danzaban continuamente al destemplado compás de un canto bárbaro y desapacible, sin ritmo ni melodía, al son de los yapururos.

Pero hacía rato que Aymara no estaba por allí. Aquella noche también la curiara de Marcos Vargas bogó hacia la alta soledad de los remansos del Ventuari, sobre cuyas aguas flotaban los nahuales...

El racional

Para la comunidad de Ponchopire antes había sido el cauchero Federico Contimano el racional por antonomasia. Que luego resultó como casi todos: un explotador brutal que les pagaba con abalorios, puñados de sal y trozos de papelón el caucho que para él recogían. Pero como el indio fatalista ya nada espera de su raza humillada y vencida, para librarse de las exoliaciones del blanco, o del supuesto civilizado sin distinciones de matices de la piel, procura siempre ganárselo a partido sometiéndolo a su patrocinio, a veces gustosamente. Y así procedió Ponchopire respecto a Marcos Vargas, de quien, por otra parte, conservaba un recuerdo grato de cuando lo conoció en Angostura.

Por el momento no estaba amenazada su tribu por los caucheros, pero siempre sería conveniente tener a su favor a un racional a quien los otros respetasen, y viendo en Marcos un buen defensor para su gente, le había dado por mujer a su hermana, previa la recomendación a ésta que en tales casos siempre hace el indio.

Por otra parte, al proceder así, Ponchopire había obedecido tanto al sentido hospitalario, muy desarrollado en el indio, como al que éste tiene de la comunidad humana, dentro de la cual ni el individuo ni la familia pueden existir en sí solos ni para sí mismos.

Sin vestigios de economía personal o doméstica, todos consumiendo por igual lo que cada uno producía, todos compartiendo la misma vida, la churuata era ya un símbolo: pertenecía a todos, todos contribuían a levantarla y sólo se adquirían derechos individuales bajo su techumbre para la temporal ausencia de la vida durante el sueño, en uno de los sectores de los círculos concéntricos que formaba la horconadura, o para la definitiva y perenne dentro del cutumari colgado del horcón central.

En uno de aquellos sectores fueron colgados, uno por encima del otro, los chinchorros de la nueva pareja; pero si Marcos prefirió continuar habitando con Aymara la vivienda aislada que Ponchopire le había hecho construir desde su llegada a la comunidad, ya bajo el espíritu uniforme de ésta era uno entre todos y el cacique parecía esperar de él grandes cosas para el beneficio común.

—Bueno, cuñao -díjole una tarde, después de una larga pausa silenciosa, ambos contemplando la puesta del sol sobre el Ventuari—.

Ya Ponchopire enseñándote las cosas como ofreciéndote en Angostura; ahora tocándote a ti.

—Bueno. Tú diciendo lo que queriendo que te enseñe -repuso Marcos, que ya de otro modo no se expresaba.

El indio sonrió y con el resplandor de una gran esperanza a punto de realizarse iluminándole la faz, interrogó:

—¿Sí? ¿Tú enseñándome, cuñao, lo que yo queriendo?

—¡Sí, hombre! Siempre que yo sabiéndolo, por supuesto.

—Bueno. Enseñándome hacer hielo.

Era lo único que le había interesado en la civilización, a lo que de ella columbró durante su permanencia en Ciudad Bolívar, y lo primero que se le ocurrió pedirle a Marcos Vargas después que se hubiera efectuado la fiesta de Aymara. Con lo demás podían quedarse los racionales. Y así fue grande su desencanto cuando Marcos le repuso:

—¡Ah, caramba, cuñao! En buen apuro poniéndome tú. Yo no sabiendo fabricar hielo, ni eso tampoco pudiendo hacerse aquí.

Era lo mismo que le había respondido Federico Continamo cuando igual petición hubo de hacerle.

—¡Ah! -exclamó-. ¡Tú tampoco sabiendo! Y no se explicaría nunca cómo podía ignorar un racional lo que otros sabían, cuando entre ellos -los indios- era tesoro común la ciencia de las cosas necesarias para la vida. Ni por su parte llegaría a darse cuenta Marcos Vargas de hasta qué punto había defraudado las esperanzas de Ponchopire.

Días después llegaron por allí dos guainaris de las riberas del Arapani, de evidentes rasgos mestizos ensombrecidos por un aire de embrutecimiento profundo. Traían un cutumari con despojos y reliquias de su cacique recién muerto de manera misteriosa y venían a consultar con Caricari, viejo piaíma de la tribu, famoso como adivino por aquellas regiones, acerca de las causas de aquella muerte, para lo cual eran los mechones de cabellos y las uñas del difunto que venían dentro del cutumari, junto con objetos que habían sido de su uso personal.

Caricari, momia decrepita, salió penosamente del letargo senil en que vivía sumido, tomó unas polvadas del ñopo que le ofrecía Ponchopire a fin de que entrase en el trance adivinatorio y comenzó a absorberlas por la nariz, primero despacio y progresivamente más aprisa, mientras la comunidad y los forasteros lo contemplaban con religioso respeto.

De pronto el vejete entró en estado convulsivo y en seguida delirante, mascullando palabras extrañas, las más de ellas sin sentido alguno, con las cuales anunciaba que ya su nahual lo llevaba volando por los aires sobre grandes ríos torrentosos y altísimas sierras, y cuando los guainaris le oyeron decir que ya veía, allá abajo, la churuata de ellos, sacaron del cutumari los despojos mortales y se los pusieron entre las manos trémulas de senectud y de delirio de yopo.

Ya Ponchopire le había explicado previamente que se trataba de una muerte misteriosa, de la cual había sido víctima un racional que hacía treinta años regía aquella tribu del Arapani, padre de los mestizos que ahora le pedían ahincadamente que les dijese de qué había muerto.

El visionario proveyó, gimiendo como un crío, palpó, olfateó y luego apretó contra su pecho aquellas repugnantes cosas, mientras sus ojos en blanco seguían por los aires del delirio el vuelo del gavilán de su nahual, y al cabo de un rato de gímoteos y de convulsiones de trance comenzó a balbucir frases entrecortadas y en su mayor parte ininteligibles, que si nada preciso decían respecto a lo que se le preguntaba, en cambio, parecían expresar una esperanza mesiánica, pues -traducidas y reconstruidas por Marcos Vargas- anunciaban que en todas partes ya estaban colmadas las calabazas donde se prepara el curare, porque los ríos comenzaban a correr hacia sus cabeceras y esto significaba que ya "ella" venía contra "él" desde el fondo de la gran noche sin lunas. Pero la alusión al curare fue suficiente para que los mestizos se convencieran de que su padre había sido envenenado.

Ya metían dentro del cutumari los despojos y reliquias por los cuales esperaba el muerto, solitario morador de la churuata allá en la ribera del Arapani, cuando Marcos advirtió que una de aquéllas era un papel impreso, pringoso y ya roto por los dobleces, y apoderándoselo, sin hacer caso de las protestas de los mestizos, se dirigió a su choza para examinarlo.

Era un periódico de Ciudad Bolívar, de un día indeterminable de hacía muchos años, por haber desaparecido el trozo que contenía la fecha y cuya pringue denunciaba frecuentes lecturas, así como sus dobleces cuidadosa conservación.

No contenía nada que fuera ya ni pudiese haber sido nunca interesante: era uno de esos periódicos de ciudades pequeñas que nunca salen de ellas para asomarse al resto del mundo ni jamás contienen nada que en ellas ya todos no sepan; pero había sido, sin duda, el único contacto de aquel "racional" con el mundo civilizado del cual se apartara, quién sabe por qué, y Marcos Vargas se quedó largo rato cabizbajo con el sucio papel entre las manos, mientras en su interior resonaban palabras de cinco años atrás:

—... y es que te quiero tanto, tanto, tanto! Y Ponchopire tuvo que repetirle varias veces:

—Cuñao. Los guáinaros esperando su papel, porque allá su padre necesitándolo para irse todo.

Hijos no pudiendo regresar sin cutumari completo.

—¡Hijos! -murmuró Marcos.

Y al representarse la profunda estupidez que expresaban los rostros de los mestizos, maquinalmente dirigió su mirada al vientre de Aymara, ya madre, que estaba hacia rato por allí sin que él lo advirtiese.

Devolvió el papel entregándoselo a Ponchopire y éste a Aymara para que se lo llevase a los guainaros, mientras él se quedaba allí para cambiar impresiones.

—Yo estando pequeñito cuando llegó racional de Arapaní -dijo para empezar-. Allá queriéndolo mucho; ahora envenenándolo...

Pero Marcos abandonó la choza dejándolo con la palabra en la boca.

Vagó todo el día en su concha por el río solitario, y aunque fueron frecuentes los aguajes que rizaron los remansos, por la tarde regresó sin pesca. Y así uno y otro día.

Aymara sufría viéndolo tan desgano de ella, que no le dirigía la palabra ni la consentía a su lado; pero ya había tomado sus medidas a fin de que no se le escapase: le había aprisionado las huellas, cubriendo con casimbas disimuladas entre el monte y diariamente vigiladas las que su planta había estampado por allí.

Mas no era sólo ella quien custodiaba estas prisiones, sino toda la comunidad interesada en retenerlo y si él las hubiese descubierto, se habría explicado -ya él también pensaba así- por qué nunca bogó decididamente Ventuari abajo hacia el Orinoco, que lo restituyera al mundo civilizado, cuando esto se proponía siempre al abandonar la ranchería.

Así las cosas, una tarde le salió el encuentro Aymara y abrazándose a él se quedó mirándolo con aire extraño y gestos reveladores de inquietud.

—¿Qué te pasa, mujer? -le preguntó, molesto. Y como en seguida advirtiese lo que al llegar se le había escapado del aspecto de la ranchería-: ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué está esto tan solo? Aymara le respondió con mudas señas hacia la churuata y él se encaminó a la vivienda común con vagos presentimientos. ¿Acaso una muerte? ¿O la vuelta del cauchero Continamo a someterlos de nuevo a su tiranía? Pero la guaricha, siempre con mudas señas, le aconsejó que no entrase, sino se apostase afuera a oír lo que adentro se hablaba y así lo hizo.

Era un dialecto maquiritare, pero con acento arinacota, y un hombre, que debía de ser joven, el que hablaba mientras toda la comunidad escuchaba en silencio. Contaba cosas que había visto o le habían acontecido durante un largo viaje. Uno de esos prodigiosos viajes que emprenden a menudo los aborígenes, solos y escoteros a través del vasto mundo de sierras escabrosas, selvas enmarañadas o todavía desconocidas por el

civilizado, sabanas desiertas, tortuosos caños y torrentosos ríos, generalmente en busca de mujeres para reanimar con cruzamientos de tribu a tribu la raza que languidece. En las riberas del Merevari residía la del arinacota que allí dentro hablaba contando su odisea, de regreso del bajo Rionegro con una india huarequena.

Refería que por todas aquellas tierras recorridas se advertía un inusitado movimiento de indios; que por las sabanas se divisaban a lo lejos largas hileras de gente caminando hacia el sur; que muchas churuatas habitadas cuando él iba para el Sererehuene -río de aguas negras- las había encontrado abandonadas a su regreso; que le habían dicho que el cerro del Duida y el de Uaraco ya estaban echando candela toda la noche, señal de que se aproximaban grandes y terribles acontecimientos; que en todas partes había oído hablar de la aparición de una india, de una raza desconocida, que por fin había descifrado lo que estaba escrito en una de las rocas de las cataratas del Sererehuene, lo cual significaba que se aproximaban los tiempos del indio otra vez dueño y señor de su tierra. Finalmente, dijo que desde el sur venía avanzando un gran incendio a través de toda la selva, en vista de lo cual se estaban saliendo de ella todos los racionales, chupadores de la sangre del árbol de la goma, violadores del sueño del oro con cuyo despertar se había desatado Canaima sobre la tierra del indio.

Aymara temblaba, abrazaba a Marcos Vargas y éste recordó las palabras de Caricari, días antes:

—Ya están llenas todas las calabazas de curare... Ya han empezado los ríos a correr hacia las cabeceras...

Se zafó de Aymara y entró en la churuata, haciendo callar al arinacota sorprendido.

Al primer golpe de vista advirtió la reserva en todos los rostros que horas antes se le habían manifestado francos y amistosos; pero no se dio por entendido y conforme a la costumbre indígena tomó asiento en silencio en el ruedo que formaba la comunidad, sin dirigir palabras ni ademanes de saludo al arinacota ni a la huare quena, una guaricha altiva y ceñuda, de ojos verdosos, color de las aguas de su sombrío Uaramoto natal.

En seguida Ponchopire tomó la palabra para referirle al forastero - que ya había pasado por allí cuando iba para Rionegro- cuanto había ocurrido en la comunidad desde esa fecha, como es costumbre lo haga el jefe de una tribu después que su visitante ha contado lo que vio o le ocurrió durante el viaje. Y con una voz monótona, sin matices para las distintas emociones de las cosas narradas, estuvo hablando largo rato mientras los demás callaban mirando al suelo.

Menos Marcos Vargas, que no hizo sino contemplar a la huarequena, quien a su vez se atrevió a sostenerle la mirada varias veces, y menos Aymara, que todo el tiempo estuvo espionando aquellas miradas.

Luego fue la comida y después el maremare, pero esta vez no lo cantó Marcos Vargas.

Una idea bullía en su cerebro y se había ido a ventilarla a orillas del Ventuari, ante la noche fosca con un ruedo de rojizos resplandores en el horizonte y en su vasto silencio el mugido del gran raudal de Tencua.

¿Sería posible -se preguntabasacar algo fuerte de aquellos indios melancólicos? ¿Quedarían rescoldos avivables de la antigua rebeldía rabiosa bajo aquellas cenizas de sumisión fatalista? ¿Quién sería aquella india, de una raza desconocida, de que hablara el arinacota?... Él quería llamarla Tararana -algo de guarura guerrera sonaba en esta palabra guaraúna- e imaginársela anunciada en alguna leyenda mesiánica... Pero ¿no sería él capaz de reunir bajo su mando todas aquellas comunidades dispersas en un vasto territorio y a la cabeza de ellas emprender aquella obra grande que una vez le aconsejara Gabriel Ureña? Decírle al blanco explotador:

—¡Fuera de aquí!- Y crear un gran pueblo indio... Pero ¿no sería ya la raza indígena, degenerada por enfermedades, sin cuidado ni precaución y por falta de cruzamientos y por alimentación insuficiente algo total y definitivamente perdido para la vida del país? ¿Y él mismo, por su parte, qué ideas se había traído en la cabeza que sirviesen para algo?...

Cruza una exhalación por la noche fosca, dejando un rostro de luz azulenca que luego se extingue en silencio... ¿Qué deseo le ha encontrado ahora el fondo de su alma al fugitivo instante? ¡Cuán lejos de todo se estaba en aquella solitaria ribera del Ventuari, ante la negra noche! Unos gemidos ahogados lo hicieron volver de su ensimismamiento. Era Aymara, a pocos pasos de él, sin atreverse a acercársele.

Ahora murmuraba entre sollozos:

—¡Y yo queriéndote tanto, tanto, tanto! Al oír estas palabras se estremeció de que fueran las mismas de cinco años atrás en otra boca:

pero luego sintió una compasión generosa, mezclada con tristeza de sí mismo, y llamó a la mujer colmada de su amor ante el porvenir sin esperanza:

—Ven acá, guaricha.

Le echó el brazo al cuello y la atrajo en silencio hacia su pecho, con ganas de llorar, como si con ella se hubiese quedado sólo por algo definitivamente perdido o que nunca llegó.

Frente a ellos, bajo la noche fosca, el Ventuari arrastraba su inútil caudal. Aguas perdidas sobre la vasta tierra inculta.

XIX

¡Esto fue!

—¡Nueve pies! ¡Fondo duro! Bocas del Orinoco. Puertas, no bien despejadas todavía, de una región por donde pasó la aventura que aridece el esfuerzo y donde clavó la violencia sus hitos funestos. Aguas de tantos y tantos ríos por donde una inmensa tierra inútilmente se ha exprimido para que sea grande el Orinoco.

Guayana frustrada. La que todavía no ha sido y la que ya no es.

La de los caudalosos ríos desiertos por cuyas aguas sólo navegan las sombras de las nubes, la de las inmensas energías baldías de los fragorosos saltos desaprovechados, y la de los pueblos tristes, ruinosos, sin tránsito por el día ni luz por la noche, donde el guayanés suspira y dice al forastero:

—¡Esto fue! Por los caminos del Yuruarí, sembrados de baches, ya las colleras de las mulas no entonan el canto de la abundancia y en los paraderos donde ahora nadie se detiene están abandonados a la intemperie los carros de los antiguos convoyes. Los sustituyó el progreso aparente del camión, pero sólo muy de trecho en trecho y de tiempo en tiempo jalona el silencio el alarido del bocinazo, y en Upata de los carreros la gente suspira y murmura:

—¡Esto fue! La del caucho sin precio para ganancias, que ya no se explota, la del oro que poco aparece y sólo para enriquecer avariciosas manos extrañas, la de la sarrapia, apenas, que continúa manteniendo la ilusión de riqueza conquistable sólo con unos meses de montaña.

—¡Esto fue! Y en Tumeremo dicen y en Guasipatí lo repiten:

—Sí este año no aparece oro en Cuyuní, este pueblo se acaba definitivamente.

Por El Callao, a orillas del Yuruarí, el negro Ricardo, ya viejo, va todavía saltando sobre su muleta de palo, con una piedra en la mano libre en busca de botellas que romper.

—¿Cuántas, Ricardo? —le preguntan diariamente los que con su demencia se divierten.

Y él responde, satisfecho del estrago causado:

—¡Veinte, chico! ¡Veinte! Y prosigue su marcha, zangoloteando la pierna tronchada.

Pero en las riberas del turbio Yuruari, todavía la negra Damiana continúa lavando las arenas que ya no arrastran oro.

—¡Esto fue! Por los caminos de los alrededores de Upata todavía vaga José Francisco Ardavín de regreso de su ilusoria pelea de El Caujaral, desquijarado, babeante, mustia de demencia la mirada. Pero musió Giacomo, ya viejo también, aún conserva el pergamino de "El Españolito" y junto con él muchos esperan que algún día se descubrirá el tesoro de los frailes y que entonces Upata volverá a ser Upata.

Mientras que Chílderico continúa diciendo que él tiene su corcel y algún día lo jineteará por los caminos del orbe asombrado, porque está escribiendo un libro que lo hará famoso, una gran obra que estremecerá al mundo... Aún se ignora sobre qué versará y se sospecha que la escriba durante las horas muertas, porque ahora en "Los Argonautas" no hay mucho que vender.

—¡Esto fue! En Tumeremo, la intemperie y las lluvias han descolorido la tijera de oro pintada en la muestra de la sastrería de Arteaguita, que ya a veces se come el trazo estropeando la tela, y cuando el sastre, agobiado de hijos mal vestidos, se sienta a la puerta por las noches y levanta la mirada hacia la polvareda de mundos del Camino de Santiago, suelen asaltarle nostalgias de su ciudad natal y se le oye murmurar:

—¡Caracas! ¡Caracas! ¡Quién estuviera a esta hora en la esquina de Las Gradillas!...

Sólo en "Tupuquén" restan esperanzas bien cifradas. La tierra produce, los ganados se multiplican, los hijos crecen y van saliendo buenos. De tiempo en tiempo allí se recuerda a Marcos Vargas e invariablemente se exclama:

—¿Qué se habrá hecho? ¡Aquella esperanza fallida! ¡Aquella fuerza gozosa que se convirtió en atormentada! Aracelis, cansada de esperarlo, se casó con un ingeniero inglés de las minas de El Callao. Él había insistido mucho y ella por fin tuvo que decidirse, para luego acceder:

—¡Esto fue! Pero un día se detiene en "Tupuquén" un viajero acompañado de un joven como de doce a catorce años.

—Don Gabriel -dice el primero-, aquí le mandan este muchacho para que usted lo eduque como está educando a sus hijos.

—¿Quién lo manda? -pregunta Ureña-. ¿Quién es ese chico?

—Pregúnteselo a él mismo -responde el viajero.

Ureña lo mira a los ojos y ve brillar la inteligencia, le oprime luego los músculos de los brazos y siente la fortaleza, se lo queda contemplando, porque ya lo reconoce, y descubre la bondad. Es un mestizo, bien templado el rasgo indio.

—¿Cómo te llamas? -le pregunta.

Y el muchacho responde:

—Marcos Vargas.

Bocas del Orinoco. Aguas del Padamu, del Ventuari... Allí mismo está esperándolas el mar.

Apoyado sobre la barandilla del puente de proa va otra vez Marcos Vargas. Ureña lo lleva a dejarlo en un colegio de la capital donde ya están dos de sus hijos, y es el Orinoco quien lo va sacando hacia el porvenir... El río macho de los iracundos bramidos de Maípures y Atures... Ya le rinde sus cuentas al mar...

Fin